



09 05 05

Librerías ^{de}
Ocasión

\$ 10

Estadísticas



Ciencia y Acción

ESTUDIOS SOCIALES

SEGUNDA SERIE

(Popular.)

LOS SOCIALISTAS PINTADOS POR SÍ MISMOS

(¡El demócrata socialista
::: tiene la palabra!). :::

por el

Doctor ENGELBERT KÄSER

Versión española de la cuarta

::: edición alemana por :::

DOMINGO MIRAL

Catedrático de la Universidad
de Salamanca.

TOMO I



:: :: :: :: CASA EDITORIAL :: :: :: ::

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

* * FUNDADA EN EL AÑO 1876 * *

CALLE DE VALENCIA NÚM. 28. — MADRID

~~~~~  
*Esta obra es propiedad. La  
presente edición se publica de-  
bidamente autorizada.*  
~~~~~

E. Teodoro, Glorieta de Santa
María de la Cabeza, núm. 1.



PRÓLOGO DE LA PRIMERA EDICIÓN

El presente trabajo (1) ofrece una ordenada colección de citas de los escritos democrático-socialistas, con el fin de facilitar el conocimiento de las ideas que inspiran el movimiento socialista, y está especialmente destinado á fines prácticos de movimiento, de ideas y de propaganda.

El medio más sencillo para conocer lo que son y lo que quieren los demócratas socialistas, es leer lo que ellos escriben ú oír lo que ellos dicen.

Para esto se ha compuesto esta obra, con el propósito deliberado de no alterar en lo más mínimo sus ideas. Los centenares de pasajes escogidos proyectan una luz vivísima sobre el ideal supremo de la democracia socialista con su ateísmo y con todas sus monstruosidades.

(1) Traducido para **Ciencia y Acción** (Estudios Sociales) directamente de la cuarta edición alemana, publicada en Junio de 1911 por la casa B. Herder, de Friburg im Breisgau (Baden), con el título: *Der Sozialdemokrat hat das Wort!*

Exceptuadas dos citas de Yorg y Winterer y algunas insignificantes informaciones periodísticas, que son completamente exactas, todos los demás pasajes han sido comprobados por el autor. Son, pues, textos perfectamente auténticos.

Era necesario citar muchos y ordenarlos sistemáticamente, si habían de servir para el objeto que nos proponíamos. Para conseguirlo, hemos puesto á contribución toda la literatura democrático-socialista y, muy especialmente, la del ameno y elocuentísimo Bebel.

Para que el libro fuera bien acogido, el autor ha creído conveniente limitar sus comentarios y refutaciones á lo estrictamente necesario. Dicho se está que ha de ser susceptible de mejoras ulteriores una obra compuesta en sus tres cuartas partes de textos penosa y escrupulosamente recogidos. Cualquier advertencia que en este sentido tengan á bien hacer los lectores, será atendida con verdadero reconocimiento por

EL AUTOR.





PRÓLOGO DE LA CUARTA EDICIÓN

En la cuarta edición de esta obra se ha ampliado considerablemente el número de los escritos utilizados. Las citas, cuyos autores viven todavía, se han compulsado, en cuanto ha sido posible, con los originales de las últimas ediciones. Bebel y otros han introducido en sus obras modificaciones importantes. No debe olvidar esta advertencia el que desee comprobar algún texto de las ediciones antiguas. A veces, no coinciden ni el número de la página ni el texto mismo. Respecto á las observaciones de algunos críticos, debemos decir que este libro no es ni pretende ser una exposición científica completa de la democracia socialista. Se limita, como lo indica el subtítulo que lleva, á ilustrar las ideas, los esfuerzos y las aspiraciones del socialismo con textos tomados de sus mismos partidarios.

EL AUTOR.

Merzhausen Brisgau, Junio de 1911.



PRIMERA PARTE

DEMOCRACIA SOCIALISTA Y REVOLUCIÓN

I

INMINENCIA DE UNA REVOLUCIÓN VIOLENTA. REVOLUCIÓN Y EVOLUCIÓN

«La lucha entre la sociedad moderna y la antigua está ya entablada. Son tales los ejércitos que aparecen en escena y tan poderosos los medios intelectuales con que se lucha, que el mundo no ha presenciado ni presenciará jamás una batalla semejante. Esta que se avccina será la última guerra social. En los tiempos que corremos, puede observarse fácilmente cómo se va aproximando de día en día á su última fase, y no es difícil augurar el triunfo definitivo de las nuevas ideas.» (Bebel, *Die Frau*, 444.)

«Estoy plenamente convencido de que está tan próxima la realización de nuestros últimos ideales, que han de dejar de presenciarla muy pocos de los que se hallan reunidos en este local.» (*Protokoll des Parteitages*, Erfurt, 172.)

Así se expresa el famoso jefe de la democracia socialista, Augusto Bebel. No sabemos si la catástrofe estará tan próxima como él supone; pero es, desde luego, innegable que los demócratas socialistas trabajan con tenaz empeño para que se realice á la mayor brevedad posible. Con intención deliberada y tenacidad indomable trabajan los socialistas por el advenimiento de una revolución político-social, que, según ellos, no podrá realizarse en modo alguno sin actos de violencia y derramamiento de sangre. Los testimonios más importantes para justificar esta afirmación están entresacados de las actas de las distintas asambleas celebradas por el partido.

Un orador (1) cuyo nombre no se cita, sin duda, para eludir la acción de la ley, decía el año 1883 en el Congreso celebrado en Copenhague por los demócratas socialistas alemanes: «Es inútil pensar en que de una manera pacífica pueda llevarse á cabo la transformación del actual estado social y realizar una reforma, que había de despojar á las clases dominantes de su fuerza y poderío.» (*Protokoll des Kongresses in Kopenhagen*, 26.)

Con más energía todavía se expresaba Bebel en la segunda sesión de la asamblea celebrada en San Gall el año 1887: «Todo el que crea que por medio del parlamentarismo constitucional de nuestros días podrá conseguir el socialismo sus aspiraciones supremas, ó no conoce nuestras doctrinas, ó es un

(1) La generalidad de las actas contienen sumariamente los acuerdos adoptados.

farsante.» (*Verhandlungen des Parteitage*, San Gall, 12 y 13.)

En el debate planteado en el Congreso de Wyden sobre la supresión de la palabra *legal* en el programa de Gotha, se hizo constar, con el asentimiento de todos los allí presentes: «que la democracia socialista alemana había interpretado siempre la palabra *legalidad* en sentido de que confiaba en su poder para implantar sus ideales por medio de la persuasión; pero que no retrocedería ante ningún medio, si se intentaba detenerla en su carrera.» (*Protokoll des Kongresses*, Wyden, 28.)

Según Liebknecht, los socialistas no retrocederían, ni ante los asesinatos de los nihilistas rusos: «Si en Alemania imperara el régimen de Rusia, los demócratas socialistas alemanes no tendríamos más remedio que emplear la táctica de los nihilistas. (*Estrepitosos aplausos.*)» (*Internationaler Arbeiterkongress*, Zurich, 44.)

Los socialistas se diferencian del sangriento Most, que á todo trance quería la destrucción y la muerte, únicamente en que proceden con mayor cautela: «Aunque nadie levantara su voz contra una transformación social violenta, no sería lícito excitar al pueblo á un movimiento revolucionario, hasta que estuviéramos bien seguros del éxito.» (*Protokoll des Kongresses*, Wyden, 40.)

«La retirada momentánea, ordenada á raíz de la represión legal del socialismo, era una necesidad, porque no estábamos en condiciones de lanzarnos á la destrucción. No se crea, sin embargo, que la

legalidad haya de ser nuestra definitiva norma de conducta. Eso sería por parte de los gobernantes una prueba de cordura, que los gobiernos alemanes no han dado hasta el presente, y cuando llegue el momento supremo y definitivo, ya se verá quiénes saben cumplir con su deber, si los que ahora somos perseguidos ó nuestros perseguidores. (*¡Bravo!*)» (*Protokoll des Kongresses*, Wyden, 44.)

Cuando llegue el derramamiento de sangre, serán responsables los defensores del actual orden social y no los revolucionarios que ataquen con violencia, como creen la generalidad de las gentes. «Por lo que se refiere á las frases *transformación pacífica y vías legales*, todo el partido socialista las ha entendido siempre en el sentido de que por medio de ellas expresaba su intención deliberada de realizar sus ideales pacífica y legalmente, en cuanto de su voluntad dependa y como dando á entender que, si ello no fuera posible, la responsabilidad caerá, no sobre el partido, sino sobre sus enemigos, que se oponen al desarrollo de sus reformas.» (*Protokoll des Kongresses*, Wyden, 16.)

«Con la inexorabilidad del antiguo destino se aproxima el día en que las masas populares comprenderán todo el oprobio de la esclavitud económica, como el pueblo americano comprendió todo el oprobio de la esclavitud de los negros. Y entonces los actuales detentadores del poder habrán de decidir entre obedecer á los dictados de la razón y de la justicia, ó apelar á la violencia.» (*Verhandlungen des Parteitage*, S. Gallen, 42.)

Se hace constar de una vez para siempre la inocencia é irresponsabilidad de los compañeros revolucionarios. La responsabilidad caerá por entero, no sobre los instigadores, sino sobre las clases dominantes.

«Jamás hemos dicho que nosotros seamos partidarios de la revolución; lo que hemos sostenido siempre es que las revoluciones proceden de arriba, de las clases poderosas, que no se allanan á satisfacer los justos deseos del pueblo. En esto coincidimos con los antiguos maestros burgueses de derecho político. Pero esto no excluye en modo alguno la posibilidad de llegar á una explosión sangrienta, cuando el descontento popular haya llegado á su más alto grado de exasperación. Están completamente equivocados los que se imaginan que Alemania no llegará nunca á estos extremos revolucionarios por la índole especial de nuestro pueblo. (*¡Muy bien!*). Yo, sin embargo, no puedo afirmar lo contrario. Ello dependerá de las circunstancias y del estado de opinión que ellas produzcan, pero que, en ningún caso, podrá falsificarse. Si no se puede afirmar que sobrevendrá la revolución, muchísimo menos puede sostenerse que nunca haya de realizarse en Alemania. (*¡Muy bien!*)» (*Protokoll des Parteitage, Mannheim, 233.*)

Frente á la democracia socialista, sus adversarios carecen, en absoluto, de todo derecho. Así lo demuestra la *Neue Zeit* con una cita de Hegel: «Contra este su derecho absoluto de ser los impulsores del actual desarrollo del espíritu mundial, los

demás pueblos carecen en absoluto de razón, y éstos, como aquellos otros cuyas épocas pasaron, no figurarán ya más en la historia del mundo». (*Die Neue Zeit*, año 1891, número 9, pág. 282). Y á esta cita agrega: «En la actualidad no hay pueblo alguno que pueda considerarse como representante de un nuevo principio histórico del mundo, sino una clase determinada, á saber: el proletariado de todos los pueblos civilizados». (Idem, íd.)

Los proletariados son los más altos representantes de la evolución. Frente al derecho de la evolución y del progreso, todos los adversarios carecen, en absoluto, de razón, y en consecuencia, pueden ser aniquilados sin escrúpulo alguno, tan pronto como los representantes de la evolución tengan poder suficiente para llevarlo á cabo. Esto explica perfectamente que á estos señores no les retoce de alegría el corazón cuando se abre alguna sangría abundante en la burguesía, y por qué andan tan solícitos en conservar sus preciosas cabezas y no ponen el grito en el cielo cuando van camino del patíbulo los anarquistas de acción. No han llegado todavía los tiempos de la destrucción, y por eso Liebknecht se opone resueltamente al empleo de los medios violentos.

«Nuestra fuerza consiste en agitar las masas: nuestra táctica debe consistir en demostrar á nuestros adversarios que, para implantar nuestros ideales, aspiramos á la conquista del poder por medio de procedimientos racionales. ¿Qué ha sido de la apelación á la violencia? Dentro de un mes hará

tres años que terminaron su vida en el patíbulo los mártires de Chicago (1). ¿Cuáles han sido las consecuencias? La teoría de que á la violencia debe responderse con la violencia. Si adoptáramos esta posición, nuestra ruina no se haría esperar. Por muy fuerte que seamos nosotros, está en contra nuestra el 80 por 100 de la población; si proclamamos la implantación de nuestros ideales, no por la ley, sino por la destrucción y por el terror, estarán con nosotros el 20 por 100 y con nuestros enemigos el 80 por 100; ellos disponen del ejército, de los cañones y de la policía, y nos recluirían en las cárceles, ó mejor, en los manicomios, á lo cual nos haríamos acreedores con nuestro insensato proceder». (*Protokoll des Parteitage*, Halle, 57.)

¡He aquí la clave del enigma! El único delito de los mártires de Chicago consiste en que serían demasiado pocos algunos millares de hombres lanzando bombas. De acuerdo con Liebknecht están otros muchos compañeros: «Si intentáramos hoy implantar con las armas en la mano el imperio de la justicia (es decir, la reforma de la sociedad en sentido socialista), estallaría una guerra, como el mundo no la ha presenciado nunca; ó dicho en breves palabras, seríamos sencillamente destrozados y destruidos por completo».

«Hay que partir, pues, del hecho irrefutable, de que los demócratas socialistas estamos todavía

(1) Se refiere á los anarquistas que en 1887 arrojaron en Chicago las bombas entre una muchedumbre de ciudadanos.—*El Autor*.

en minoría y tenemos en contra nuestra una monstruosa mayoría de la población... El proletariado de las grandes urbes no puede prevalecer contra el poder unido del pueblo inculto y del ejército.» (Pfund, *Unsere Taktik*, 7 y 8.)

Los alemanes no deben promover movimiento alguno sin probabilidades de éxito: «Entretanto no debemos estarnos, sin embargo, con las manos cruzadas. No son los motines y los atentados los que pueden acelerar la victoria de nuestra causa, sino el fomento de todos aquellos medios que aumenten nuestro poder. La fuerza está en el pueblo, y debemos conquistar moralmente sus masas. Pocos hombres hacen falta para promover un alboroto; mas para hacer una revolución es necesario que el pueblo esté profundamente convencido de que el interés supremo de las masas reclama que se rompa violentamente con el pasado. Es preciso inundar de luz y de claridad los cerebros; lo demás vendrá sin grandes esfuerzos. Urge, pues, la propaganda, para que el alma popular despierte. Hay que poner de relieve la ineludible necesidad de echar abajo el actual sistema. Y aun nosotros mismos necesitamos aprender, si nuestras enseñanzas han de ser fecundas. Nuestro lema debe ser, en consecuencia: agitar, organizar, estudiar.» (*Verhandlungen des Parteitag*, San Gall, 42.)

Los alemanes tendremos la inefable dicha de ser los primeros en presenciar los avances de la revolución, empujada por el esfuerzo mancomunado de los proletarios de ambos mundos.

«Teniendo en cuenta el desarrollo de la organización y de las ideas socialistas, que se halla perfectamente determinado por los avances de la democracia socialista, y dada la rapidez con que toca á su término el desenvolvimiento de las relaciones económicas, Alemania será, á nuestro juicio, la que haya de iniciar el impulso revolucionario. ¿Y cuáles son las garantías que á los socialistas alemanes ofrece el socialismo internacional? No hay duda que tan pronto como se inicie el movimiento, se coligará contra él el capitalismo de toda Europa, formando una verdadera triple alianza de intereses. Pero, al mismo tiempo, se alzarán también, ¡tal es nuestra esperanza, como un solo hombre, el proletariado de ambos mundos, para sostener el movimiento iniciado por sus hermanos alemanes.» (*Protokoll des internationalen Arbeitercongresses*, París, 110.)

En consecuencia, la próxima revolución deberá ser internacional. En estas mismas ideas abundaban también los mensajes dirigidos desde países no alemanes al Congreso de Wyden y que fueron recibidos con estrepitosas y entusiastas aclamaciones. El de *Egalité* decía: « El socialismo es internacional y los proletarios deben unirse en todos los países contra sus opresores. La revolución social será internacional ó no será..... Los socialistas franceses tienen el derecho de contar con vosotros y vosotros el de contar con ellos, tan pronto como suene la hora de la revolución internacional, próxima é inevitable, que ha de romper las cadenas del proleta-

riado en ambos mundos.» (*Protokoll des kongresses*, Wyden, 10.)

Mucho más categórico es, todavía, el lenguaje del mensaje belga: «El día en que por la opresión insoportable, por la fuerza de las circunstancias, por exigencias de vuestra táctica, ó por otra razón cualquiera despleguéis la bandera revolucionaria, desde el momento en que pronunciéis el grito de rebelión, resonará imponente entre nosotros el eco de vuestros acentos guerreros y las grandes masas marcharán á pelear á vuestro lado.

Nosotros abrigamos el convencimiento de que únicamente por la violencia podrá el proletariado arrojar de sus tronos á los poderosos; pero, hoy por hoy, debemos refrenar toda clase de violencias revolucionarias, porque estamos en minoría. Agrupamos á los trabajadores, les alentamos con nuestras propagandas infatigables y vamos preparando el proletariado para el gran día. Todos nuestros esfuerzos van encaminados á que el pueblo se encuentre en este día grande, no solamente henchido de pasajero entusiasmo, sino plena y profundamente convencido, cosas ambas que sólo pueden darle la ciencia, el conocimiento de su derecho, y la esperanza, la certeza absoluta del triunfo de su causa. ¡Podéis contar con el proletariado socialista belga! Embelesado en el momento de vuestro triunfo, estará á vuestro lado en los momentos de peligro.» (*Protokoll des kongresses*, Wyden, 11.)

En el mensaje ruso se lee: «Sabemos muy bien que vuestra victoria será la señal para el estallido

de una revolución social universal, á la cual nosotros dedicamos también todos nuestros esfuerzos... La revolución social es la consecuencia inexorable de las relaciones actuales entre el capital y el trabajo.» (*Protokoll des kongresses*, Wyden, 12). También Carlos Marx, padre del socialismo en su forma actual, tenía el convencimiento de que sus ideas no triunfarían sin el empleo de la violencia. Con frase algo retorcida lo expresa en la forma siguiente: «Esto (la expropiación de los medios de producción) no puede realizarse en modo alguno más que por medio de un ataque despótico y violento al derecho de propiedad y al estado de la producción burguesa, es decir, por medio de medidas que parecen insuficientes é insostenibles desde el punto de vista económico, pero que, al desarrollarse el movimiento, serán más que suficientes é inevitables, como medios para la transformación de todas las formas de la producción.» (*Manifesto comunista*, 23.)

La intensidad de la violencia en el ataque dependerá de la intensidad de la resistencia: «La marcha de esta transformación dependerá de la intensidad (fuerza) con que las clases interesadas reciban el movimiento; todo consistirá en la resistencia que el movimiento encuentre en sus adversarios. Una cosa es segura; cuanto más empeñada y tenaz sea la resistencia, más violenta será la implantación del nuevo estado. En todo caso, la cuestión no podrá resolverse con aspersiones de agua de rosas.» (Bebel, *Unsere Ziele*, 20.)

Los socialistas no perdonan ocasión favorable para predicar á sus compañeros la necesidad inevitable de una revolución sangrienta: «La revolución social, que ha de cerrar con fatal inexorabilidad la era del capitalismo, se limitará á cumplir sencillamente la sentencia de muerte, dictada por el desenvolvimiento económico, contra las masas capitalistas.» (Lafargue, *Communisme et Capitalisme*, 22.)

«Hay entendimientos menguados que creen en una dificultad ilusoria; piensan que siempre se puede proceder dentro del orden, y no son capaces de comprender que al orden solamente puede llegarse por el desorden.» (Dietzgen, *Die Zukunft der sozial Democratie*, 16.)

«Ni los discursos parlamentarios ni los acuerdos de la mayoría han derrumbado jamás trono alguno ni han *expropiado á los expropiadores*, ni han hecho desaparecer la lucha de clases, ni han realizado el derecho de la humanidad. Todo esto únicamente puede llevarlo á cabo la *dictadura* transitoria del proletariado, es decir, para explicarlo en pocas palabras, nuestro poder.» (Pfund, *Unsere Taktik*, 34.)

Las amenazas de una cercana y sangrienta revolución social están destinadas para los compañeros impacientes, que desean entrar pronto en el paraíso prometido. Pero cuando se echa en cara á los jefes socialistas que trabajan para provocar una catástrofe sangrienta y pavorosa, dan media vuelta y se pasan de la revolución á la evolución. Tienen así dos caminos que seguir y van por donde la necesidad les empuja. Ante los compañeros impacientes

y alborotados, manejan la caja de los truenos y repican gordo, pero en presencia de públicos numerosos y complejos, cantan las excelencias de la paz. Bebel describe estos dos caminos en la forma siguiente: «No hay más que dos caminos para implantar nuestros ideales. Uno es la preparación del estado democrático, atacando lenta y gradualmente á la propiedad privada por medio de disposiciones legislativas. Este procedimiento solamente podría seguirse, si las clases interesadas, contra las cuales va dirigido el movimiento socialista, se comprometieran solemne y oportunamente á desaparecer como clases explotadoras, y á ingresar, bajo un pie de igualdad, en la comunidad socialista. El otro, más corto ciertamente, pero también más violento, sería la expropiación forzosa y la desaparición de toda la propiedad privada de un solo golpe y por cualquier medio. El resultado de esta crisis depende, en consecuencia, de la clase capitalista, y su carácter estará determinado por la forma en que hagan uso del poder que tienen en sus manos. Si recurren á la fuerza material, no hay duda alguna sobre el lado hacia el cual habrá de inclinarse en último término la victoria. La masa estará con el pueblo trabajador y el derecho moral también. ¡No hay sino llevar la necesaria ilustración á las masas y estará planteada la lucha!» (Bebel, *Unsere Ziele*, 53.)

En el debate sobre el *Estado del porvenir*, entablado en el Parlamento alemán (Febrero de 1893), se expresaba Liebknecht con extraordinaria moderación: «Jamás ningún demócrata socialista ha dicho

que nosotros deseáramos ó quisiéramos derribar el Estado y la sociedad actuales por medio de conspiraciones ó motines ó de cualquier otro procedimiento misterioso, elaborado en la sombra, y tendríamos por ciego ó por fanático demente al que osara afirmar que una revolución violenta puede hacerse á capricho. Las revoluciones no se hacen; germinan, se forman y crecen orgánicamente, son el producto de las circunstancias en que se desarrolla el progreso histórico.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 156.)

La sociedad podrá transformarse sin derramar una gota de sangre, si no se opone resistencia alguna. «Nosotros esperamos que nuestro poder será tan fuerte y tan avasallador nuestro impulso, que no se nos opondrá una resistencia seria, y nadie se atreverá á oponerse violentamente á nuestras pretensiones.» (Pfund, *Unsere Taktik*, 43.)

La palabra *revolución* no debe entenderse en el sentido de una sublevación ó levantamiento popular, sino en el de una transformación social: «La democracia socialista no considera la revolución como un alzamiento del pueblo contra el Gobierno, sino como una transformación del estado social.» (*Sozialdemokratischer Katechismus*, 37.)

El carácter revolucionario no lo dan los medios empleados, sino el fin que se persigue, es decir, la transformación social. «Se es revolucionario, en cuanto se labora constantemente para conseguir el objeto capital de que pasen á la sociedad los medios y los materiales de trabajo, es decir, en cuanto se trabaja para reducir á polvo el capitalismo y las

clases que en él se apoyan; no importando que para conseguirlo se empleen ó no medios violentos. La esencia de la revolución consiste en el fin, no en los medios que las circunstancias de la lucha impongan». (*Protokoll des Parteitage*, Berlín, 83.)

Bebel está *firmemente persuadido* de que esta transformación podrá realizarse fácilmente de una manera pacífica: «Yo abrigo el firme convencimiento de que si la sociedad actual continúa progresando pacíficamente, hasta llegar á un más alto grado de desarrollo, es posible que el estado actual se transforme en el estado socialista por medios igualmente pacíficos y relativamente rápidos, de la misma manera que en 1870 los franceses pasaron á la República y se desentendieron de Napoleón, cuando en Sedán fué derrotado y hecho prisionero.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 111.)

Éste es el mismo Bebel que en la asamblea del partido, celebrada en San Gall, había manifestado á sus compañeros que todo el que creyera que por los actuales procedimientos parlamentarios podían convertirse en una realidad las aspiraciones supremas del socialismo, las desconocía ó era un farsante. (V. pág. 2)

En la asamblea de Stuttgart (1898) se discutió ampliamente sobre las palabras *revolución* y *evolución*.

Bernstein y Heine opinan que, dando de mano á las *aspiraciones supremas*, debían dedicarse con más ardor á trabajar por conseguir reformas y mejoras prácticas y positivas. El último entendía

que la democracia socialista podía llegar á conquistar el poder por medio de la evolución tranquila y sosegada y sin espasmos ni sacudidas violentas. Pero el *dogmático* Kautsky, y con él la inmensa mayoría de los miembros de la asamblea, recibieron con marcada hostilidad semejantes herejías.

«Por todas partes (en Europa) está en auge el militarismo y domina una burocracia déspota y tirana, no sólo en los Estados monárquicos, sino en la misma Francia. Por todo el continente europeo puede observarse, además, la influencia decisiva de los grandes propietarios y el vasallaje que la burguesía rinde á la soberanía del sable, porque ha dejado de ser ya una potencia democrática... ¿Estima alguien que puede vencer el proletariado sin una catástrofe? Esos serían mis descos, pero no son esas mis creencias. (*Aprobación.*)» (*Protokoll des Parteitage*s, Stuttgart, 129.)

Cinco años después expresaba en Dresden el mismo pensamiento:

«Él (el compañero Kolb) ha manifestado con verdadero acierto la gran oposición que aquí existe, aunque haya formulado su pensamiento con alguna vaguedad. Él ha puesto de relieve la oposición que hay entre la teoría de un rompimiento brusco y la de la evolución. Esta frase es algo vaga, pero la oposición tiene una frase firme. Nuestra táctica ha consistido siempre en avanzar constantemente, sin consideración á nada ni á nadie; en acentuar más y más la oposición contra las clases dominadoras; en excitar sus iras contra nosotros;

en infundir á los propietarios un mayor terror á medida que aumentan nuestras fuerzas, y en agravar incesantemente los conflictos, para llegar al fin á una situación tal, que sea forzoso adoptar una actitud resuelta que nos obligue á arrebatár el poder y á aniquilar á nuestros enemigos. Esta ha sido nuestra táctica hasta los momentos actuales. Pero hay algunos compañeros que, aterrados ante una perspectiva semejante, se esfuerzan por suavizar y orillar el conflicto. Si dispusiéramos de algún otro medio para orillarlo, no hay duda que todos estaríamos conformes en adoptarlo. Nadie quiere el conflicto por el conflicto mismo. Únicamente se le busca como medio para conseguir un fin. Pero estos conflictos tienen sus raíces en la naturaleza misma de las cosas y sería una locura andar en busca de rodeos para esquivarlos». (*Protokoll des Parteitage*, Dresden, 1903, 381 y siguientes.)

El compañero Dietzgen se expresa, según su costumbre, con mucha mayor dureza: «¡Oh miopes y gentes apocadas, que no podéis desprenderos de la idea de un progreso moderado y orgánico! ¿No veis que todas vuestras liberales empresas descenden hasta la categoría de verdaderas fruslerías, precisamente porque está á la orden del día la magna empresa de la redención social? ¿No comprendéis que deben preceder siempre la lucha á la paz, la destrucción á la edificación, la confusión caótica de los materiales á la organización sistemática, la tempestad á la calma y la borrasca deshecha al sosiego general?.... La historia permanece tranquila,

precisamente porque está recogiendo sus energías para una gran catástrofe.» (Dietzgen, *Religión der Sozialdemokratie*, 10.)

Kautsky y Dietzgen tienen razón seguramente. No puede concebirse siquiera la destrucción de las actuales formas de gobierno y el despojo de todas las riquezas y empresas por la sociedad, sin que las clases poseedoras opongan una tenaz resistencia.

No sería difícil agregar los testimonios de anarquistas exaltadísimos. Pero los bramidos de hombres furiosos, como el cobarde Most, sediento de sangre, son mucho menos peligrosos. Todos ellos acabarán un día en el patíbulo mucho antes de que se arruine el actual orden social. De aquí la hostilidad creciente é indiscutible de la democracia socialista contra la anarquía. Son muchísimo más temibles aquellos hombres que con calma y frialdad, con un plan fijo y una tenacidad indomable, van preparando el ánimo de las clases proletarias para una revolución violenta.





II

NO REFORMA, SINO REVOLUCIÓN

Se ha manifestado ya en muchas ocasiones la esperanza de que el peligro socialista que nos amenaza vaya perdiendo su espíritu violento y agresivo, y que el partido demócrata socialista, poderoso ó influyente, vaya despojándose poco á poco de su carácter revolucionario, comprenda la imposibilidad de implantar ciertas utopías y se decida á colaborar prácticamente en la esfera social. Sería posible combatir el malestar presente y restablecer la tranquilidad general, llevando á cabo una profunda reforma social sobre la base del orden existente en la actualidad. Ciertó que Vollmar, Bernstein, David y otros *revisionistas* reclaman decididamente la necesidad de emprender un trabajo social positivo; pero no es menos cierto que todos ellos persiguen al mismo tiempo, y sin desmayos ni vacilaciones, el ideal común supremo del movimiento socialista. Por lo que á ésto se refiere, son radicales en su inmensa mayoría y rechazan con decisión toda reforma que pudiera robustecer el actual estado de cosas

en la sociedad y redunde en beneficio de los pequeños propietarios. No quieren que desaparezca el peligro del proletariado; desean únicamente conseguir medidas que favorezcan á los trabajadores con el objeto de adiestrarles mejor para la lucha. Vollmar expresa sus deseos en la siguiente forma: «El peregrino que por un camino largo y espinoso se dirige á un punto lejano, no puede conservar sus energías con la simple contemplación del término deseado que se dibuja confusamente en la lejanía, porque mucho antes de dar fin á su jornada, se extenuaría y moriría de hambre. Por esto debemos nosotros, sin perder de vista lo más general, preocuparnos más de las cosas inmediatas que de las que se mueven en los amplísimos límites del tiempo; de las positivas más que de las absolutas; y poner al lado del programa permanente, otros que tiendan á satisfacer las necesidades del momento y á acumular nuestras energías, procurando satisfacer las aspiraciones que respondan á las necesidades más urgentes y que contengan en sí mismas la mayor potencia posible para la acción.» (Vollmar, *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie*, 19.)

Según él, es una puerilidad la manía que los demócratas socialistas tienen de censurarlo y criticarlo todo sin cuidarse de hacer una labor verdaderamente positiva.

«Son diferentes los puntos que me parecen indicados en estos momentos para la autoerítica y la moderación propia. En términos generales puede

observarse que todo espíritu crítico cae fácilmente de la tendencia á censurarlo todo en la manía de negarlo todo, y considera que cuanto existe es malo y debe combatirse sólo porque existe. Tal estado es un paso inevitable, una puerilidad de muy escasa importancia, un movimiento pequeño é inicial; pero un gran partido que dispone en abundancia de medios de ilustrarse, debe evitar todo aquello que con razón pueda perjudicarle ante la opinión pública que quiere ganar para su causa.» (Vollmar, ídem, íd.)

Vollmar defiende, pues, resueltamente el trabajo positivo: «Ciertó que, en ocasiones, ha habido grandes crisis, en que la historia ha sufrido sacudidas violentas y parece haber procedido por saltos. Pero en general, las transformaciones son lentas y progresivas. De la misma manera que los fenómenos naturales no se desarrollan por cataclismos sucediéndose inmediatamente unos á otros, así tampoco los órdenes sociales pueden separarse unos de otros, como si fueran unidades aisladas. En este orden de cosas no se procede por artificios ni por sacudidas bruscas y violentas para empezar de nuevo, sino que lo antiguo va modificándose gradualmente, con lentitud excesiva para el pensamiento de altos vuelos, pero con paso firme y seguro, hasta transformarse completamente en lo nuevo. Estas variadísimas raíces del *hoy* en el *ayer* y del *mañana* en el *hoy* impiden el advenimiento de lo absoluto; todos los estados políticos y sociales son algo relativos, son formas transitorias. Nuestra misión principal-

sima debe consistir en aprovecharnos de la forma actual para intervenir en la organización de las formas venideras.» (Vollmar, ídem íd., 6 y siguientes.)

Defiende con calor la teoría del socialista francés Lafargue, según el cual deben respetarse las propiedades de los pequeños labradores: «El campo es el medio de trabajo para el labrador, como el cepillo lo es para el carpintero y el bisturí para el cirujano. Los labradores, los carpinteros y los cirujanos no explotan con sus herramientas, por lo cual no deben temer que la revolución social les despoje de ellas, porque su obra principal consistirá en *expropiar á los expropiadores*.

Una vez que el partido socialista haya llegado á conquistar el poder público, nada más lejos de su pensamiento que el perturbar al labrador en la tranquila posesión de sus campos, que él fecunda con su propio sudor; antes bien, levantará las cargas que le oprimen, le condonará las deudas, le proporcionará máquinas, abonos, semillas y ganados, y le permitirá cumplir con todos sus deberes naturales.» (*Protokoll des Parteitage*, Frankfurt, 150.)

El compañero David escribe en el número de Marzo (1904) de la *Sozialistische Monatshefte*: «El partido demócrata socialista no desarrolla una política de discordia y rencores, ni trata de provocar estados en los que sea forzoso tomar una *decisión resuelta*, en el sentido de nuestros radicales. Estos son productos fantásticos de una literatura revolucionaria que el partido menosprecia en absoluto. Nosotros fomentamos una política noble. Nuestra

aspiración suprema consiste en la emancipación de las masas populares que trabajan en los talleres, en la democratización y socialización de nuestro sistema político y económico. Nuestro partido no oculta nada; antes bien, indica á las clases dominadoras un medio accesible de implantar este ideal sin una revolución violenta, es decir, el camino de las reformas completas, fundamentales y sistemáticas».

Sobre todo, debe procederse con la mayor nobleza, hasta que hayan ingresado todos los labradores en la democracia socialista. «Todas las ventajas obtenidas contra los labradores tendrían un carácter transitorio y con toda seguridad irían seguidas de una reacción imponente.» (*Protokoll des Parteitages*, Frankfurt, 149.)

Pero los reformistas distan mucho de estar en mayoría. La asamblea de San Gall tomó por unanimidad la siguiente resolución: «El partido entiende que, antes como después, no debe modificar su actitud con relación á la labor parlamentaria de sus diputados; su misión fundamental debe ser, como hasta el presente, la censura y la agitación.» (*Verhandlungen des Parteitages*, San Gall, 19.)

El fin de toda reforma no es combatir el mal-estar actual, sino fortalecer al proletariado, para destruir la sociedad burguesa: «Ciertamente que también nosotras solicitamos reformas; ¿pero qué diferencia hay entre nosotras y las feministas? Estas pretenden afianzar la sociedad burguesa por medio de reformas; nosotras pretendemos ama-

trar al proletariado, para que pueda derrocar la sociedad actual.» (Así se expresaba la señora Zetkin en la asamblea de Bremen, 1904, 348.)

Stadthagen decía con mayor crudeza: «¡Vayan al diablo las pequeñas reformas sociales! Deben aceptarse cuando vayan camino de la expropiación, pequeña labor necesaria, pero no la principal.» (*Protokoll des Parteitage*s, Hannover, 206.)

La democracia socialista no quiere combatir de raíz el malestar social. En la moción 91 (seguros contra la falta de trabajo, socialización de los productos de la tierra para el sustento de las clases populares y organización de las inspecciones del trabajo), se manifiesta con la mayor sequedad, «que es contrario por completo á los principios de la democracia socialista el combatir el malestar de la sociedad actual dentro de la sociedad actual.» (*Protokoll des Parteitage*s, Colonia, 155.)

A fin de ir ganando prosélitos entre los labradores, propuso la asamblea de Francfort una comisión para que redactara un programa agrario. Después de un larguísimo debate, la asamblea de Breslau rechazó el proyecto presentado, «porque este programa tendía á mejorar la situación de los labradores, y, por consiguiente, al afianzamiento de la propiedad privada.» (*Protokoll des Parteitage*s, Breslau, 204.)

Todos los miembros de la Comisión agraria coincidieron en que los labradores debían ser completamente despojados de sus propiedades. «Afortunadamente podemos hacer constar que todos los in-

dividuos de la Comisión (para la cuestión agraria) hemos convenido en resolver con unidad de criterio la cuestión fundamental: los campos y las tierras, como todos los medios de producción, pasarán al dominio común de la sociedad. No obstante, en todas las cuestiones particulares se dejará á cada una de las naciones la mayor libertad posible.» (*Verhandlungen des internationalen sozialistischen Arbeiter-und Gewerkschaftkongresses*, Londres, 14.)

En consecuencia, la clase labradora, como tal, no subsistirá, sino que desaparecerá completamente: «No hallamos razón alguna que justifique la conservación de la clase agrícola, lo cual únicamente podría verificarse afianzándola en su posesión, es decir, siguiendo un procedimiento diametralmente opuesto al que debemos seguir en todo lo demás.» (*Protokoll des Parteitages*, Breslau, 125.)

Algunos compañeros, Atlántico, por ejemplo, propusieron que se permitiera conservar sus propiedades á los pequeños labradores con el fin de ganarlos para el socialismo; pero esta política oportunista no modifica en lo esencial el estado de las cosas.

Los oficios y profesiones manuales, como clase, fueron, igualmente que los labradores, condenados á desaparecer: «Frente á la evolución capitalista, el artesano estaría para defenderse en tan malas condiciones, como el caballero de la Edad Media al aparecer las armas de fuego. Todos los medios de salvación son ineficaces, y la misión de la democracia socialista debe consistir principalísimamente en

hacer comprender á todas las clases sociales, sentenciadas á la muerte económica, que la salvación no debe buscarse en el pasado, sino en el porvenir; que las antiguas y decrépitas formas de la producción y de la existencia no deben galvanizarse para conservarles artificialmente la vida, sino que se trata de buscar nuevos modos de producción y existencia, tal y como el socialismo pretende llevarlo á cabo.» (*Die Tätigkeit des deutschen Reichstages von 1890 bis 1893*, 10.)

La misma suerte correrán también los comerciantes al por menor: «Lo mismo que los artesanos, desaparecerán también los negociantes y mercaderes frente al desarrollo capitalista del comercio y á la concurrencia de los grandes bazares y depósitos de mercancías..... A la misma muerte, sin salvación posible, están también condenados los labradores pequeños y de la clase media.» (*Die Tätigkeit des deutschen Reichstages von 1890 bis 1893*, 11.)

Los demócratas socialistas no quieren molestar-se ni siquiera en hacer un ensayo para salvar estas clases: «Contra la ruina inevitable de las clases medias no sirven para nada todas las drogas reaccionarias de la edad media (certificados de aptitud, agremiación forzosa); lo único eficaz es el reconocimiento claro y evidente de que las clases artesanas y los oficios mecánicos deben aproximarse más y más cada día á la condición proletaria ante el empuje y rápido desarrollo de la sociedad burguesa.» (*Protokoll des Parteitages*, Colonia, 92.)

En consecuencia, labradores, artesanos y co-

merciantes deben arruinarse sin remedio, para ingresar en las filas de la democracia socialista: «Cier- to que nosotros queremos ganar la voluntad de los pequeños propietarios, pero sólo á condición de llevar á su espíritu el convencimiento de que no les espera porvenir alguno en su calidad de propietarios, sino que su suerte habrá de ser la suerte del proletariado.» (*Protokoll des Parteitages*, Breslau, 110.)

No obstante, la democracia socialista desea mejorar la condición de los trabajadores, porque de esta suerte espera robustecer sus propios soldados: «La democracia socialista, que desea socavar los cimientos del orden social actual, por lo cual constituye un partido eminentemente revolucionario, sabe perfectamente que la legislación protectora del trabajo no es el mejor camino para la consecución de sus ideales. Pero tampoco se nos oculta que podremos ver realizadas nuestras aspiraciones muchísimo antes, si mejoramos la situación de los soldados que en cumplimiento de su deber han de reñir la gran batalla para redimir á la humanidad, y ésto lo conseguiremos oponiendo la mayor resistencia posible á la acción degradante y asoladora del sistema social actual: para ésto debe servir la legislación protectora del trabajo» (1). (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 84 y siguientes.)

(1) Desde este punto de vista debe interpretarse la intervención de los demócratas socialistas en el Congreso internacional para la protección de los trabajadores, celebrado en Zurich del 23 al 28 de Agosto de 1897.

No son los trabajadores más miserables, sino los que están relativamente mejor pagados, los más entusiastas defensores de la democracia socialista: «Es una verdad confirmada por la experiencia, que los proletarios más esclavizados, que más horas trabajan y menos salario cobran, son los más reaccionarios, débiles é indiferentes para todo esfuerzo generoso en favor de la libertad y de la democracia socialista.» (Pfund, *Unsere Taktik* 22.) «En cambio puede comprobarse en todas partes que los que se dedican á aquellos oficios que por su buena organización han obtenido mayores ventajas, trabajan menos horas y cobran jornales más altos, son también los más esclarecidos, fervientes y enérgicos demócratas socialistas.» (Pfund, ídem, íd., 24.)

El compañero Roberto Schmidt asegura que «los más esforzados é inteligentes campeones son, precisamente, los obreros mejor pagados. Es sumamente difícil convertir á los trabajadores que ganan jornales bajos, en celosos propagandistas del movimiento socialista». (*Protokoll des Parteitages*, Jena, 1905, 247.)

En consecuencia, cuando el partido ofrece generosamente su intervención en favor de todos los pobres y oprimidos, no se propone, según lo anteriormente indicado, otra cosa que fomentar y estimular la agitación: «Cuando nos esforzamos por convertir al trabajador y, especialmente, al obrero agrícola, en un demócrata socialista consciente, como es nuestro deber y lo reclaman de consuno nuestros intereses mutuos, entiéndase que rompe-

mos lanzas en favor de los pobres y de los oprimidos, representamos sus intereses y nos esforzamos por mejorar su condición, como no lo hace ningún otro partido, única y exclusivamente cuando nuestra intervención activa puede ser fecunda y hay, aunque sólo sea la más pequeña esperanza, de obtener algún resultado positivo». (Pfund, ídem, ídem, 13.)





III

MEDIOS PARA LLEVAR Á CABO LA REVOLUCIÓN

No hay para qué ocultar que la democracia socialista aprovecha todas las ocasiones para despertar los sentimientos más nobles del trabajador, con el fin de ganarlo para su causa. Así Lassalle en su programa de los trabajadores, dice: «Este cuarto estado cuyo corazón no ambicionará ya privilegio alguno, y que equivale precisamente por ésto en importancia á todo el género humano, siendo su causa, en verdad, la causa de toda la humanidad, su libertad la libertad del género humano, y su soberanía la soberanía de todos los humanos. El que proclama, pues, la idea de las clases trabajadoras como el principio fundamental de la sociedad en el sentido que yo os he indicado, este tal no lanza un grito de rencor y de discordia entre las clases sociales, sino un grito en el que desaparecen todas las antítesis y divisiones de las clases sociales; un grito de unión y armonía que debieran pronunciarlo todos los que no quieren el privilegio y la opresión del pueblo por las clases privilegiadas; un grito de amor que, desde

que ha salido por vez primera del angustiado corazón del pueblo, continuará siendo eternamente el verdadero grito popular; y aun en aquellos momentos en que el pueblo lo pronuncie con entonación de himno guerrero continuará siendo por su contenido un verdadero grito de amor.» (Lasalle, *Arbeiterprogramm*, 23.)

Fino oído se necesita en verdad para oír este grito de amor en el concierto democrático-socialista: los tonos dominantes son de índole muy distinta. En promesas son los demócratas socialistas las gentes más generosas que jamás hayan existido sobre la tierra. Desaparecerán toda opresión y toda miseria, y reinarán la libertad más absoluta y la más completa felicidad: «Nuestra lucha va dirigida contra todas las formas de la iniquidad y de la injusticia, de la opresión y de la explotación. Nuestro lema es: ¡guerra sin cuartel á la miseria y á la ociosidad! Luchamos para implantar un nuevo orden político y social en que hombres y mujeres serán iguales y vivirán y trabajarán con entera libertad; en que el hombre no ejercerá soberanía alguna sobre el hombre, y el bienestar será el supremo principio fundamental de todo el orden humano. ¡Libertad é igualdad de derechos para todos! ¡Todo deber tendrá un derecho correlativo! (De una proclama electoral: *Protokoll des Parteitages*, Stuttgart, 1898, 19.)

¿Quién no se siente entusiasmado al oír tantas maravillas? ¿O quién sería tan imbécil ó ruin que rechazara felicidad tan universal y absoluta? Es

verdad que tan bellas promesas son de lo más barato que hay. Por lo demás, estas maravillas tienen un pequeño inconveniente: que no se verán nunca realizadas.

El más eficaz medio de agitación de que dispone la democracia socialista, es la crítica del orden social existente; pero esta crítica no se limita á poner de relieve los males positivos, que son, por desgracia, muchos y de mucha consideración, sino que nos presenta la constitución de todo el orden social como inmoral en su más íntima esencia, como injusta y basada exclusivamente en la explotación del trabajador; como gastada y llevando en sus mismas entrañas los gérmenes de una muerte segura.

La prensa diaria democrático-socialista publica con verdadera saña todos los escándalos de la sociedad burguesa, verdaderos é inventados, y encabeza sistemáticamente tales escritos con la siguiente frase: *¡Todo está podrido! ¡Abajo todo!* La causa propulsora de semejante proceder no es únicamente la manía de la censura, sino que está, además, en la naturaleza de las cosas. Poco á poco y de una manera sistemática se va inculcando al trabajador el convencimiento, é imprimiendo en su espíritu, como una idea fija, la creencia de que únicamente una revolución poderosa puede poner término á este estado insoportable.

El Centro Católico ha laborado constantemente con energía indomable en favor de los trabajadores y ha realizado por ellos algo más positivo que

los eternos Aristarcos demócratas socialistas. Pero éstos no reconocen derecho alguno á sus adversarios: «Los ultramontanos son reaccionarios enmascarados, que otorgan al pueblo todos los derechos y goces del cielo, para poder ellos conservar la tierra. Saben muy bien que el maná celestial es mucho más sabroso cuando se toma al mismo tiempo un magnífico beefsteak». (*Sozial demokratischer Katechismus*, 17.)

Tan pronto como se atraviesa el interés de partido, los demócratas socialistas se manifiestan tan llenos de prejuicios, que son totalmente incapaces de formular un juicio imparcial. Apenas puede imaginarse una tan monstruosa derrota parlamentaria como la que estos señores sufrieron en el Parlamento alemán el año 1893, con ocasión del debate entablado acerca del *Estado del porvenir*. ¿Cómo se dió cuenta á la asamblea del partido de la actividad parlamentaria de la fracción democrático-socialista? Lea y asómbrese el lector:

«Jamás batalla alguna terminó más desastrosamente para sus iniciadores que el torneo oratorio contra la democracia socialista. Con las armas de sucias calumnias, de falsedades y de torcidas interpretaciones, acudieron al campo para combatir la causa grande y justa de la democracia socialista. Pero todos los ataques se estrellaron inútilmente contra las graníticas rocas de las ideas democrático-socialistas.» (*Protokoll des Parteitages*, Colonia, 89.)

El tono dominante en el concierto de muchas

voces lo da como siempre Carlos Marx: «Los clavos de Vulcano no encadenaron á Prometeo en la roca con tanta fuerza como el trabajador es encadenado al capital por la ley que mantiene en equilibrio el exceso de población ó el ejército industrial de reserva con la extensión y poder del capital acumulado. Una tan monstruosa acumulación de capital reclama otra no menos monstruosa acumulación de miseria. La acumulación de riqueza en un polo es, en consecuencia y simultáneamente, acumulación de miseria, tormento del trabajo, esclavitud, ignorancia, brutalidad y degradación moral en el polo opuesto, es decir, en la clase que convierte en capital su único producto.» (Marx, *Das Kapital I*, 611.)

La acumulación de riqueza en una parte y de miseria en la otra determina, con la necesidad inexorable de un proceso natural, el advenimiento de una catástrofe: «Cada uno de los capitalistas arruina á muchos obreros: mano á mano con esta centralización ó expropiación de los más de los capitalistas por los menos, se desenvuelve la forma cooperativa del proceso del trabajo en proporción siempre creciente..... Al disminuir constantemente el número de los magnates capitalistas, que usurpan y monopolizan todas las ventajas de este proceso evolutivo, crece la masa de la miseria, de la opresión, de la esclavitud, de la degeneración y de la explotación; pero al mismo tiempo aumenta también la unión y la organización de las clases trabajadoras, nutridas y adiestradas por el mecanismo del proceso de la producción capitalista. El

monopolio del capital encadena la producción, tal y como él la determina y condiciona. La centralización de los medios de producción y la socialización del trabajo llegan á un punto tal, que no pueden sostenerse ya con su envoltura capitalista. Sobreviene el conflicto, suena la hora de la propiedad privada capitalista y los expropiadores son expropiados. «La forma de apropiación capitalista que surge de la forma de producción capitalista, y en consecuencia, la propiedad privada capitalista, es la negación más categórica de la propiedad privada individual basada en el propio trabajo. Pero la producción capitalista constituye la negación de sí misma con la fatalidad de un proceso natural. Es la negación de la negación. Ésta no desarrolla la propiedad privada, sino la propiedad individual sobre la base de las ganancias de la era capitalista, de la cooperación y de la posesión común de la tierra y de los medios de producción, producidos por el trabajo mismo.» (Marx, *Das Kapital I*, 728.)

El proletariado debe poner término á este estado de cosas si no quiere perecer con toda la sociedad. ¿De qué parte soplarán los aires de triunfo para la democracia socialista?

«Las grandes industrias modernas han creado un proletariado, es decir, una clase que por vez primera en la historia puede tener la pretensión de destruir, no ésta ó aquella organización especial, no éste ó aquel privilegio especial de clase, sino las clases mismas en general.

Por otra parte, esta misma industria ha creado

en la burguesía otra clase que tiene en su poder todos los medios de producción y de vida, y que en la quiebra universal á que han dado lugar sus desvaríos y sus locuras, se ha manifestado impotente para retener por más tiempo las fuerzas productivas, que se le escapan de las manos; una clase, en fin, bajo cuya dirección, la sociedad camina hacia su ruina, como una locomotora cuyo maquinista es demasiado débil para abrir las válvulas de escape.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 161 y siguientes.)

Este pensamiento de la explotación del trabajo por el capital y de la imposibilidad de soportar por más tiempo el presente estado de cosas, se repite incesantemente y en todas las formas posibles en los escritos democrático-socialistas, aunque no siempre expresado con el mismo relieve y con los mismos acentos de pasión: «Por regla general, el que más trabaja es el que menos tiene: los más ricos son los que trabajan poco ó nada y directa ó indirectamente hacen que los demás trabajen para ellos. La pobreza es el patrimonio del trabajo, como la riqueza es el de la ociosidad. Del festín de la riqueza nacional están excluidos los trabajadores, que son los que la producen: ella constituye el monopolio de los haraganes. De esta suerte la desigualdad llega hasta la suprema injusticia.» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 10 y siguientes.)

«El patrono se enriquece con el trabajo de sus obreros esclavos, á quienes paga solamente una parte de su labor en forma de jornal ó salario: el

resto no pagado va á engrosar sus arcas; despojo que no se diferencia del robo ordinario más que en que no lo castigan en las actuales leyes, hechas en favor de una clase. ¿Hay, acaso, alguna diferencia esencial entre el patrono que retiene á los trabajadores una parte del producto de su trabajo y se la apropia en provecho suyo, y el bandido que, pistola en mano, se contenta con despojar al caminante de una parte de su dinero?» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten, etc.*, 17.)

«El pueblo es el burro de carga de los ricos y poderosos, de los holgazanes y explotadores.» (*Sozialdemokratischer Katechismus*, 14.)

El ejemplo siguiente dará una idea del refinamiento con que procuran inocular el odio más implacable en el corazón del obrero. En un cuento, traducido por Liebknecht y publicado por vez primera en *Neuen-Welt*, el héroe de la historia, Joshua Davidson (1), tiene una especie de *sueño*. En él ve cómo todas las instituciones eclesiásticas y políticas tienden únicamente á engañar y explotar á los nobles trabajadores.

Hallábase en un arrecife de Islandia, cuando bruscamente se sintió transportado á una inmensa llanura en la que se habían reunido innumerables muchedumbres de hombres. En el centro de la lla-

(1) *Joshua David* son nombres ingleses cuya traducción literal es Josué, ó Jesús hijo de David. El autor del desatinado cuento parece querer establecer un antagonismo, sólo existente en verdad en su imaginación febril, entre Cristo y el Cristianismo. Así se infiere de todo el texto de su narración.—(N. del D. de la B.)

nura se levantaba una choza y sobre ella había sentadas dos gigantescas y mayestáticas estatuas, que con mirada soberana contemplaban la multitud que se agitaba á sus pies. Se hallaban próximas la una á la otra, y Joshua vió que estaban mutuamente enlazadas por vínculos para él incomprensibles. La una estaba revestida con los ornamentos del supremo pontificado: era el Cristianismo eclesiástico; la otra engalanada con los atributos de la realeza, cubierta de púrpura y con la corona sobre la cabeza: era la sociedad burguesa; ambas tenían un aspecto despótico, arrogante y fatídico. Las únicas personas que les prestaban acatamiento eran los ricos, cubiertos de oro y pedrería, y los pobres sumisos y angustiosamente encorvados, que aceptaban como moneda de buena ley todo lo que el nuevo sacerdote les enseñaba, sin molestarse en buscar la verdad en parte alguna, y que hacían cuanto el rey les mandaba, sin sentir el deseo de oponer las más pequeña resistencia. A éstos se les distinguía con los nombres de cristianos creyentes y miembros honorables de la sociedad; en consideración á su obediencia, lo mismo el sacerdote que el rey sonreían á sus súbditos, pero no obstante estas sonrisas, uno y otro les trataban con poquísimo afecto y cariño. El uno les tenía constantemente atemorizados por medio de unos demonios monstruosos, que hacía salir de una linterna mágica: el de más temible aspecto, entre todos estos demonios, era Dios, á pesar de lo cual ellos le llamaban *Padre nuestro* y *Dios del amor*; cuanto más temor tenían los hombres á

este Dios y más terrible le consideraban, más contento y satisfecho estaba el Cristianismo eclesiástico. El otro ponía sobre ellos toda clase de ataduras, grillos y cadenas, hasta que apenas podían moverse ni respirar. Algunos se apretaban más los grillos y estrechaban voluntariamente las correas y ataduras, y todos ellos decían que el modelo de cada una de aquellas cadenas había sido enviado directamente del cielo y eran una institución divina y eterna, pero no en modo alguno obra de la sociedad. Cuando tranquilos y resignados soportaban estos martirios, el rey sonreía graciosamente y les ensalzaba con palabras halagadoras, y los pobres y miserables, muertos de hambre, estaban completamente resignados con el estéril *honor* de esta recompensa.» (Joshua Davidson, 31 y siguientes.)

Si el cristianismo y la sociedad burguesa fueran tan monstruosos y dignos de execración, hace ya mucho tiempo que hubiera sonado su última hora. Los hombres no hubieran esperado seguramente á los demócratas socialistas para libertarse de sus verdugos. Pero ¿qué odio infernal debe germinar en el pecho de un hombre para representarse á la Iglesia y al Estado con tan disparatadas formas?

En la misma forma que á los hombres, agarrotan también estos dos monstruos las más sublimes ideas humanas: «Á los pies de estos dos señores yacían fuertemente encadenados y cruelmente atormentados tres seres de forma humana, pero de sobrehumana grandeza. Eran la Verdad, que tenía

en los brazos á su hija menor, la Ciencia; la Libertad y la Humanidad. Las tres estaban tendidas sobre un banco de martirio, que tenía la forma de una cruz, la cual, á los ojos de las muchedumbres, daba á esta tortura un símbolo de santidad. Los dos tiranos procuraban apretar constantemente las cadenas de los martirizados para que no pudieran hablar; sin embargo, no podían impedirlo totalmente y, de vez en cuando, pronunciaban las víctimas algunas palabras, claras y perceptibles, como el sonido penetrante de una trompeta de plata: estas palabras conmovían á las muchedumbres y eran la causa de que muchos corrieran de una parte á otra y acabaran por romper las cadenas con que les tenía aherrojados el cristianismo y la sociedad. Cuando las víctimas hablaban, eran duramente golpeadas por el sumo pontífice, por el rey, por sus vasallos, por los reyezuelos fastuosamente vestidos y por los pobres creyentes y, á ser posible, seguramente les habrían dado muerte. Á pesar de los malos tratos que recibían en tan triste situación, los tres tenían algunos fervientes admiradores. Alrededor de la Verdad, que estrechaba contra su seno á su hija la Ciencia, se agrupaban algunos hombres de venerable aspecto; tenían amplia y elevada frente, y llevaban impresas en su semblante la fortaleza de carácter y la espiritual voluptuosidad del pensamiento. Eran muy pocos los que rodeaban á la Libertad maltrecha, encadenada, cubierta de cicatrices y con abundantes heridas chorreando sangre. Los mismos hombres que ren-

dían culto á la Ciencia, temblaban de terror ante este gigante monstruoso, hijo de los antiguos dioses, cuyo poder nadie podría calcular, si algún día llegara á desarrollar todas sus fuerzas. Todos, excepto unos pocos amigos, que pertenecían casi exclusivamente á la clase más pobre, le contemplaban con angustia y anunciaban días trágicos para la sociedad, si llegaba á quebrantar sus cadenas y á libertarse del simbólico tormento de la cruz. Pero el pequeño grupo de fieles, que eran también mártires y víctimas, trabajaban incesantemente por romper sus cadenas; á cada momento aflojaban algún que otro anillo de ellas, bien sabido que, en tiempo oportuno, lograría quebrantar con su auxilio todas las ligaduras y se presentaría en el mundo como el guía más esforzado y el más generoso bienhechor de todos los hombres.

»El tercero de los seres martirizados se encontraba en el más lastimoso estado: su faz estaba velada; su vestido, miserable y andrajoso, estaba por todas partes cubierto con el cieno que el sumo pontífice y la sociedad habían arrojado en fraternal concordia: no obstante, podían reconocerse sus hermosas formas. A sus manos, sujetas con poderosos clavos, se agarraban fuertemente los desheredados y los que lloran, y nadie era menospreciado ni rechazado. Los pecadores más degradados que se arrastran por la tierra, el ladrón, el asesino, la prostituta, se agrupaban alrededor de ella, que en cuanto era posible se esforzaba por limpiar con sus manos ensangrentadas á estos desdichados de toda su in-

mundicia. El placer y el dolor, el pecado y la virtud, recibidos con afecto y ternura iguales, descansaban en su seno, y para todos tenía ella palabras de compasión y de misericordia. No condenaba á nadie ni negaba su obediencia más que al rey y al pontífice. Cuando Joshua dirigió hacia ella su mirada, levantó su faz hacia el cielo lentamente, y el sucio y demacrado rostro de la Humanidad..... era el rostro del hijo del carpintero de Nazaret.» (Joshua Davidson, 32 y siguientes.)

En el espíritu de un hombre culto y experimentado no producirán estas lúgubres descripciones más que una impresión serena y placentera; ¿pero sucederá lo mismo entre los atormentados é inexpertos trabajadores?

Por todos los medios imaginables debe inculcarse á los trabajadores, como el más infalible de los evangelios, que son víctimas, dignas de compasión, pero estúpidas, de una clase corrompida y explotadora. «La burguesía dice: representamos una riqueza colosal y pagamos los tributos; por lo tanto, nos compete también la representación del Estado. Ciertamente podrían hablar así, si hubieran adquirido esas riquezas con el sudor de su frente; pero pagan los tributos con las enormes ganancias que vosotros les proporcionáis. ¡*Muy bien!*!» (*Protokoll des Parteitages*, Jena, 293)

Los pasajes siguientes demuestran el ensañamiento con que se procura envenenar las almas, aun en los escritos que tienen pretensiones de obras científicas:

«Los trabajadores viven, al parecer, para sí mismos fuera de las horas de trabajo; pero en realidad, viven para los capitalistas, aun en las horas de descanso. Cuando terminadas las rudas tareas, comen, beben, duermen, etc., lo hacen, no por sostener al hombre, sino al instrumento de trabajo, y para que pueda de esa manera seguir existiendo la forma capitalista de la producción.

Cuando el capitalista, el señor, como se le llamaba en los tiempos patriarcales, el patrono, según le llama el socialismo de cátedra, paga al obrero su salario, no hace más que darle medios de conservarse en beneficio de la clase capitalista. Pero, al consumir los medios de vida que adquieren con su jornal, se ven nuevamente precisados á ofrecer á bajo precio su trabajo. Así resulta que, desde el punto de vista de la reproducción, el obrero trabaja en beneficio del capital, no sólo en las horas de trabajo, sino también durante el tiempo libre. Come y bebe, no en provecho propio, sino para que el capital pueda seguir explotando sus energías.» (Kautsky, Karl Marx, *Ökonomische Lehre*, 221.)

También Kautsky, tenido por sus correligionarios como el más ilustre marxista de su tiempo, describe con un colorido exagerado y chillón la miseria general de los trabajadores: «La fábrica destruye la familia del obrero, le roba su juventud, aumenta y hace más penoso su trabajo, agota sus fuerzas, le arruina física y moralmente y le convierte en una herramienta sin voluntad al servicio de los capitalistas, y los economistas burgueses creen

haber glorificado la aplicación capitalista de la maquinaria, cuando comprueban que con ella aumenta en sus fábricas el número de los obreros.» (Kautsky, ídem íd., 183.)

La misma poesía democrático-socialista se dedica fundamentalmente á fomentar el odio de clases con el mayor apasionamiento posible.

El odio.

«¡Desdichado! Tu mujer, que tanto amaste y que jamás acibaró tu existencia, ha muerto de miseria y necesidad; tu hijo halló la muerte en la batalla sangrienta; tú estás pálido, hambriento, enfermo..... ¿Cuál es tu patrimonio? No te queda más que el odio.» (*Sozialdemokrat Liederbuch*, 82.)

La riqueza y la pobreza.

«Eran dos hermanas: la riqueza y la pobreza. La primera llevaba una vida sibarita y regalada; la otra apenas podía llevarse á la boca un pedazo de pan seco. La pobreza sirvió á su hermana durante muchos siglos, y no lograba convencerla cuando lloraba ó le contaba sus penas y sufrimientos. Antes bien, la maldecía y maltrataba, golpeando con violencia su delicado rostro. La pobreza, postrada sobre la tierra, suplicaba y decía: ¿No te compadeces de mí, por amor de Dios?..... La canción de la riqueza y de la pobreza termina diciendo así: Una hermosa mañana, la pobreza mató á su hermana.» (*Der Sozialdemokrat. Deklamator*, 37.)

Entre las 47 poesías de que consta este librito, apenas hay una cuyo objeto no sea despertar el odio á la religión y el odio de clases. El ejemplo citado es de los más exaltados y apasionados.

El *Catecismo democrático-socialista* plantea la siguiente cuestión: Pregunta 80. «¿Tiene el pueblo algún consuelo en su triste situación? ¿Tiene familia é hijos?.....

»Para mí no hay más consuelo que la esperanza que el socialismo despierta en el corazón del pueblo. Ni tengo familia ni hallo alegría en mis hijos. Mi mujer tiene que trabajar además de cumplir los deberes especiales que la naturaleza le impone. Ella trabaja más que yo. Mis hijos tienen que ir desde su más temprana edad á la fábrica, y más tarde al cuartel; no pueden esperar un porvenir distinto del mío, porque para ello sería necesario un nuevo renacimiento social durante su vida. Mi hija corre peligro de caer en las garras de la prostitución, agregando á la infamia de la pobreza la infamia del deshonor. No, yo no tengo familia.» (Knorr, *Sozialdemokrat Katechismus*, 25.)

La inoculación del espíritu revolucionario en las masas constituye el objeto capital de todo trabajo: «¿Cuándo (seguiré preguntando) hemos reducido nosotros el objeto principal de nuestra intervención en las elecciones políticas únicamente al nombramiento de mandatarios? En todas las ocasiones hemos menospreciado la materialidad del triunfo y hemos declarado de mil maneras distintas que, al intervenir en las elecciones, lo hacíamos primaria y

fundamentalmente atendiendo á su eficacia agitadora sobre las masas. No hay duda de que es muy eficaz la labor parlamentaria; pero el más positivo de todos los trabajos ha sido siempre para nosotros el difundir entre las masas ideas y conceptos revolucionarios. (*¡Estrepitosos aplausos!*)» (*Protokoll des Parteitage*, Hamburgo, 190.)

Uno de los medios más eficaces para extender la propaganda socialista, á pesar de la desconfianza con que al principio se la miraba, lo constituyen las asociaciones mineras, que en los últimos diez años han crecido extraordinariamente. Sus directores no han querido subordinarse á ningún partido político, para que las organizaciones cristianas no les echaran en cara que eran exclusivamente una dependencia de la democracia socialista. No obstante, en la asamblea socialista de Mannheim (1906) fué aprobada por una gran mayoría la siguiente resolución con el asentimiento de los representantes de estas asociaciones:

«Las asociaciones mineras están forzosamente obligadas á procurar el mejoramiento de los obreros dentro de la sociedad burguesa. No ceden en importancia al partido democrático socialista por el ardor con que defienden la necesidad de dignificar al proletariado y equipararle á las demás clases sociales en la esfera política, y le superan en los esfuerzos que hacen para realizar sus aspiraciones inmediatas de libertar á las clases trabajadoras de toda suerte de explotaciones y opresiones, elevando el salario y mejorando la organización de una

forma de producción y de comercio basada en la igualdad social. Los obreros conscientes de las asociaciones mineras deben perseguir á todo trance este fin. Ambas organizaciones deben proceder, por consiguiente, en sus empresas de común acuerdo, y apoyándose mutuamente. Para conseguirlo en todo aquello que afecte á los intereses de las asociaciones mineras y del partido socialista, deberán ponerse al habla las direcciones centrales de ambos organismos. No obstante, para asegurar aquella unidad de pensamiento y de acción que es indispensable al partido y á las asociaciones, si han de obtener resultados positivos en las luchas de clase, forzoso será que el movimiento de las asociaciones mineras esté saturado del espíritu de la democracia socialista. Todos los compañeros tienen, pues, el deber de trabajar en este sentido.» (*Protokoll des Parteitage*, Mannheim, 305.)

Los hechos han respondido perfectamente á esta resolución, adoptada con sólo cinco votos en contra: las asociaciones mineras libres son una escuela preparatoria de la democracia socialista. Esta amalgama táctica con el socialismo es peligrosísima para las asociaciones mineras: la aspiración suprema de la democracia socialista no es la dignificación y mejora de las clases trabajadoras, sino el inocularles el espíritu revolucionario.

También las sociedades cooperativas de consumo han sido uncidas al carro de la democracia socialista: «La resolución de Copenhague demuestra cumplidamente que las cooperativas de consumo se

han impuesto una labor social que rebasa los límites de la acción que su índole requiere. Nosotros deseamos, como dice la resolución citada, infundir en las cooperativas de consumo el espíritu socialista, y ésto solo se conseguirá haciéndose socios de las cooperativas los más entusiastas compañeros y los que más influídos se hallen por las ideas del moderno proletariado. Es, pues, deber nuestro principalísimo, trabajar para que se dediquen á la propaganda de nuestros ideales los trabajadores organizados, política y profesionalmente. Debemos orientar el movimiento de las cooperativas de consumo en el sentido indicado.» (*Protokoll des Parteitage*, Magdeburgo, 1910, 454.)

Los socialistas han consagrado en estos últimos años todas sus energías á ganar la juventud para la causa de la revolución: «Las organizaciones de la juventud proletaria trabajarán con todo empeño en divulgar y arraigar sus ideas entre la juventud. Uno de los más importantes deberes de nuestro partido es depositar los gérmenes del socialismo en el cerebro y en el corazón de la juventud trabajadora. *Quien tenga la juventud será dueño del porvenir.* Una de nuestras más íntimas satisfacciones debe ser el haber fomentado y ampliado esta propaganda. (*¡Estrepitosos aplausos!*)» (*Protokoll des Parteitage*, Leipzig, 1909, 508.)

«Hay que señalar á la juventud las energías propulsoras del futuro y del pasado histórico y social y las rígidas leyes que los gobiernan; hay que enseñarle claramente el mecanismo de la produc-

ción capitalista y el orden de la sociedad burguesa que en ella se apoya, y cada uno de los factores que á su sostenimiento contribuyen. Hecho esto, la juventud proletaria adquirirá la convicción firmísima de que la evolución histórica nos lleva al estado socialista de una manera fatal é inevitable. Así irán conociendo las fuerzas que han de destruir la sociedad capitalista y preparar el advenimiento del socialismo, y adquirirán la conciencia del importante papel que en la evolución histórica de nuestro tiempo desempeña la voluntad consciente del proletariado, y de la gran responsabilidad que pesa sobre cada uno de sus individuos. El conocimiento de las leyes que regulan la evolución de la naturaleza y de la sociedad, es el más eficaz antídoto contra las supersticiones religiosas y el misticismo, que frecuentemente degenera en un misticismo socialista, es decir, en la renunciación á toda acción intensa y á la intervención consciente en el desarrollo de la evolución social.» (*Protokoll des Parteitage*, Nurenberg, 580.)

Únicamente los grandes esfuerzos son fecundos en buenos resultados: «La organización de nuestras juventudes marca una nueva etapa progresiva en la propaganda de nuestras ideas. La frase «quien dispone de la juventud es dueño del porvenir», nos permite abrigar las más halagüeñas esperanzas. En 360 puntos tenemos ya juventudes organizadas que se han impuesto la obligación de educar á los jóvenes en el credo socialista. En 109 sitios distintos existen también comisiones protec-

toras de la infancia. (Informe de la Junta directiva.)» (*Protokoll des Parteitages*, Magdeburgo, 1910, 200.)

La juventud socialista tiene 105 centros. Los 28.100 socios del año 1909 se han convertido al año siguiente (1910) en 45.000. Es eficacísima la propaganda por medio del calendario. «Un medio eficaz de propaganda para las gentes, que por indolencia ó por falta de tiempo y ocasión no asisten á las asambleas ni leen la prensa socialista, son los calendarios populares que ya se han generalizado por todas partes. Por encargo de la Junta directiva se han tirado en la imprenta del *Vorwärts* 146.000 calendarios para la Pomerania; 98.000 para Mecklenburgo; 55.000 para la Prusia oriental; 25.000 para la Prusia occidental, y 20.000 para Posen. Además, los Comités de agitación han solicitado autorización para imprimir el calendario en las imprentas del partido más próximas á sus distritos. (Informe de la Junta directiva.)» (*Protokoll des Parteitages*, Mannheim, 1906, 24.)

La propaganda revolucionaria debe hacerse también entre el elemento militar, para que no obedezca á sus jefes en el caso de una revolución:

«Debemos considerar el militarismo en un doble aspecto de elemento de defensa contra el enemigo exterior y de instrumento de dominación para aherrajar y esclavizar al *enemigo interior*. (*Aplausos!*) No debemos hacerle concesión alguna, sino trabajar constantemente para aprovecharnos de él. Dos medios hay para conseguirlo y los dos deben

ponerse en práctica. El uno consiste en democratizar el ejército permanente en el sentido de que todo el pueblo debe estar armado; no para entregar la patria indefensa al enemigo, sino para defenderla mejor. El otro consiste en socavar sus cimientos, ganando á sus jefes para la causa de la revolución. Una elevada personalidad militar ha dicho que el Gobierno no podrá ya nunca lanzarse á una guerra impopular, porque las reservas están inficionadas por el virus socialista. Nosotros debemos procurar que la juventud proletaria ingrese en los cuarteles tan saturada del espíritu socialista, que no pueda echarse mano de ella para combatir al enemigo interior. Para esto debemos organizar y educar la juventud en sentido socialista y contribuir á que los padres en sus casas procuren inculcar estas mismas ideas á sus hijos desde la más tierna infancia. Pero en el cumplimiento de este deber debemos anticiparnos á nuestras mujeres y reclamar y hacer valederos todos nuestros derechos para educar á nuestros hijos en la lucha de clases como defensores ardorosos de la redención del proletariado. Así sabrían perfectamente nuestros hijos lo que deben hacer cuando vistan el uniforme del soldado.» (*Protokoll des Parteitage*, Essen, 250 y siguientes.)

Debemos hacer constar, no obstante, que los compañeros más moderados, como Vollmar y Bebel, advertían, por lo que luego diremos, que los soldados debían rechazar la bandera roja y que no había necesidad de llevar la agitación á los cuarte-

les, porque «la educación de la juventud, sin necesidad de hacer propaganda en los cuarteles, inutilizará al elemento militar como instrumento para oprimir al proletariado. Los gérmenes revolucionarios depositados en los cerebros minarán al militarismo en su más firme y sólida base.» (*Protokoll des Parteitages*, Nurenberg, 539.)

Aun en el caso de una guerra con el extranjero, los socialistas se aproximarían más al proletariado del país enemigo que á los compatriotas que no pertenecen á su misma clase social. «Afortunadamente es un error el suponer que en caso de guerra dominaría en la democracia socialista alemana el sentimiento nacional sobre el internacional y sería alemana antes que socialista. Los proletarios alemanes mantienen solidaridad con los proletarios franceses, pero no con los sofistas y burgueses alemanes. (*¡Muy bien!*)» (*Protokoll des Parteitages*, Essen, 262.)

Ningún otro partido ha llevado á cabo una campaña de agitación y propaganda tan gigantesca como la democracia socialista. Según las actas de la asamblea celebrada en Magdeburgo en 1910, se celebraron 29.826 reuniones de socios y 13.814 asambleas públicas, y se repartieron 23.162.000 hojas volantes y 2.545.000 folletos y calendarios.

Según estas mismas actas, cuenta el partido con 78 periódicos políticos y 1.760.000 suscriptores. *Die Gleichheit*, periódico para las mujeres, redactado por la fogosa Rosa Luxemburgo, tiene nada menos

que 82.000 suscriptoras. (*Protokoll des Parteitag*, Magdeburgo, 200.)

No hay para qué alegar nuevos testimonios del odio de clases que procuran fomentar los socialistas. Cualquier hoja diaria satisfará los deseos del lector más exigente.





IV

LA CONQUISTA DEL PODER POLÍTICO COMO IDEAL INMEDIATO

El objeto inmediato del partido democrático-socialista es la conquista del poder político, llevando una mayoría á las Corporaciones parlamentarias. El *teórico* Kautsky se expresa sobre el particular de la siguiente manera: «Debemos dar con urgencia un paso de importancia decisiva para nuestros ideales; y nuestro ideal más inmediato es la conquista del poder político por las clases trabajadoras. Por ésto debemos aceptar todas aquellas reformas que puedan aumentar de algún modo el poder de resistencia del proletariado y combatir resueltamente las contrarias á esa finalidad.» (*Protokoll des Parteitage*, Breslau, 124.)

Según el Congreso democrático-socialista internacional celebrado en Londres el año 1896, todos los esfuerzos deben encaminarse á la consecución inmediata de este fin: «Este Congreso entiende por acción política todas las formas de la lucha organizada, con el fin de que las clases trabajadoras pue-

dan emanciparse, conquistando el poder político y utilizando en provecho propio las instituciones legislativas y administrativas del Estado y del Municipio.» (*Verhandlungen des internat. sozial. Arbeiter und Gewerkschaftskongresses*, Londres, 17.)

En forma parecida se expresó Liebknecht en el Congreso internacional de trabajadores de Zurich: «Trátase de una batalla para obtener el poder, y es forzoso que ella se desarrolle en el orden político, para que venga á nuestras manos el mecanismo legislativo, que con verdadero refinamiento vienen empleando nuestros enemigos desde hace siglos, para oprimir y explotar al proletariado.» (*Internationaler Arbeiterkongresses*, Zurich, 45.)

La forma actual de la producción ofrece este medio para su propia desaparición: «Mientras la producción capitalista trabaja más y más cada día para que se conviertan en proletarios la inmensa mayoría de los ciudadanos, va acumulando ella misma toda la fuerza necesaria para que se lleve á cabo esta revolución, que ha de ocasionar su ruina. A medida que se va aproximando á la propiedad del Estado con la transformación constante de los grandes y poderosos medios de la producción asociada, va ella misma señalándonos el camino para realizar totalmente esta transformación. El proletariado se hará dueño del poder político y convertirá en propiedad del Estado los medios de producción.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 301.)

Tan pronto como el proletariado sea dueño del poder político, siguiendo el ejemplo que le ha dado

la misma burguesía, debe despojarla de sus propiedades: «Dueño de la administración municipal y nacional, el proletariado imitará el ejemplo que le ha dado la burguesía en estos últimos siglos: después de arrancar el poder político á la clase capitalista, la despojará igualmente en el orden económico.» (Lafargue, *Comunismo y Socialismo*, 25.)

Bebel es menos desconsiderado y desea señalar una renta á los propietarios: «Al implantar nuestros ideales (adquisición por el Estado de todas las hipotecas y deudas hipotecarias, disminuyendo el interés al máximum de su coste) haríamos un inventario detallado de todas las tierras y propiedades. Estando en condiciones de llevar adelante nuestra empresa, realizaríamos una liquidación con los propietarios y les compraríamos la parte no gravada, señalándoles una renta.» (*Protokoll des Parteitages*, Breslau, 120.)

Con la mayor energía queda rechazada toda afinidad con el llamado socialismo del Estado, según consta en la siguiente resolución, tomada por la asamblea del partido en Berlín, á instancia de Liebknecht y Vollmar:

«La democracia socialista no tiene afinidad alguna con el socialismo del Estado. Éste, en cuanto tiende á la socialización con una finalidad fiscalizadora, quiere colocar al Estado en lugar de los capitalistas particulares y entregarle el poder, para imponer al pueblo trabajador el doble yugo de la explotación económica y de la esclavitud política.» (*Protokoll des Parteitages*, Berlín, 173.)

No debe creerse que una vez obtenida la mayoría parlamentaria pueda, sin más ni más, llevarse á cabo la expropiación de las clases capitalistas: «Supuesta una mayoría democrático-socialista en el Parlamento alemán, ¿qué debería hacer? *Hic Rhodus, hic salta*. Ese es el momento de transformar la sociedad y el Estado. La mayoría toma un acuerdo casi transcendental para la Historia del mundo; ha llegado ya la Nueva Era..... ¡ah no! Una compañía de soldados arrojaría del templo de las leyes á los demócratas socialistas, y, si intentaban oponer alguna resistencia, no faltarían un par de guardias que les condujeran á la cárcel, donde tendrían tiempo suficiente para ir meditando sobre sus quijotescos impulsos.» (Pfund, *Unsere Taktik*, 33.)

Cabalmente los demócratas socialistas trabajan con indomable tenacidad en llevar á las Cortes una mayoría de diputades populares, habiendo obtenido los más halagüeños resultados, gracias á sus propagandas, maravillosamente organizadas y muy poco escrupulosas en la elección de los medios. El número de votos obtenidos por el partido en las distintas elecciones de diputados, ha ido ascendiendo de 312.000 en 1881 á 550.000 en 1884, á 736.000 en 1887, á 1.427.000 en 1890, á 1.786.758 en 1893, á 2.107.076 en 1898, á 3.010.472 en 1903, á 3.259.020 en 1907. Si siguen progresando en esta proporción durante dos decenios más, ¡tendrán la mayoría en el Imperio alemán! En las últimas elecciones obtuvieron en Austria 799.462, en Francia

(1898) 1.940.000, en Italia (1900) 170.000, en Bélgica (1902) 476.862, en Suiza 63.000, en Inglaterra (1895) 98.000. En los Estados Unidos de Norteamérica tienen un número insignificante de votos, pues apenas llegan á 30.000.





SEGUNDA PARTE

LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA FUTURA ORGANIZACIÓN SOCIAL

«Los momentos de la acción no son buenos para discusiones teóricas; el plan del futuro Estado debe estar concebido y preparado ya en todos sus detalles antes de la acción.» (Bebel, *Unsere Ziele*, 55.) Es, pues, opinión de Bebel que el plan del Estado venidero ha de estar listo «antes de la acción», mientras que el compañero Liebknecht nos asegura que sólo un loco puede discurrir acerca de semejantes cuestiones: «Los que quieren conocer nuestras ideas acerca del Estado del porvenir, debieran considerar que nos falta el supuesto (sobre el cual pudieran basarse nuestras opiniones) de saber en qué condiciones se desarrollará un Estado ó podrá afianzarse un orden social pasados diez años á partir de este momento. Mañana tendremos por absurdo lo que pasa hoy como verdad irrefragable. Lo que es hoy ideal, será mañana una reali-

dad y reaccionario en el siguiente día. ¡Y se pretende explicar cómo ha de constituirse la sociedad futura! Sólo un loco puede pensar en semejante absurdo. ¿Quién se atrevería á decir lo que puede ocurrir en Alemania durante el año próximo? Los que tales cuestiones proponen, desconocen completamente las cuestiones sociales y el proceso evolutivo orgánico de la sociedad, y se manifiestan como cerebros completamente ignorantes é incapaces de pensar.» (*Protokoll des Parteitagcs*, Halle, 200.)

Posteriormente ha modificado Bebel su manera de pensar: reconoce la imposibilidad de asegurar nada sobre la futura organización social, y manifiesta que todo se irá haciendo á medida que lo exijan las necesidades de la práctica.

«De muy distinto modo suceden las cosas cuando nos hallamos ante la posibilidad ó la necesidad de poner inmediatamente manos á la obra. No hay duda en que una sociedad llamada á avanzar con decisión para implantar el socialismo adquirirá un concepto exacto de la realidad, y con el concurso de todas las inteligencias, que se manifestarán, sin hallar á su paso el más pequeño obstáculo, adoptará, en cuanto lo permitan las circunstancias, los medios más acertados, rápidos y eficaces para llegar al fin propuesto..... Del mismo modo no rebasaría nunca los límites de la probabilidad ó de la verosimilitud cuanto pudiera decirse sobre el valor de la pintura en los tiempos que han de venir.» (*Neue Zeit*, 1896, 327.)

Las soluciones acudirán con rapidez maravillo-

sa á los cerebros de estos señores: «Desde el instante mismo en que la democracia socialista entre prácticamente en funciones y se formule la pregunta ¿qué debe hacerse?, inmediatamente hallará la solución.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 33.)

El compañero Vollmar piensa de muy distinta manera sobre estas súbitas iluminaciones: «Yo declaro, en oposición á lo manifestado por la señorita Luxemburg, que la mayor calamidad que podría sobrevenir á la democracia socialista alemana, sería la de verse en el apurado trance de hacerse cargo del poder político antes de tiempo, porque sería absolutamente incapaz de afianzarlo y usar razonablemente de él.» (*Protokoll des Parteitages*, Stuttgart, 106.)

Los compañeros Kautsky y Schonlank afirman que en general es imposible declarar de antemano cómo se organizará la comunidad socialista: «Los que hayan comprendido nuestro punto de vista, verán claramente la imposibilidad de conocer cuál haya de ser la organización económica del socialismo. No se determinará ni afianzará al siguiente día de la revolución, sino que habrá de ser el producto de un proceso evolutivo y aun será forzoso que viva en constante desarrollo y á cada momento tenga que plantear y resolver nuevas cuestiones y nuevos problemas. Sobre ellos habrán de romperse la cabeza nuestros hijos y los hijos de nuestros hijos.» (Kautsky-Schonlank, *Grundsätze und Forderungen*, 26.)

Es sabido que en el debate parlamentario sobre

el *Estado del porvenir*, planteado en Febrero de 1893, la fracción democrático-socialista rehuía con la mayor tenacidad toda información oficial sobre la implantación de la futura sociedad, sobre la organización del trabajo y sobre la distribución y consumo de los productos. Los señores socialistas, tan locuaces en otras ocasiones, no querían insinuar siquiera quién había de ser dueño de los medios de producción confiscados, si había de ser la comunidad, el municipio ó las agrupaciones obreras. Solamente un loco podía contestar á semejantes preguntas, repetía Liebknecht. Todos ellos se atrincheraban en el proceso evolutivo, constante y orgánico de la sociedad.

Pero ni en conjunto ni en detalle es ya para nadie un misterio la evolución que los demócratas socialistas quieren y desean. Esperan sencillamente la transformación general de las pequeñas industrias y empresas económicas en una gran empresa, que pasará á manos de la sociedad. La misión fundamental de la democracia socialista vencedora será, por consiguiente, trasladar las grandes empresas á la posesión de toda la sociedad y dirigirlas en provecho de la misma. Estas grandes empresas no serán en lo esencial, diferentes de las de hoy. El desarrollo actual, en consecuencia, ofrece todo lo esencial y necesario para poder contestar en líneas generales á las cuestiones relativas á la sociedad del porvenir. ¿Por qué se negaban estos señores á dar una contestación clara y categórica?

La razón es sencilla y está al alcance de todos.

Cualquiera contestación precisa hubiera defraudado indefectiblemente las esperanzas de los obreros en la sociedad futura, porque hubieran visto con claridad meridiana que los trabajadores del Estado del porvenir no serían más que esclavos del Estado y sin voluntad alguna. Llevados por la mano de los corifeos democrático-socialistas, intentaremos nosotros, en cuanto sea posible, ir recorriendo la risueña perspectiva del Estado venidero. La empresa es, en verdad, difícil, porque no se sabe si estos señores negarán mañana lo que hoy afirman enfáticamente: «Nosotros no somos únicamente, como vosotros decís, un partido revolucionario; somos también un partido progresivo, un partido que aprende incesantemente y está en constante evolución espiritual.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 29.)

Ello no es obstáculo para que Bebel haya dado rienda suelta á su lozana fantasía en sus lucubraciones sobre el Estado del porvenir, contenidas en el admirable libro *Die Frau und der Sozialismus*, que en veinticinco años ha alcanzado el respetable número de 37 ediciones. Deberá, pues, reconocer nuestro recto proceder y nopodrá llevar á mal que le cite mos como testigo de mayor excepción. Antes, sin embargo, vamos á copiar las terminantes declaraciones hechas por Marx, sobre la forma en que habrá de realizarse la transformación social:

- 1.º Expropiación de la propiedad del suelo y aplicación de las rentas á los gastos del Estado.
- 2.º Fuertes impuestos progresivos.
- 3.º Derogación de los derechos hereditarios.

4.º Confiscación de la propiedad de todos los emigrados y rebeldes.

5.º Centralización del crédito en manos del Estado por medio de un Banco nacional con capital del Estado y monopolio exclusivo.

6.º Contralización de los medios de transporte en manos del Estado.

7.º Aumento de las fábricas nacionales y de los instrumentos de producción, roturación y mejora de las tierras, según un plan general.

8.º Trabajo obligatorio para todos; organización de ejércitos industriales, especialmente para la agricultura.

9.º Unificación de las explotaciones agrícolas é industriales; tendencia sistemática á borrar toda diferencia entre la ciudad y el campo.

10. Educación pública y gratuita de todos los niños. Supresión del trabajo de los niños en las fábricas como hoy se verifica. Armonización de la educación con la producción material, etc. (*Kommunistisches Manifest*, 23 y siguientes.)





I

LA FORMA SOCIALISTA DE LA PRODUCCIÓN Y SU FUNDAMENTO CIENTÍFICO

Las principales energías del socialismo proceden de los graves é innegables inconvenientes de la actual producción capitalista; en consecuencia, sus ideales supremos se desenvuelven en la esfera económica. Tales son el paso de todos los medios de producción de la propiedad privada á la propiedad de la sociedad y la regulación de la producción por medio de la sociedad para todos sus miembros. El padre espiritual del socialismo en su forma actual es Carlos Marx, el cual expresó por vez primera en su *Manifiesto comunista* de 1847 el pensamiento de una producción socialista: «El proletariado deberá emplear su predominio político para despojar poco á poco á la burguesía de todo capital, centralizar todos los instrumentos de producción en manos del Estado, es decir, del proletariado organizado como clase directora, y aumentar con toda la rapidez posible la masa de energías productivas.» (Marx y Engels, *Kommunistisches Manifest*, 23.)

«El socialismo quiere la producción de todos los bienes por la sociedad para la sociedad; más breve: producción social ó economía social.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 7.) «Consiguientemente, el movimiento socialista persigue el traspaso de los medios de producción, principalmente del suelo y subsuelo, de las fábricas y talleres, así como de los establecimientos mercantiles de la propiedad privada á la propiedad común, y la regulación por la sociedad de la producción para todos sus miembros. El socialismo no pretende, como creen algunos insensatos, negar la propiedad sobre los artículos de consumo; lo único que desea es socializar la producción, unificar sus condiciones y regularla armónica y sistemáticamente para que sus frutos redunden en beneficio de todos y no en provecho de unos pocos.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 12.)

«La injusticia actual dimana del sistema del trabajo asalariado, y debe combatirse, no sólo porque el trabajador dejará de trabajar para que otros huelguen, y únicamente lo hará en provecho propio, sino principalmente porque los instrumentos de trabajo pasarán de la posesión de la clase capitalista á la de la comunidad (sociedad-Estado).» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 11.)

«No hay más que un medio de que el mal desaparezca: la desaparición de la causa, es decir, la derogación del sistema del trabajo asalariado y su sustitución por el trabajo social, en el cual hemos

reconocido ya el único medio de salvar al obrero y al labrador.» (*Flugschrift Sechlechte-Zeiten*, 6.)

«Pregunta 14: ¿Cómo deberán ser auxiliados los trabajadores? Por el traspaso de los medios de producción de la propiedad particular á la propiedad social.» (Knorr, *Sozialdemokratischer Katechismus*, 6.)

Este pensamiento fundamental de la democracia socialista se repite con tanta insistencia en toda clase de escritos, grandes y pequeños, que sería superfluo agregar á los ya citados nuevos testimonios. Los demócratas socialistas rechazan, en cambio, decididamente la absurda é impracticable idea de suprimir toda suerte de propiedad individual. Unicamente los medios de producción pasarán á ser posesión de la sociedad. Continuará intacta la posesión privada de los productos del trabajo y de los artículos de consumo.

«El socialismo no quiere que pasen á ser propiedad colectiva más que los medios de producción; en cambio, los productos ó artículos de consumo son posesión de aquel que los recibe. Tu casa te pertenece mientras quieras habitar en ella; el vestido, el reloj, el alfiler de corbata, etc., que has recogido en el almacén, son tuyos y nadie puede quitártelos. Por lo demás, en el Estado socialista popular nadie tendrá interés en despojarte de unas cosas que puede adquirir con tanta facilidad como tú. Nadie deseará apropiarse precisamente estos artículos de consumo, porque su abundancia y variedad serán tales, que podrán atenderse con suma

facilidad todas las necesidades individuales. No obstante, puede haber cosas cuya posesión sea altamente apreciada por su dueño; por ejemplo, rarezas naturales, obras artísticas (aunque éstas probablemente serán depositadas en los museos públicos, accesibles á todo el mundo), recuerdos, etc. El Estado socialista popular velará para que esta posesión sea por todos respetada.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 16.)

Marx expone el fundamento científico del colectivismo en su obra principal, *El Capital*. Todo él estriba en la teoría del valor. Marx asegura que el valor de una mercancía cualquiera depende única y exclusivamente del trabajo social necesario para producirla. En consecuencia, el valor no es más que el trabajo condensado.

«El valor de las cosas depende solamente de la cantidad de trabajo social necesario, es decir, del tiempo que sea necesario trabajar para la adquisición ó preparación del *valor en uso*. Cada una de las mercancías tiene el valor medio de las de su clase. Todos aquellos artículos cuya producción requiere la misma cantidad de trabajo ó invierte el mismo tiempo, tienen naturalmente el mismo valor. Las mercancías se relacionan con el valor de las demás por el tiempo de trabajo invertido en su producción ó adquisición. Como valores, las mercancías no son en realidad otra cosa que *masas de trabajo condensado*.» (Marx, *Das Kapital*, 16.)

«Cuanto mayor sea la fuerza productiva del trabajo, menor será el tiempo de trabajo necesario

para la obtención de un artículo, menor la masa de trabajo en él condensado y menor su valor. Por el contrario, cuanto menor sea la fuerza productiva del trabajo, mayor será el tiempo de trabajo invertido en su elaboración ó adquisición y mayor su valor. El valor de una mercancía varía, por lo tanto, en razón directa del trabajo invertido y de la fuerza productora que ha tenido que desarrollarse para su obtención.» (Marx, ídem, íd., 17.)

En la teoría del valor se basa la del sobreprecio ó aumento de valor. Una vez terminado el proceso productivo, el valor del producto ó mercancía es mayor que la suma de todo el coste de la producción. ¿De dónde procede este sobreprecio? Como, según Marx, el valor depende exclusivamente del trabajo, el aumento de valor procederá forzosamente del trabajo no recompensado. Para demostrar esta afirmación, distingue Marx entre la fuerza del trabajo y el trabajo mismo. El capitalista no compra el trabajo, sino la fuerza del trabajo. ¿Y cuál es su valor? Veámoslo: «El valor de la fuerza del trabajo, semejante en un todo al de cualquier otra mercancía, está determinado por el tiempo invertido en la producción y, por lo tanto, en la reproducción de este artículo especial. En cuanto valor, la fuerza misma del trabajo representa únicamente una cantidad determinada del trabajo medio social en ella representado. Dada la existencia del individuo, la producción de la fuerza del trabajo consiste en su propia conservación ó reproducción. El individuo vivo necesita para su conservación una cierta suma de medios de

vida. El tiempo invertido en la producción de la fuerza del trabajo depende, en consecuencia, del tiempo de trabajo necesario para producir los medios de vida; en otras palabras, el valor de la fuerza del trabajo es el valor de los medios de vida necesarios para la conservación de su poseedor.» (Marx, ídem, íd., I, 133.)

«Las fuerzas de trabajo arrebatadas al mercado por el desgaste y la muerte, deben ser sustituidas, cuando menos, por un número igual de energías. La suma de los medios de vida necesarios para la producción de la energía trabajadora, incluye ó comprende, por consiguiente, los medios de vida de los hombres sucesores, es decir, de los hijos de los trabajadores; de suerte que esta raza de poseedores de mercancías debe perpetuarse sobre el mercado.» (Marx, ídem., íd, I., 134.)

Supongamos por un momento que el valor diario de la energía trabajadora representa el trabajo de medio día, porque los elementos de vida necesarios para la conservación de esta energía cuestan medio día de trabajo. En tal caso es evidente la procedencia del *prosit*, es decir, del provecho ó sobreprecio.

«El que medio día de trabajo sea suficiente para conservar la vida durante veinticuatro horas, no impide, en modo alguno, que el obrero pueda trabajar durante todo el día. El valor de la energía productora y su apreciación en el proceso del trabajo son, pues, dos cantidades totalmente diferentes. Esta diferencia de valor era la que tenía pre-

sente el capitalista cuando compraba la energía productora.» (Marx, ídem, íd., I., 156.)

«La circunstancia de que la conservación diaria de la energía productora únicamente cueste medio día de trabajo, aunque la energía pueda trabajar durante todo el día, y que, en consecuencia, el valor que su uso crea durante un día sea doble que su valor diario propiamente dicho, es un negocio redondo para el comprador, pero no constituye en absoluto una injusticia con relación al vendedor.» (Marx, ídem, íd., I, 156.)

Este mismo pensamiento se reproduce constantemente de mil maneras distintas en los escritos de Marx: «En el capítulo de gastos, entre los cuales figuran el salario, el precio de las primeras materias, la reparación y renovación de máquinas, etcétera, aparece la partida del trabajo no recompensado como economía sobre uno solo de los artículos que figuran en los gastos ó coste de producción, es decir, como recompensa mínima de una cantidad determinada de trabajo..... De esta suerte, la explotación del trabajo excesivo pierde su carácter específico; su relación específica con el aumento de valor queda así difumada y obscurecida.» (Marx, ídem, íd., III, 19.)

Para decirlo en forma más inteligible: el capitalista remunera al trabajador pagándole el valor de un trabajo durante medio día; pero le obliga á trabajar el día entero. El valor del trabajo correspondiente á la segunda mitad del día, es el sobreprecio que él, el capitalista, se embolsa gratuita-

mente. Si la concepción marxista es acertada, toda la producción capitalista se basa necesariamente en la explotación desenfrenada del trabajador. Luego el capital, en la forma que al presente tiene, debe desaparecer, y los medios de trabajo deben ser medios comunes. Semejantes deducciones son rigurosamente lógicas.

Nuestros economistas profesionales se encargarán de hacer resaltar la contradicción manifiesta de la teoría marxista del valor. Por nuestra parte, nos limitamos á preguntar: ¿qué dice á ésto la sana razón del hombre? Ciertamente es el trabajo un factor, y un factor importantísimo, en la creación del valor. A Marx pertenece el mérito indiscutible de haberlo proclamado con tanta energía é insistencia. Pero el valor, ¿consiste únicamente en el trabajo *condensado*? En este caso un hectolitro de vino agrio de Silesia tendría el mismo valor que otro vino fino del Rhin: la cantidad de trabajo social necesario para su producción es igual en ambos casos. El trabajo necesario para la obtención de un vino malo, es á veces mayor que el que requiere el obtener un vino bueno. Además, los cuadros de los grandes artistas y de las medianías tendrían el mismo valor, si éste dependiera exclusivamente del trabajo invertido en su composición.

Sería sumamente fácil multiplicar estos ejemplos. Una tonelada de carbón bueno vale más que otra de carbón malo procedente de la misma mina, y [haya] sido mayor ó menor el trabajo necesario para su extracción. Un hectolitro de trigo obtenido

en un suelo feraz, tiene igualmente un precio superior á otro cultivado en un terreno pobre, etc.

El error fundamental de la doctrina marxista sobre el valor, consiste en que, al determinar el valor, se prescinde caprichosamente de las cualidades físicas, y se afirma sin pruebas que lo único común á todas las mercancías es el trabajo por ellas representado. La condición esencial á todas las cosas de valor consiste más bien en su utilidad. En ésta radica su valor, según la humanidad lo ha entendido.

Esto es, precisamente, lo que, en último término, realiza el trabajo humano: el hacer las cosas útiles y aprovechables. Por ello es un factor en la creación del valor. Pero es indudable que una actividad, predominantemente espiritual, puede contribuir también á hacer útiles las cosas y, en consecuencia, crear valor. Lo mismo puede decirse de las fuerzas naturales, y aun la misma fuerza del hombre no es más que una fuerza especial de la naturaleza. Es verdad que no todas las cosas utilizables que la naturaleza nos proporciona (aire, agua, etc.) tienen un valor en cambio. Pero el afirmar que las fuerzas naturales no constituyen ni crean valor alguno, sería tan atrevido como el formular la conclusión opuesta: la naturaleza no produce piedras preciosas puras, luego no las produce en forma alguna.

No pasaron inadvertidas para el penetrante talento de Lasalle las dificultades que se oponen á la teoría socialista liberal acerca del valor. Como

hombre discreto, no tardó en dar una respuesta. Indica (Bastiat-Schulze, 113) que las obras artísticas raras y los vinos finos están sometidos, por su rareza misma, á un precio de monopolio. Este precio no se determina por relación alguna con el coste de producción, sino que, por el contrario, depende de la proporción entre el número de compradores y el de objetos puestos á la venta. Pero la explicación del precio de monopolio no resuelve la dificultad. Un cuadro de Rafael es positivamente, por sus cualidades artísticas objetivas, de más valor que el de un doceañista cualquiera; y un vino fino vale por sus naturales cualidades más que un vino ordinario, cualquiera que haya sido la proporción del trabajo necesario para su cultivo y elaboración.

Como Marx, adopta también Lassalle el *magnífico y profundo apotegma* de Ricardo: «En el precio del producto no se paga más que la cantidad de trabajo.» (Lassalle, *Bastiat-Schulze*, 110.)

De este principio deduce con perfecto rigor lógico, «que el interés ó provecho del capital procede de la diferencia entre la remuneración de la cantidad de trabajo por los consumidores y el salario satisfecho por el empresario, es decir, el provecho nace del descuento que sufre el trabajador en el importe de su trabajo y por medio del cual se disminuye su jornal.» (Lassalle, *íd. íd.*, 112.)

No hay duda que si el axioma de Ricardo es exacto, el interés ó provecho que por su capital obtiene el empresario tiene indefectiblemente su

origen en la explotación del trabajador. Lassalle pretende hacer desaparecer esta explotación por medio de sus conocidas *sociedades de producción*: «Es además necesario dar impulso al trabajo común de la sociedad por medio de anticipos ó desembolsos, hechos por la misma sociedad, y distribuir los productos entre todos aquellos que hayan contribuído á su obtención, según la medida en que hayan intervenido. El medio de transición más fácil y sencillo para conseguirlo son las asociaciones de producción, formadas por los trabajadores con el crédito del Estado.» (Lassalle, *íd. íd.*, 188 y siguientes.)

Esta idea de Lassalle de convertir con el auxilio del Estado á los trabajadores en propietarios de las empresas ó negocios, con el objeto de asegurarles en lo posible todo el rendimiento, es ciertamente una idea sugestiva. No se pone ahí en tela de juicio la propiedad privada ni en lo esencial se minan los cimientos del actual orden social; pero, ¿tienen en general los trabajadores de nuestros días todas aquellas condiciones morales é intelectuales que se necesitan para el establecimiento de estas asociaciones?

Dada la transcendencia inmensa de la cuestión social, hubiera valido la pena de que se hubieran hecho ensayos con el fin de llevar á la práctica el pensamiento de Lassalle. Prescindiendo de algunas tentativas sin importancia alguna, desgraciadamente se ha hecho poco más de nada en este sentido. Los mismos demócratas socialistas abandonaron

ya en el programa de Eufurt las sociedades de producción. Este programa, elaborado á costa de tantas fatigas por Kautsky, fracasó en todas sus partes, de tal manera, que el compañero Katzenstein pudo decir el año 1903 en Dresden: «No hay nadie en nuestro partido que pueda conocer nuestro actual programa en cada una de sus partes, ni el mismo Kautsky.» (*Protokoll des Parteitage*, Dresden, 357.)

Está en desacuerdo completo con la teoría de las crisis: «El abismo que separa á los propietarios de los que nada poseen, se ensanchará más y más cada día á consecuencia de las crisis fundadas en la esencia misma de la producción capitalista, crisis que serán cada vez más extensas y asoladoras, sembrarán la intranquilidad y el desasosiego en la sociedad, y pondrán de relieve el extraordinario crecimiento de las energías productoras de la sociedad contemporánea, y la incompatibilidad absoluta de la propiedad privada de los medios de producción con la aplicación oportuna y desarrollo total de esas energías.» (V. *Apéndice*, programa de Erfurt.)

Marx había afirmado *à priori* la necesidad de las crisis, fundándose en la índole de la producción capitalista, siempre creciente, y de más difícil regulación cada día. Pero esta teoría está en contradicción con la experiencia. Cada diez años aproximadamente debían sobrevenir quiebras imponentes y pavorosas, como resultado fatal de esa producción desenfrenada; pero estas quiebras han sido

tan caprichosas y ruines, que no se han dejado ver en parte alguna. Las crisis de los últimos decenios (el Panamá y la banca romana) se han debido únicamente al desorden y mala dirección de las empresas.

El compañero Bernstein reconoce que las crisis con tanta seguridad anunciadas no acaban de llegar nunca. «¿Se suceden las crisis cada vez más extensas y ruinosas, como se asegura en el programa de Erfurt, y en períodos más cortos cada vez, como suponía Marx?»

«La historia de las crisis económicas nos da un resultado negativo. Ni son más extensas y ruinosas, ni se suceden con más frecuencia que antes. Ello depende, como ya en parte advirtió Engels, de que en nuestros días se han desarrollado hechos que contrarrestan la acción de los factores indicados.» (Bernstein, *Die heutige Sozialdemokratie in Theorie und Praxis*, 23.)

No ha corrido mejor suerte la teoría del aumento constante de la miseria, contenida en el programa: «Pero todas las ventajas de esta transformación serán monopolizadas por los capitalistas y grandes propietarios. Para el proletariado y las clases medias en plena decadencia (burgueses, labradores), únicamente significa la inseguridad, siempre creciente, de su existencia, la miseria, la opresión, la esclavitud, la ruina y la explotación.» (Programm von Erfurt, *Apéndice*.)

Con razón podía ya decir el compañero David en la asamblea de Hannover de 1899, que lejos

de empeorar, habían mejorado considerablemente las condiciones de la vida para los trabajadores. A ésto se contestaba capciosamente que las mejoras no eran generales y que la miseria no debía entenderse en un sentido absoluto, sino limitado, es decir, con relación á la cantidad de bienes producidos. Pero los mismos compañeros se vieron precisados á confesar que siempre la habían interpretado en el sentido de la miseria física. Pero mi enfermedad no se agrava por el hecho de que yo cure con más lentitud que otro cualquiera. Es, pues, indiscutible que en estos últimos decenios ha aumentado el jornal de los obreros, aunque no en la medida que sería de desear. Así, por ejemplo, en Sajonia el número de personas que ganaban menos de 300 marcos, ha descendido del 7,11 al 5,61 por 100 y desde el 69,28 hasta el 59,69 el de las que obtenían ingresos inferiores á 800 marcos; esto en el período que corre de 1879-1894. En Inglaterra decía una comisión nombrada por el Gobierno para investigar la situación de las clases trabajadoras en 1894: «Las mejoras obtenidas indican que el salario ha aumentado considerablemente durante los últimos cincuenta años, no sólo con relación al valor nominal, sino también (excepción hecha de los alquileres de las casas en las grandes ciudades), con relación á los medios de subsistencia, teniendo en cuenta las nuevas necesidades.»

Precisamente el aumento extraordinario de la producción contradice la teoría del aumento de la miseria. ¿Dónde van á parar todos estos productos,

que valen millones y millones? Bernstein responde que, aunque los 10.000 mayores potentados tuvieran un estómago diez veces mayor, no podrían consumirlo todo. Este aumento gigantesco de producción no se explicaría si los productos no llegaran á las grandes masas de población; en otras palabras, el pueblo de hoy tiene más medios de vida que en otras épocas. Esto puede comprobarse con el consumo de trigo que hace cada individuo, lo cual acusa un aumento en los medios de vida con que hoy se cuenta. En 1879 se consumían 50,6 kilos de pan por cabeza, mientras que hoy llega á 95 kilos. El consumo de centeno ha subido de 125 á 143 kilos. El del tocino crudo ha subido desde 1883 á 1907 de 7,7 á 18,7 kilos. Lo mismo sucede con el cacao, el arroz y otros productos de los países meridionales. Estos últimos han aumentado de 0,61 á 2,97 kilos en 1907. La estadística tributaria prusiana es también muy instructiva en este sentido. En los últimos quince años han aumentado los ingresos totales en un 50-60 por 100, y durante el mismo tiempo han duplicado también sus ingresos las gentes que tenían menos de 3.000 marcos. En ninguna parte del mundo arroja resultados tan satisfactorios la estadística de las cajas de ahorro. Desde 1875 han aumentado las imposiciones de 100 á 800; durante el poco tiempo de vida del nuevo Imperio alemán, se han duplicado ocho veces, mientras que la población no ha crecido en la misma proporción, sino sólo como en una mitad. Ahora bien, las gentes que depositan su dinero en las cajas de ahorro no son los gran-

des capitalistas, sino las clases medias y humildes.

Están, pues, en manifiesta oposición con la realidad lo mismo la teoría de las crisis que la del aumento de la miseria.

El último principio del programa de Erfurt dice: «El desarrollo económico de la sociedad burguesa produce fatalmente la ruina de las pequeñas industrias, basadas en la propiedad particular del trabajador sobre sus medios de producción.» (*Apéndice.*)

¿No es lamentable que tampoco esta afirmación resulte exacta? «La estadística alemana demuestra que las grandes explotaciones (en la economía rural), lejos de aumentar, disminuyen aunque en muy pequeñas proporciones: en cambio, hay un aumento considerable en la propiedad pequeña y media de las clases agrícolas. En términos generales, puede asegurarse que en las empresas agrícolas (agricultura y ganadería) empieza el desarrollo con grandes explotaciones que tienden á disminuir y á dividirse, mientras que en la industria las pequeñas empresas tienden á convertirse en grandes explotaciones.» (*Protokoll des Parteitages*, Hannover, 1899, 143.)

No obstante, abundan las excepciones, tanto en la industria como en el comercio.





II

EL ESTADO DEL PORVENIR

La supresión de los gobiernos monárquicos es cosa descontada para los demócratas socialistas: «Es cuestión resuelta para todos los pensadores que la república es el ideal del Estado con amplia base democrática y un partido cuyas piedras angulares sean la libertad y la igualdad.» (*Protokoll des Parteitage*, Halle, 179.)

Es inexacto que el movimiento revisionista haya introducido en este asunto la más pequeña modificación. Entre generales aplausos decía en la asamblea de Magdeburgo (1910) el compañero Roske: «No debemos omitir sacrificio alguno para que el aire de nuestra patria alemana se haga cada vez más irrespirable para los representantes de la clemencia de Dios. (*¡Estrepitosos aplausos!*) El día en que se vayan sacudiendo el polvo de sus sandalias, la gran masa del pueblo alemán no derramará por ellos seguramente ni una sola lágrima. (*¡Bravo!*)» (*Protokoll des Parteitage*, Magdeburgo, 390.)

«En las próximas elecciones aconsejaremos al pueblo que no confíe ya su historia por más tiem-

po á los instrumentos coronados del cielo. (*¡Bravo!*)» (Ib., 391.)

Los príncipes no los necesitamos para nada: «Todos nacemos aptos para gobernarnos, y ¿quién sabe si los príncipes no son otra cosa que directores de empresas ordinarias, vulgares gerentes de negocios que pueden encontrarse á millares entre las muchedumbres?» (Dietzgen, *Religión der Sozialdemokratie*, 14.)

Lo más hermoso y sorprendente de la historia, será que, una vez socializada la producción, no habrá ya Estado alguno. Tan pronto como hayan desaparecido las luchas de clase, no tendrá ya razón de ser el Estado, y morirá dulce y reposadamente por consunción senil: «El poder público perderá su carácter político tan pronto como al impulso de la evolución hayan desaparecido las diferencias de clase, y la producción esté reconcentrada en manos de los individuos asociados. El poder político no es en sustancia más que la fuerza de una clase organizada para oprimir á las demás. Cuando el proletariado se constituya forzosamente en clase para dar la batalla á la burguesía y por medio de la revolución se haga dueño del poder, y como clase dominante decrete la violenta desaparición del antiguo régimen productivo, hará desaparecer al mismo tiempo las circunstancias y condiciones que determinan la oposición de las clases sociales y aun las clases mismas, y en consecuencia desaparecerá también su propia soberanía como clase.» (*Kommunistisches Manifest*, 24.)

El catecismo democrático-socialista propone la siguiente cuestión: «Pregunta 122: ¿Deberá implantarse el socialismo dentro de un Estado determinado?»

«Ciertamente; pero el socialismo dará á esta forma un contenido esencialmente distinto: la república y la monarquía, concepciones de la sociedad capitalista, quedan descontadas desde luego.» (Knorr, *Sozialdemokrat Katechismus*, 37.)

Bebel afirmaba audazmente ante el Parlamento alemán que se trataba «de la supresión del Estado y de la creación de un organismo administrativo con la única y exclusiva misión de dirigir la producción y el cambio de productos; organismo que no tiene que ver absolutamente nada con la forma del Estado actual.» (Bebel, *und sein Zukunftstaats*, 40.)

• Su función no consistirá en *gobernar*, sino en *administrar*. «Tan pronto como hayan desaparecido las clases oprimidas, y se haya puesto término al gobierno de unas clases por otras, á la lucha por la existencia basada en la anarquía actual de la producción, y á las colisiones y excesos que en ella tienen su origen, no habrá ya nada que reprimir, y será innecesario un poder especial de represión, es decir, el Estado. El primer acto con que el Estado, representante genuíno de toda la sociedad, inaugurará sus funciones, la expropiación de los medios de producción en nombre de la sociedad, será, al mismo tiempo, su último acto positivo como Estado. La intervención del poder político en las rela-

ciones sociales, será superflua é innecesaria en todos los órdenes sucesivamente, y, en consecuencia, morirá espontáneamente por consunción. Al gobierno sobre las personas sustituirá la administración de las cosas y la dirección del proceso productor. No habrá necesidad de suprimir el Estado; morirá él solo. En este sentido debe interpretarse la frase: *el Estado popular libre*, lo mismo cuando se emplea transitoriamente en las propagandas y campañas agitadoras, que en su definitiva insuficiencia científica. Del mismo modo pueden armonizarse con estas doctrinas las aspiraciones de los anarquistas, según las cuales el Estado debe suprimirse de un momento á otro.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 302 y siguientes.)

Es calumniosa la afirmación de que la democracia socialista quiera erigir á los trabajadores en clase directora y gobernante: «Hemos indicado ya que, en general, el concepto de soberanía es antidemocrático y, por lo tanto, opuesto á los principios de la democracia socialista, porque todas las aspiraciones libertadoras de la democracia son igualmente aspiraciones de la democracia socialista. Esta no es más que la democracia consecuente y lógica. Ella desea un orden político y social, que, considerando á todos los hombres por igual, ciegue las fuentes de toda desigualdad, no admitiendo amos ni criados, y formando una comunidad fraternal de hombres libres.» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 9.)

El estado actual tiene única y exclusivamente

la misión de amparar la propiedad y la soberanía de las clases privilegiadas.

«La propiedad individual crea necesariamente intereses antagónicos en el seno de la sociedad. Aparecen oposiciones de clases y de estados, que provocan fatalmente las luchas de clases entre los distintos grupos de intereses, y amenazan la presente organización social. Para dominar á los adversarios del orden existente y proteger á los propietarios amenazados, hace falta una organización que rechace estos ataques y legitime y consagre la propiedad. Esta organización, que defiende y legaliza la propiedad, es el Estado. Por medio de las leyes garantiza á los propietarios la posesión de sus bienes y, una vez consolidado el orden, juzga y castiga á los que se niegan á reconocer la santidad de estos dogmas. En consecuencia, según su propia naturaleza, el interés de los propietarios dominantes y el interés del poder político son siempre conservadores. La organización del Estado no varía más que cuando lo exige el interés de la propiedad. Siendo, pues, el Estado la organización necesaria para un orden social basado en el predominio de unas clases sobre otras, perderá su razón de ser y desaparecerá desde el instante en que la desaparición de la propiedad individual suprima los antagonismos de clase. El Estado irá desapareciendo lenta y espontáneamente á medida que vayan suprimiéndose las relaciones de la soberanía, de la misma manera que desaparecerá la religión cuando no existan ya las creencias en seres sobrenaturales ó en fuerzas suprasensi-

bles, dotadas de entendimiento.» (Bebel, *Die Frau*, 340 y siguientes.)

Con el Estado desaparecerán toda clase de empleados, jueces y policías, ejército permanente y recaudadores de impuestos, leyes y toda clase de disposiciones y preceptos: «Con el Estado desaparecerán también sus representantes, ministros, parlamentos, ejército permanente y gendarmes, tribunales, procuradores y mandatarios políticos y judiciales, empleados de prisiones, empleados de aduanas y recaudadores de contribuciones, en una palabra, toda la maquinaria política. A los cuarteles y demás construcciones militares, á los edificios dedicados á la administración y á la justicia, á las prisiones, etc., se les dará mejor aplicación que la que hoy tienen. Los innumerables leyes, decretos, prescripciones, etcétera, serán papel mojado y tendrán únicamente un valor histórico. Las grandes, y sin embargo tan insignificantes contiendas parlamentarias, en las cuales los hombres se adiestran en el uso de la palabra y pretenden dirigir y gobernar el mundo con sus discursos, están llamadas á desaparecer también; todo ello cederá su puesto á los colegios y delegaciones administrativas, que habrán de atender á dirigir del mejor modo posible la producción y distribución, á determinar la cantidad de provisiones necesarias, á introducir y aplicar cuantas novedades sean convenientes en el arte, en la educación, en el comercio, en la producción, en la industria y en la agricultura. Son estas cosas prácticas, visibles y palpables, que todo el mundo admite, porque nadie

tiene interés alguno personal hostil á la sociedad. Nadie tiene intereses distintos de los intereses de la comunidad, que consisten en que todo se encamine y administre del modo más conveniente y ventajoso.» (Bebel, ídem íd , 405)

Hasta la distinción entre buenos y malos, discretos é idiotas, desaparecerá también. «Los imbéciles y bellacos llaman á esto *el evangelio de la nivelación brutal*; pero por el contrario, el que conoce los padres de nuestra Iglesia, sabe muy bien que las actuales jerarquías sociales, la diferencia entre grandes y pequeños, buenos y malos, discretos y necios, tienen como exclusivo objeto el establecer privilegios para mantener al pueblo en la más degradante esclavitud.» (Dietzgen, *Religion des Sozialdemokratie*, 14.)

El Estado así organizado, ó mejor, así suprimido, será «el Estado de todos para todos, la sociedad organizada con rectitud y justicia, la institución universal que asegurará la felicidad y la educación, la comunidad fraternal de hombres libres con igualdad de derechos y de consideraciones.» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 18.)

No puede negarse que los demócratas socialistas saben á las mil maravillas rodear de poéticos encantos un tan vulgar y prosaico Estado. Desgraciadamente, los encantos se desvanecen tan pronto como se desciende del dorado imperio de la fantasía á la implacable realidad de la vida. Es inexacta y caprichosa la afirmación de que la única misión del Estado actual sea mantener el dominio de unas

clases sobre otras, y la de que todo su aparato desaparecería una vez suprimidas las jerarquías sociales. Las cosas quedarían en el Estado socialista en condiciones bastante análogas á las actuales. Tal sucedería con las empresas privadas actuales y con todo lo que se refiere á la dirección y distribución de los productos. La administración de una tan monstruosa empresa es sencillamente inconcebible sin una organización rígida y gigantesca del personal empleado. Nada importa que se les designe con el nombre de *empleados* ó con el de *administradores*, ni que sea ésta ó aquélla la forma de ingreso en el cuerpo administrativo. Por otra parte, ese sistema daría buena cuenta de la tan cacareada igualdad, porque, en la misma forma que antes, habría una clase directora y otra dirigida, con la única diferencia de que el bastón de mando iría á parar á otras manos, que probablemente sabrían hacer sentir su peso en demasía.

El primer demócrata socialista que ha intentado que yo sepa describir en forma practicable el Estado futuro, Q. Köhler, habla ya de cosas muy poco halagadoras; allí tropezamos ya con un cuerpo de empleados profesionales y autorizados por el Estado: «La elegibilidad y admisión de empleados en las sociedades fiscalizadoras exige que se demuestre previamente la aptitud para el cargo que haya de desempeñarse; estas pruebas deben realizarse mediante un examen escrito, y á presencia de una comisión examinadora especial: esta comisión podrá, cuando las circunstancias lo aconsejen, dar á

estos exámenes un valor definitivo y perpetuo.» (Köhler, *Der sozialdemokratische Staat*, 96.) También Atlantikus quiere que los encargados de dirigir las empresas hayan recibido previamente una educación especial y que haya técnicos, empleados, etc., espléndidamente remunerados. (Atlantikus, *Ein Blick in den Zukunftstaat*, 89 y siguientes.)

¡He aquí la nueva clase dominante y directora! Según los principios de la democracia socialista, toda soberanía se basa en la dependencia económica. Ahora bien, todos los ciudadanos dependerán en el más alto grado, desde el punto de vista económico, de estos señores autorizados por el Estado, porque ellos serán los únicos que puedan aspirar á los cargos más elevados de la sociedad. Diez párrafos brillantes para cantar las excelencias de la igualdad universal no alteran en lo más mínimo la realidad de las cosas.

Köhler considera también (pág. 163) necesarios jueces y aun policías, á los que designa con el inofensivo y sonoro nombre de *poder ejecutivo*. Lo más triste, sin embargo, es la lista de los futuros impuestos. Todos, sin excepción, deberán contribuir á levantar las cargas del Estado; habrá contribuciones para los célibes, hombres y mujeres, así como para los matrimonios sin hijos; tributos sobre los caballos y los perros, y tributos para todo aquello que sea perjudicial y contrario á la sociedad; impuestos sobre el agua, luz, calefacción, etc., tributos reguladores para las regiones de hermosas campiñas (pág. 123); gravámenes para los extran-

jeros sobre la habitación. el aprovechamiento de los templos, alquiler de máquinas, edificios y herramientas (pág. 88). A esta lista habría que agregar probablemente los necesarios para atender á algunos gastos imprevistos.

El compañero Katzenstein, menos fantaseador, dice en contra de Bebel, que el poder político puede combatirse, á lo sumo, en el nombre: «Cuando, según Engels, la soberanía sobre las personas sea sustituida por la administración de los medios de producción, no debe prescindirse de la forma en que esta administración puede llevarse á cabo, sin que de un modo ú otro se refiera también á las personas. En la práctica no podría salirse de uno de estos dos extremos: ó aceptar la autonomía anarquista (libertinaje completo), ó una inspección municipal ó central que ejerciera verdadera autoridad sobre los miembros de la comunidad. Pero este organismo deberá conservar el nombre de poder político, á no ser que se quiera únicamente combatir palabras, cuyo contenido ó significado ha de continuar subsistiendo.» (*Neue Zeit*, año 1896-97, 295.)

Hasta el compañero Liebknecht se expresaba de la siguiente manera en el famoso debate acerca del Estado del porvenir, entablado en el 7 de Febrero de 1893: «Es indiferente que yo designe á la sociedad organizada con el nombre de Estado ó con otro cualquiera, porque en el fondo no se trata más que de una cuestión de palabras.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 152.)

Es, en verdad, ésta una donosísima respuesta:

no habrá ya Estado alguno, porque los demócratas socialistas no llamarán Estado al Estado del porvenir, sino *sociedad*, y, en lugar de *mandar*, *administrarán*. Con la misma razón hubiera podido asegurar Bebel, que en el Estado del porvenir no habrá ya gorriones, porque no se les llamará ya gorriones, sino ruisenñores.

Por mucho que se esfuercen los demócratas socialistas en ofrecernos ocasiones de admirar sus talentos prácticos en lugar de su poética fantasía, es seguro que el Estado del porvenir se encargaría de hacerles perder irremisiblemente su inspiración poética y su maravillosa fuerza de atracción sobre las masas obreras.





III

ORGANIZACIÓN DEL TRABAJO

a) El trabajo obligatorio para todos. Amenidad y suavidad del trabajo.

«El trabajo obligatorio para todos los que se hallen en condiciones de trabajar, sin diferencia de sexos, será la ley fundamental del socialismo, tan pronto como la sociedad alcance la posesión de todos los medios é instrumentos de trabajo. Sin trabajo no hay sociedad posible. Por consiguiente, tiene el derecho de exigir á todo el que quiera satisfacer sus necesidades, que en armonía con sus facultades corporales y espirituales contribuya con su actividad á la preparación y obtención de los objetos necesarios para conseguir el mencionado fin. Es absurda y ridícula la afirmación de que los socialistas pretenden suprimir el trabajo.» (Bebel, *Die Frau*, 343.)

Es natural que la democracia socialista afirme la completa personalidad económica y política de la mujer y la igualdad de su posición con relación al hombre: «La democracia socialista quiere la

emancipación de la mujer en las mismas condiciones que la emancipación del hombre; ella sostiene sin restricciones de ninguna clase la igualdad política y social de la mujer y del hombre.» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 19.)

«La mujer no tendrá necesidad de atender al gobierno de la casa como medio de sustentar su vida, sino que podrá vivir fuera de la familia y recabar su personalidad é independencia económicas. Las perspectivas de la vida familiar actual no son ciertamente muy halagadoras. Como el hombre mismo, en iguales circunstancias y á veces en circunstancias más duras que él, tendrá que luchar contra una vida hostil, que la asediará con toda clase de necesidades. Para sostener esta lucha, necesitará como el hombre de todos los derechos políticos, que deberá esgrimir como las únicas armas con las cuales podrá y deberá defender sus intereses. Con su estado social se transformarán también su entendimiento y su corazón. Ella considera como una de las mayores injusticias la falta de derechos políticos, que durante tantos siglos han soportado las mujeres como una cosa natural. Siguiendo la marcha lenta y dolorosa de la evolución, la mujer va elevándose desde las estrecheces de la vida familiar hasta el amplísimo foro de la vida pública. Necesita, como prácticamente lo significa el derecho electoral, la más absoluta igualdad en la esfera política, como una vital necesidad social y como su emancipación social. El derecho electoral es por ne-

cesidad el equivalente político de la personalidad económica de la mujer.» (Zetkin, *Protokoll des internationalen Sozialistenkongresses*, Stuttgart, 1907, 41 y siguientes.)

Auer aseguraba en la asamblea del partido celebrada en Maguncia el 1900, que la propaganda socialista entre las mujeres había dado escasísimos resultados: «La excitabilidad nerviosa de nuestras mujeres se comprende perfectamente con sólo tener en cuenta los escasos resultados obtenidos á pesar de tantos años de incesante propaganda. Sospecho que las mujeres no han de conmoverse tampoco grandemente en los años venideros, porque es en demasía significativo el fenómeno del poco celo que en defensa del partido han demostrado hasta el presente las señoras de nuestros más entusiastas propagandistas.» (*Protokoll des Parteitage*s, Maguncia, 185.)

No puede alegarse razón alguna para que la mujer no realice los mismos trabajos que el hombre. Ciertó que hasta aquí ha sido más débil, tanto en el orden físico como en el espiritual; pero «fácilmente podemos observar la eficacia transformadora de la educación y de los ejercicios en la juventud, con sólo fijar nuestra atención en las acróbatas y artistas de circo, las cuales realizan verdaderas maravillas de valor, audacia, agilidad y fuerza».

«Este desarrollo es efecto de las condiciones de la vida y de la educación ó, para decirlo con una palabra tomada de las ciencias naturales, de la *re-ería*; luego puede aceptarse como cosa segura, que

la vida física y espiritual de los hombres conseguiría los más hermosos resultados desde el momento en que el hombre acometa su desarrollo de un modo consciente y racional.» (Bebel, *íd. íd.*, 247.)

¡He aquí un descubrimiento verdaderamente maravilloso! La debilidad de la mujer no es consecuencia de su organismo, sino de una educación deficiente. En cuanto ésta sea acertada, realizará sorprendentes milagros. ¡Ciertamente! ¿Por qué no se había de procurar también que desaparecieran radicalmente las diferencias de sexo por medio de la *recreación*?

El trabajo corporal es el único que da derecho completo á percibir una recompensa, por lo cual será la ley fundamental del Estado socialista: «Que todo el mundo esté obligado, según la medida de sus energías físicas, á trabajar física ó mecánicamente para su conservación, y que únicamente tendrá derecho total, natural y lógico á los productos y beneficios materiales de la riqueza acumulada aquel que haya trabajado, obteniendo una participación proporcionada á su trabajo.» (Köhler, *Der sozialdemokratische Staat*, 55.)

Lo más admirable es que los demócratas socialistas, salvadores y bienhechores del pueblo, Marx, Lassalle, Engels, Liebknecht, Singer, Auer, Kautsky, etc., no se ocupan ni se han ocupado jamás en ningún trabajo mecánico.

Según este principio fundamental, el inventor no tiene derecho alguno natural para aprovecharse de sus inventos, aunque preste con ellos á la

humanidad un servicio superior al que pueden prestarle millones de trabajadores. Algo parecido sucederá también á los empleados administrativos, maestros y médicos del porvenir. O no hay consecuencia, ó estos holgazanes deberán dedicarse también á trabajos mecánicos.

El intrépido Bebel se encarga de afirmar taxativamente esta conclusión: «La sociedad futura estará constituida de suerte que tendrá en gran abundancia artistas de todas clases, pero todos ellos se dedicarán á trabajos físicos durante una parte del día, y el tiempo restante podrán consagrarlo según sus gustos y aficiones al estudio, á las artes y al trato social.» (Bebel, *Die Frau*, 364.)

No obstante, el compañero Katzenstein opina de diversa manera: «Es muy delicada la cuestión relativa á la necesidad de armonizar el trabajo espiritual y el corporal. Seguramente que Bebel no concederá á la actividad de las gentes seriamente instruidas y cultas menos valor é importancia que al trabajo de los obreros del campo. Pero estas gentes, salvo el caso en que se trate de personalidades de condiciones excepcionales, tienen necesidad de concentrar su atención y sus trabajos que requieren urgentemente una cierta parcial uniformidad.» (*Neue Zeit*, año 1896-97, 298 y siguientes.)

Las fuerzas productoras aumentarán considerablemente al desaparecer el Estado, los tráficos y servicios de índole privada y doméstica: «Los millares de representantes que actualmente tiene el Estado se distribuirán entre las distintas profesio-

nes, y con su inteligencia y sus energías contribuirán á aumentar la riqueza y las comodidades de la sociedad.» (Bebel, *íd. íd.*, 405.)

«Desde el instante en que toda la producción de la nueva sociedad esté organizada sobre la base indicada, no consistirá ya aquella, como se ha observado, en mercancías, sino en objetos de consumo para las necesidades sociales. Asimismo desaparecerá el tráfico, en cuanto no sea necesario para comerciar con otros pueblos que conserven todavía las bases de la sociedad burguesa, que requiera como cosa necesaria la forma del comercio antiguo, el cual carece de sentido y no puede existir más que en una sociedad basada en la producción de mercancías. De esta suerte podrán dedicarse á trabajos productivos un crecidísimo número de personas de ambos sexos. Este gran ejército de personas quedará libre para la producción, producirá artículos necesarios y dará lugar á un mayor consumo de ellos, ó bien contribuirá á que disminuyan las horas de trabajo necesarias para atender á la satisfacción de las necesidades sociales. Actualmente, todas estas gentes viven, en mayor ó menor escala, como parásitos sobre el trabajo de otros, y todo el mundo puede observar las inquietudes, afanes y preocupaciones con que viven, sin que logren asegurar una existencia tranquila y decorosa. En la nueva sociedad no harán falta alguna los comerciantes, taberneros, corredores ni intermediarios. En lugar de las docenas, centenares y millares de tiendas y locales, destinados al comercio de todas clases, que actualmente

poseen todas las poblaciones en proporción al número de sus habitantes, habrá vastísimos almacenes, bazares elegantes y exposiciones riquísimas, que necesitarán un personal administrativo relativamente muy poco numeroso. Las grandes empresas mercantiles se convertirán en un organismo central, cuya misión, extraordinariamente sencilla, irá simplificándose más y más cada vez por la centralización de todas las instituciones sociales. (Ibid, 374 y siguientes). Los transportes se simplificarán y mejorarán también considerablemente, con lo cual quedará en disposición de trabajar un número muy crecido de hombres; de la misma manera que los grandes establecimientos centrales sustituirán á los millones de empresarios particulares, comerciantes é intermediarios de todas clases, así también se verificará de muy distinto modo el transporte de los productos. Los millones de pequeñas remesas que á diario se envían á tan distintos puntos, obligando á derrochar el trabajo, el tiempo y toda suerte de materiales con verdadera prodigalidad, se transformarán en grandes cargamentos, según sean los depósitos municipales y los talleres centrales de producción. El trabajo de los transportes quedaría, pues, muy simplificado. La conducción de materiales en bruto para una obra de mil trabajadores, se hace con mucha mayor facilidad que si hubieran de arrastrarse á distintos puntos y en pequeñas expediciones, y de igual modo se obtendrán grandes economías por medio de los puntos centrales de producción y de distribución para todas las municipalida-

des ó parte de ellas. Esto es sumamente provechoso para toda la sociedad y para cada uno de su individuos, porque, en este caso, los intereses comunales coincidirán con los personales.» (Bebel, *Die Frau*, 376.)

En virtud de tales mejoras y simplificaciones, el trabajo necesario para satisfacer todas las necesidades sociales será tan insignificante que podrá imponerse sin el menor inconveniente á los empleados y á las gentes cultas: «El trabajo socialmente necesario, reducido á un mínimo con relación al de hoy; por medio de una organización más perfecta y el empleo de métodos é instrumentos de producción más perfeccionados, no será ya una plaga, sino un recreo, que no excederá á las facultades ni impondrá la menor fatiga á ninguno de los trabajadores y sexos en él ocupados.» (Bebel, *Unsere Ziele*, 19.)

Aunque Bebel no concede mucha autoridad á los profesores, cita por esta vez en su auxilio el testimonio de uno de ellos: «El profesor de Viena, Th. Hertzka, ha hecho un interesante cálculo en su obra *Las leyes de la evolución social*, sobre el tiempo que podría economizarse con un sistema de producción apoyado sobre una base racional. Examina las energías productoras y el tiempo que sería necesario consumir para satisfacer las necesidades de 22 millones de personas, que constituyen la población del imperio austriaco, sobre la base de la producción en gran escala, tal y como hoy puede realizarse. A este objeto adquirió datos sobre la pro-

ductividad de las grandes empresas en distintas esferas del trabajo y, conforme á ellos, hizo sus cálculos. Debe incluirse el cultivo de diez millones y medio de hectáreas de tierras de labor y de 3 millones de hectáreas de praderas, que son suficientes para proporcionar carnes y productos agrícolas á la población antes mencionada. Incluye de la misma suerte en su cálculo la construcción de habitaciones, para que cada familia tenga una casa de 150 metros cuadrados con cinco habitaciones y cuya duración se calcula en unos cincuenta años. De este cálculo resulta que las necesidades de la agricultura, construcción, producción de harinas y azúcar, carbón, hierro, maquinaria, vestidos, industrias químicas, etc., podrían atenderse con el trabajo anual de 615.000 personas que trabajaran por término medio en la forma en que suele hacerse actualmente. Estas 615.000 personas constituyen solamente el 12,3 por 100 de la población austriaca apta para el trabajo, excluyendo de él á todas las mujeres, y á los hombres menores de diez y seis y mayores de cincuenta años. Trabajando los cinco millones de hombres, que están en condiciones de hacerlo, en lugar de los 615.000, quedarían holgadamente atendidas las necesidades de los 22 millones con 36,9 días, ó, en números redondos, unas tres semanas de trabajo. Dedicando á trabajar trescientos días del año en lugar de los treinta y siete, podrían reducirse las once horas que actualmente se trabaja cada día, á $1 \frac{3}{8}$ horas, para cubrir desde luego toda clase de necesidades.

Hertzka incluye además las necesidades de lujo para las personas de mejor posición, y halla que la elaboración de estos artículos para las necesidades de 22 millones de hombres supone un aumento de 315.000 trabajadores más. Para satisfacer en sesenta días todas las necesidades, excluyendo del trabajo á los menores de diez y seis y mayores de cincuenta años, según el citado profesor, bastaría aproximadamente el 20 por 100 de los hombres aptos para el trabajo, es decir, un millón de trabajadores, aun teniendo en cuenta las industrias austriacas deficientemente organizadas ó insuficientes para la producción nacional. Contando, pues, toda la población masculina apta para el trabajo, no habría necesidad de trabajar más que dos horas y media diarias por término medio.» (Bebel, *Die Frau*, 352 y siguientes.)

¡Mil parabienes á este benemérito profesor, que ha sabido imponerse al crítico y discontentadizo espíritu de Bebel! No obstante, sería bueno que el honorable profesor repitiera una vez más su cálculo y seguramente hallaría que debían ampliarse un poco más las dos horas y media de trabajo. El mismo compañero Katzenstein, excelente demócrata socialista, opina «que las dos ó cuatro horas de trabajo diario, que, apoyándose en la respetable autoridad del Dr. Hertzka, ha calculado Bebel, tendrían que completarse probablemente con algunas horas más en la práctica de la sociedad futura». (*Neue Zeit*, año 1896-97, 298.)

Para estas brevísimas jornadas habría locales

magníficos y dotados de toda clase de comodidades, posibles unas é imposibles las demás.

«Una de las más urgentes necesidades sería la de construir una serie de talleres ó locales destinados al trabajo, amplios, claros, ventilados y espléndidamente dispuestos y adornados. El arte y la técnica, el talento y la destreza hallarían pronto un vastísimo campo de acción. En ellos tendrían ocasión de manifestar un espléndido desarrollo todas las esferas de la actividad humana, la construcción de máquinas y la fabricación de herramientas para la agricultura é industrias que habrían de desarrollarse en el interior de estos locales. En ellos hallaría inmediata aplicación todo lo que el espíritu de invención del hombre pudiera imaginar en cuanto á habitaciones cómodas y agradables, á sistema de ventilación, alumbrado y calefacción y demás elementos mecánicos, técnicos é higiénicos. La concentración de éstos locales en determinados puntos permitiría hacer grandes economías en las fuerzas motrices, en la calefacción, alumbrado, tiempo y en todo aquello relativo á las comodidades del trabajo y de la vida. Las casas estarían separadas de estos lugares, y libres completamente de las incomodidades de la actividad industrial. Estas mismas incomodidades quedarían limitadas á su más mínima expresión, y definitivamente suprimidas del todo por medio de convenientes instalaciones y tomando toda clase de precauciones. El estado actual de la técnica tiene ya medios suficientes para evitar completamente los peligros de las industrias más

expuestas, como la explotación de las minas, los experimentos químicos, etc. Así, por ejemplo, los que lleva consigo la explotación de las minas pueden combatirse perfectamente por medio de un sistema distinto de laboreo, de una ventilación fácil y abundante, del alumbrado eléctrico, disminuyendo considerablemente las horas de trabajo y alternando frecuentemente los trabajadores. No es indispensable ser un genio para ver la manera de evitar casi en absoluto los accidentes de las artes de la construcción y hacer de ellas una de las más agradables tareas.»

«La química y la técnica tienen en la actualidad elementos más que suficientes para impedir totalmente las molestias del polvo, del humo, del hollín, de los malos olores, etc. Si no se evitan ó se evitan en proporciones insignificantes, se debe á que los patronos no quieren emplear los medios necesarios. Los locales destinados al trabajo en el porvenir, llevarán á los actuales todas las ventajas mencionadas, cualquiera que sea el lugar en que se hallen instalados; sobre la tierra ó debajo de ella.» (Bebel, *Die Frau*, 355.)

En los trabajos más incómodos y molestos deberán tomar parte todos los ciudadanos sucesivamente, hasta tanto que la química y la mecánica logren disminuir tales inconvenientes: «En todos aquellos trabajos molestos y penosos que no puedan realizarse por medio de procedimientos mecánicos ó químicos, ni haya medio de transformarlos en ocupaciones menos fatigosas (cosa bas-

tante difícil, dados los progresos de la química y de la técnica modernas), y no haya obreros que se presten á ejecutarlos voluntariamente, todo ciudadano estará obligado á tomar en ellos la parte correspondiente cuando le llegue el turno, porque ningún trabajo útil es infamante ni deshonesto.» (Idem íd., 372.)

A todo el mundo se darán facilidades para que pueda ir distribuyendo su actividad entre los trabajos corporales y espirituales: «En la nueva sociedad no solamente será posible, sino sumamente fácil, el cambiar de trabajo, porque es fin principalísimo de la misma sociedad el procurar la satisfacción íntima de todos sus miembros, ya que en ella descansa fundamentalmente la formación armónica del hombre. Lentamente irá desapareciendo el carácter profesional que hoy imprime nuestra sociedad, ya consista la profesión en determinados trabajos uniformes, ya en la haraganería. En la actualidad son rarísimos los hombres que pueden distribuir su actividad en esta forma. Unicamente por circunstancias particulares se encuentran algunos privilegiados que pueden librarse de la uniformidad y monotonía del trabajo profesional, y después de haber rendido su tributo al trabajo físico, pueden dedicarse á otros de índole espiritual. Abundan más los que, consagrados á trabajos espirituales, dedican una parte del día á un trabajo manual, por ejemplo, á la jardinería. Los saludables efectos de una actividad que va alternando entre unos y otros trabajos son sumamente

higiénicos, porque ese modo de ejercicio está en armonía con la naturaleza. No hay para qué decir que esos trabajos deben hacerse con medida y en forma proporcionada á las fuerzas de cada uno.» (Bebel, *Die Frau*, 363.)

No puede negarse que esta descripción del trabajo corto, cómodo, variadísimo y fecundo de la sociedad socialista debe ser muy halagadora para el trabajador que á menudo tiene que estar desde el amanecer hasta muy entrada la noche en lugares húmedos, ocupado en rudas labores y con muy poco jornal.

El que usa el seudónimo de Atlantikus sigue otro procedimiento. Se ha tomado el trabajo de calcular que 5 millones de hombres y 3,8 millones de mujeres, trabajando ocho ó diez horas diarias, producirían artículos de consumo en suficiente cantidad para el sostenimiento de todos los habitantes del Imperio alemán. Según él, los hombres trabajarían durante diez años, á partir de la edad de diez y siete, y las mujeres durante otros diez años, á partir de la edad de quince. Los primeros recibirían 800 marcos de remuneración, y pasados los diez años de servicio, cobrarían esa misma cantidad como renta vitalicia. Las mujeres tendrían 700 marcos anuales, y pasados siete años de servicio, cobrarían también una renta vitalicia de 450 marcos. No podrían casarse hasta entonces, es decir, hasta terminar los años de trabajo. (Atlantikus, *Ein Blick in den Zukunftsstaat*, 5, 80, 92, etc.)

Su obra es de mayor valor práctico que las

brillantes fantasías de Bebel; pero á pesar de esto, ó tal vez por esto mismo, no ha alcanzado en siete años más que la segunda edición y ésta poco numerosa. No hay nada en el mundo más fácil que hacer promesas halagüeñas, porque el sufrido papel no se avergüenza de nada de lo que pueda estamparse sobre él.

b) Dirección del trabajo.

Para la dirección de una gran fábrica moderna hace falta un mecanismo complicado que no podría funcionar sin largos años de ejercicios y preparación. No obstante, es sumamente fácil, según Bebel, el formar la estadística de los artículos necesarios y dirigir la producción para una población de 62 millones de habitantes:

«Dirigida la producción de una manera sistemática, será sumamente fácil por medio de datos estadísticos calcular con exactitud los artículos necesarios y evitar de esta suerte el exceso de producción, fuente principalísima de la paralización de los negocios: será esto tanto más sencillo cuanto que desaparecerán los artículos de verdadero lujo, que hoy sólo puede adquirir y disfrutar una pequeña minoría, mientras que aumentará considerablemente el número de los objetos necesarios y positivamente útiles. Esta dirección sistemática de la producción podrá simplificarse además, porque otros Estados cultos pondrán también en vigor las mismas medidas que nosotros adoptemos. Un consejo

social internacional, ó como quiera llamársele, proporcionaría todo el material que habría de acumularse en cada uno de los Estados. Este consejo no costaría probablemente más que un par de nuestras embajadas actuales, perfectamente útiles; su utilidad, sin embargo, estaría en razón inversa de su coste.» (Bebel, *Unsere Ziele*, 38.)

«En una sociedad socialista están admirablemente ordenadas todas las relaciones y solidariamente enlazados todos los intereses sociales. Todo se hace con orden y medida, y resulta muy sencillo el determinar la medida de las distintas neccsidades. Todo se lleva á la práctica tan pronto como lo aconseje la experiencia. Si la estadística indica, por ejemplo, el término medio de pan, carne, calzado, ropa blanca, etc., que se necesita, y, de otra parte, se conoce ya la productividad de los establecimientos destinados á este fin, se calcula inmediatamente el término medio del tiempo que sea necesario trabajar cada día para satisfacer las necesidades sociales.» (Bebel, *Die Frau*, 347.)

No habrá ya Gobierno alguno, sino un Colegio de administración formado por personas de confianza: «El fin del Estado socialista no es en manera alguna imponer á todos los ciudadanos la vida proletaria, sino impedir que la inmensa mayoría de los hombres vivan como los obreros. Procurará con todas sus fuerzas aumentar en cuanto sea posible las comodidades de la vida, para lo cual será necesario preguntarse hasta qué punto pueden llegar las aspiraciones de la sociedad.»

«Para que todo ésto sea posible, hace falta una administración que abarque todas las esferas de la actividad social. Nuestros municipios facilitarán considerablemente las tareas administrativas; si las inspecciones son difíciles por su extensión excesiva, pueden distribuirse en distritos. Lo mismo que en las sociedades primitivas, todos los individuos que hayan llegado á la mayor edad sin distinción de sexos, tomarán parte en las elecciones para la designación de aquellas personas de confianza que hayan de dirigir la administración. A la cabeza de todos los consejos locales figurará el Consejo central de administración; bien entendido, que no ha de ser un Gobierno con poderes soberanos, sino solamente un Consejo administrativo con carácter ejecutivo. Es cuestión de poca importancia el que esta administración central haya de ser nombrada directamente por la sociedad ó por los consejos municipales. Estas cuestiones no tendrán en lo futuro la transcendencia que tienen hoy, porque no se tratará del desempeño de cargos que lleven consigo grandes poderes é influencias ni elevados ingresos, sino de cargos de confianza, para cuyo ejercicio serán nombrados los más aptos, hombres ó mujeres, siendo destituidos ó confirmados nuevamente en ellos, según lo exijan las necesidades ó lo deseen los electores. Será temporal el desempeño de todos los cargos. Los poseedores de estos cargos no podrán ser considerados en modo alguno como *empleados*, porque sus funciones no serán permanentes, ni habrá clasificación alguna jerárquica para los ascensos.

Desde este punto de vista, carece igualmente de importancia la cuestión relativa á la existencia de un Consejo de administración intermedio entre el central y los municipales; por ejemplo, consejos provinciales. Se crean si hacen falta y se prescinde de ellos si no se consideran necesarios. Sobre todas estas cuestiones ha de resolver la necesidad, tal y como resulte de la práctica. Si los progresos de la evolución social hacen inútiles y superfluos los viejos organismos, serán suprimidos sin estrépito y sin lucha, porque nadie estará personalmente interesado en que continúen, y se crearán otros nuevos. La administración fundada en amplia y firme base democrática, será radicalmente distinta de la administración actual. ¡Cuántas batallas periodísticas, cuántos torneos oratorios en nuestros parlamentos y cuántos legajos en nuestras cancillerías para hacer la más insignificante reforma en la administración ó en el gobierno!» (Bebel, *íd. íd.*, 344.)

Estas mismas ideas se encuentran en Lafargue: «En la sociedad tal y como nosotros la concebimos, se fijará de antemano la suma de trabajo necesario para satisfacer cumplidamente todas las necesidades. Ya hoy se suele calcular la cantidad de cereales necesaria para el sostenimiento de un país, y es mucho más fácil todavía el poder determinar el número de zapatos que se necesitan en Francia. Esta labor se distribuirá entre todos los miembros de la sociedad que sean aptos para el trabajo, y cada individuo fijará por libre elección el número de horas de trabajo que sea preciso para poder dis-

frutar holgadamente de todos los bienes que el trabajo proporciona.» (Lafargue, *Kommunismus und Kapitalismus*, 31.)

El orden en que hayan de verificarse estos trabajos, será el orden de la igualdad, según la expresión maravillosamente hermosa de Liebknecht: «Bajo un pie de igualdad (*in der Ordnung der Gleichordnung*), estarán los obreros que hayan de realizar los trabajos necesarios para todos los miembros de la sociedad, en lugar de los patronos y de sus mercenarios esclavos, completamente subyugados ó en constante rebelión: ¡compañeros libres!» (Liebknecht, *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, 18.)

Probablemente también en la dirección se irá alternando por turnos. Todo el mundo hará lo que quiera y, sin embargo, las cosas irán á pedir de boca: «Cada uno escogerá la clase de trabajo que quiera hacer. La gran variedad de trabajos que deben llevarse á cabo, permitirá condescender con los gustos de cada uno. Si en una industria hubiera exceso de trabajadores y faltaran en otras, la administración tomaría las medidas oportunas para restablecer el equilibrio. El organizar la producción y dar facilidades á los distintos trabajadores para que se ocupen en lo que más les agrade, será la obligación principal de los funcionarios elegidos. Cuanto mayores sean la compenetración y familiaridad de todos los trabajadores, más fácil y cómodo será el trabajo. Cada rama ó sección de trabajo elegirá sus ordenadores, que deberán encargarse de la

dirección. Pero éstos no serán capataces ó superiores, como la generalidad de los actuales inspectores y directores, sino compañeros que desempeñarán por delegación una función administrativa en lugar de una productiva. No habrá inconveniente en que en el desempeño de estas funciones vayan alternando por turno riguroso todos los interesados, sin diferencia de sexos, á medida que vaya progresando la organización y aumente el nivel cultural de todos los trabajadores.»

«El trabajo organizado sobre la base de una libertad absoluta y de una igualdad democrática, en que cada uno sirve á todos los demás y todos le sirven á él, y donde reina, en consecuencia, la más perfecta solidaridad, producirá un espíritu de placentera laboriosidad y de emulación, como no puede hallarse en parte alguna con el actual sistema económico. Este espíritu creador influirá notablemente sobre la productividad ó fecundidad del trabajo.»

«Por otra parte, estarán todos interesados, porque trabajarán mutuamente unos para otros, en que los artículos sean buenos y perfectos en cuanto sea posible y en que se inviertan en su producción ó elaboración la menor cantidad posible de energía y de tiempo, ya sea para disminuir las horas de trabajo, ya sea para dedicar el tiempo á la producción de nuevos objetos que sirvan para satisfacer aspiraciones más elevadas. Este interés común obligará á que todos piensen en mejorar, simplificar y acelerar el proceso del trabajo. La ambición

de hacer nuevos inventos y descubrimientos hallará frecuentes y numerosísimos estímulos en las ideas y proyectos de los demás.» (Bebel, *Die Frau*, 348 y siguientes.)

Por desgracia, el compañero Katzenstein viene á destruir el cuadro idílico de una dirección del trabajo sin un poder político y sin el deber de la obediencia: «La dirección de la producción supone la subordinación de los dirigidos, tanto si se la designa con el nombre de *empleo* como si se la llama *administración*. Tan pronto como la comunidad aparezca como una organización, fuera de la cual no es posible actividad económica alguna, esta dirección adquiere una naturaleza jurídica pública, y toda explotación ó empresa se convierte en empresa del Estado. Bebel dice (pág. 425) que la sociedad regulará sus horas de trabajo, según las necesidades... dirigirá las fuerzas productoras, llevará á cabo empresas, combinando las variadísimas energías, que han de concurrir al trabajo... A decir verdad, se habla de *administración*, pero también de energías productoras humanas, cuyos poseedores deberán ser *dirigidos y combinados*. Seguramente que ningún director general de nombramiento real dictará semejantes disposiciones, y debe suponerse que serán adoptadas en su totalidad por acuerdo de la mayoría y con intervención de los propios interesados, *pero siempre nos encontramos con una subordinación, con la necesidad y el deber de una subordinación*. Mientras haya organismos centrales que tengan que dictar disposiciones para

distribuir la actividad social por cauces distintos, como quien distribuye las aguas de una corriente, se tratará sencillamente de un Estado, cualquiera que sea el nombre con que quiera designársele. No hay término medio; ó la sociedad anarquista sin obediencia ni autoridad, ó el Estado, organizado democráticamente (distritos, municipios) con autoridad y deber de obediencia por parte de los ciudadanos». (*Neue Zeit*, año 1896-97, 295 y siguientes.)

El compañero Atlantikus es demasiado inteligente para no comprender también la necesidad de empleados y directores con una preparación especial (comp. pág. 64). Edmundo Fischer, en la *Revista mensual socialista* del mes de Abril de 1904, afirma resueltamente que el pensamiento de transformar en las condiciones indicadas la producción capitalista al día siguiente de la revolución social, es una idea tan descabellada, que no merece los honores de la discusión, y agrega: «La idea de pretender reorganizar en pocos días, meses ó años, toda la producción privada capitalista, fundiendo en nuevos moldes este monstruoso mecanismo que, formado por millares y millones de piezas y ruedas, se ha ido desarrollando en el transcurso de los siglos, es una verdadera locura. Si Kautsky hubiera tenido ocasión de fundar y dirigir, durante un solo año siquiera, la más pequeña sociedad ó empresa, hubiera podido experimentar y aprender las innumerables dificultades, grandes y pequeñas, de una nueva organización; en este orden de cosas sabría que los hombres no son números que puedan distri-

buirse libremente sobre el papel... Si Kautzsky tuviera el más ligero presentimiento de todas estas dificultades, no hubiera hablado siquiera de la posibilidad de que el proletariado pudiera echar sobre sus hombros de una manera brusca la difícil empresa de toda la producción».

También el compañero Bernstein siente serios escrúpulos: «¿No sufriría la producción gravísimos quebrantos á consecuencia de la menor laboriosidad de los trabajadores, de la carencia ó menor eficacia de los estímulos para el trabajo, de la falta de disciplina, de la negligencia y la desaparición del entusiasmo para acometer empresas de ninguna clase? El problema del estímulo y de la disciplina del trabajo se resolverá en una jerarquía social que distará mucho de ser el Estado socialista del porvenir y será muy semejante al actual estado de cosas. Cuando nos representamos la evolución hacia el socialismo, pacífica ó revolucionaria, no podemos desentendernos del pensamiento de que sea una especulación puramente utópica la idea de pasar, en un corto lapso de tiempo, de una sociedad burguesa á otra totalmente comunista, cambiando por completo la fisonomía económica y la psicología humana. Dada la estructura de la sociedad, la misma revolución radical no podría establecer propiedad colectiva uniforme alguna, y la reforma quedaría reducida en gran parte á introducir algunas modificaciones en las personas y en los grupos de propietarios.» (Bernstein, *Die heutige Sozialdemokratie in Theorie und Praxis*, 37.)

¡Completamente exacto! Pero ¿á qué quedaría reducida la alegría de los compañeros, si en el Estado del porvenir el trabajo ha de estar organizado aproximadamente en la misma forma que hoy?

En la comunidad socialista habrá también, sin género alguno de duda, un *poder soberano*, por muy poco en armonía que esté con las idílicas fantasías de Bebel. Todos los ciudadanos estarán obligados á trabajar, y este precepto estará sancionado con el castigo del hambre para sus infractores. Dietzgen dice: «Si no place al futuro Congreso imponer la ley del trabajo obligatorio, habrá de declarar que el que no trabaje no recibirá recompensa alguna y cada uno podrá consumir las existencias ó provisiones con que cuente; pero en modo alguno podremos dispensarle de la obligación de trabajar.» (Dietzgen, *Die Zukunft der Sozialdemokratie*, 10.)

El compañero Liebknecht, por el contrario, manifiesta que «todo aquel que conoce el abecé de la política, sabe perfectamente que si de la libertad absoluta se cercena un solo átomo, no puede hablarse ya más de libertad.» (*Protokoll des Parteitage*, Berlín, 209.) Y agrega: «Estando todas las industrias y explotaciones en manos del Estado, el trabajador, que no podría hallar ocupación en ninguna otra parte, se vería precisado á someterse á cualesquiera condiciones que se le impusieran.» (*Protokoll des Parteitage*, Berlín, 178.)

En el Estado socialista la imposición del trabajo obligatorio con la sanción del hambre residirá en el único patrono, el Estado, al cual será neces-

rio someterse, en consecuencia, sin restricciones de ninguna clase: de esta suerte se contradicen á sí mismos los señores socialistas.

Sobre la afirmación audaz de que en el Estado del porvenir podrán alternar todos los empleados, recibió Bebel un merecido varapalo en el debate, suscitado en el parlamento alemán el 1893, acerca del Estado del porvenir. El diputado Richter preguntaba en 6 de Febrero: «Consiguientemente, el ministro, el canciller del Imperio, la autoridad suprema, como quiera que la llaméis, será desempeñada por distintas personas, conforme á un turno riguroso. ¡Señores! Todos los demócratas socialistas tienen, por consiguiente, el derecho innato de dirigir una vez, durante algunos días, una clase ó rama especial del trabajo. ¿Cree el señor Bebel que ésto sea posible?»

Bebel respondió en pleno Parlamento con un potente ¡sí!, con lo cual tuvo bien merecida la mordaz réplica de Richter: «¡De suerte que ésto os parece posible! En ese caso podéis, desde luego, hacer la prueba en vuestro propio partido para convencernos. Lo que ha de ser posible en el Estado del porvenir, será también hacedero en el pequeño marco de una organización política fundada en los ideales democrático-socialistas del presente. Pero ¿alternan en sus cargos los señores demócratas socialistas? ¡No! Vosotros no pensáis en cosa semejante. Sois siempre vosotros y solamente vosotros, Bebel, Liebknecht, Singer, los que año tras año permanecéis á la cabeza del partido, confirmados en vues-

tros cargos por nuevas elecciones, y todavía sois menos los que pensáis en dar á vuestras mujeres participación alguna en la dirección suprema del partido, como expresamente se ha dicho que debería hacerse en el Estado democrático-socialista.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 148.)

El que en un Estado complicadísimo de 60 millones de hombres puedan ir alternando sencillamente todos los empleados, y en una fábrica con 5.000 trabajadores pueda cualquier carretero llegar á ser hoy maquinista, mañana ingeniero y pasado mañana director, puede pasar, á lo sumo, como entretenimiento carnavalesco, que tendría un éxito sorprendente.

c) Remuneración del trabajo.

El desastroso sistema del salario en dinero debe desaparecer. El trabajador recibirá por el tiempo en que haya trabajado, un certificado, con el cual podrá adquirir todos los artículos de consumo.

«En la nueva sociedad no habrá *mercancías*, ni en consecuencia *dinero alguno*. Al parecer, el dinero es el equivalente de las mercancías, pero, en realidad, es también una mercancía. A pesar de esto, es al mismo tiempo la forma social equivalente, la medida del valor para todas las demás mercancías. Pero la nueva sociedad no producirá mercancías, sino única y exclusivamente objetos necesarios, artículos de consumo, cuya elaboración exigirá una cierta cantidad de horas de trabajo. El tiempo de trabajo que, por término medio, sea necesario para la elabo-

ración de un objeto, será, pues, la única medida conforme á la cual habrá de avalorarse para el consumo social. Diez minutos de trabajo en un objeto, son iguales á diez minutos de trabajo en otra labor cualquiera, ni más ni menos. La sociedad no quiere *ganar salario*, pretende únicamente garantizar el cambio de objetos de igual calidad y de igual valor para el consumo entre sus miembros, y no tendrá necesidad de asegurar el valor en uso de ningún artículo, porque se limitará, sencillamente, á producir lo que necesite. Si, por ejemplo, se observa que bastan tres horas diarias de trabajo para elaborar todos los productos necesarios, no se trabajará más que tres horas diarias. Si los métodos de producción se perfeccionan hasta el extremo de que basten dos horas de trabajo para el fin indicado, se trabajará dos horas diarias nada más. Por el contrario, si la comunidad manifiesta deseos de satisfacer necesidades superiores á las que puede atenderse en dos ó tres horas, á pesar del aumento de trabajadores y de la mayor actividad productiva del trabajo, se impondrán jornadas de cuatro horas. Su voluntad será su reino de los cielos.»

«Puede calcularse con suma facilidad el tiempo de trabajo necesario para la elaboración de cada uno de los artículos ó productos. Después se mide la proporción de esta parte de tiempo con el total que sea necesario. Un certificado cualquiera, un pedazo de papel impreso, de oro ó de metal, demuestra el tiempo invertido en el trabajo y coloca á su poseedor en condiciones de cambiar este signo por los pro-

ductos necesarios de cualquier índole que sean. Si ocurre que sus necesidades son menores que las que pueden subvenirse con el producto de su trabajo, trabajará menos tiempo hasta restablecer el equilibrio. Nadie prohibirá que cada uno ceda ó regale á los demás los productos que él obtenga y no consuma, ni habrá el más pequeño obstáculo en que pueda trabajar generosamente por algún otro, haciéndole partícipe de todos los beneficios sociales para que éste pueda entregarse al *dolce far niente*. Pero nadie podrá obligarle á trabajar en provecho de los demás ni retenerle la más pequeña parte del producto de su trabajo.» (Bebel, *Die Frau*, 366.)

Dietzgen pretende que el dinero se conserve provisionalmente y ofrece generosamente un jornal de 6 marcos diarios. Si fuera insuficiente, se aumentará en la proporción que se considere necesaria: «Durante los primeros días y acaso años siguientes á la victoria del proletariado, el socialismo atendería convenientemente á las necesidades de las grandes masas, aumentando en un 100 por 100 el jornal corriente en cada uno de los países, trabajando normalmente el obrero ocho horas diarias y sin hacer minuciosas investigaciones sobre el producto ó recompensa del trabajo. Aceptando, como tipo, un jornal de 6 marcos, no puede precisarse con entera exactitud si responde al valor efectivo del trabajo..... Si no alcanzara á satisfacer todas las necesidades, debería aumentarse interinamente, echando mano del patrimonio nacional.» (Dietzgen, *Die Zukunft der Sozialdemokratie*, 9.)

A juicio de Köhler, el dinero debe conservarse también como un valor. «Ni es trabajosa la elaboración de los valores corrientes, ni muy difícil evitar las falsificaciones; por otra parte, el dinero es tan irresponsable del actual malestar social, como el pan, de que carecen los pobres... Razón sobrada para que la legislación democrático-socialista conserve indefinidamente el dinero como un medio de evaluar los productos sociales.» (Köhler, *Der sozialdemokratische Staat*, 70.)

Atlantikus ofrece, según hemos tenido ocasión de ver (pág. 64), una modesta renta.

Notable y asombroso por demás será el que en la futura sociedad no habrá diferencia alguna entre los laboriosos y los holgazanes, los inteligentes y los tontos, por lo cual todos los compañeros recibirán, á juicio de Bebel, los mismos beneficios sociales. «¿Qué será de la distinción entre zánganos y aplicados, entre torpes é inteligentes? Desaparecerá radicalmente, porque no existirá nada de lo que designamos por medio de esas palabras. La sociedad llama holgazanes únicamente á aquellos que expulsados del trabajo tienen necesidad de andar errantes de una parte á otra y acaban por convertirse realmente en vagabundos, ó á los que han torcido sus buenas aptitudes en virtud de la mala educación que habían recibido. En cambio, el que llama haraganes á los potentados que llevan una vida de ocio y de continuadas francachelas, infiere una grave ofensa, porque estos tales son hombres excelentes y beneméritos.»

¿Qué sucederá sobre este particular en la nueva sociedad libre? Todos se desenvolverán en iguales condiciones de vida y cada uno aplicará sus actividades y energías en aquel orden de cosas, adonde le impulsen sus gustos y aptitudes, con lo cual quedarán reducidas á la más mínima expresión las diferencias entre la acción y trabajo de unos y otros. La atmósfera social será un estímulo poderoso para que cada uno procure adelantarse y aventajar á los demás, y esta circunstancia contribuirá igualmente á borrar toda clase de diferencias. Cuando un ciudadano observe que en una esfera determinada no puede hacer lo que hagan los demás, escogerá otra clase de trabajos más en armonía con sus fuerzas y aptitudes. El que ha trabajado en una empresa cualquiera con un número crecido de hombres, sabe perfectamente que muchos de ellos, torpes ó ineptos en una labor determinada, son trabajadores diestros y habilísimos, tan pronto como se dedican á otra cosa. No existe normalmente hombre alguno que no pueda adquirir el mayor grado de habilidad y de destreza en uno ú otro ramo de la actividad humana, á condición de que escoja acertadamente la profesión más en armonía con sus tendencias y aptitudes ¿Con qué derecho podrá nadie alegar ventaja ó privilegio alguno sobre los demás? El que por defectos naturales no pueda hacer lo que hacen los demás, á pesar de su buena voluntad, no sufrirá castigo alguno, porque la sociedad no puede castigar las faltas de la naturaleza. Si alguien, por el contrario,

ha recibido de la naturaleza aptitudes que le elevan sobre sus semejantes, no obtendrá por ellas recompensa alguna, porque la sociedad no está obligada á recompensar lo que no proceda de su mérito personal. Para el socialismo tiene mucha más transcendencia la circunstancia de que todos los ciudadanos vivirán y se educarán en las mismas condiciones, todos podrán igualmente desenvolver sus conocimientos y facultades en armonía con sus tendencias é inclinaciones y de esta suerte se conseguirá, no solamente que la competencia y la educación sean en la sociedad del porvenir muy superiores á las de la sociedad burguesa, sino también que sean mucho más uniformes y regulares, y al mismo tiempo más variadas y armónicas.» (Bebel, *Die Frau*, 368 y siguientes.)

Por regla general, los demócratas socialistas proceden con gran cautela al tratar la espinosa y delicada cuestión relativa á la forma en que deberá organizarse y recompensarse el trabajo en la sociedad del porvenir. Es cierto que prometen al trabajador el beneficio total y completo de su trabajo, pero procuran no concretar demasiado, al explicar la manera cómo ésto debiera practicarse. Engels se expresa como el oráculo de Delfos:

«De este supuesto (que el trabajo no tiene valor alguno), se deduce naturalmente que la distribución, en cuanto haya de apoyarse en consideraciones de orden puramente económico, habrá de regularse por el interés de la producción y ésta deberá ser impulsada principalmente por una forma de

distribución que permita á todos los miembros de la sociedad desenvolver, renovar y aplicar con la mayor variedad posible todas sus aptitudes y facultades.» (Engels, *Dühringe Umwälzung*, 212 y siguientes.)

En consecuencia, la distribución se regula por el interés de la producción y ésta avanza, impulsada por una forma especial de distribución que pone á todos los compañeros en situación de desarrollar y aplicar todas sus energías. Esto está, sin duda, expresado con mucha profundidad, pero el lector se quedará tan en ayunas como antes de la explicación.

El programa de Gotha reclama y sostiene también la conveniencia de distribuir los productos del trabajo «á cada uno según sus necesidades racionales, sobre la base de la igualdad de derechos». Es ésta una fórmula sumamente cómoda, porque entre las *necesidades racionales* puede incluir cada uno todo lo que tenga por conveniente.

El nuevo programa de Erfurt guarda silencio sobre la distribución, por las razones indicadas por Kautsky en sus comentarios á este programa: «Sería perfectamente utópico el creer que pudiera excogitarse un sistema especial de distribución que hubiera de mantenerse en vigor de una manera estable y definitiva. En este orden de cosas, como en todos los demás, el socialismo no procederá por saltos, sino incorporando y modificando todo aquello que encuentre á su paso. La distribución de los bienes en el Estado socialista habrá de hacerse durante

un período definido de tiempo en forma tal, que venga á ser un desarrollo ó evolución de las formas ó modalidades que el salario tiene en la actualidad. En éstas deberá tener aquella su punto de partida, y á la manera como las formas del salario varían y se modifican, no sólo en las distintas épocas, sino también en las distintas regiones y en las diversas ramas del trabajo, es también verosímil que en una sociedad socialista aparezcan las más variadas formas de la distribución de los productos, según las costumbres y tradiciones que subsistan en cada uno de los pueblos.» (Kautsky, *Das Erfurter Programm*, 156 y siguientes.)

Continuamos, pues, sin poder saber con propiedad y exactitud la forma en que habrán de distribuirse los productos y, sin embargo, siguen prometiendo incesantemente montañas de oro. Es cosa comodísima esta evolución indefinida. Los talentudos socialistas no tienen necesidad de calentarse los cascos para resolver las cuestiones difíciles y espinosas; con dejar hablar á la evolución tienen más que suficiente.

Bebel, no obstante, da curso libre á su ardiente fantasía; sin duda ha equivocado su vocación y debiera haberse dedicado al cultivo de la poesía. Que las jornadas no hayan de durar más que 2,3 horas diarias y que el trabajo haya de ser, además, fácil, cómodo y ameno; que toda la producción incalculable y el consumo necesarios para una población de 60 millones de hombres puedan llevarse á cabo sin Gobierno alguno y por medio de unos

administradores, á cuya obediencia no estará obligado ningún ciudadano; que todos los cargos, aun los más elevados, de esta administración hayan de ser desempeñados sucesivamente por todos los compañeros y compañeras, y que todo ésto haya de realizarse con perfecta y hermosa regularidad..... podrá ser verdad en el dorado imperio de la poesía, pero es y será eternamente imposible en la seca prosa de la realidad y de la vida.





IV

EDUCACIÓN Y ENSEÑANZA

a) Organización.

Ante todo debe hacerse constar que en la comunidad socialista no habrá libertad alguna, en lo que á la educación y á la enseñanza se refiere. No serán los padres, sino el Estado el que atenderá y cuidará á los niños y dirigirá su educación y enseñanza. Así lo proclama el manifiesto comunista: «educación pública y gratuita de todos los niños». (*Manifiesto comunista*, 24.)

El programa de Gotha exige también «la universalidad y la igualdad de la educación popular por medio del Estado».

Desde el instante en que el Estado tome á su cargo la educación, debe atender también al cuidado de los niños. El programa de Erfurt lo indica de un modo terminante: «Mundialidad ó universalidad de la escuela; asistencia obligatoria á las escuelas públicas de instrucción primaria. Serán gratuitos la enseñanza, el material y el cuidado de los niños en las escuelas públicas de primera enseñan-

za, así como en los establecimientos de enseñanza superior.» (V. el *Apéndice*.)

En igual criterio están inspiradas las resoluciones del Congreso Internacional, celebrado en Londres el año 1896:

1.º «El Congreso reconoce de buen grado el valor y la transcendencia de la acción individual en la esfera de la educación, pero considera como un deber esencial de los Poderes públicos de todos los países el establecimiento de un sistema completo de enseñanza y educación que, inspeccionado y vigilado por el espíritu democrático, abarque todos los grados de la enseñanza desde los jardines de la infancia hasta la universidad, es decir, la formación física científica, artística y técnica (enseñanzas manuales). Estas instituciones de enseñanza serán absolutamente gratuitas y los Poderes públicos sufragarán todos los gastos que ocasione el sostenimiento de los alumnos, para que todos los establecimientos docentes sean accesibles á todos los miembros de la sociedad.

2.º La edad mínima en que los niños podrán dejar de asistir á los establecimientos de enseñanza será distinta, pero en cuanto sea posible, no será en parte alguna antes de los diez y seis años.» (*Verhandlungen und Beschlüsse des internationalen sozialistischen Arbeiterund Gewerkschafts-Kongresses zu London*, 21.)

Esta educación cívica no será prácticamente posible más que en grandes establecimientos del Estado: Bebel se encarga de describirnos con su bri-

llantez acostumbrada toda la magnificencia de estos centros educativos del Estado del porvenir: «Una de las más importantes funciones de la nueva sociedad consistirá en educar de un modo conveniente á las generaciones venideras. Cada nacimiento nuevo, de varón ó de hembra, es un retoño que la sociedad recibirá amorosamente en sus brazos, y considerará como una prolongación y continuación de sí misma. Sentirá, en consecuencia, toda la fuerza del deber que tiene de atender con toda solicitud á las necesidades del nuevo ser viviente. Según ésto, la parturiente, es decir, la madre, recibirá en primer lugar todos los auxilios que su estado requiera; se la proporcionará inmediatamente una habitación cómoda y una asistencia agradable y cariñosa, que ponga á su disposición todos los elementos necesarios para este período de la maternidad, y serán puntualmente asistidos tanto la madre como el fruto de sus entrañas. Naturalmente habrán de amamantar á sus hijos, mientras sea posible y se considere necesario.» (Bebel, *Die Frau*, 411.)

Una vez destetados los niños, ingresarán en los establecimientos públicos: «Cuando el niño haya crecido, se reunirá á los otros de la misma edad para dedicarse á los juegos comunes bajo la custodia y vigilancia igualmente comunes. Todo estará previsto y dispuesto para que no falte absolutamente nada de cuanto pueda ser necesario ó conveniente al desenvolvimiento espiritual y corporal de los niños. Todo el que haya observado á los

niños con algún detenimiento, sabe perfectamente la facilidad con que se educan, viviendo en sociedad con sus iguales, por la viveza con que generalmente se desarrollan en ellos la sociabilidad y el espíritu de imitación. Es cosa sabida que los niños toman á sus compañeros de más edad como ejemplos y modelos, y les siguen é imitan más fácil y gustosamente que á sus mismos padres. De estas circunstancias puede obtenerse gran provecho para la educación. A las salas de juegos y á los jardines de la infancia seguirá la iniciación hecha en forma de juego en los principios de la ciencia y de las diferentes actividades industriales. El trabajo físico y el espiritual estarán perfectamente graduados y se combinarán con ejercicios gimnásticos y movimientos libres en los lugares destinados al juego y á la gimnasia, á patinar y á la natación: todo ésto se completará con marchas, luchas y ejercicios para ambos sexos.» (Bebel, *íd. íd.*, 412 y siguientes.)

De estos establecimientos habrán desaparecido naturalmente hasta los últimos vestigios de los antiguos métodos y materiales de enseñanza: «En este sistema educativo se habrá realizado el mismo proceso de expurgación y perfeccionamiento que en el sistema de la producción, suprimiendo toda esa multitud de métodos y materiales de enseñanza anticuados y superfluos que constituyen otras tantas trabas para el perfeccionamiento moral y material de los alumnos. Los conocimientos de las ciencias naturales, robusteciendo las facultades in-

telectuales, estimularán el deseo de aprender muchísimo más que un sistema de educación en el cual se someten á la consideración del alumno cosas que se contradicen mutuamente, aniquilando su eficacia educadora, como sucede, por ejemplo, cuando por una parte se enseña la Religión, basada en las doctrinas de la Biblia, y por otra, se enseñan la Historia y las Ciencias naturales. La instalación de los centros docentes de las instituciones educativas y de los medios de enseñanza responderá cumplidamente al más elevado grado de la cultura social. La sociedad proporcionará los medios de educación y de enseñanza, los vestidos y el sustento de los alumnos, para que ninguno de ellos sea pospuesto á los demás. Es éste un capítulo contra el cual desencadenan sus iras los hombres de orden de nuestra sociedad burguesa. ¡La escuela convertida en un cuartel é incapacitados los padres para ejercer la más pequeña influencia sobre sus hijos!, exclaman nuestros adversarios. Pero no hay para qué ocuparnos de este particular. En la sociedad del porvenir los padres dispondrán de un tiempo libre infinitamente mayor que el que tienen en las circunstancias actuales (no hay más que recordar las jornadas de diez y más horas diarias que tienen que trabajar la mayoría de los obreros, de los empleados de correos, ferrocarriles, prisiones y policía, ó las exigencias de la industria, de la pequeña agricultura, del comercio, de la milicia, de la medicina, etc.); en consecuencia, pueden dedicar á sus hijos, si así lo desean, un tiempo mucho mayor que

el que ahora pueden invertir en ello (1). Además los padres tendrán en sus manos la marcha de la educación (2); porque viviendo en una sociedad administrada única y exclusivamente por el espíritu democrático serán ellos los que determinen las medidas é instituciones que con relación á este asunto hayan de implantarse.» (Bebel, *Die Frau*, 413 y siguientes.)

La separación de los hijos será igualmente ventajosa para ellos y para sus padres: «Nuestros adversarios proceden, además, como si fuera uno de los mayores encantos para los padres el pasar todo el día en compañía de sus hijos para educarles. Pero la realidad dista mucho de ser así. Los padres que se encuentren ó se hayan encontrado en esta situación saben apreciar como nadie las dificultades y fatigas que ocasiona la educación de los hijos. Si son varios los hijos, la educación se simplifica; pero dan tanto que hacer y son tan molestos, especialmente para la madre, sobre la cual recae la carga principal de esta tarea, que experimenta una gran satisfacción cuando llega la hora de la escuela, que le permite tener á sus hijos fuera de casa una parte del día. Por otra parte, la inmensa mayoría de los padres no están en condiciones de educar suficiente y convenientemente á sus hijos. A la generalidad de los padres les falta el tiempo nece-

(1) Los niños no vivirán con sus padres, sino en los establecimientos del Estado.

(2) No los padres, sino la comunidad fijará el carácter de la educación, lo cual es cosa muy distinta.

sario para ello, porque tienen que atender á sus negocios, y las madres necesitan el tiempo para las labores de la casa, si es que no tienen que trabajar ellas también en las fábricas y talleres. Pero aun suponiendo que pudieran disponer del tiempo suficiente para educar á sus hijos, carecen en su mayor parte de las aptitudes necesarias. ¿Cuántos padres se hallan en el caso de poder seguir paso á paso la educación escolar de sus hijos y de examinar con precisión en sus casas los trabajos de la escuela? Muy pocos.» (Bebel, ídem, íd., 414.)

Deberá aumentarse considerablemente el número de maestros: «El número de maestros crecerá proporcionalmente á las radicales reformas introducidas en el sistema de educación, cuyo objeto capital ha de ser el desenvolvimiento espiritual y la formación de la juventud. Con la educación de la juventud habrá que hacer algo parecido á lo que ocurre en el servicio militar, donde un cabo ó sargento se encarga de la instrucción de un grupo de 8 ó 10 soldados. Haciéndolo así, la educación producirá todos los frutos que pueda dar de sí. La iniciación de la juventud en las profesiones mecánicas, llevada á cabo en los talleres escolares admirablemente montados y dotados, y en las labores de la jardinería y de la agricultura, formará también una parte esencial de la educación. Todo ésto deberá hacerse alternando unas labores con otras de un modo conveniente, y sin realizar pesados esfuerzos para que la formación de los hombres resulte tan variada y completa como sea posible». (Bebel, ídem, íd., 417.)

Los dos sexos recibirán una educación común: «La educación será común é igual para ambos sexos. No se separarán más que en aquellos casos en que la diferencia de sexo imponga la separación como una necesidad absoluta. El sistema de educación socialista aspira á mucho más todavía. Regulado y ordenado convenientemente y vigilado con la mayor escrupulosidad, continuará actuando hasta el momento en que la sociedad declare á sus hijos mayores de edad. De esta suerte los dos sexos estarán completamente capacitados para cumplir acertadamente todos los derechos y deberes que la sociedad conceda ó imponga á sus miembros adultos. La comunidad tendrá entonces la seguridad completa de no haber educado más que miembros virtuosos con todas sus facultades en pleno desarrollo, á quienes nada de cuanto sea natural y humano ha de parecer extraño; que estarán perfectamente familiarizados con su propia esencia y naturaleza, así como con la esencia y el estado de la sociedad en la cual ingresarán con toda clase de derechos y consideraciones.» (Bebel, ídem, íd., 417 y siguientes.)

Todas las deformidades que lleva consigo la educación actual desaparecerán con el nuevo orden de cosas: «De este modo desaparecerán todas las deformidades que aumentan de día en día en nuestra juventud actual y que son el resultado natural de un estado social basado en la corrupción y en la podredumbre. Igualmente se irán desvaneciendo las asperezas, la indisciplina, la inmoralidad y el afán insaciable de placeres, que hoy corroen las en-

trañas de la juventud en nuestros establecimientos superiores de enseñanza, gimnasios, escuelas técnicas, universidades, etc., defectos y resabios, provocados y fomentados por la falta de intimidad y por la inseguridad de la vida doméstica, así como por las perniciosas influencias de la vida social. Terminarán también las funestas influencias de la fábrica, de la habitación estrecha é incómoda, de la relajación y de la independencia de la juventud en una edad en que la mayoría de los hombres necesita del freno y de la educación para la disciplina y el dominio de sí mismo. La sociedad futura combatirá y evitará todos estos males, sin necesidad de apelar á procedimientos de violencia. Serán sencillamente imposibles, gracias á las instituciones sociales y al ambiente espiritual que ellas crearán y que se inoculará hasta en las mismas entrañas de la sociedad. Sucederá en la sociedad lo mismo que en la naturaleza, donde únicamente pueden sobrevenir las enfermedades y los trastornos del organismo cuando hay un proceso de descomposición.»

«Nadie negará que nuestro actual sistema de educación y de enseñanza padece grandes y gravísimos males, mayores y más graves en los centros superiores de educación y enseñanza que en los de orden inferior. Una escuela de aldea es un modelo de sana moralidad, si se la compara con un gimnasio; y una escuela de trabajos manuales para niños pobres puede dar ejemplo de moralidad á la inmensa mayoría de las pensiones ricas. La razón de esto salta á la vista. En las clases altas de la sociedad es

imposible esfuerzo alguno para conseguir fines humanos más elevados, porque no hay ideales de ninguna clase. Como resultado de esta falta de ideales y de una actividad pura y consciente, se desarrollan desenfrenadamente el ansia de placeres y toda clase de vicios con su numeroso séquito de deformidades físicas y morales. ¿Y cómo podría proceder de otra manera una juventud criada y educada en esta atmósfera? Lo único que ve y aprende á conocer son los goces materiales de la vida sin límites ni medida.» (Bebel, ídem, íd , 418 y siguientes.)

¡Es por demás admirable este señor Bebel! Reprocha con tanta dureza á la sociedad actual su afán inmoderado de los placeres materiales (en lo cual no le falta razón por otra parte), y él es el primero que niega la existencia de todo lo inmaterial. Si no existe ningún espíritu, es evidente que no pueden existir tampoco goces espirituales de ninguna especie.

La enseñanza de todas las ciencias será igualmente común á los dos sexos: «Los dos sexos deberán estar reunidos en las horas de enseñanza propiamente dicha, y recibirán una misma instrucción, estando únicamente separados alguna que otra vez, durante las horas de trabajo por las tardes, sin que esto quiera decir que las mujeres queden excluidas de ninguna de aquellas profesiones para las cuales tengan aptitudes y disposiciones naturales y á las cuales manifiesten inclinación. Para que puedan disponer del tiempo necesario, con el fin de asistir á los jardines de la infancia y á los trabajos de co-

cina y de costura y á todos aquellos que sean exclusivamente de la competencia de la mujer, se las podrá dispensar de la asistencia á las clases superiores.» (Douai, *Kindergarten und Volksschulen*, 53.)

Todos los niños completarán su formación en las escuelas superiores y especiales. Así lo dice Douai: «Se suprimirán todas las escuelas para niños pobres y serán sustituidas por otras organizadas en la misma forma que los humanitarios establecimientos de educación ideados por Fröbel, tan eficaces para formar hombres verdaderos y completos, desenvolviendo su educación de una manera armónica desde los jardines de la infancia hasta las universidades y escuelas especiales, con toda clase de elementos artísticos, científicos y morales; los padres pobres debieran estar en situación de poder dejar sus hijos en la escuela hasta que llegaran á la pubertad, y los ricos debieran prescindir espontáneamente de toda clase de escuelas privadas.» (Douai, *Kindergarten und Volksschule*, 15.)

Por consiguiente, todos los compañeros y compañeras de la futura sociedad habrán recibido una esmerada educación académica. Las mozas de servicio se dedicarán á meditar sobre los problemas estéticos, mientras van barriendo los establos, y los gañanes irán comentando los distintos sistemas filosóficos. ¡Pero no! La clase mal oliente de las mozas de servicio (1) quedará suprimida sencillamente,

(1) Se refiere el autor á las encargadas de la limpieza de los establos.

porque, según hemos tenido ya ocasión de ver, todos los trabajos desagradables se harán por medio de procedimientos mecánicos ó químicos. Las vacas del porvenir serán ordeñadas por medio de una bomba aspirante, y la limpieza de los establos se llevará á cabo con aplicaciones de ácido sulfúrico.

La nueva escuela será sumamente costosa, pero tendrá un valor incalculable: «Desde el momento en que la educación sea el más fundamental de todos los problemas políticos, deberán sufrir importantísimas modificaciones hasta los edificios de nuestras aldeas y ciudades. Los Estados que se atengan á este principio, prescindirán, desde luego, del ejército permanente, de los gastos de policía, de beneficencia, de prisiones y de otros análogos, impuestos por la necesidad.» (Douai, ídem, íd., 35.)

Tan enorme y gigantesco será el progreso, que hasta el refrán aquel: «Son tontos todos los que lo parecen y las tres cuartas partes de los que no lo parecen», carecerá de sentido y perderá la verdad que encierra: «En un jardín de la infancia bien dirigido apenas hay muchacho alguno que no pueda ser educado por algún procedimiento. Antes de establecerse los jardines de la infancia, era para los maestros un dogma confirmado por la experiencia que de cien alumnos apenas había cinco que pudieran ser buenos dibujantes, pintores, escultores, cantores, oradores, cómicos ó gimnastas, mientras que hoy es cosa sabida que la sólida educación recibida en estos jardines puede desarrollar en todos los alumnos, sin excepción, las aptitudes y dis-

posiciones artísticas necesarias para acometer las más altas empresas y en grado suficiente, si se continúa la labor de la escuela, para convertirlos en verdaderos artistas ó, por lo menos, para ponerles en estado de gozar y saborear los deleites de toda clase de obras artísticas. Antes eran en muy pequeño número los que parecían dotados de talento para las matemáticas. En nuestros días todos los maestros saben perfectamente que todos los hombres tienen aptitudes para las matemáticas, especialmente para la geometría, con tal que se les inicie en ella durante la edad temprana y sigan desarrollándose gradualmente sus facultades.» (Douai, ídem, íd., 10.)

¿Hasta qué punto pretenden ridiculizar Bebel y Douai la escuela del porvenir? No conduciría á nada el combatir semejantes ilusiones, porque no debe gastarse pólvora para disparar contra figuras trazadas en el aire. Ellos, sin embargo, hablan muy en serio y están tan enloquecidos con sus ideas que no advierten la impresión que producen sus descripciones.

Mucho más modestas son las aspiraciones de Köhler (sección 8, página 143 y siguientes). Quiere que todos los niños, sin excepción, asistan á las escuelas gratuitas y obligatorias del Estado, desde la edad de siete hasta la de quince años, y que durante tres años más se les dé una educación más amplia, científica, técnica, agrícola y artística. A los diez y ocho años deben empezar todos á trabajar. No obstante, las horas de trabajo quedarían reducidas á una tercera parte del tiempo normal

para todos aquellos que quisieran continuar estudiando hasta la edad de veinte años. La formación de los profesores, teólogos (si es que los había), médicos y juristas del porvenir debería estar, en consecuencia, completamente terminada á los veinte años de edad.

En la asamblea de Mannheim decía el referente Schultze:

«La educación socialista deberá combinarse con los juegos durante los primeros años de la infancia, y, después, toda la juventud, sin separación de sexos, se irá acostumbrando á manejar las herramientas, empezando por las más sencillas y acabando por las más complicadas. Se enseñará á los niños el abecé del trabajo para que así, como por el abecé ordinario leen, estudian y aprenden, se adiestren en todos los ramos de la producción y comprendan la significación é importancia del trabajo social, con el fin de que en el momento oportuno puedan dedicarse con perfecto conocimiento de causa y de una manera definitiva á trabajar en uno ó en varios ramos de la producción.

En la comunidad social del trabajo cada uno habrá de ocupar el puesto que mejor se armonice con sus aptitudes físicas é intelectuales.» (*Protokoll des Parteitages*, Mannheim, 342.)

El programa de Erfurt reclama la enseñanza superior gratuita para todos aquellos alumnos y alumnas «que hayan demostrado tener aptitudes especiales para el estudio». Habría que contar, pues, con la posibilidad de que fueran muy pocos

en número los hombres talentudos del porvenir.

Todo esto lo simplifica considerablemente el americano Morris. Suprime toda clase de escuelas y hace vivir á los niños en un ambiente tan maravilloso, que lo aprenden todo espontáneamente y por sí mismos (*Neues aus Nirgendland*, caps. 5 y 10). Tampoco ésto encuentra en el papel graves dificultades.

b) El ateísmo obligatorio en la escuela.

El aspecto más importante de la educación es el religioso. ¿Será posible que en el Estado del porvenir influya la religión en el espíritu de la juventud? Lo dicho anteriormente basta para contestar á esta pregunta. Hemos visto cómo todos los niños sin excepción habrán de ser instruídos y educados en los establecimientos del Estado. Los padres no podrán proveer á la instrucción religiosa de sus hijos, porque no los tendrán en sus manos ni bajo su autoridad é inspección inmediatas. El Estado, por otra parte, prohíbe en absoluto toda intervención eclesiástica ó confesional, é impone expresamente á toda la juventud la profesión del ateísmo. Esta cuestión se halla expuesta con una claridad tan sincera que merece toda clase de aplausos. «Al considerar la religión como un asunto de carácter puramente privado, quedan separados *ex ipso* la Religión y el Estado; y la educación universal é igualitaria por medio del Estado supone naturalmente la separación entre la escuela y la Iglesia.» (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 177.)

El ateísmo constituirá la base de la escuela del porvenir: «Únicamente el materialismo ético de los universitarios puede resistirse á deducir las consecuencias inevitables; la enseñanza confesional de la religión no puede, en modo alguno, servir de base á la educación popular; se imponen, por consiguiente, la separación de la enseñanza religiosa y de la educación social popular y la necesidad de considerar como base y fin supremo de la educación el gran patrimonio espiritual de la humanidad, la moralidad, la ciencia, el arte y la poesía.» (*Neue Zeit*, 1891-1892, números 22-690.)

«La misión de la escuela de primera enseñanza es, desde nuestro punto de vista, perfectamente incompatible con la enseñanza de una religión determinada, y, en consecuencia, no podemos estar de acuerdo con los clericales para aceptar una religión que ha tomado una forma determinada y representa una confesión concreta; por ésto pretendemos nosotros excluir de la escuela de primera enseñanza toda exposición y comentario sobre cualquiera de las cuestiones religiosas.» (*Neue Zeit*, 1891 1892, números 23-716.)

No debe concederse libertad alguna á la educación, precisamente porque, de otro modo, la Iglesia se apoderaría de ella: «El poder de la religión no desaparecería en manera alguna con redactar un artículo constitucional en la forma acostumbrada, que dijera: *cada uno se pagará su sacerdote, como se paga su panadero*. La educación debe ser asunto privativo y exclusivo del Estado, debe satisfacer las

más elevadas aspiraciones, y ningún alumno recibirá instrucción religiosa alguna del Estado ó del municipio. Si el Estado concediera no sólo la libertad de conciencia, que puede y debe conceder, sino también la libertad de enseñanza, como ocurre en la América del Norte, resultaría necesariamente que la Iglesia se apoderaría de la educación y ejercería su fatal influjo, como sucede precisamente en los ya citados Estados de Norte América.» (Bebel, *Glossen*, 28.)

Por consiguiente, se impondrá el ateísmo del Estado, y ésto sin que sea posible fundar establecimientos privados libres de carácter religioso. ¡Y todo esto en nombre de la más pura tolerancia!

«El excluir de la escuela toda enseñanza y ejercicios religiosos obedece precisamente á la necesidad de sancionar el principio de la libertad. Los que protestan contra estas tendencias deben tener presente que la obligación de recibir estas enseñanzas y de tomar parte en estos ejercicios significaría una gran violencia para todos aquellos niños y padres, que no prestaran homenaje á las tendencias religiosas, que dominaran en la escuela, para los maestros que no estuvieran conformes con ellas y para todas las sociedades de creyentes cuyas creencias fueran postergadas.» (Douai, *Kindergarten und Volksschule*, 37.)

En la última asamblea del partido se proclamó nuevamente y con gran energía el ateísmo obligatorio para la escuela, con el aplauso de los asistentes: «Otra de nuestras aspiraciones fundamen-

tales es la absoluta universalidad ó *mundialidad* (Weltlichkeit) de la escuela. ¡Hay que expulsar la religión de la escuela! (*¡Bravo!*) No tiene que hacer absolutamente nada en ella, ni desde el punto de vista ético ni desde el punto de vista pedagógico. La enseñanza religiosa imprime ante todo la marca infamante de la misión que las clases dominadoras le asignan. No pretende fomentar el sentimiento religioso, sino mantener y afianzar la esclavitud económica y social de las clases trabajadoras. (*¡Muy bien!*) Prescinde de los sentimientos de piedad y se esfuerza en sustentar la estructura mecánica de fórmulas dogmáticas, que están en contradicción manifiesta con la realidad y con los resultados de la ciencia. De aquí su inmoralidad; su misión en las escuelas de primera enseñanza no es ética, sino dogmática; ella envenena la escuela primaria. (*Muy bien.*)» Así se expresa Clara Zetkin. (*Protokoll des Parteitage*, Bremen, 1904, 305.)

La Iglesia no deberá ejercer en la escuela influencia alguna, ni directa ni indirecta: «La escuela había de ser independiente, no sólo de la religión y de todas sus influencias mediatas, sino también del Estado.» (Douai, *Kindergarten und Volksschule*, 15.)

En todas las asambleas se repite siempre la misma idea: «¡Hay que expulsar la religión de la escuela!» La compañera Dunker se expresaba así en una conferencia para mujeres, con ocasión de la asamblea de Nuremberg.

«Nuestras escuelas actuales lo hacen todo me-

nos educar á los niños con claros y sólidos pensamientos. (*¡Muy bien!*) La causa principal de ello está naturalmente en la enseñanza de la religión. Lo mismo en la historia bíblica que en la enseñanza del catecismo falsea por su base las relaciones naturales de las cosas. ¡No hay ley natural que el milagro no pueda quebrantar! Con lo cual se echa abajo todo principio de sana lógica. Dios es omnisciente, pero necesita probar si le obedecerá Abraham; es infinitamente bueno, pero un día se encoleriza y anega á los animales y á los hijos de los hombres. Dios es uno, pero hay tres personas, etcétera. Esta enseñanza emponzoña el sano sentido de la realidad en nuestra infancia. (*General aprobación.*) Donde, como en Württemberg y Sajonia, sea posible, deben los padres en todo caso dispensar á sus hijos de la enseñanza religiosa. Donde esto no sea hacedero, deben luchar abiertamente contra este sistema embrutecedor, contrarrestando con sus enseñanzas las de la escuela.» (*Protokoll des Parteitage*, Nurenberg, 1908, 510.)

El compañero Honrat reprobaba el lenguaje anticlerical de la prensa socialista, pero esto no le impedía decir entre los aplausos de sus compañeros: «El hecho es que si nosotros libertamos la escuela, no tendremos necesidad de combatir más la Iglesia, porque el que dispone de la escuela es dueño del porvenir. (*¡Bravo!*)» (*Protokoll des Parteitage*, Essen, 212.)

Al celebrarse la asamblea de Mannheim, la señorita Baader decía en una conferencia para seño-

ras: «Además de la acción electoral, debemos luchar contra el clericalismo en la escuela. En centenares de asambleas hemos hecho ver las mujeres la injusticia que se comete con nuestros hijos, haciéndoles perder los hermosos años de la infancia con una enseñanza religiosa embrutecedora, sin más razón que el deseo de los burgueses de tener trabajadores imbeciles.» (*Protokoll des Parteitages*, Mannheim, 403.)

La prensa socialista repite estos mismos pensamientos en todas las formas posibles. El número 254 del *Volksfreund*, de 1906, publica las siguientes infamias difíciles de superar: «El que quiera arrancar de las garras del clericalismo embrutecedor á las generaciones venideras, debe esforzarse en fundar la escuela sobre otras bases. Es preciso inmunizar al pueblo desde la juventud contra el virus de la imbecilidad clerical, y esto debe hacerse en la escuela. Cuando el embrutecimiento del pueblo es la función capital de la escuela, no sirven para nada, y aun son perjudiciales, disposiciones como las dictadas por el Consejo Superior. Ante todo busquemos maestros que sepan comprender el espíritu de los tiempos. El mejor baluarte contra el poder del clericalismo son los maestros virtuosos y de espíritu independiente, que no se muerden los labios para decir lo que ellos y todo el mundo ilustrado tienen por verdadero y lo que tienen por falso. Hay que separar la escuela de la Iglesia y educar al pueblo en forma tal, que nunca más pueda ser presa del clericalismo; entonces morirá éste

por consunción. En Francia será muy pronto expulsado de todas sus madrigueras.»

Los pobres mortales habían llegado á creer que la libertad de conciencia serviría para que los hijos no fueran educados en una religión determinada contra la voluntad de los padres; pero la democracia socialista entiende las cosas de otra manera muy distinta. A juicio suyo, la libertad de conciencia consiste en imponer con carácter obligatorio el ateísmo á todos los niños, con la voluntad ó contra la voluntad de sus padres. A los ancianos incapaces de mejorar su condición moral, se les permitirá practicar su religión, pero los hijos serán todos educados en la irreligiosidad.

A la educación no se le concederá la más pequeña libertad, dice Bebel, porque de otra suerte, caería muy pronto en manos de la Iglesia. Ciertó; aun en el Estado socialista la inmensa mayoría de los padres confiarían la educación de sus hijos á los establecimientos religiosos si los hubiera. Debe negarse en absoluto la libertad de enseñanza, porque de no hacerlo así, sería completamente imposible hacer desaparecer la religión. Esto no es obstáculo para que la democracia socialista alardee de no ser intolerante ni enemiga de la religión, y aun declara que las comunidades religiosas podrán ordenar sus asuntos con entera independencia. Cuando poco ha el zar de Rusia obligaba á todos los hijos de sus muy queridos súbditos católicos y protestantes á que recibieran las enseñanzas de la iglesia ortodoxa rusa, procedía, á juicio de los demócratas socialis-

tas, como hombre muy amante de la tolerancia, con tal que tuviera la precaución de manifestar que no trataba de perjudicar en lo más mínimo el convencimiento religioso de los padres. Este es un magnífico comentario del tan cacareado principio de que la religión es un asunto de índole puramente privada.





V

LA FELICIDAD UNIVERSAL

a) Abundancia de todos los bienes materiales.

Dos son las cosas que los demócratas socialistas se esfuerzan constantemente por describir con la mayor viveza: el malestar insoportable del actual estado social y la felicidad, sin nube alguna que la empañe, de la sociedad democrático-socialista del porvenir. Toda miseria humana habrá desaparecido para siempre y el bienestar material será el más venturoso que imaginarse pueda.

«La sociedad (el Estado, pero no en el sentido de los Estados actuales) produce todos los artículos necesarios para cada uno de sus miembros ó individualidades; ella se encargará de cultivar los campos y praderas, las viñas, los bosques y los jardines; fomentará todas las ramas de la ganadería, edificará magníficas y cómodas viviendas, producirá toda suerte de objetos alimenticios, fabricará los más variados vestidos, levantará espléndidos edificios, hoteles, teatros y museos. Todo ciudadano apto para el trabajo estará obligado á tomar parte

en el trabajo humano, todavía necesario: digo *todavía necesario*, porque en el Estado socialista la máquina desarrollará su acción con mucha mayor amplitud y en mayor escala que actualmente, en que está al servicio de los capitalistas particulares, cuyos medios son siempre más escasos y limitan desde el punto de vista del interés el aprovechamiento de la maquinaria. Agréguese á ésto que la técnica se desenvolverá más y más cada día; que las máquinas se aplicarán á nuevas ramas de la producción, y que no cesará nunca el perfeccionamiento de la maquinaria, con todo lo cual se comprende fácilmente que el trabajo humano necesario será relativamente insignificante en la comunidad socialista y que, distribuído entre todos los que sean aptos para trabajar, quedará reducido á la más mínima expresión. Todo aquel que demuestre haber realizado la parte de trabajo que le corresponda, tendrá derecho ilimitado á todos los artículos de consumo y en la cantidad que sea necesaria ó conveniente. Tomará sus vestidos de los almacenes públicos, comerá lo que quiera en el hotel ó, si así lo prefiere, en una confortable habitación de su casa particular que estará en comunicación con el hotel público por medio del teléfono ó de cualquier otro procedimiento que pueda inventarse, y de él podrá recibir con toda comodidad los manjares que desee, ya preparados, ó que podrá mandar preparar ó que preparará él mismo en su casa, adquiriéndolos en los almacenes.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 12 y siguientes.)

Reinará la más absoluta libertad, porque el Estado socialista popular no será un cuartel: «Entre las nebulosas representaciones que la mayoría de las gentes tienen del socialismo, figura también la creencia de que no puede tenerse idea del socialismo sin imaginarse que los hombres han de vivir metidos *á la espartana* en una especie de camisa de fuerza política. Son muchos los que únicamente conciben el Estado popular socialista como un gran cuartel ó una gigantesta casa de corrección, porque ¿quién será, dicen, el que quiera realizar las más difíciles, penosas y desagradables tareas, si es absolutamente libre la elección de las profesiones y trabajos? A ésto puede contestarse en primer lugar, que cuanto mayor sea la intervención de la maquinaria en la producción, tanto menos será la diferencia cualitativa de cada uno de los trabajos. La máquina se encargará de hacer la parte más fatigosa y repulsiva del trabajo, y la intervención del hombre se reducirá á dirigir y gobernar la máquina.

En segundo lugar, la repugnancia para ciertas clases de trabajos puede vencerse fácilmente, concediendo premios á los que se sometan á ellos.» (Stern, ídem íd., 37.)

Tampoco nos molestarán ya los empleados de la burocracia oficial: «No son menores las angustias y congojas que se sienten á las puertas de las oficinas burócráticas. En ellas existen siempre algunos privilegios, que los empleados procuran hacer valer, ya consistan en dinero ó en otro medio cualquiera de hacer valer su influencia..... Por el contrario,

en el Estado popular socialista todos serán, por decirlo así, empleados del Estado, y los que estén al frente de los almacenes y demás establecimientos públicos no disfrutarán de mayores consideraciones y privilegios que los de un particular cualquiera y ni siquiera tendrán nada que mandar á los demás. Carecerán también de todo interés y estímulo para desviarse del verdadero camino, y, por último, todos los trabajos del servicio público estarán suficientemente inspeccionados y, en última instancia, por la misma sociedad.» (Stern, ídem íd., 40.)

Por desgracia, la realidad camina muy á la espalda de todos estos delirios. No parece que las cosas vayan mucho mejor entre los demócratas socialistas, cuando se trata de la tan ensalzada libertad. Según el compañero Vollmar, Bebel se conduce en la actualidad como un perfecto dictador, aunque en realidad nada tiene que mandar. «Yo quiero que me digáis: ¿en qué forma se ha dirigido Bebel á todo el partido? *Yo no sufriré; yo censuraré; yo espero todavía proporcionar alguna mala hora á mis amigos y á mis enemigos; yo tengo en pos de mí el poderío de las masas; yo ajustaré las cuentas á su debido tiempo...* Yo, yo, yo... ¿es éste el lenguaje de un igual á sus iguales? ¿No parece más bien el lenguaje de un dictador? (*Gran tumulto, aplausos estrepitosos y fuertes protestas y silbidos.*) De esta suerte hablaba Cromwell al Parlamento Largo. (*Nuevo tumulto.*) Era necesario hacerlo constar así. (*Aclamaciones.*) Este era el momento más oportuno.» (*Protokoll des Parteitage*, Dresden, 1903, 335.)

Donde los compañeros tienen la sartén por el mango, proceden, según lo atestigua la experiencia, violenta y brutalmente sin respetar más libertad que la suya. Cuando los unos están dominados por los otros, no viven muy paradisiácamemente que digamos. Después de la gran victoria obtenida en las elecciones de 1903, el partido celebró una asamblea en Dresden, y en ella se promovió una cuestión personal, indigna y repulsiva. Bebel decía: «Precisamente lo más asombroso de nuestro partido es que nosotros lavamos nuestra ropa sucia en presencia de todo el mundo, y, sin embargo, no experimentamos el más pequeño perjuicio, sino que, antes por el contrario, aparecemos más fuertes y poderosos que antes » (*Protokoll des Parteitages*, Dresden, 1903, 211.)

Los interesados, sin embargo, no estaban en modo alguno conformes con eso; el compañero Mehring decía: «Mientras yo soy designado por repetidas instancias del partido para desempeñar los cargos más difíciles y honrosos, surge aquí mismo, en el seno de la asamblea, un incidente repugnante, que, por su cobardía y refinada perfidia, no tiene igual en la historia de las más corrompidas clases sociales, y después del resultado obtenido en 16 de Junio, desacredita y casi me atrevería á decir que prostituye esta asamblea.» (Ebd., 250.)

Las habitaciones particulares no serán menos hermosas, sanas y cómodas que los talleres: «La fisonomía de nuestros talleres y comercios y, especialmente, de nuestras habitaciones particulares,

sufrirá profundas modificaciones y adquirirá un aspecto mucho más agradable. Las apreturas, el barullo y los ruidos, que hoy destrozan los nervios en nuestras grandes ciudades con sus millares de carruajes de todas clases, se acabarán también casi por completo. La forma y limpieza de las calles, las condiciones de nuestra vida y de nuestras moradas, el comercio mutuo de los hombres, todo, en una palabra, experimentará profundas transformaciones. Entonces podrán observarse con suma facilidad una serie de medidas higiénicas, que hoy no pueden practicarse sino á costa de enormes dispendios, y esto de una manera incompleta y, á menudo, en beneficio de una cuarta parte de las gentes acomodadas.» (Bebel, *Die Frau*, 376.)

Desaparecerán también las grandes ciudades y en todas partes podrán disfrutarse sus ventajas y comodidades sin ninguno de sus actuales inconvenientes: «Tan pronto como la población de las ciudades, transformados el comercio y los establecimientos dedicados á la producción, tenga medios suficientes para transportar al campo cuantos medios posea para atender á las necesidades ordinarias de la cultura, allí encontrará de nuevo sus establecimientos de educación, sus museos y teatros, sus salas de concierto y bibliotecas, sus salones de sociedad, etc. y, en consecuencia, al instante comenzará la peregrinación. La vida gozará de todas las ventajas de las grandes ciudades actuales sin ninguna de sus molestias é inconvenientes. La población estará más sana y vivirá más agradable-

mente. La población rural tomará parte en los trabajos industriales y la industrial en los trabajos del campo y de la jardinería; cambio de ocupaciones que en la actualidad pueden practicar muy pocos hombres y, en la generalidad de los casos, sólo á condición de aumentar considerablemente las horas y las penalidades del trabajo.» (Bebel, ídem, ídem, 402.)

«La vida social del porvenir será de día en día más pública. Hasta donde sea posible, podemos formarnos una idea de ello, considerando la situación de la mujer radicalmente distinta de la de los tiempos anteriores. La vida doméstica quedará reducida á los límites puramente necesarios, y en cambio se ensancharán considerablemente los horizontes de la vida social. Los grandes locales para exposiciones y para discutir y ventilar todas las cuestiones sociales, sobre las cuales decidirá la comunidad con autoridad soberana, las salas de comida, juegos y lectura, bibliotecas, salones de conciertos, teatros y museos, los gimnasios y sitios de espectáculos, los baños públicos, los establecimientos de educación y enseñanza, laboratorios, etc., todo ello espléndidamente montado, ofrecerá al arte, á la ciencia y á toda suerte de honestos pasatiempos la más favorable ocasión para su desarrollo y perfeccionamiento.» (Bebel, íd., 421.)

Los felices mortales tendrán toda clase de facilidades para alternar entre las labores agrícolas y las industriales y tomar parte en los viajes instructivos y de recreo, en las expediciones y coloniza-

ciones: «Una vez transformada radicalmente la sociedad, no se amortiguarán los estímulos, antes bien aumentarán considerablemente. Las relaciones comerciales frecuentes, amplísimas y cordiales ofrecerán ancho campo á estos estímulos que serán fomentados por la comunicación íntima de unos pueblos con otros. En el porvenir será mucho mayor que en la actualidad el número de los hombres que recorrerán el mundo en todas direcciones y con los más variados fines.

La sociedad necesitará en gran abundancia toda suerte de objetos necesarios á la vida para satisfacer holgadamente todas las aspiraciones. En consecuencia, regulará las horas de trabajo según las necesidades, prolongándolas ó abreviándolas, en armonía con lo que aconsejen como más conveniente las aspiraciones sociales y las distintas estaciones del año. En determinadas épocas del año su ocupación fundamental será naturalmente el cultivo de las tierras, y en otras se dedicará con preferencia á la producción industrial y artística: dirigirá á los trabajadores, según lo exijan las circunstancias y necesidades del momento, combinando de mil distintas maneras las fuerzas productoras, y aprovechando los grandes adelantos técnicos, realizará como jugando y con una rapidez extraordinaria empresas que hoy nos parecen imposibles.» (Bebel, *Die Frau*, 424.)

Los enfermos y ancianos serán también atendidos con toda solicitud y diligencia: «En la misma forma que de su juventud, cuidará también la so-

ciudad de sus enfermos, inválidos y ancianos. La comunidad sostendrá y atenderá á todo aquel que por cualquier circunstancia ó accidente se haya inutilizado para el trabajo. Los ancianos verán transcurrir los últimos días de su vida embellecidos con todos los elementos que la sociedad pueda ofrecerles. Todos los ciudadanos abrigarán la esperanza de que un día han de gozar también de todas las atenciones que á la ancianidad se guarden. Entonces los ancianos no sentirán martirizada su conciencia por el pensamiento de que desean su muerte para incautarse de sus bienes». (Bebel, ídem, ídem, 425.)

Es una lástima que Bebel se haya olvidado de prometer á los dichosos ancianos del porvenir una vida mucho más larga que la que en la actualidad se alcanza. Pero esto es una omisión insignificante, que Morris, por fortuna, se encarga de reparar. Según este último (*Kunde aus Nirgendland*, cap. 9), las gentes llegarán á edades muy avanzadas y el viejo *Hammond* con sus ciento cinco años no pasa de ser un niño vivaracho y despierto.

Igualmente desaparecerá toda pobreza: «Los pobres, se dice, han existido y existirán siempre. Nada más incierto..... La propiedad privada y los medios de producción son los únicos que hacen posible la pobreza.» (Kautsky und Schönlanck, *Grundsätze und Forderungen*, 11.)

Hasta el párroco protestante Pflüger, convertido al socialismo, espera de éste el advenimiento de un estado paradisíaco:

«No habrá ya pobres que vayan en busca de la sopa boba ó lleven zapatos usados, porque las gentes sanas de cuerpo y espíritu hallarán en todas partes trabajo bien remunerado. En cambio, se establecerán cómodos asilos, en que serán cariñosamente atendidos los ancianos y los incapacitados para el trabajo, y magníficos sanatorios para los inválidos. No se verán las farsas carnavalescas, que serán sustituidas por decorosas fiestas nacionales, que irradiarán sobre la vida un poético resplandor. No más mendigos hambrientos y obreros conducidos á través de las calles por la policía; no más hijas con la frente resellada por el estigma de la deshonra; no más fantasmas de gentes que andan errantes y sin trabajo por las calles. En cambio, yo vislumbro un pueblo afortunado, que siente la alegría de vivir, que puede disponer del fruto de su trabajo y no está sobrecargado de tantos tributos que apenas puede pagar con la escasa recompensa de su trabajo.» (Pflüger, *Der Himmel auf Erden*, 10.)

La cocina científica, que ha de sustituir á la cocina privada, nos ofrece un mundo lleno de maravillosas bendiciones: «El problema alimenticio no depende de la cantidad tanto como de la calidad; la cantidad sirve de poco cuando es mala. La calidad mejorará extraordinariamente por la manera de preparar los alimentos. La condimentación de los alimentos recibirá el mismo impulso científico que todas las demás actividades humanas y será muchísimo más conveniente. A ello contribuirán la ciencia y las instalaciones más perfeccio-

nadas. No es necesario demostrar aquí que nuestras mujeres, sobre las cuales recae principalmente la tarea de preparar las comidas, no poseen ni pueden adquirir los conocimientos científicos necesarios para ello. La técnica de las grandes cocinas ha alcanzado ya en nuestros días un perfeccionamiento tal, que no puede aplicarse ni aun en las cocinas de las familias mejor acomodadas. El ideal en estas materias lo constituye la cocina eléctrica, sin humo, calor ni vapores: la cocina parecerá un salón y no un local destinado al trabajo, con toda clase de instalaciones técnicas y mecánicas, donde se llevarán á cabo con la facilidad de un juego los trabajos más desagradables y que más tiempo necesitan. Las frutas, las patatas, etc., se mondarán y prepararán por medio de la electricidad.» (Bebel, *Die Frau*, 428 y siguientes)

b) Florecimiento de las Artes y de las Ciencias.

Para las Ciencias y las Artes vendrá un período de florecimiento, como el mundo no lo ha visto jamás: «Una vez la nueva sociedad haya educado á la juventud hasta la mayor edad, quedará á cargo de cada uno el continuar y perfeccionar su educación ulterior. Todos podrán seguir aquella dirección adonde le lleven sus inclinaciones y aptitudes. Este se dedicará á una rama cualquiera de las ciencias naturales en eterno y floreciente desarrollo; á la antropología, zoología, botánica, mineralogía, geología, física, química, ciencias prehistóricas, etc.;

aquél á las ciencias históricas, á las investigaciones filosóficas ó al estudio de las artes; unos sentirán la pasión de la música, otros la de la pintura, escultura ó dramaturgia. Los artistas agremiados serán en lo porvenir tan raros, como los sabios y los obreros agremiados. Los millares de talentos aventajados, oprimidos actualmente por la pesadumbre de la organización social, llegarán á su más alto grado de desenvolvimiento, y dondequiera que se les ofrezca ocasión, podrán manifestarse con todo el esplendor de su cultura y de sus facultades. No habrá ya músicos, dramaturgos, artistas ni sabios profesionales, pero abundarán los que tengan verdadera inspiración, genio y talento. Las obras que éstos ejecuten aventajarán á las de los profesionales de la actualidad, en la misma forma y proporción que las labores industriales técnicas y agrícolas en la sociedad futura excederán á las actuales.»

«Veremos, en consecuencia, cómo va apareciendo un período de florecimiento para las ciencias y las artes, como el mundo no lo ha visto ni concebido siquiera, y las producciones científicas y artísticas guardarán perfecta armonía con este floreciente desarrollo.» (Bebel, *Die Frau*, 420.)

Desaparecerá radicalmente la oposición é incompatibilidad entre el trabajo intelectual y el corporal, y se elevarán á número incalculable los sabios y los artistas. La sociedad del porvenir tendrá artistas y sabios de todas clases y en gran abundancia, pero todos ellos habrán de trabajar física-

mente una parte del día, para que puedan invertir el resto del tiempo, según sus inclinaciones, en sus estudios, en sus trabajos artísticos y en sus relaciones sociales. No existirá ya la actual incompatibilidad entre el trabajo mental y el físico, incompatibilidad que las clases dominantes procuran afianzar y fomentar en la medida de sus fuerzas con el objeto de asegurar la posesión de los medios espirituales que pueden contribuir al sostenimiento de su soberanía.» (Bebel, ídem, íd., 364.)

La supresión total de la miseria y de las preocupaciones de la lucha por la vida, permitirá el desarrollo de millares de genios: «En la era socialista alcanzarán las Bellas Artes un tan alto grado de perfección y desarrollo, como no lo alcanzaron en las más prósperas épocas artísticas del individualismo económico. Es natural; en una época en que ni las preocupaciones ni la miseria atormentarán al hombre y en que éste no tendrá necesidad de consumir sus energías en la lucha por la vida, le sobrarán tiempo y ocasiones para desplegar todos sus talentos, y el verdadero genio del arte inspirará á millares de artistas, mientras que en el día de hoy los verdaderos genios sólo aparecen esporádicamente.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 36.)

El mismo Lassalle, tan inteligente y moderado en otras ocasiones, espera del socialismo verdaderas maravillas. Según él, el Estado socialista realizará como por entretenimiento y de la manera más perfecta lo que hasta el presente no se ha logrado

realizar más que parcialmente y de un modo rudimentario y á costa de grandes esfuerzos y sacrificios, y, por necesidad lógica, conseguirá elevar el espíritu y desarrollar una suma de prosperidad, cultura, bienandanza y libertad, como no hay ejemplo en la historia del mundo, y en comparación con la cual los estados más florecientes de los tiempos anteriores serán verdaderas sombras.» (Lassalle, *Arbeiterprogramm*, 29.)

La literatura no producirá tampoco tanta substancialidad y tontería, porque se nombrará una comisión inteligente que autorice lo que haya de imprimirse. (V. Bebel, *Die Frau*, 423.) No se crea, sin embargo, que esta institución haya de mermar en lo más mínimo los derechos de la libre emisión del pensamiento, porque Bebel asegura muy en serio que para todos estará expedito el recurso de la apelación á la comunidad.

La sociedad decidirá, por consiguiente, en última instancia si han de imprimirse ó no los artículos periodísticos, las poesías, las obras científicas, etcétera. Deberán, sin embargo, imprimirse previamente millones de ejemplares y distribuirse á la comunidad para su aprobación.

c) Desaparición de todos los vicios y delitos.

La tierra estará poblada por una nueva y maravillosa raza de hombres puros, virtuosos y felices, según Bebel: «Todos los hombres serán iguales y libres hasta el extremo de sentirse hombres.

completos; podrán desarrollar sin trabas de ninguna especie todas sus aptitudes físicas y espirituales, y alcanzarán un grado de prosperidad y bienandanza que en modo alguno puede ofrecerles la sociedad burguesa de nuestros días. No aparecerá ninguna de las repugnantes manifestaciones de la actual sociedad burguesa con todas sus bajas pasiones que crecen y se reproducen en ella como en terreno propio y abonado. Conducid los hombres á una situación sana y razonable y cesarán en el acto todas las pasiones ruines y todas las asperezas é irritabilidad de carácter.» (Bebel, *und sein Zukunftsstat*, 118 y siguientes.)

Se acabarán para siempre todos los crímenes y vicios: «En la sociedad del porvenir serán completamente desconocidos los delitos políticos y los crímenes vulgares y comunes. No habrá ladrones porque no habrá propiedad privada, y porque todo el mundo podrá satisfacer por medio del trabajo sus necesidades fácil y cómodamente y en la misma forma que todos los demás. Tampoco habrá vagabundos ni gentes maleantes, porque son el producto de una organización social basada en la propiedad individual, y dejarán de existir tan pronto como desaparezca la sociedad que los engendra. No se cometerán homicidios ni asesinatos, porque no tendrán razón de ser. Nadie podrá enriquecerse á costa de los demás, y los homicidios, producidos por el odio y por la venganza, están también directa ó indirectamente relacionados con el estado actual de la sociedad. ¿Y los perjurios, falsificacio-

nes de títulos, estafas, captaciones y quiebras de mala fe? La propiedad privada, en la cual y contra la cual se cometen todos estos delitos, habrá desaparecido. No habrá incendiarios, porque nadie hallará satisfacción alguna en los incendios, toda vez que la sociedad cegará las fuentes y suprimirá las causas de todos los odios. ¿Y las falsificaciones de moneda? El oro será entonces una quimera, á la cual no valdrá la pena de consagrar la más pequeña molestia. Finalmente, no habrá posibilidad de ultrajar la religión, porque se dejará á la competencia exclusiva de la Divinidad misericordiosa y omnipotente el castigar á los que la ofendan, suponiendo que todavía continúe discutiéndose acerca de la existencia de Dios.» (Bebel, *Die Frau*, 405 y siguientes.)

El compañero Gorter hace desaparecer, por lo menos, los delitos sociales: «Poco tiempo ha, todo el mundo creía en el pecado original, en la responsabilidad personal, en la libertad humana, en la venganza de Dios y de los hombres, en el castigo..... Pero ahora los socialistas tienen como cosa averiguada (solamente ellos) que tan pronto como se haya destruído la incubadora antisocial de todos los delitos, la sociedad capitalista, y se haya concedido á cada uno suficiente holgura social para exteriorizar todas las manifestaciones de su vida, desaparecerán todos los delitos contra la sociedad.» (Gorter, *Der historische Materialismus*, 51.)

Aun prescindiendo de esto, los criminales serán rresponsables, porque la única culpable será real-

mente la sociedad: «Häckel opina que los bribones y malvados incorregibles deben ser extirpados como la cizaña, que roba á las plantas la luz, el aire y el espacio. Si Häckel se hubiera dedicado al estudio de las ciencias sociales, en lugar de haber consagrado sus energías al estudio exclusivo de las ciencias naturales, sabría perfectamente que la inmensa mayoría de estos criminales podrían transformarse fácilmente en miembros útiles y beneficiosos de la sociedad humana, si ésta les colocara en condiciones favorables para ello. Se hubiera convencido, además, de que el aniquilamiento ó la prisión de los criminales aislados sería, para impedir la comisión de nuevos delitos en la sociedad, tan ineficaz, como si se arranca la cizaña de un trozo de tierra y no se tiene cuidado en extirpar las raíces y en destruir la semilla. El hombre no podrá jamás evitar en absoluto la presencia de organismos dañinos en la naturaleza, pero puede conseguir mejorar su propia organización social, por él creada y condicionada, de suerte que proporcione á todos por igual condiciones favorables de existencia, y dé á cada uno libertad suficiente para desenvolver sus aptitudes, sin que tenga precisión de satisfacer á costa de los demás su hambre, su avaricia ó su ambición. Estúdiense y suprimanse las causas de los delitos y quedarán éstos suprimidos.» (Bebel, ídem, íd., 302 y siguientes.)

Desgraciadamente, el mismo compañero Katzenstein, siempre implacable, se encarga también en esta ocasión de echar un jarro de agua fría en

el espumoso vino de Bebel: «Esto es también valdero, en más alto grado todavía para otra esfera, que Bebel estudia con lamentable superficialidad, á saber: para la esfera de la criminalidad. No se conocerán en lo porvenir, ni los delitos políticos ni los delitos comunes. Esta esperanza honra el corazón del compañero Bebel, pero deja muy mal parada su perspicacia crítica. No se crea que una sencilla transformación del orden económico haya de ser suficiente para corregir á las personas de instintos malvados. ¿No es posible la venganza por una enfermedad cualquiera? La misma ambición desempeñará en el Estado socialista un papel muy importante según determinadas condiciones. ¿Y los celos y rivalidades? Sin duda alguna, la comunicación de los individuos de ambos sexos, tal como Bebel mismo la describe, contribuirá á fomentarlas poderosamente. ¡No! Más bien habría que esperar todo lo contrario de la acción mecánica del orden económico.» (*Neue Zeit*, 1896-97, 296 y siguientes.)

En forma parecida se expresa Atlantikus: «Es sencillamente utópico el suponer que los delitos desaparecerían en el Estado socialista. No obstante, disminuirían considerablemente, desde el momento en que desaparecieran las causas que los motivan, la miseria, la pobreza, la incultura y la educación defectuosa de la juventud.» (*Atlantikus, Ein Blick in den Zukunftsstat*, 10.)

No existirán tampoco vagos de ninguna especie, porque la conciencia de ser trabajadores de la colectividad socialista se sobrepondrá á todas las formas

de la pereza: «Cuando el trabajo no sirva, como hoy, para satisfacer la avaricia y el hombre tenga la conciencia clara de que disfrutará él solo y por completo de los productos de su actividad, cuando el trabajo no sea excesivo ni agote las fuerzas físicas y abunden los medios para restaurar las energías físicas, cuando los talleres tengan luz y aire en abundancia y estén perfectamente instalados y dotados de todo lo necesario, no hay duda que el hombre se someterá gustoso al trabajo colectivo necesario, sin la preocupación angustiosa de que su labor pueda ser algo más pesada y fatigosa que la de los demás.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 42 y siguientes.)

Hasta la afición á la bebida, tan arraigada en el pueblo alemán, disminuirá, á pesar de las sugestivas ocasiones que se le ofrecerán para conservarla: «Por sabido se calla que la pasión de la bebida será en el Estado socialista muy inferior á la que ahora se siente. El hombre se aficiona á la bebida únicamente cuando son muy escasos sus recursos económicos ó ha vivido en la miseria durante mucho tiempo, en el cual la falta de alimentación ha sido la causa de que se entregara al uso inmoderado del alcohol, ó le han retenido en la taberna la estrechez, miseria y malas condiciones de su casa, ó la frecuencia por la falta de otros medios que le permitan pasar agradablemente el tiempo. Pero en el Estado socialista estará todo perfectamente dispuesto para que en cualquier ocasión todo el mundo pueda entretenerse y pasar el tiempo á gusto según sus ten-

dencias y aficiones. Por otra parte, la pedagogía racional transformará completamente los caracteres, y dondequiera se prodigarán toda clase de elementos instructivos y educadores.» (Stern, íd. íd., 31 y siguientes.)

Así se comprende la última tesis de Stern sobre el socialismo: «El socialismo no pretende, en modo alguno, reducir las clases poseedoras para favorecer á las desposeídas; la cuestión social no es una cuestión de clases. El socialismo no despoja á nadie, sino que da á todos.» (Stern, íd. íd., 55.)

¿Qué más podemos desear? Es realmente inexcusable el constituirnos en adversarios del socialismo. Lo único que nos produce cierto asombro, es el por qué estos señores no han prometido todavía que en esa sociedad ideal no se sentirán tampoco dolores de vientre ni de muelas ni se padecerá ninguna clase de enfermedades. Tales promesas no serían ciertamente más difíciles de cumplir que las anteriores.

El trabajador vivirá regaladamente y disfrutará de todas las comodidades, bellezas y magnificencias de la tierra: «Palabra por palabra suscribimos lo que Enrique Heine decía á los oscuros socialistas de su tiempo, á los sansimonianos: «No queremos ser unos *sansculottes*, ni burgueses frugales, ni presidentes económicos; nosotros pretendemos establecer una democracia de dioses igualmente soberanos, sagrados y bienaventurados. Vosotros pedís sencillez en los vestidos, moderación en las costumbres y honestidad en los placeres; nosotros,

en cambio, solicitamos néctar y ambrosía, mantos de púrpura, perfumes costosos, comodidad y magnificencia, danzas de ninfas sonrientes, música y espectáculos teatrales. Pero esto lo pedimos para todos y á todos se lo garantizamos.» (Stern, ídem ídem, 33.)

El que no quiera dar crédito á tan halagüeñas promesas, es en concepto de Stern un grandísimo beocio. Las frases siguientes de Lafargue pueden indicarnos hasta qué punto los socialistas hacen el ridículo, tan pronto como el *sentimiento comunista* se ha apoderado de ellos: «Entre las hormigas todo es común. El sentimiento comunista de estos animalillos llega hasta el extremo de que hasta los alimentos tomados continúan durante bastante tiempo todavía á disposición de la comunidad. Su conducto digestivo está dividido en dos partes, una de ellas, la anterior, es una especie de despensa ó depósito de alimentos para la colonia: el estómago está muy extendido y forma como un buche, capaz de contener gran cantidad de alimentos. Siempre que es necesario, expulsan nuevamente los líquidos que hay en él y sirven para apagar el hambre de las compañeras hambrientas y de las larvas, machos ó hembras, que no pueden proporcionarse los medios de sustento.» (Lafargue, *Der wirtschaftliche Materialismus*, 31.)

¡Buen apetito, señor Lafargue! En verdad que las hormigas tienen el sentimiento colectivista mucho más desarrollado que los socialistas. ¿Pero no sería acaso posible, previos los correspondientes en-

sayos educativos, introducir también en la comunidad socialista esta división del aparato digestivo y el buche correspondiente en el esófago? ¿Qué dificultades habría para ello? La única ley eterna será la evolución, y si las hormigas han conseguido llegar á un tan alto grado de colectivismo, ¿por qué no ha de suceder lo mismo entre los hombres? ¡Fuera de que es extraordinariamente conmovedor este pensamiento de la comunidad futura, llevada hasta los elementos digestivos!

Bebel intenta defenderse en la *Neue Zeit* de las distintas dificultades expuestas por Katzenstein y que hemos transcrito ya; pero la defensa no puede ser más débil. Repite con distintas palabras lo mismo que había dicho antes, y replica á Katzenstein que él no puede penetrar con el pensamiento en la sociedad futura:

«He hecho la pintura del porvenir (valga la palabra), según las visiones que yo tenía en el momento de escribir. No habría inconveniente alguno en modificarla ó trazarla de nuevo, si así me parecía exigirlo una más alta visión y un conocimiento más exacto. Nuestras concepciones del porvenir están en constante transformación y se rectificarán y ampliarán eternamente con el concurso de otras nuevas concepciones.» (*Neue Zeit*, 1896-97, 327.)

El mejor día puede parecerle á Bebel que sus visiones del porvenir no tienen más valor positivo que el de un castillo de naipes. Por lo demás, la sociedad actual dista mucho de estar en situación de poder alcanzar la felicidad del socialismo: «El co-

munismo de toda la civilización es una idea vaga; todavía no están constituídos los Estados unidos democráticos de Europa; el mismo imperio alemán podría, á duras penas, implantar en un día determinado la gran sociedad sobre todos sus territorios y comprendiendo todas las clases sociales. Únicamente podría hallarse alguna que otra pequeña comunidad parroquial, que, en un momento dado, pudiera establecer el socialismo con todas sus consecuencias.» (Dietzgen, *Die Zukunft der Sozialdemokratie*, 12 y siguientes.)

Para colmo de males no es posible averiguar tampoco el número y la calidad de espinas y abrojos que crecerán en el soñado paraíso: «El socialista puede ciertamente representarse la sociedad futura completamente libre de todas las plagas que azotan la sociedad capitalista; pero no puede tener ni un presentimiento siquiera de los males que la nueva sociedad podría llevar ocultos en su seno.» (Kautsky, Prólogo al libro de Atlantikus, *Ein Blick in den Zukunftsstaat*, XVI.)

FIN DEL TOMO PRIMERO (1)

(1) La distribución de la materia nos obliga á presentar esta edición española en dos tomos tan desiguales. Preferimos esta desigualdad á romper la unidad de pensamiento que con tan riguroso método guarda el ilustre autor en cada una de las partes de su obra.



INDICE

	<u>Páginas.</u>
Prólogo de la primera edición..	7
Prólogo de la cuarta edición..	9

PRIMERA PARTE

Democracia socialista y revolución..	11
I. Inminencia de una revolución violenta. Re- volución y evolución..	11
II. No reforma, sino revolución..	29
III. Medios para llevar á cabo la revolución.. . .	40
IV. La conquista del poder político como ideal inmediato..	64

SEGUNDA PARTE

La democracia socialista y la futura organización so- cial..	69
I. La forma socialista de la producción y su fundamento científico..	75
II. El Estado del porvenir..	91
III. Organización del trabajo..	102
a) El trabajo obligatorio para todos. Amenidad y suavidad del trabajo..	102

	<u>Páginas.</u>
b) Dirección del trabajo.	116
c) Remuneración del trabajo.	127
IV. Educación y enseñanza.	136
a) Organización.	136
b) El ateísmo obligatorio en la escuela.	150
V. La felicidad universal.	158
a) Abundancia de todos los bienes materiales.	158
b) Florecimiento de las Artes y de las Ciencias.	168
c) Desaparición de todos los vicios y delitos.	171





Ciencia y Acción

ESTUDIOS SOCIALES

SEGUNDA SERIE
(Popular.)

LOS SOCIALISTAS PINTADOS POR SÍ MISMOS

(¡El demócrata socialista
::: tiene la palabra!). :::

— por el —

Doctor ENGELBERT KÄSER

Versión española de la cuarta

::: edición alemana por :::

DOMINGO MIRAL

Catedrático de la Universidad
de Salamanca.

TOMO II



::: CASA EDITORIAL :::

SATURNINO CALLEJA FERNÁNDEZ

* * FUNDADA EN EL AÑO 1876 * *

CALLE DE VALENCIA NUM. 23. — MADRID

~~~~~  
*Esta obra es propiedad. La  
presente edición se publica de-  
bidamente autorizada.*  
~~~~~

E. Teodoro, Glorieta de Santa
María de la Cabeza, núm. 1.



TERCERA PARTE

LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA RELIGION

Es una cuestión completamente distinta la de averiguar si todo colectivismo es por necesidad enemigo de la religión, ó si lo es el colectivismo en su forma actual de democracia socialista. Desde luego, debe contestarse negativamente á la primera parte, pues el colectivismo cristiano es cosa muy digna de ser meditada con toda seriedad. Una reforma social basada y llevada á cabo conforme á las normas externas del Cristianismo, por virtud de la cual vinieran á ser propiedad del trabajador los medios de producción que hoy están en manos de los capitalistas, sería una conquista de mucha mayor transcendencia que todas las batallas reñidas y que todas las victorias ganadas desde hace siglos.

Por desgracia, con la misma decisión debe contestarse afirmativamente á la segunda pregunta, aunque el nuevo programa de Erfurt reconociera la existencia independiente de todas las sociedades religiosas. El fracaso definitivo de los demócratas

socialistas en la esfera de los intereses materiales, será un hecho á consecuencia de la falsa posición en que sus ideas los han colocado; los vicios fundamentales de sus principios les arrastrarán á la ruina material, aunque en el terreno material su posición sea frecuentemente más sólida y acertada.

La hostilidad de la democracia socialista contra la religión, no es la especialidad de algunos de sus miembros; más bien radica en lo más profundo de sus entrañas, según abiertamente lo reconoce Kautsky: «Los dogmas de la existencia de un Dios personal (el Dios impersonal es una palabra sin sentido) y de la inmortalidad personal son incompatibles con el estado actual de la ciencia, de la cual forma parte el socialismo científico, que no puede desglobarse de ella caprichosamente. Especialmente incompatible con el socialismo científico es la idea de un hombre-Dios ó de un super-hombre (!) á quien se hubiera concedido por la fuerza de su personalidad redimir al género humano ó elevarle á un más alto grado de existencia.» (Kautsky, *Die Sozialdemokratie und die Katolische Kirche*, 2.)

La democracia socialista no es solamente un sistema de producción, sino un concepto del mundo, el materialista, según veremos más adelante. Pero este materialismo se practica con todas sus consecuencias en la vida y en el orden del pensamiento, y es tan opuesto al Cristianismo, que no puede concebirse oposición mayor ni más hostil. Bebel tiene razón al decir que el Cristianismo y el Socialismo son como el agua y el fuego. El primero

dice al hombre: «El amor libre de Dios omnipotente y sabio te ha sacado de la nada. Tu destino es contemplar á Dios, la eterna Verdad, y poseerle, como un bien infinitamente perfecto. La vida terrenal es sólo una preparación para este fin último y eterno. Si quieres poseer á Dios, debes ser semejante á El, bajo la pena de no conseguir tu fin.»

El materialismo dice: «No hay espíritu alguno, ni humano, ni sobrenatural. No existe más que materia, y todo lo demás es fantástico. El hombre, como todo el sistema del Universo, es producto de la evolución de la materia. La existencia personal termina con la muerte. En consecuencia, el destino del hombre es puramente terrenal: desenvolver sus energías y vivir su corta existencia lo más bella y agradablemente posible.»

Esta hostilidad mortal contra el Cristianismo late en las entrañas mismas de la democracia socialista y la obliga á romper con él. La creencia en Dios y la esperanza en la otra vida son, á juicio de los *conscientes*, no sueños inocentes, sino altamente perjudiciales. El fin supremo para todo cristiano creyente y sincero no son la perfección y la felicidad terrenales, sino las eternas. Por esto contempla sin envidia las situaciones económicas más holgadas que la suya. Tales gentes están dispuestas á sacrificar heroicamente sus haciendas y sus vidas en cumplimiento de su deber; pero no son materia apta para formar de ellos asaltadores y hombres subversivos. Los socialistas lo saben perfectamente y consideran, no sin razón, al Cristianismo como

su más irreconciliable enemigo, tratándole como á tal. La tan repetida afirmación de que la esfera religiosa pertenece á la conciencia privada de cada ciudadano, es esencialmente falsa y está en oposición manifiesta con los hechos.





I

EL MATERIALISMO COMO RAZÓN ÚLTIMA DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA; LA TEORÍA DARWINIA- NA DE LA EVOLUCIÓN

Liebkecht decía enfáticamente: «Nuestro partido es un partido científico.» (*Protokoll des Parteitag*, Halle, 177.)

Análogas afirmaciones se encuentran á cada paso en los discursos de los oradores socialistas, bien entendido que por ciencia no debe entenderse nada más que el materialismo.

«La verdadera sabiduría consiste en una concepción del mundo, sana y racional, que se apoye en sólidos conocimientos filosóficos y científicos, y que esté libre de todas las supersticiones tradicionales (es decir, de las ideas religiosas), y nos dé una visión clara del ser ó del *llegar á ser* (Werdens).» (Stern, *Einfluss der sozialen Zustände, etc.*, 7 y siguientes.)

No obstante, los jefes del partido consideran todavía muy escasa la capacidad de los compañeros. Vollmar preguntaba á la asamblea socialista de

Berlín: «Si únicamente admitierais entre los demócratas socialistas á los que pudieran darse cabal y exacta cuenta de todo nuestro programa, ¿á cuántos tendríais que rechazar? (*Una voz: ¡A una gran masa!*) Sí, probablemente á la mayoría.» (*Protokoll des Parteitages*, Berlín, 205.)

Bebel decía en esta misma asamblea: «Ante todo conviene declarar que yo no he querido decir que todos los compañeros entendieran el programa, sino que lo aceptaran, lo cual es cosa muy distinta.» (Idem, *íd.*, 207.)

Los demócratas socialistas son, por consiguiente, hombres de ciencia, aunque, en su inmensa mayoría, no sean capaces de comprender siquiera el programa del partido. Todo materialista que espera que la salvación del mundo ha de venir con el colectivismo de Carlos Marx y crea firmemente en la realización práctica de los audaces sueños de Bebel, es un astro luminoso de la ciencia y una gran cabeza, aunque en todo lo demás sea un grandísimo majadero.

El materialismo moderno descende directamente del panteísmo hegeliano. Hegel consideraba el mundo, no como una creación de un Dios personal, sino como la evolución eterna y necesaria de una idea eterna, imaginada por él. Feurbach entendió con razón que era superflua la idea fantástica de Hegel, y se quedó únicamente con la evolución eterna de la materia. De esta manera natural y sencillísima nació del idealismo hegeliano el materialismo. Marx, y especialmente Engels, sacaron de este materialismo los

fundamentos filosóficos de la democracia socialista:

«La confusión absoluta del idealismo alemán de entonces condujo necesariamente al materialismo, pero bien entendido que este materialismo es mucho más amplio que el puramente metafísico del siglo XVIII.» (Engels, *Entwicklung des Socialismus*, 23.)

«Este nuevo materialismo, pues, derivado de la confusión total del idealismo alemán y cuyo más importante expositor es el mismo Engels, es muy poco comprendido, aunque él constituye el principal fundamento teórico de la democracia socialista alemana.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 20.)

Según Hegel, el mundo material es la evolución de la Idea; pero ocurre precisamente lo contrario, porque el espíritu con su entendimiento es única y exclusivamente un producto de la materia: «Los idealistas transigían originariamente con el supuesto religioso de que el mundo era obra de un Espíritu, y estaban completamente confundidos, porque la única consecuencia que podía deducirse de los principios por ellos sentados, era precisamente la contraria, es decir, que el mundo material natural era el primitivo, y que no había sido creado por Espíritu alguno, antes al contrario, que él es el verdadero creador, porque de sí mismo ha sacado y desarrollado al hombre, dotado de entendimiento y de razón. Así se venía á demostrar que el Espíritu superior increado no era más que una imitación fantástica del espíritu natural, nacido y desarrollado en

y con la cabeza del hombre.» (Dietzgen, ídem, ídem, 21.)

La democracia socialista es una consecuencia necesaria del ateísmo: «Nuestra democracia socialista es la consecuencia lógica de un pensamiento sobrio é irreligioso. Es el resultado de la ciencia filosófica. La filosofía ha concebido, por fin, después de muchos sistemas insostenibles y perecederos, el inconvencible sistema de la ciencia, es decir, el sistema del materialismo democrático.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 38.)

La materia no es, en modo alguno, la creación de ningún ser espiritual, ni del Espíritu divino, ni siquiera es la obra del espíritu panteísta de Hegel; antes bien, el único espíritu real y positivo, el espíritu humano, es un producto de la materia y, por consiguiente, material también. Por lo tanto, los estados materiales son la base y el fundamento de los llamados estados espirituales y no éstos la base y origen de aquellos: «La contemplación de la confusión total del idealismo germánico produjo, como resultado necesario, el materialismo socialista, llamado así porque los socialistas Marx y Engels fueron los primeros en exponer de una manera clara y terminante que las relaciones materiales, especialmente las económicas, de la sociedad humana constituyen la base sobre la cual se han levantado y por la cual únicamente pueden explicarse en forma razonable tanto las instituciones jurídicas y políticas, como los sistemas religiosos, filosóficos y de otra cualquiera índole que se hayan desarrollado

en cualquiera de las edades históricas. En lugar de buscar, como se ha hecho hasta ahora, en la conciencia humana la existencia y naturaleza del hombre, hay que buscar la explicación de la conciencia en otro orden de relaciones, principalmente en la situación económica y en la manera y forma de proporcionarse los elementos necesarios para la vida.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 25.)

A este pensamiento de Marx, según el cual las relaciones económicas de la sociedad serían la suma razón primera de todas las cosas, sin exceptuar las manifestaciones y estados del espíritu, han concedido los demócratas socialistas una importancia tan extraordinaria, que, según ellos, señala una época nueva para la filosofía, de la misma manera que la teoría marxista del valor la señala en la economía nacional. En el mismo manifiesto socialista se halla ya consignado este pensamiento fundamental de que «la producción económica y la organización social que de ella resulta como consecuencia fatal y necesaria en una época cualquiera de la historia, son la razón de ser y las verdaderas causas determinantes de la historia política é intelectual de esa época; que en armonía con esto toda la historia (desde que desapareció de la tierra la posesión en común del suelo), ha sido una historia de las luchas de clases, luchas entre los explotados y los explotadores, entre las clases dominantes y las clases dominadas, durante las distintas fases por que ha pasado la evolución social, y que esta lucha ha adquirido en la actualidad un grado tal de acri-

tud, que las clases explotadas y oprimidas (el proletariado) no podrán ya sacudir el yugo de las clases explotadoras y opresoras, sin que al mismo tiempo liberten también para siempre á toda la sociedad de la explotación, de la opresión y de la lucha de clases.» (*Kommunistisches Manifest*, Prólogo II, 4.)

Engels, el más autorizado intérprete de su amigo Marx, expresa también el mismo pensamiento. «Toda la historia anterior es la historia de la lucha de clases; estas clases en continua é implacable guerra unas con otras han sido siempre el resultado de las relaciones económicas de la producción y del comercio, es decir, del estado económico de cada una de las épocas; luego toda estructura económica de la sociedad nos da la verdadera clave para comprender la razón de ser y la aparición de todas las instituciones jurídicas y políticas, así como la explicación última de todos los sistemas religiosos y filosóficos de una época histórica cualquiera.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 12.)

Es natural que la producción y la distribución de la riqueza ejerzan una gran influencia en la vida política y social. Es esta una verdad reconocida desde muy antiguo—*primum vivere, deinde philosophari*—que ciertamente no necesitaba ser descubierta por Marx. Pero es sencillamente erróneo que toda la vida política religiosa é intelectual de un período histórico esté determinada por la producción. Antes al contrario, toda la vida económica y política del pueblo judío era una derivación ó consecuencia de

sus creencias religiosas. Todavía han sido más poderosas é indelebles la influencia y la transformación que en todos los órdenes de la vida social ha desarrollado el movimiento espiritual del Cristianismo en los países occidentales, sin que sea posible señalar, ni aun agarrándola por los cabellos, la intervención de ninguna evolución económica. El Mahometismo, el Humanismo y la Reforma han ejercido también profunda influencia, y continúan ejerciéndola todavía, en todas las esferas de la vida. Nadie puede negar tampoco las profundas huellas que en sus contemporáneos y en sus sucesores dejaron hombres como Alejandro, Constantino, Carlos V, Enrique VIII, Napoleón, San Benito y su Orden, San Francisco de Asís, etc.

No hay para qué negar que en la historia de la Humanidad ha existido y existe todavía la lucha de clases; pero es una falsedad monstruosa el suponer que toda la historia no es otra cosa que la historia de estas luchas. Entre los asirios, babilonios, medos, persas y egipcios, abundan las grandes luchas nacionales y los trastornos producidos por los conquistadores y poderosos; pero no es posible descubrir la más pequeña huella de la lucha de clases. El pueblo vivía en la más completa é involuntaria esclavitud, á pesar de lo cual alcanzó un alto grado de cultura. Más adelante sobrevienen las guerras nacionales entre griegos y persas, griegos y romanos, romanos y cartagineses. Es incalculable la influencia ejercida por los griegos y por los romanos en el desarrollo de la cultura en los pue-

bles occidentales. Andando el tiempo aparecen las luchas entre los romanos y los pueblos germánicos, que no son precisamente luchas de clases. Las causas que han determinado la aparición de un nuevo mundo y de una cultura nueva, han sido los inventos modernos de la imprenta, de la pólvora, de las aplicaciones del vapor y de la electricidad. ¿Y qué tienen que ver todas estas cosas con las luchas de clases?

Supuesta la exactitud del materialismo, el principio marxista es una consecuencia necesaria. Es natural que si sólo existe la materia y no hay espíritu alguno, mal ha podido éste desarrollar su influencia en la historia de la humanidad. Todo es necesariamente evolución de la materia. Marx es un excelente lógico. ¿Pero cómo se ha formado el mundo? Se ha formado por evolución y continuará evolucionando eternamente: «Puede suceder que alguno de los lectores que haya seguido atentamente nuestra exposición diga: pero el mundo no ha podido formarse á sí mismo; luego es necesaria la existencia de un ser que lo haya sacado de la nada.» A estos tales contestamos lo siguiente:

»El mundo no ha sido hecho ni creado; se forma por evolución. La formación ó creación son conceptos que sólo existen en el entendimiento del hombre, pero á los cuales no corresponde contenido alguno en la naturaleza. Todo en ella se forma en virtud de causas sometidas á leyes, y todo lo domina y en todo impera la transformación constante de la materia y de la fuerza. Jamás en la naturale-

za observaremos una *acción*, como las que el hombre realiza, ni creación alguna de la nada, sino la transformación eterna, la evolución de lo preexistente. Desde el momento en que se piensa en un creador del mundo, se plantea por sí misma esta otra pregunta: ¿y quién es el creador de este creador? Pero esta pregunta sería ridícula y risible, por lo cual debemos contestar que el mundo es creador de sí mismo, y si al fin hemos de llegar á algo que sea creador de sí mismo, aunque la experiencia nada pueda decirnos sobre este particular, ¿qué inconveniente hay en que se dé este nombre al Universo, fuera del cual nada absolutamente conocemos?» (Douai, *A. B. C. des Wissens*, 15.)

Douai supone que ninguno de sus lectores tiene el entendimiento muy *desarrollado*. En todo caso es necesaria la existencia de una causa suficientemente poderosa para crear este universo cuyos límites nos son desconocidos, y suficientemente sabia para imaginar la organización de la naturaleza y las leyes cuya sabiduría rebasa nuestra capacidad mental. Nadie da lo que no tiene. Mientras toda acción requiera una causa capaz y suficiente, será un absurdo inconcebible el afirmar que la naturaleza con su maravillosa y sapientísima organización es el producto de un absurdo eterno, de una fuerza sin inteligencia. El materialista que quiera mantenerse fiel á su sistema, tendrá que admitir resueltamente este absurdo.

No hay para qué decir que Bebel es también partidario de la evolución indefinida: «El hombre

no ha entrado en la vida á la voz del Creador y en posesión de un elevado grado de cultura, sino que más bien ha tenido que recorrer en un proceso evolutivo sumamente lento é interminable los diferentes estados, y poco á poco ha conseguido la elevada cultura de los tiempos presentes, subiendo y bajando con las oscilaciones de la cultura en los distintos períodos, y diferenciándose constantemente de sus semejantes en todos los ámbitos y zonas de la tierra.» (Bebel, *Die Frau*, 10.)

Cuando el materialista quiere explicar la formación de las plantas y de los demás seres vivientes, no tiene más remedio que apelar al recurso del darwinismo. Los demócratas socialistas son también admiradores fervorosos de Darwin; pero aplican las leyes de la evolución darwiniana á su manera y con vistas al porvenir mucho más que al pasado.

«Las desfavorables condiciones de la existencia del hombre, es decir, los defectos del Estado social; son la causa de su deficiente evolución individual; luego modificando las condiciones de su existencia, se transformarán también los hombres. El problema consiste, por consiguiente, en reformar el Estado social de suerte que todo hombre pueda desarrollar todas sus facultades sin obstáculo alguno, y que las leyes de la evolución y de la adaptación, conocidas á partir de Darwin con el nombre de darwinismo, se cumplan de un modo eficaz y consciente en beneficio de toda la humanidad, cosa únicamente posible dentro del socialismo».

«El hombre por su condición de ser inteligente

y racional, está obligado á transformar, mejorar y perfeccionar constante y conscientemente las condiciones de su existencia, y, por consiguiente, su estado social y todo aquello que con él se relaciona, y ésto debe hacerlo en forma tal que las condiciones de la existencia sean igualmente favorables para todos los hombres. Todo el mundo debe desenvolver sus aptitudes y facultades en beneficio de la comunidad y de sí mismo; pero nadie tiene derecho á inferir el más pequeño perjuicio á sus semejantes ni á la sociedad.» (Bebel, *ídem*, *íd.*, 247.)

El mundo de los profesores darwinistas no es mucho más halagador que la aplicación socialista del darwinismo: «Se comprende muy bien que el profesor Hækel y sus colegas Q. Schmied, Hellwalb y otros rechacen con energía el infamante reproche de que el darwinismo vaya de la mano con el socialismo, y afirmen resueltamente las tendencias aristocráticas del darwinismo, porque enseña que en todos los rincones de la Naturaleza los seres mejor organizados y más fuertes vencen y subyugan á los inferiores. Ahora bien, según ellos, las clases poseedoras y cultas representan dentro de la sociedad á estos seres más fuertes y perfectos, por lo cual consideran su soberanía como cosa muy natural, por estar basada en las leyes mismas de la Naturaleza.» (Bebel, *Die Frau*, 250.)

Y agrega Bebel con entonación dogmática: «Los darwinistas que mantienen este criterio no tienen el más remoto presentimiento de las leyes económicas que rigen y gobiernan la sociedad burguesa,

cuya desatentada soberanía no eleva á las alturas sociales á los mejores ni á los más hábiles ni á los más virtuosos, sino á los más bellacos y perversos, por lo menos, con muchísima frecuencia. La diferencia entre el hombre y el animal consiste en que el primero es un animal que piensa y el animal no es un hombre que piense. El criterio estrecho y la parcialidad de una gran parte de nuestros darwinistas no les permite comprender esta sencilla verdad, y de aquí el falso círculo vicioso en que se mueven.» (Bebel, *idem* *íd.*, 250 y siguientes)

¿Quién tiene razón entre ellos? Ambos. Mientras las clases dominantes tengan el poder en sus manos, siguen las leyes de la evolución darwiniana explotando á los que son más débiles desde el punto de vista económico; pero tan pronto como los trabajadores sean los más fuertes (y llevan trazas de serlo muy pronto), seguirán también el proceso evolutivo señalado por Darwin, despojando á los capitalistas. Según esta doctrina evolucionista, el fuerte tiene no solamente el derecho sino también el deber de hacerlo así, porque la única manera de impulsar el progreso de un modo eficaz, consiste en la exaltación y predominio de los fuertes y en la desaparición y aniquilamiento de los débiles. Los trabajadores darwinistas pueden, por consiguiente, desde su punto de vista y con la conciencia tranquila, ir quitando de en medio á todos los ricos que se les pongan por delante.





II

NEGACIÓN DE TODA SUBSTANCIA ESPIRITUAL; IMPOSIBILIDAD DE LA EXISTENCIA DE DIOS

Uno de los dogmas fundamentales del materialismo es el *monismo*, doctrina según la cual no existe ninguna substancia espiritual propiamente dicha y distinta de la materia, sino que todo es materia. «Nuestro espíritu es el ser más excelso. Pero no tema el atento y piadoso lector que ese espíritu se coloque sobre el alto pedestal de una divinidad religiosa. Lo elevado y lo humilde no tienen otra significación real que la de estar peor ó mejor organizados.» (Dietzgen, *Religiön der Sozialdemokratie*, 25.)

¿Y en qué consiste este ser más elevado? «El espíritu no es un fantasma ni el soplo de Dios. Los idealistas y los materialistas están de acuerdo; pertenece á la categoría de las «cosas de este mundo», habita en el cerebro humano y no es sino una expresión abstracta, una palabra sintética para designar la serie sucesiva de nuestros pensamientos.» (Dietzgen, *íd.*, *íd.*, 34.)

Stern quiere apropiarse el pensamiento funda-

mental de Spinoza y lo caracteriza de la manera siguiente: «La substancia extendida por el espacio (la materia) es lo único que existe. Es ilusoria la existencia de una substancia sin dimensiones especiales. Fuera, pues, de la substancia material no existe absolutamente nada. La substancia es eterna é indestructible; no tiene principio ni fin. La extensión, lo mismo que el pensamiento (incluyendo todos los fenómenos físicos de la sensibilidad, del sentimiento y de la voluntad), pertenecen á la esencia de la substancia. Ambos son atributos de esa substancia, sin la cual no pueden ser concebidos.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 23.)

Como no existe espíritu alguno finito y distinto de la materia, no existe tampoco ningún espíritu infinito y personal, es decir, no existe Dios. Dietzgen demuestra á su manera la imposibilidad de esta existencia:

«Puede recibir el pan toda clase de formas y colores y ser amasado con toda clase de harinas, pero esta variedad de formas no alteraría su esencia en lo más mínimo. Pueden ser las encinas de formas variadísimas, pero en ningún caso rebasarán los límites de su naturaleza. Hay osos grandes y pequeños, negros y pardos; pero no hay ninguno que se salga de su especie y tenga una naturaleza y estructura diferentes. Nos referimos á estas cosas reales para dar á entender que, en este particular, estamos con relación al espíritu tan seguros como con relación al pan, á las encinas y á los osos. Podrán existir en otros planetas muchos espíritus

que nosotros no conocemos, pero en general y según su especie, no pueden tener una naturaleza distinta de la que tienen los espíritus que nosotros conocemos, sin que caigan ó queden completamente fuera del nombre y del concepto que nosotros tenemos. El espíritu transcendental, es decir, Dios, es un concepto fantástico.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 8.)

Después de una exposición tan larga como enmarañada, llega Dietzgen á la conclusión siguiente: «Creemos haber demostrado cumplidamente que es imposible la existencia de un espíritu superior al espíritu humano.» (Dietzgen, *ídem*, *íd.*, 10.)

El pan es siempre pan, las encinas son siempre encinas, los osos siempre osos y los espíritus creados, siempre espíritus creados; luego no puede existir ningún espíritu infinito é increado, porque el concepto que de él tuviéramos tendría que ser completamente distinto del concepto que tenemos de los espíritus creados. ¡Magnífica lógica en verdad! Con la misma razón podría el esquimal demostrar la imposibilidad de los árboles, porque éstos no se acomodan al concepto de las plantas que él conoce. Pero Dietzgen continúa pronunciando sus oráculos con extraordinaria gravedad:

«La naturaleza omnipotente creó el entendimiento y le dió la conciencia de que su omnipotencia es una potencia intelectual, que en ningún caso puede ser tan insensata, que se decida á crear espíritus y seres que sean más omnipotentes todavía que la omnipotencia natural. Es una ley de lógica natural el que todas las cosas permanezcan dentro

de su especie, porque las especies y las clases pueden modificarse, pero no en la medida que sería necesario para rebasar los límites naturales de la especie general. En consecuencia, no puede existir espíritu alguno que penetre en el interior de las cosas tan profundamente que sea capaz de plegar la naturaleza y metérsela en el bolsillo.» (Dietzgen, ídem, ídem, 11.)

Douai en su *A B C de la ciencia* demuestra (página 13) que Dios, si existe, no se preocupa en lo más mínimo de los hombres; que el mundo está muy mal organizado (pág. 14) y que en la historia de la humanidad no gobierna ninguna providencia amorosa (pág. 15). Esto, sin embargo, no le impide explicar en la pág. 19 que el bueno encuentra espléndida recompensa en la sabia autoeducación de la naturaleza humana, y el malo encuentra en sí mismo un castigo proporcionado á su maldad. ¡Lo que resulta sapientísimo, como resultado de una prolongada autoevolución, es irracional, considerado como obra de Dios!





III

LA TEORÍA DEMOCRÁTICO-SOCIALISTA ACERCA DEL CONOCIMIENTO

El espíritu humano, llamado así abusivamente, no es sino una serie sucesiva de pensamientos, y éstos son otras tantas funciones de la materia. «La frase de que el pensamiento es una secreción, producto ó eliminación del cerebro, como la bilis es una secreción del hígado, expresa algo indiscutible.» (Dietzgen, ídem, íd., 22.)

La conciencia y el entendimiento son, por consiguiente, productos de la naturaleza material. «Si se trata de averiguar qué sean y de dónde procedan el entendimiento y la conciencia, se hallará que son productos del cerebro humano, y que el hombre mismo es un producto natural que se ha desarrollado en y con el ambiente que le rodea.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 22.)

«La teoría materialista del conocimiento hace constar que el órgano del entendimiento humano no irradia luz alguna metafísica, sino que es un órgano natural que refleja objetos de distinta natu-

raleza, cuya índole artificial puede comprenderse fácilmente con solo describirlo.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 30.) «La discordia entre filósofos y naturalistas ha desaparecido con el descubrimiento de que la lámpara ó espíritu humano que ilumina las cosas es de la misma especie, índole y naturaleza que las cosas iluminadas.» (Dietzgen, *ídem*, *íd.*, 47.)

La teoría del conocimiento corresponde, por lo tanto, ¡á la historia natural! La aptitud que el entendimiento tiene de producir esas cosas maravillosas que llamamos pensamientos, es el resultado de la selección.

«A lo que digo de que la conciencia de que el mundo físico no ha tenido principio ni tendrá fin es una idea innata y no adquirida por la experiencia, que existe *à priori* y es anterior á toda experiencia, debo agregar que en su origen no era más que un germen, que se ha ido desarrollando hasta adquirir su forma actual por medio de la experiencia adquirida en la lucha por la existencia y en la selección sexual.» (Dietzgen, *ídem*, *íd.*, 16.)

La naturaleza sabe y conoce todo lo que es conocido; es omnisciente, porque no existe ningún conocimiento fuera del conocimiento del espíritu humano: «La Naturaleza tiene muchas analogías con el Dios amoroso y providente: gobierna desde la eternidad y gobernará por los siglos de los siglos. Como nuestro espíritu es un instrumento natural, sabe ella todo lo que puede saberse; es omnisciente, y, con todo, la sabiduría natural es tan diferente de la sabiduría divina, que las causas científicas

ficas tienden irresistiblemente á destruir á Dios, á la religión y á la metafísica.» (Dietzgen, ídem, ídem, 42.)

De aquí que se compaginen tan mal con las teorías de Dietzgen las afirmaciones de aquellos sabios según los cuales el espíritu humano no puede penetrar hasta las últimas razones de las cosas. Lange cita el siguiente párrafo de la *Historia del materialismo*: «Hay dos puntos ante los cuales debe detenerse el espíritu humano. Nosotros no estamos en situación de comprender los átomos, ni podemos explicar el más insignificante fenómeno de la conciencia por los átomos ó por su movimiento. Por esto Dubois-Reymond llega hasta afirmar, no sin fundamento, que todos nuestros conocimientos de la Naturaleza no son en realidad verdaderos conocimientos, sino supuestos admitidos para proporcionarnos una explicación.» (Dietzgen, ídem, íd.. 51.)

Lange y Dubois-Reymond manifiestan sin rebozo alguno que el materialista no hallará jamás en el movimiento de los átomos la explicación de los fenómenos de la conciencia, por lo cual Dietzgen les reprende duramente con la entonación grave y solemne de un maestro de escuela: «En esta forma se expresa no solamente Lange, sino todo el mundo burgués, saturado hasta la medula del progreso capuchino. Pero Lange no conoce á fondo á los demócratas socialistas, porque de otra suerte sabría perfectamente que, también en lo que á este particular se refiere, han completado ellos la con-

cepción mecánica del mundo.» (Dietzgen, ídem, ídem, 51.)

No obstante, el lector esperará inútilmente este «complemento» de la concepción mecánica del mundo. En su lugar hallará unas cuantas groserías, que son, al parecer, las que sustituyen á las demostraciones en la filosofía democrático socialista: «El mundo religioso antifilosófico coloca en lugar preeminente una verdadera casta de inteligencias que habrían infundido un soplo de vida en el barro cenagoso, y con este procedimiento está autorizado para distinguir entre espíritus santos y profanos, entre la substancia auténtica y sus supuestos ó equivalentes. Pero es inconcebible que admitan esta distinción aquellos que han dejado el gran Espíritu universal y primitivo para el uso particular de los carboneros. El pensamiento metafísico acerca de los *límites del conocimiento*, apenas necesita ser examinado superficialmente para ser relegado en el acto á la categoría de las frases sin sentido.»

«Los átomos son incomprensibles y la conciencia no puede explicarse. Pero el universo mundo consta de átomos y conciencia, de materia y espíritu. Si ambos son incomprensibles, ¿qué le quedará al entendimiento que pueda comprender y explicar? Lange tiene razón, porque, en realidad, no le queda absolutamente nada. Nuestras ideas no son ya, como se ha dicho, verdaderas ideas, sino supuestos solamente. Tal vez los animales que se designan generalmente con el nombre de asnos, no sean más

que asnos supuestos y haya que buscar los verdaderos burros entre los seres de organización más perfecta. En otra parte he considerado ya la filosofía como la ciencia que va en pos de la verdad descabellada. Cuando se empieza á menospreciar el idioma y se acusa de haber invertido los nombres de las cosas, se tiene ya un indicio manifiesto de que se comienza á entrar en un período de locura.» (Dietzger, *Streifzüge*, 52.)

Con tales cumplimientos, que figurarán probablemente entre las formas sociales más refinadas del futuro socialismo, trata Dietzgen á sus colegas en materialismo, nada más que por permitirse el lujo de ser un poco más escrupulosos que él en materias de pensamiento. El, sin embargo, no aporta más que una chirigota sobre la hojalata y la carne de vaca endiosadas, y la afirmación repetida de que, á juicio de los materialistas, la conciencia no puede proceder más que de la materia: «Únicamente donde existen dos mundos, uno sensible y vulgar y otro más «elevado», religioso y metafísico, cabe cuestionar sobre la alcurnia y la naturaleza de la conciencia. En este caso no hay razón alguna para impedir que progresen los más groseros errores. ¿Por qué no habían de ser divinizadas también, lo mismo que el conocimiento, la hojalata, las tablas y la carne de vaca? La misión de los radicales consiste en comprobar que deben ir á parar á la misma espuerta de la basura los últimos y más sutiles residuos de la metafísica del *algo superior* y las insípidas supersticiones.» (Dietzgen, *ídem*, *íd.*, 54.)

Si nuestro espíritu no es más que materia y el pensamiento función de la materia, está muy acertado Hasenclever cuando reduce la cuestión de la educación á una cuestión de estómago en el más estricto sentido de la palabra: «Las investigaciones de la historia natural nos dicen expresamente que no hay cuerpos y espíritus, sino únicamente materia, de la cual proceden todas las energías, así las físicas como las llamadas espirituales. Esta materia penetra todos los cuerpos y se consume constantemente y constantemente se renueva. El gasto de ella está naturalmente condicionado por el mayor ó menor desarrollo de energía, y su renovación por medio de los alimentos ingeridos y elaborados en el estómago. Pero la actividad cerebral depende igualmente de los alimentos suministrados al estómago, porque ellos son los que renuevan las partículas del cerebro, como las de los demás órganos y músculos, y los que producen energías nuevas. En este caso, la deducción no puede ser más sencilla. Un hombre que se encuentre en mala situación, especialmente si sus antecesores se han hallado igualmente en trances tan apurados que su malestar ha influído en su generación, no podrá tomar los alimentos necesarios para robustecerse, y su actividad cerebral será también escasa y raquítica y, por consiguiente, todos sus esfuerzos serán ineficaces para que pueda desenvolverse desde el punto de vista intelectual con tanta facilidad como otro hombre que, perteneciendo á una familia acomodada, ha disfrutado desde su juventud de una bue-

na alimentación. (*Sozialdemokrat* de 25 de Abril de 1866, citado por Jörg en su *Geschichte der sozialpolitischen Parteien*, 118.)

Desde la renovación de la materia pensante por medio del estómago hasta la infusión de la sabiduría por medio de un embudo, no hay más que una corta distancia. Así llegaríamos felizmente *al puente de los asnos* en la teoría democrático socialista acerca del conocimiento. Ese gloriosísimo instrumento que hasta el presente sólo existe por desgracia en la fantasía, será inventado muy pronto (así lo esperamos) en la era socialista. ¡De cuántos apuros se verá entonces libre la humanidad! Bien es verdad que, hasta el presente, la perspectiva no es muy halagüeña que digamos, porque nosotros sentimos ciertamente que el espíritu se agita en nuestras cabezas, pero no está allí, sino vagando por el amplio mundo y unido á todos los objetos de la naturaleza universal, si no por vínculos químicos, por otros que no son menos reales y positivos. Así como nos es muy difícil separar al aire del viento, nos lo es también el establecer una distinción entre el espíritu y los demás objetos de la Naturaleza, porque no se nos representa en parte alguna más que en su unión espiritual con ellos. Probablemente no son elementos químicos los que pueden representarse en toda su pureza.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 28.)

Pero, señor, ¡no nos hagáis perder de esta suerte las ilusiones! Si el espíritu no es más que materia, ¿por qué no ha de poderse preparar química-

mente puro y unido con los objetos naturales en grandes cantidades relativas y absolutas, para conservarlo así en grandes vasos de cristal? ¡Si se quiere ser materialista, es necesario serlo con todas sus consecuencias! Por consiguiente, ¡á estudiar y á experimentar! ¡Hoy nos es permitido hacer lo que antes no podía intentarse siquiera! Una vez que los demócratas socialistas hayan realizado estos maravillosos inventos, serán inmovibles sus doctrinas. ¡Cuán amplias y magníficas son las perspectivas que aguardan á la inteligencia del porvenir! Así ya no es imposible que en cualquier parte se encuentren un animal, una planta ó un mineral que contengan en grandes proporciones la sutilísima materia del espíritu. Séanos permitido presentar un proyecto práctico.

El demócrata socialista Lafargue escribe: «Los fenómenos indicados (es decir, las instituciones comunistas de las hormigas) nos dan testimonio de una tan alta evolución espiritual, que con razón ha podido decir Darwin que el cerebro de una hormiga es una de las partículas más maravillosas de la materia orgánica y acaso sea más admirable que el mismo cerebro del hombre.» (Lafargue, *El materialismo económico*, 31.)

¿No se podría hacer siquiera una tentativa seria para extraer la materia espiritual de los maravillosos cerebros de las hormigas? Si este experimento fracasara, podría intentarse un segundo procedimiento. Según Pablo Fischer y Engels, (véase *Stimmen aus Maria Laach*, XLI, 246), las le-

yes de la lógica son las que en la conciencia humana representan las leyes del movimiento del mundo exterior. Por consiguiente, es evidente que esto que llamamos pensamiento, no es nada más que una especie de movimiento, como el calor, la luz, la electricidad, etc. Como no hay sino una substancia, la materia, no puede existir más que una sola fuerza, el movimiento. Siendo fácil como es en la realidad el transformar una especie de movimiento en otra, ¿por qué no habríamos de poder transformar el movimiento ordinario en movimiento pensante, y viceversa?

¡Oh día feliz aquel en que los estudiantes del porvenir podrán estar sentados sin fatiga alguna, mientras una máquina de vapor puesta en comunicación por medio de un hilo de cobre con la cabeza de cada uno de los escolares, produzca los más grandes y profundos pensamientos! ¡Tiempos de singular hermosura serán aquellos en que puedan funcionar las más poderosas máquinas al impulso del impetuoso pensamiento de los sabios futuros, sin más que transformar sus energías cerebrales en movimiento ordinario! Estas aplicaciones no son en manera alguna exageraciones ridículas, sino consecuencias inevitables del *monismo*.





IV

FORMACIÓN Y SUPRESIÓN DE LA RELIGIÓN

Si todo cuanto existe es evolución de la materia, ¿cómo habrá aparecido en el mundo la religión, es decir, la creencia en un Dios y en los seres puramente espirituales? Respuesta: la religión es también un producto de la naturaleza como lo son la piedra y la madera: «El hegeliano se coloca frente á la religión por consideraciones de orden científico, en modo alguno con espíritu de hostilidad implacable. Gustosos la reconocemos como un fenómeno natural, muy conveniente y eficaz en su tiempo y en determinadas condiciones, y no hay duda que dentro de su corteza perecedera contiene gérmenes eternos, como otro fenómeno cualquiera, como la piedra y como la madera..... La transformación de la madera y de la ceniza es una evolución, y de la misma suerte evoluciona la religión para convertirse en ciencia.» (Dietzgen, *Streifzüge*, 42.)

Desde el punto de vista materialista es conve-

niente y legítimo este concepto de la religión, como un fenómeno natural, ya que las creaciones de una voluntad libre son incompatibles con el supuesto de la evolución eterna y necesaria. Engels ha tomado á su cargo el demostrar científicamente el origen y formación de la religión:

«La religión no es otra cosa que un reflejo fantástico en el cerebro humano de todos aquellos poderes exteriores que dominan y gobiernan la existencia diaria del hombre, una especie de reproducción en la que los poderes terrenos se revisten con las apariencias y la forma de poderes sobrenaturales. En los orígenes de la historia, son los poderes naturales los primeros que experimentan esta transformación, y avanzando la evolución, se llevan á cabo en los distintos pueblos las más variadas y poéticas manifestaciones. Pero muy pronto entran en juego las fuerzas sociales junto á las energías de la Naturaleza. En un grado posterior y más amplio de la evolución, van atribuyéndose todos los atributos naturales y sociales de muchos espíritus á un solo Dios omnipotente, que es á su vez una imagen de la humanidad abstracta.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 342 y siguientes.)

Estas maravillosas explicaciones históricas y lógicas estarán sin duda alguna al alcance de todos los materialistas. No obstante, según Bebel, la religión debiera considerarse como un producto del arte más bien que como una producción de la Naturaleza: «El que todas las religiones han tenido su origen en las necesidades humanas y son obra del

hombre, es una verdad que todo el mundo puede comprobar con la historia de su formación y desarrollo en la mano.» (Bebel, *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 1.)

Bebel está muy al corriente en todo lo que se relaciona con el origen y desarrollo de este admirable producto de la naturaleza y del arte. «La religión es la reproducción ó reflujo transcendental del Estado social correspondiente. A medida que la evolución humana avanza y la sociedad se modifica, se transforma también la religión, que es, al decir de Marx, el esfuerzo hacia la felicidad ilusoria del pueblo, y surge en un Estado social en que las ilusiones son necesarias, para desaparecer tan pronto como las masas adquieren el conocimiento de la felicidad positiva y comprenden la posibilidad de obtenerla. El interés propio de las clases dominantes impide que se generalicen estos conocimientos, y se esfuerzan en conservar la religión como medio para mantener su soberanía, como manifiestamente se declara en la tan conocida expresión de que *conviene conservar la religión entre el pueblo*. «Este asunto se convierte en una importante función oficial, cuando la sociedad se basa en el dominio de unas clases sobre otras. Fórmase entonces una casta que toma á su cargo el desempeño de esta función y que consagra todas sus energías á conservar y ampliar esta institución, para que de esta suerte crezcan su autoridad y su poderío».

«En un principio, cuando las relaciones sociales son primitivas y rudimentaria la cultura, surge el

fetichismo, que, andando el tiempo, se convierte en politeísmo, y, finalmente, el monoteísmo, cuando la cultura alcanza un grado más elevado de progreso. No son los dioses los que crean al hombre, son los hombres los que se convierten en dioses y más tarde en un solo Dios. El hombre crea á Dios á su imagen y semejanza, no Dios al hombre. Pero á su vez, el monoteísmo se ha disuelto en un panteísmo que todo lo abarca y lo penetra y que se va diluyendo y evaporando cada día más. Las ciencias naturales han relegado á la categoría de los mitos la creación en seis días; las matemáticas, la astronomía y la física han convertido el cielo en un fantasma ilusorio, y las estrellas de la bóveda celeste, sobre las cuales tenían los ángeles sus tronos, en astros fijos y planetas, cuya naturaleza hace innecesaria y superflua toda clase de vida angélica.»

«Las clases dominantes, que se ven amenazadas en su existencia, se apoyan en la religión, como sostén de toda autoridad, como han hecho siempre todas las clases dominantes anteriores.» (Bebel, *Die Frau*, 404 y siguientes.)

Bebel se expresa disparatadamente acerca de los orígenes y formación del Cristianismo: «El estado espiritual del Imperio romano tenía á las masas oprimidas y sepultadas en su incultura y brutalidad en forma tal, que no sabían defenderse ni auxiliarse; la inercia económica y científica de los tiempos tenía sumidas en la incertidumbre y en las tinieblas aun á las poquísimas inteligencias elevadas que buscaban y no encontraban en parte alguna un

ideal salvador, todo lo cual contribuyó poderosamente á que se aceptara de buen grado y se propagara rápidamente el Cristianismo, afianzando la influencia de la filosofía platónica. La podredumbre social del Imperio romano fué el estercolero sobre el cual se levantó y creció el Cristianismo.» (Bebel, *Glossen*, 10 y siguientes.)

¡El Cristianismo surgió de la podredumbre de un estercolero social! Así se expresa Augusto Bebel, el antiguo maestro tornero y opulento capitalista en la actualidad, sobre el más importante movimiento espiritual de todos los tiempos; aunque el ideal supremo de la democracia socialista no sea más que una idea cristiana desnaturalizada y falsamente interpretada; aunque el movimiento democrático-socialista sería entre nosotros tan imposible como en la China, si el Cristianismo no hubiera predicado desde hace 2.000 años la igualdad de los hombres; aunque el autor de *La mujer*, no obstante las numerosas ediciones de esta obra, tenga muchísimos motivos para proceder con más circunspección y modestia.

El Cristianismo no es, en sustancia, sino una amalgama del budismo y del bramanismo: «No hay principio moral alguno en el Cristianismo que no haya sido enseñado cinco siglos antes por el viejo budismo y por el bramanismo, más viejo todavía.» (Bebel. *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 6.)

El amor á Dios constituye el más sólido fundamento de la moral cristiana y su más elevado man-

damiento; la liberación de la existencia es la base fundamental de la moral budista. Apenas puede concebirse una oposición más radical y profunda, y sin embargo, ¡es forzoso que todos los preceptos de la moral cristiana se encuentren en el budismo! ¿Tendría la bondad de decirnos el ilustrado orientalista y moralista Augusto Bebel en qué parte del budismo se encuentra el mandamiento capital de la ética cristiana: *Amarás á Dios sobre todas las cosas?*

Si el Cristianismo ha tenido alguna originalidad, débese únicamente á la circunstancia de que suelen germinar en distintos cerebros pensamientos análogos con entera independencia los unos de los otros: «A no ser por eso, el Cristianismo en su doctrina esencial debiera ser considerado como una amalgama del budismo y del bramanismo. Pero el Cristianismo se ha ido modificando á medida que se han renovado los estados sociales y las concepciones de épocas posteriores á las en que él nació, y, no obstante la oposición ruda y tenaz de sus representantes, ha vivido en constante transformación desde los primeros siglos de su existencia hasta nuestros días, y se ha acomodado y adaptado á la evolución, que avanzaba impulsada por la cultura. Esta es la única razón, de que haya podido subsistir hasta nuestros días.» (Bebel, ídem, íd., 7.)

Bebel se ha propuesto con empeño decidido suministrarnos la prueba irrefutable de que el Cristianismo procede del paganismo, y lo hace tan maravillosamente, que no podemos resistir á la tentación

de copiar algunos ejemplos: «La tan generalizada devoción del Rosario es una imitación de los antiguos egipcios, y, por consiguiente, de origen pagano. Esta misma institución se encuentra también en las antiguas creencias budistas.» (Bebel, *Christentum und Sozialismus*, 8.)

El Cristianismo existió largos siglos sin que se practicara esta tan importante devoción, que no se generalizó considerablemente hasta el siglo xiv. Las causas de su aparición nada absolutamente tienen que ver con el budismo, y para inventar el medio de contar por las cuentas engarzadas en un hilo ó cordón, no hacía maldita la falta ningún monje oriental. Pero ¿qué importa todo esto para un investigador de la historia?

El bautismo de los niños fué un precepto religioso muy puesto en práctica desde la más remota antigüedad entre los pueblos orientales y teutónicos; hasta el siglo iv no fué introducido en la Iglesia por los sacerdotes cristianos, y hoy se dice á los creyentes que es *un sacramento instituído por Dios*. La Eucaristía, que no es sino la cristianización de la fiesta pascual celebrada entre los judíos, no recibió tampoco hasta más tarde su actual significación. El Símbolo de Nicea, trescientos veinticinco años después de Jesucristo, no habla una sola palabra de ella. La fiesta pascual de los judíos se convirtió más tarde en la Pascua cristiana.»

«La creencia en el diablo, que tanta importancia tiene en el Cristianismo, y que, fomentada con verdadero furor en el protestantismo, fué causa de

que durante los siglos xvii y xviii se repitiera con tanta frecuencia el horripilante espectáculo de las hogueras en que morían las brujas abrasadas, ha sido también tomada de las antiguas religiones gentílicas.» (Bebel, *Christentum und Sozialismus*, 8 y siguientes.)

«El dogma de la otra vida dista igualmente mucho de ser una idea de origen cristiano, pues existió en todos los pueblos de la antigüedad que alcanzaron un grado elevado de cultura, y de ellos lo recibió el Cristianismo, aderezándolo y desenvolviéndolo á su manera. Lo mismo puede decirse con relación al Juicio final ó *novísimo día*, mencionado ya en los escritos sagrados de los persas, mucho tiempo antes del nacimiento de Cristo.»

«Tampoco es característica del Cristianismo la destrucción de la humanidad por medio de un enviado del Altísimo, tal y como en la cristiandad se atribuye á su fundador. Buda, cuatro siglos antes de Cristo, y Zoroastro la habían enseñado ya, y el mismo Sócrates alude claramente á ella.» (Bebel, *ídem*, *íd.*, 9.)

«El Cristianismo pretende haber sido, entre todas las religiones, la primera que predicó la creencia en un solo Dios; pero este Dios aparece diversificado y unido al mismo tiempo en la Trinidad, lo cual es absolutamente inconcebible para la sana razón del hombre. Esto mismo, sin embargo, no pasa de ser una leyenda. Quinientos años antes de Jesucristo aparece ya entre los judíos la santa Trinidad unida en la unicidad divina, é igualmente los egip-

cios profesaban también esta doctrina desde hacía ya muchos siglos. En las religiones gentílicas de los indios y de los egipcios se profesaban ya todos los dogmas cristianos, y se conocían todas las prácticas y liturgias de la Iglesia mucho antes del nacimiento de Jesucristo; por consiguiente, puede asegurarse con certeza absoluta que el Cristianismo no es otra cosa que una amalgama de las religiones de estos dos cultos y antiquísimos pueblos.» (Bebel, ídem, íd., 10.)

La doctrina de la divinidad de Cristo no se formó hasta mucho tiempo después. «Jesucristo mismo, cuya existencia está rodeada de un nimbo nebuloso, y de cuyas doctrinas y discursos no se conserva ni una sola palabra escrita auténtica, no fué venerado como hombre-Dios hasta mucho tiempo después de su muerte. Durante siglos enteros se discutió apasionadamente entre los cristianos si Jesucristo era verdadero Dios ó solamente semejante á Dios. Hasta el año 325, en que se celebró la primera asamblea general de la Iglesia en Nicea, donde, como en los Parlamentos de Polonia, los representantes de las dos distintas opiniones de la cristiandad se dirigían reproches y mutuos insultos á falta de mejores razones, y donde, como era natural, armaron una gran camorra, no se estableció definitivamente la personalidad divina de Jesucristo. Los pastores de la grey cristiana se vieron precisados á ejercer una escrupulosísima inspección sobre las relaciones entre Cristo y la Divinidad, porque la lucha del clero se generalizó también

entre las ovejas, llenando de asombro y estupefacción á muchos hombres discretos y pensadores. De esta suerte se dió el primer paso para el establecimiento de la Iglesia cristiana, es decir, de la conducción gregaria de las masas en la dirección que convenía á los sacerdotes cristianos y á las clases privilegiadas.» (Bebel, ídem, íd., 7 y siguientes.)

Es igualmente indudable el origen pagano de las prácticas cristianas, y especialmente del culto católico: «Hasta tal punto es universal la imitación del paganismo, que apenas puede hallarse en parte alguna una sola huella de ideas propias y originales. La mesa de los sacrificios, usada por griegos y romanos, que, á su vez, la habían tomado de los ya citados egipcios, se convirtió en el altar cristiano, y la tribuna pagana se convirtió en el púlpito de los cristianos (1). Los colores y las formas de los ornamentos sacerdotales son esencialmente los mismos usados por los sacerdotes del antiguo Egipto. Los colores blanco y rojo, usados en las fiestas del egipcio Osiris, y las largas túnicas de los sacerdotes egipcios son las mismas que todavía llevan hoy los sacerdotes cristianos de distintas confesiones. El báculo del justiciero Osiris, es el báculo de los obispos cristianos; de los gorros puntiagudos con que cubrían sus cabezas los sacerdotes servidores de Osiris, han salido las tejas y tricornios del clero cristiano, y la tonsura de los

(1) ¡Ni siquiera se dieron maña los cristianos para inventar un púlpito, desde el cual los sacerdotes dirigieran al pueblo su palabra!

sacerdotes católicos ha sido igualmente tomada del servicio divino de los egipcios, donde era el símbolo de Osiris, el dios del Sol, irradiando su luz en todas direcciones. El agua bendita, los ungüentos y el incienso, el cáliz, la música, el canto, la genuflexión al orar, las reverencias en presencia del Santísimo, el canto alterno y las pláticas entre el sacerdote y los fieles, es decir, todas las prácticas y costumbres que tan importante papel desempeñan todavía hoy, sobre todo en la Iglesia católica, proceden sin excepción del culto pagano de los egipcios.»

«La fiesta del nacimiento del hijo del Sol en los días más cortos del año se convirtió en la Natividad de Jesús. La festividad que los antiguos semitas celebraban durante el verano en honor del dios del fuego, la transformaron los cristianos en la fiesta de San Juan, y las fiestas de San Miguel no son sino la fiesta siria del otoño y la de las enramadas, celebrada entre los judíos.....»

«La semejanza de las costumbres religiosas paganas y cristianas, va todavía mucho más allá. La representación simbólica del hijo del Sol entre los egipcios vino más adelante á corresponder exactamente con la representación simbólica de Cristo Jesús. La cabeza inclinada, los cabellos ensortijados, la faz humilde, el círculo de rayos alrededor de la cabeza, y las manos en actitud de bendecir, coincidían absolutamente entre unos y otros. Isis, la diosa egipcia con el hijo del Sol, es idéntica á la Virgen, madre de Dios, coronada de rayos y de es-

trellas y con el niño Jesús en sus brazos ó en su regazo.» (Bebel, *Christentum und Sozialismus*, 9.)

No hay para qué decir que el culto católico de María es también de origen pagano: «Cuando la Iglesia católica introducía el culto de María, intentaba sustituir deliberadamente el de las diosas paganas, practicado en todas las regiones por donde se extendió el Cristianismo. María ocupó el puesto de Cibeles, Milita, Afrodita, Venus, Ceres, etc., entre los pueblos del Mediodía, y el de Freya, Frigga, etc., entre las naciones germánicas; la única diferencia consiste en un idealismo más en armonía con el espiritualismo cristiano.» (Bebel, *Die Frau*, 61.)

Prescindiendo de muchísimas inexactitudes en que en todo lo dicho se incurre, ¿dónde está la demostración histórica del origen gentílico del Cristianismo y del culto cristiano? En algunas semejanzas exteriores traídas por los cabellos y en algunas audaces afirmaciones. Ni una sola de esas afirmaciones está demostrada con sólidos documentos históricos ni comprobada por testimonios de ninguna especie. ¡Con este procedimiento puede demostrarse absolutamente todo! De esta suerte podemos nosotros demostrar con idéntico fundamento que Napoleón I es una personalidad legendaria y su historia una fábula pagana; la fábula del hijo del Sol, Apolo.

En realidad, sólo el nombre constituye ya una poderosa prueba. Napoleón y Apolo son, en lo esencial, palabras idénticas. Por supuesto que la

madre de Napoleón se llamaba *Leticia*. ¿Quién no ve aquí una transformación de Latona, nombre con que, según la leyenda, era conocida la madre de Apolo? Un hermano del corso se llamaba Luciano, es decir, el dispensador de la luz, el iluminador. Evidentemente nos encontramos aquí con un atributo del dios Sol que nos alumbra y que la leyenda moderna ha transformado en un hermano suyo. Napoleón comenzó su carrera triunfal en el Sur y en el Oriente, en Italia y en Egipto; su estrella comenzó á palidecer en el Norte, en los helados campos de Rusia, y se puso en Occidente, porque él murió en Santa Elena. Es indiscutible que todo esto es una personificación de la carrera triunfal que el Sol recorre todos los años, desde el Mediodía hasta el Norte, desde el solsticio de Capricornio hasta el trópico de Cáncer, y un símbolo de la diaria carrera triunfal del Sol de Oriente á Poniente. Napoleón estaba rodeado de doce mariscales, que no eran sino símbolos de las doce estrellas que el Sol recorre en su curso anual. Apolo era el dios de las pestes, que enviaba sobre la tierra sus mortíferas flechas. La nueva leyenda ha tomado todos estos rasgos del antiguo mito, acomodándolos naturalmente á las circunstancias de los tiempos y haciendo que Napoleón derramara la sangre de millares de hombres en innumerables campos de batalla. Las mismas representaciones simbólicas comprueban el resultado de nuestras novísimas investigaciones. Las más antiguas estatuas de Napoleón muestran una antigua cabeza de Apolo

de corte y belleza clásicos, y la frente aparece coronada con el laurel querido de Apolo.

La leyenda de Napoleón coincide, por consiguiente, en todos sus rasgos fundamentales con el antiquísimo mito de Apolo. Es imposible que sean pura casualidad tan sorprendentes analogías. La viva fantasía de los franceses, deseosos de victorias, ha transformado evidentemente, durante la confusión de la época revolucionaria, al viejo dios del Sol en un héroe nacional francés y victorioso, y los contemporáneos y sucesores, ayunos de espíritu crítico, han aceptado esta leyenda fantástica como una cosa real. Uno de los más hermosos triunfos de la investigación histórico-crítica, consiste indudablemente en haber relegado definitivamente la supuesta historia de Napoleón I al imperio de la leyenda. Prescindiendo de las grandes diferencias que por necesidad lleva consigo el transcurso de diez y ocho siglos, la persona de Jesucristo está comprobada históricamente, por lo menos con tanta certeza como la de Napoleón I. Pero su obra es incomparablemente más transcendental y duradera. La tentativa de Bebel para identificar la personalidad de Jesucristo, hombre-Dios, con la de Osiris del antiguo Egipto, es todavía más risible y ridícula que la identificación de Napoleón con Apolo.

En todo caso, siempre demuestra algo el maravilloso proceder de Bebel, y es que á estos sapientísimos compañeros les cuesta muy poco decir toda clase de tonterías cuando se trata de combatir la religión.

Por supuesto que la religión está ya vencida desde hace mucho tiempo en su lucha con la ciencia: «La concepción religiosa del mundo está científicamente desacreditada ha ya largos años, y en ello estamos todos de acuerdo. En los últimos decenios se han disparado toda suerte de proyectiles gruesos y ligeros contra la Iglesia, baluarte del sobrenaturalismo, y la filosofía, las ciencias naturales, la historia y la crítica bíblica han formado una poderosa alianza contra los dogmas de la Iglesia, y sobre la cerviz de ésta han puesto ya sus plantas victoriosas.»

«En libros, folletos y revistas han aparecido innumerables publicaciones de todas clases, buenas, malas y medianas, que han tratado de llevar la luz á todas las capas de la sociedad, y muchos oradores en sus discursos han encendido luminosas antorchas, que unas veces despedían una luz tenue y resplandecían otras con rojizos resplandores. No obstante, la concepción eclesiástica del mundo se afianza cada vez más en el espíritu del pueblo, aunque no lo consiga en algunas partes.»

«¿Cuál es la causa de este fenómeno? Muchos espíritus ligeros lo arreglan todo con una palabra. El clero, dicen, es el causante de este hecho, y donde quiera que se les ofrece ocasión, se disponen á combatir al clero con verdadera saña.» (Stern, *Halbes und ganzes Freidenkertum*, 8 y 9.)

Pero Stern se dispone á defender al clero generosamente: «No, el clero no es la causa principal de que las ideas religiosas hagan tantos progresos

en el pueblo: la razón principal es mucho más profunda. La inmensa mayoría de los hombres vive en una situación económica incierta, precaria y miserable; la nave de su felicidad está constantemente amenazada por toda clase de naufragios y borrascas y sienten la necesidad psicológica de creer en un poder sobrenatural que les ayude en sus necesidades, les fortalezca en los peligros y vele por ellos, para que no naufraguen en el mar tempestuoso de la vida, ni se estrellen contra los escollos y peñascos.» (Stern, ídem, íd., 9 siguientes.)

¡Por consiguiente, el fundamento de la fe en la existencia de Dios no consiste en el conocimiento claro de que el orden maravilloso del universo no puede ser el producto de una fuerza ciega é inconsciente, ni en la voz de la conciencia que habla á todos los hombres desde el fondo de su espíritu, ni en los hechos incommovibles de la historia, sino en «las incertidumbres de nuestra situación económica!»

El motivo verdadero y fundamental de que la religión exista todavía en nuestros tiempos, hay que buscarlo en la circunstancia de que la sociedad burguesa está completamente dominada por las relaciones económicas y basada en ellas: «Ya en distintas ocasiones hemos visto que en la sociedad burguesa actual los hombres se hallan completamente dominados, como por un extraño poder, por el estado económico que ellos mismos han creado, y por los medios de producción que ellos mismos han elaborado y obtenido. Por consiguiente, subsiste to-

davía el motivo capital de la acción religiosa refleja, y con él el mismo reflejo religioso.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 343.)

¿Cómo desaparecerá, pues, la religión? ¡Muy sencillamente! Combatiendo la incertidumbre de nuestra situación económica.

«Todos los esfuerzos del librepensamiento no producirán resultado alguno hasta que el Estado social se transforme en forma tal, que las condiciones de la existencia humana no dependan ya de las circunstancias del nacimiento ó de otros accidentes cualesquiera, sino que se procure con verdadera solicitud atender suficientemente y sin diferencia alguna las necesidades corporales y espirituales de todos los hombres; que cada cual esté en condiciones de obtener por su propio trabajo y en cantidad suficiente todo lo que necesitan su estómago, su corazón y su espíritu, sin tener que recurrir á los intereses particulares ó á la buena voluntad de otros hombres. El librepensamiento político conduce necesariamente al reconocimiento de aquel ideal económico popular, que en la posesión común de los medios de trabajo y en la reglamentación social de toda la producción ve aquella forma social en la cual el género humano se verá libre de la maldición de la existencia, es decir, de sus necesidades y preocupaciones económicas, y sobre esa base podrá crear una cultura digna de él.» (Stern, *Halbes und ganzes Freidenkertum*, 11 y siguientes.)

Una vez implantado el colectivismo y con él la felicidad terrena, irán muriendo lentamente la reli-

gión y el Estado burgués. «Cuando por medio de la desaparición de la propiedad individual y la administración sistemática de todos los medios de producción, la sociedad se haya libertado á sí misma y á todos sus miembros de la esclavitud y servidumbre en que al presente vive, dominada por los mismos medios de producción que ella ha creado, pero que la subyugan como un poder irresistible y extraño; cuando el hombre, por consiguiente, pueda no solamente pensar, sino también gobernar, entonces será únicamente cuando desaparecerá el último poder extraño que actualmente se refleja todavía en la religión, y con él se desvanecerá también la misma religión, por la razón sencilla de que carecerá ya de contenido y no habrá nada que pueda reflejarse en ella.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 344.)

Los representantes de la religión pueden preocuparse hondamente por la inminente ruina de su último baluarte de defensa, esto es, por la dependencia económica de los medios de producción. Según Bebel, tienen sin duda motivos sobrados para ello: «La religión correrá la misma suerte que el Estado. No se derogará la religión ni se depondrá á Dios ni se arrancarán violentamente del corazón de las gentes los sentimientos religiosos, antes bien, continuará como antes diciéndose todas esas tonterías con que al presente se pretende combatir á los demócratas socialistas educados en el ateísmo. La democracia socialista dejará tales excesos é inconveniencias para los ideólogos burgueses, que ensa-

yaron ya estos medios en la revolución francesa y sufrieron naturalmente el más tremendo fracaso. Sin ataques violentos de ninguna especie, sin perseguir el pensamiento por descabellado que sea, irán lentamente desapareciendo las organizaciones religiosas y con ellas las iglesias.» (Bebel, *Die Frau*, 406.)

Ningún pueblo ha aceptado todavía el último y más elevado grado de la evolución religiosa, el ateísmo; hasta el presente solamente germina en el cerebro de algunos idealistas, lo cual no obsta para que la generalización del ateísmo sea únicamente cuestión de tiempo: «La evolución religiosa en último término llegará á la desaparición de todas las religiones, es decir, al ateísmo. Pero esto no podrá hacerse de una manera artificiosa por medio de violencias y leyes persecutorias en una época en que todavía se sienten hondamente las necesidades religiosas. Cuán absurdo y disparatado sea semejante procedimiento, puede verse principalmente en la revolución francesa que terminó, como era natural, con la restauración de la monarquía.»

«Ningún pueblo, en su totalidad, ha aceptado todavía hasta nuestros días el ateísmo, que constituye el último grado de la evolución religiosa; pero es indudable que los pueblos cultos más progresivos se van aproximando constantemente á esta última forma de la evolución religiosa, y que la desaparición del culto es para ellos una cuestión de tiempo exclusivamente. Comprueba estas afirmaciones la circunstancia de que ninguna de las Igle-

sias existentes en la actualidad se atreve ya á expulsar de su seno á los indiferentes, que aumentan cada día entre sus adeptos, además de que no hay ningún sistema religioso nuevo que lleve trazas de adquirir consistencia alguna ni de conquistar fieles.» (Bebel, *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 3.)

El éxito total del ateísmo está ya muy próximo. «Que la religión está muy próxima á desaparecer es cosa evidente, si se tienen en cuenta las vagas y confusas ideas que se tienen acerca de Dios y sus atributos. Los hombres saben ante todo que ellos existen, porque conocen de antemano qué son y cómo son, pero acerca de la existencia de la personalidad de su Dios no pretenden más que saber que existe, sin tratar de averiguar en modo alguno cuál sea su naturaleza, si tiene ó no una forma humana, si es pequeño ó grande, azul ó negro, hombre ó mujer (!!!). Donde los hombres tienen la justicia en gran estima, describen un Dios justiciero, y si son otros sus ideales, procuran acomodarlo á ellos. Cuanto más rezagada se queda la idea de Dios en el camino de la evolución, se aproxima más á la idea corporal, y cuanto más moderna es la forma religiosa, más confusas y mezquinas son también las ideas religiosas. La evolución histórica de la religión consiste en su desaparición lenta y gradual.» (Dietzgen, *Religion und Sozialdemokratie*, 22.)

Los católicos instruidos (y á ellos está destinado este libro) no necesitan ver refutadas todas estas

cosas maravillosas. Pero es muy triste que para los directores del movimiento democrático-socialista, que, en su inmensa mayoría, por lo menos, están bautizados, se haya convertido el Cristianismo en un mundo totalmente extraño, que no pueden entender por falta de preparación.





V

LA RELIGIÓN Y EL CULTO DEL PORVENIR

También los demócratas socialistas tienen su religión: así, por lo menos, lo expresa bellamente Liebknecht: «¿No tenemos nosotros lo que constituye la fuerza de la religión, es decir, la fe en los más excelsos ideales? ¿No es el socialismo la forma más alta de la moralidad, de la generosidad, del sacrificio y de la filantropía?» (*Protokoll des Parteitage*, Halle, 202.)

La degradación del hombre á la condición de un animal desarrollado, es *su altísimo ideal*; el despojo de los ricos, para poder prometer á los que nada tienen montañas de oro, que no poseerán jamás, son las formas más excelsas del *sacrificio de la filantropía*. A la excitación fría y calculada de todas las bajas pasiones, de la codicia y de la concupiscencia, para llevar á cabo una revolución violenta, imposible en absoluto sin derramar mares de sangre, se la llama *la más alta expresión de la moralidad*.

El espíritu humano es el ser más elevado, y la humanidad la única divinidad: «Deben desaparecer los dioses preferidos por cada individuo, para que cesen de una vez las creencias en los diablos.... La humanidad en viva y recíproca comunicación y que sabe completarse con las cosas muertas de este mundo, es la que real y corporalmente representa la más alta encarnación de todas las perfecciones divinas.» (Dietzgen, *Religion und Sozialdemokratie*, 15)

Todas las cosas se dignificarán y divinizarán igualmente: «Los atributos divinos fueron cosa fugaz y pasajera, como lo fueron los dioses y el tiempo que se invertía en investigaciones acerca del verdadero Dios, y terminarán en el instante mismo en que se demuestre definitivamente que las cosas y los hombres son igualmente dignos y elevados, igualmente perfectos y divinos.» (Dietzgen, ídem, ídem, 15.)

La humanidad es, pues, la única cosa santa que queda: «Las cosas santas y sagradas, así religiosas como profanas, deben desaparecer, para que subsista la única cosa santa, eterna y verdadera, la humanidad. Para que la tan cacareada fraternidad sea un hecho, para que nadie sea tratado despectivamente, no debemos jamás mirar á nadie con actitud humilde. El demócrata debe mirar fijamente al regente de la república y no como el labrador al cura, como un magnífico dios bípedo ó como escogido entre los mejores y más perfectos.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 13 y siguientes.)

Los demócratas socialistas creen también en un libertador: «La organización consciente y sistemática del trabajo social es el redentor esperado de los nuevos tiempos.» (Dietzgen, 11.)

Su redención será positiva y universal; la religión, en general, se propone librar al angustiado corazón humano de las miserias de esta vida terrenal. Hasta el presente, no lo ha podido conseguir más que de un modo fantástico é ideal, fomentando la creencia en un Dios invisible y en un reino habitado por muertos exclusivamente. El evangelio del presente promete redimir definitivamente nuestro valle de lágrimas de un modo real, positivo y tangible. Dios, esto es, el bien, la belleza, la santidad, debe hacerse hombre y descender desde el cielo á la tierra, pero no de un modo maravilloso y religioso, como en otro tiempo, sino por vías naturales y terrenas. Nosotros pedimos un redentor; reclamamos que nuestro evangelio, la palabra de Dios, se haga carne. Pero no debe tomar cuerpo en un solo individuo ni en una persona determinada, porque nosotros todos queremos, el pueblo en masa quiere ser hijo de Dios.» (Dietzgen, ídem íd., 3.)

¡Puede imaginarse lenguaje más disparatado y blasfemo!

La redención democrático-socialista del mundo está muy próxima: «Lo que autoriza al pueblo, no ya para creer en la redención de sus tormentos milenarios, sino para verla palpablemente, para perseguirla con supremo esfuerzo, es la mágica fuerza

productiva, la maravillosa fecundidad de su trabajo. La riqueza, que puede realizar lo que hasta los momentos actuales ha sido imposible para todos los redentores, consiste en los secretos arrancados á la naturaleza, en los mágicos descubrimientos por medio de los cuales podemos dominarla, realizar nuestras supremas aspiraciones y gozar de sus dones sin fatiga y con poquísimo trabajo, y en el mayor perfeccionamiento de los métodos y de los instrumentos de trabajo.» (Dietzgen, ídem, ídem, 7.)

«La democracia socialista es la única religión verdadera, la única Iglesia capaz de hacernos felices, cuanto que es la única que persigue el fin común de la religión, no por medios fantásticos, oraciones, sollozos y plegarias, sino con recursos positivamente reales, eficaces y verdaderos, á saber, por medio de la organización social del trabajo intelectual y manual. El trabajo es el Salvador de los tiempos venideros. A la manera que Jesucristo había reclutado ya numerosos prosélitos antes que hubiera organizado su Iglesia, así también el nuevo profeta, el Trabajo, viene actuando desde hace siglos sin que ni aun en los momentos actuales pueda pensar en sentarse en su trono y tomar el cetro en sus manos. Pero él está adornado con los atributos de la Divinidad, con el poder y la sabiduría. Donde quiera que exista alguna cosa santa, nos encontramos en presencia del Sancta Sanctorum. No se trata de ningún fetiche, ni de ninguna arca de la Alianza, ni de ningún taber-

náculo ó custodia, sino de la salvación moral positiva de todo el género humano civilizado. Como del basurero de un taller, del material consumido y del sudor del obrero surge el nuevo producto hermoso y magnífico, así resurgirá de la noche de la barbarie, de la esclavitud del pueblo, de la incultura, de la superstición, de la miseria y de la carne y sangre humanas consumidas, potente, espléndida y magnífica, la sabiduría, verdadera riqueza del presente. Esta riqueza constituye el más sólido fundamento para las esperanzas democrático socialistas. Nuestra esperanza en la redención no se basa en ningún ideal religioso, sino en una piedra angular robusta, sólida y material.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 5 y siguientes.)

Hasta las tres virtudes teologales, Fe, Esperanza y Caridad, se encontrarán también en la nueva religión: «La democracia socialista vive en la creencia de que el triunfo será de la verdad; en la esperanza de que el hombre se verá redimido de toda esclavitud espiritual y material, y en el amor por el cual los hombres serán igualmente considerados.» (Dietzgen, *íd.*, *íd.*, 10.)

Los cimientos de la nueva Iglesia están abiertos desde hace ya mucho tiempo. «Los obreros son la roca sobre la cual deberá edificarse la Iglesia del presente.» (Lassalle, *Arbeiterprogramm*, 30.)

Una nueva religión tan magnífica y excelsa debe tener también naturalmente una forma exterior correspondiente, es decir, debe tener su culto. Pero esto está ya previsto. «El culto del progreso

cultural es la religión del porvenir, que surgirá espléndida de la concepción monista del mundo.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 68.)

Como todo cuanto existe no es en último término más que producto de la evolución, así el nuevo culto será también una transformación de las religiones ya existentes. «Es probable, por razones históricas y lógicas, que para que el monismo (léase materialismo) pueda habilitarse como concepción popular del mundo y ser considerado como norma de vida, tenga que resignarse á ser como una evolución de las religiones é iglesias existentes. Para que pueda cumplir la misión de que ya hemos hablado, será forzoso que procure con sumo empeño explicar las religiones existentes y en constante evolución progresiva en un sentido compatible con la ciencia y la concepción moderna del mundo. Las tres grandes religiones del mundo civilizado con todas sus divisiones y sectas, el judaísmo, el catolicismo y el protestantismo, descansan absolutamente en fundamentos y razones de carácter sobrenatural. De estas tres religiones el catolicismo es el que más distanciado está del monismo, de suerte que apenas puede pensarse en la posibilidad de transformarlo en sentido monista. El judaísmo es fácil que se prestara mejor á esa transformación. El protestantismo es la religión que no solamente ha rechazado hasta las más insignificantes manifestaciones del formalismo eclesiástico, sino que limando más y más cada día las cadenas del dogmatismo, pretende y sabe ponerse al habla con la vida

y con la ciencia, y nunca pierde de vista el nervio de la moral y los intereses fundamentales de la humanidad. Una vigorosa expansión del protestantismo en sentido liberal nos acercaría considerablemente al fin que nosotros perseguimos. Poco á poco sería fácil conseguir de la Iglesia que no se apoyara exclusivamente en las escrituras del antiguo y del nuevo Testamento, sino que admitiera también en su esfera otras poesías y documentos clásicos que podría dar á conocer al pueblo. En ocasiones podrían ir alternando las pláticas religiosas con exposiciones populares de vulgarización científica. Las oraciones irían poco á poco tomando el carácter de expresión lírica de las sensaciones, sentimientos y deseos, y los cánticos perderían con escasas transformaciones toda su amalgama supersticiosa.» (Stern, *íd.*, *íd.*, 84 y siguientes.)

La historia de la cultura ofrece igualmente materia abundante y adecuada para vulgarizaciones científicas de carácter popular. Además podría contribuir eficazmente á inculcar estas ideas en la conciencia popular, el sello artístico de la concepción monista del mundo. Stern reclama mucha libertad para estas cosas, «porque también esta especie de poesía (la que representa el lado obscuro de la vida) está perfectamente autorizada y desde este punto de vista debemos aceptar también el naturalismo, cuyo principal representante es Emilio Zola». (Stern, *íd.*, *ídem*, 82.)

Todo esto sería en verdad un magnífico culto divino en el templo monista del porvenir; primero,

unas poesías clásicas; después, una conferencia de vulgarización científica popular, por ejemplo, sobre la naturaleza química de los abonos artificiales, y, para terminar, un capítulo sobre *el lado obscuro de la vida*, por Emilio Zola.





VI

HOSTILIDAD CONTRA LA RELIGIÓN

a) Religión y capitalismo. Por qué los demócratas socialistas no quieren ser considerados como enemigos de la religión.

La democracia socialista se defiende, principalmente en estos últimos tiempos, del reproche de ser enemiga de la religión. Las publicaciones oficiales del partido, los programas de Gotha y Erfurt consideran la religión como un asunto de carácter privado. Este último va todavía más adelante y ofrece la libertad más absoluta para las ideas religiosas. «Las comunidades eclesiásticas y religiosas serán consideradas como asociaciones privadas y podrán ordenar sus asuntos con entera independencia.» El socialismo se nos representa como una especie de negocio económico que tiene que ver con la religión poco más ó menos como con la luz eléctrica ó con los caminos de hierro.

«El socialismo no tiene el más pequeño interés en impedir que los hombres conserven sus ideas, convicciones y prácticas religiosas, porque es un movimiento de carácter económico exclusivamente,

y las cuestiones religiosas le son tan extrañas como las cuestiones de la medicina y de la música. Relega á la esfera de la conciencia individual todo lo que tiene relación con lo que las gentes quieran creer y pensar, con las prácticas que deseen conservar y con la forma en que quieran exteriorizar su concepto del mundo ó su pensamiento religioso. Así resulta incomprensible que la religión haga la señal de la cruz en presencia del socialismo, cuando tiene que ver con ella y desea molestarla poco más ó menos, como la introducción de la luz eléctrica en lugar del gas ó la del ferrocarril en lugar de las diligencias.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 20.)

El compañero Stampfer intenta muy seriamente negar la responsabilidad de la democracia socialista, achacando á la ciencia la hostilidad religiosa de su partido:

«Las clases populares incultas y trabajadas por los órganos de la Iglesia, creen sencillamente que la incredulidad es una invención de esta menguada democracia socialista. No pueden acabar de convenirse de que los demócratas socialistas, por lo que á la religión se refiere, adoptan en las cuestiones capitales la misma actitud que la ciencia tal y como se enseña en las Universidades y Escuelas superiores.» (Stampfer, *Religion ist Privatsache*, 11.)

El folleto de Stampfer demuestra hasta la evidencia con cuánta ignorancia escriben estos representantes de la *Ciencia*, sobre los problemas fundamentales de la humanidad. Es falso de todo pun-

to que toda la ciencia sea irreligiosa. Ni una sola de las conclusiones comprobadas de la ciencia está en oposición con las creencias positivas. Es igualmente inexacto que todos los representantes de la ciencia sean irreligiosos ó enemigos de la religión. Sin esfuerzo alguno podría citarse una lista interminable de hombres ilustres, que fueron fervientes católicos ó, por lo menos creyentes cristianos, desde Kepler y Newton, hasta Laplace y Volta, Causs y Pasteur.

Es cierto que son incrédulos muchos de los hombres consagrados á la ciencia; pero es falso que ésto se oculte al pueblo católico; antes al contrario, conviene hablar con toda claridad. El Cristianismo debe defender y defenderá la legitimidad de la propiedad privada, pero no tiene el más pequeño motivo para entusiasmarse con la forma de la producción capitalista, tal y como se halla establecida en la actualidad. La soberanía ilimitada del capital no es otra cosa que el materialismo trasladado á la economía popular. Este capitalismo moderno se basa esencialmente en la misma concepción materialista del mundo que el socialismo, porque es indudable que las consecuencias prácticas del materialismo para las clases superiores pueden ser muy distintas que las que desea obtener el proletariado. La Iglesia, por consiguiente, no tiene interés alguno en defender un sistema ateo y sin entrañas que le ha ocasionado muchísimo daño y que está condenado á una ruina inevitable, porque no tiene otro fundamento sólido que el derecho de los

más fuertes. Si, pues, el cristiano fervoroso rompe lanzas contra la democracia socialista, no debe atribuirse en modo alguno al deseo de defender la soberanía desenfrenada del gran capital, que desearía ver terminada á la mayor brevedad posible.

Si, efectivamente, la democracia socialista no fuera más que un sistema económico, completamente indiferente en lo que á la religión se refiere, ó mejor aún, basado en las normas eternas del Cristianismo, y que únicamente deseara libertar el trabajo de las argollas de hierro conquese el capital lo oprime, seguramente lo ampararía la Iglesia con todas sus energías. Pero desgraciadamente, la democracia socialista no es indiferente en religión, sino enemiga de ella. La realidad de las cosas no varía porque los socialistas pongan gran empeño en asegurar lo contrario y censuren con irónico menosprecio las desatentadas persecuciones del *Kulturkampf*. Aun los más furiosos ejecutores del *Kulturkampf* afirmaban oportunamente y sin embozos ni rodeos, que ellos no querían molestar ni perseguir á nadie, sino única y exclusivamente defender los «derechos incontrovertibles del Estado» contra la detentación de la soberanía por parte de los ultramontanos. Los mismos Césares romanos, que dieron muerte á tantos millares de cristianos, jamás *persiguieron* á nadie. Se limitaron á castigar á los súbditos indóciles y rebeldes. Los mismos demócratas socialistas se ven precisados á confesar el hecho público y notorio de que hasta el presente han tratado siempre á la religión con gran hostili-

dad. Vollmar dice: «Es necesario acabar resueltamente de una vez con el equívoco, tantas veces usado, de considerar la religión como un asunto privado y al mismo tiempo fomentar y resolver las pendencias clericales más baladíes é insensatas y las polémicas y disputas por la cultura que tanto daño han causado á nuestro partido.» (*Parteitag, Francfort*, 146.)

Comentando la declaración de que la religión es un asunto privado, consignada en el programa de Erfurt, advierten Kautsky y Schönlanck: «Este principio de la tolerancia debe observarse con la mayor escrupulosidad posible, porque el clericalismo es igualmente insoportable si se presenta negando, como si se presenta afirmando la existencia de Dios. Todo ciudadano es dueño de creer lo que tenga por conveniente, cualesquiera que sean los motivos de su fe. El Estado no tiene para qué inmiscuirse en estos asuntos de carácter puramente privado y no debe imponer ni tolerar la tiranía de las conciencias.» (Kautsky, Schönlanck, *Grundsätze und Forderung*, 43.)

Pero el asno vuelve á enseñar muy pronto la oreja: «Es una falta gravísima el mezclar la instrucción de los niños con las cuestiones y cosas religiosas. La colaboración de la Iglesia en la enseñanza es inadmisibile, y la enseñanza religiosa, mientras las familias crean necesario el conservarla, debe quedar completamente excluída de los planes escolares.» (Idem, *íd.*, 44.)

Resulta, además, que conforme á este mismo

programa, la asistencia á estas escuelas ateas debe ser obligatoria para todos los niños sin excepción. Bebel declaraba en el Parlamento el 3 de Febrero de 1893: «Nosotros nos rebelamos contra todas las autoridades humanas ó divinas que vosotros nos oponéis, y con las cuales habéis guiado hasta el presente y todavía intentáis guiar gregariamente á las masas.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 28.)

Si Bebel se rebela contra las autoridades divinas, y ellas no sirven para otra cosa que para conducir como un rebaño á las masas, es natural que debe procurarse con todo empeño la destrucción total de estas autoridades, divinas ó humanas.

Pero es interesante el responder á la cuestión de por qué los socialistas no quieren ser tenidos como enemigos de la religión. En la asamblea socialista de Halle (1890) se entabló un vivo debate sobre si debía tacharse ó conservarse en el programa la declaración de que la religión era un asunto privado. Liebknecht se declaró partidario de que se conservara. Afirmaba muy acertadamente, cómo los más audaces librepensadores eran frecuentemente en la vida política los ciudadanos más pedantes y cerriles, y decía: «Es un indicio de incapacidad mental y de falta de energía el no emplear nuestras fuerzas en la tierra y perder el tiempo miserablemente en elevarnos constantemente á las alturas celestiales y declarar allí la guerra á un Dios burgués.» (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 174.)

Es, pues, poco práctico el combatir directamente á la Iglesia: «Los que se empeñan en combatir

sañudamente á la Iglesia, en lugar de combatir la organización de las clases sociales, gastan inútilmente sus energías, dirigiéndolas contra un enemigo fantástico.» (Idem, íd., 175.)

Por razones de oportunidad coincidieron con Liebknecht la mayoría de los oradores: «Todos los que han sido verdaderos agitadores de las masas, saben perfectamente que esta parte del programa nos ha prestado magníficos servicios (*¡Muy bien!*), y seríamos, indudablemente, locos de atar, si intentáramos modificarla (*¡Muy bien!*) Ahora precisamente, cuando debemos entablar una nueva lucha con el Centro, si intentáramos rectificar esta parte de nuestro programa, no hay duda que pondríamos en manos del Centro armas que, en la actualidad, no pueden esgrimir contra nosotros.» (Idem, ídem, 185.)

Otros oradores se expresaron todavía con más energía: «Nada me impresiona tan desagradablemente, como el recibir las conclusiones de las asambleas celebradas por el Centro, acompañadas indefectiblemente de la siguiente muletilla: «Vosotros combatís la religión ó transigís provisionalmente con ella, para no ofender los sentimientos de los incultos labradores.» Cuantas veces me encuentre en presencia de estos labradores, me consideraré obligado á disipar las nieblas que han acumulado los berlineses.» (*Protokoll des Parteitage*, Halle, 190.) «En el campo nos irá con la religión mucho mejor que si la descartamos por completo.» (Idem, íd., 190.)

Incesantemente se reproduce el mismo pensa-

miento de que debe dejarse á los obreros católicos que practiquen su religión. Una vez que estén con nosotros, se irá consiguiendo todo lo demás. Así se decía en la asamblea de Stuttgart de 1898: «Dejemos que los centenares de miles de trabajadores católicos, que hoy siguen todavía las banderas del Centro, conserven su fe y sus creencias en un Dios amoroso y providente. Tan pronto como hayamos logrado convencerles de que sus intereses son comunes con los nuestros, de que su causa es la causa de todos los trabajadores, y que sus intereses están en oposición con los de sus patronos, católicos, protestantes ó judíos, cambiará radicalmente la situación de las cosas. Puedo asegurarlo por experiencia propia.» Así se explicaba el compañero Fischer. (*Protokoll des Parteitages*, 160.)

Welker-Wiesbaden presentó en la asamblea de Munich una proposición para que sin descanso se combatiera á la Iglesia (católica y protestante) por medio de la *propaganda religiosa*, de hojas volantes y de toda suerte de trabajos en el taller y en la mesa de la cervecería. La proposición fué rechazada, pero el mismo compañero Vollmar hubo de confesar: «Desgraciadamente nuestra prensa no ha dejado en estos últimos años de perder el tiempo en semejantes fruslerías (pendencias y discusiones del *kulturkampf* y de minucias clericales). Sirvan de prueba los conocidos escritos de Losinsky que, en gran parte, representan la pseudo-ilustración más superficial que pueda imaginarse.» (*Protokoll des Parteitages*, Munich, 1902, 240.)

Mientras los labradores sean enemigos de los demócratas socialistas, no tienen éstos esperanza alguna de conseguir el triunfo definitivo. En consecuencia, la población rural debe ser conquistada por la nueva doctrina. Pero los agitadores que ataquen la religión, tienen el pleito perdido entre los creyentes labradores. Era, pues, una medida de prudencia oportunista el proyecto de descartar la religión. Pero cuando los oradores socialistas no van precisamente á la caza de labradores, suelen manifestar de mil maneras distintas su enconado odio contra todas las religiones, porque este espíritu de hostilidad alienta en las entrañas mismas del sistema levantado sobre el más desolado materialismo. Bernstein tiene, pues, mucha razón, cuando en el número de Septiembre de 1904 de la *Sozialistische Monatshefte* escribe: «Cualquiera que sea la concepción del mundo que se acepte, habrá de servir siempre de fundamento al estado social y á la propagación de la cultura que es función suya (educación, ciencia, derecho, especialmente el penal, arte, etcétera); en este sentido la religión no puede ser, en modo alguno, asunto de orden privado, sino una institución pública de altísima transcendencia.»

En el mismo criterio está inspirado lo que, según una información del *Vorwärts*, decía Bernstein en una asamblea democrático-socialista de Berlín:

«La emancipación religiosa debe ser el supuesto de la ilustración política y económica. Mientras no arranquemos del corazón humano las representaciones religiosas que constituyen la primera fase

ó estadio de su evolución, no conseguiremos que llegue á la mayoría de edad ó madurez política. Los que quieren mantenerse aferrados á sus concepciones religiosas, ponen un valladar á nuestras ideas y á nuestro avance. Por estas razones no puede ser considerada la religión como cosa puramente privada. Nuestra doctrina de la separación de la Iglesia y del Estado nos obliga por necesidad lógica á tomar también posiciones contra la religión, porque la Iglesia y la religión son inseparables. Los primeros jefes del socialismo fueron casi todos librepensadores que se habían emancipado previamente de la religión y de la Iglesia. Al engrosar más tarde las filas de nuestro partido, en atención al obstáculo que las ideas religiosas de los labradores habían de oponer á la propaganda socialista, propuse que se incluyera en el programa la declaración de que la religión es un asunto de carácter privado. Por consiguiente, debemos conservarla en nuestro programa, únicamente por consideraciones y conveniencias de orden estratégico, sobre todo para obtener mayor número de votos en las elecciones, aunque ésto sea no solamente una contradicción, sino una hipocresía refinada.» (Colonia, *Volkzeitung* del 29 de Marzo de 1905, núm. 257.)

Un demócrata socialista que por razones científicas acepte el credo del partido, no puede ser jamás al mismo tiempo cristiano creyente: «Pero si yo exijo de un demócrata socialista que acepte los fundamentos científicos de nuestro partido, habré de negar previamente que pueda ser demócrata-

socialista y católico La fe en la Divinidad bíblica y el deber de la obediencia eclesiástica no se compaginan con ninguna concepción científica. Desde este punto de vista, la Iglesia tiene también muchísima razón cuando afirma que un católico no puede ser demócrata-socialista.» (El compañero Erdmann en la *Sozialistische Monatshefte* de 1905, núm. 519.

Este compañero procede, pues, con todo rigor lógico al declarar la guerra á la Iglesia: «Nosotros no debemos molestarnos en violentar las convicciones religiosas de nadie ó en dificultar el alistamiento en nuestras filas; pero debemos hacer y haremos todo lo que sea necesario para quebrantar el poder de la Iglesia, la antigua y poderosa enemiga de la libertad, y arrancar del corazón de las muchedumbres la dependencia religiosa, que constituye el obstáculo más insuperable para avanzar por las vías del progreso. En este sentido la religión no es para nosotros un negocio privado, y en modo alguno debemos conservar por más tiempo una posición que puede dar lugar á torcidas interpretaciones en lo que se refiere á nuestra actitud ante la Iglesia y la religión.» (*Sozialistische Monatshefte*, 1905, 515)

Igualmente legítima y sincera es la conducta de este mismo compañero cuando escribe que prácticamente conspiran al mismo fin el combatir á la Iglesia y el hacer la guerra á la religión: «Está muy en boga el distinguir entre la religión y la Iglesia. Naturalmente debemos pelear contra la Iglesia como

instrumento de fuerza de que se sirven las clases dominantes para oprimir al pueblo; pero la religión, el convencimiento íntimo de cada uno de los creyentes, está fuera de nuestro radio de acción y debe ser considerada como una cosa puramente privada. Yo entiendo que la religión y la Iglesia son cosas muy distintas en el orden teórico, pero que no pueden separarse de ninguna manera en la práctica. Por lo menos, la religión, contra la cual debemos esgrimir nuestras armas, el Cristianismo, únicamente nos es conocido en su forma organizada como Iglesia.» (*Sozialistische Monatshefte*, 1905, 517.)

b) La Religión debe ser combatida como medio de opresión enemigo de la cultura.

Después de lo dicho, por mucho que se empeñe el materialista en disimular y fingir, salta á la vista su íntima é implacable hostilidad contra la religión. La religión, á su juicio, no es una cosa indiferente, sino algo muy dañino y perjudicial. «¿Hay algo más inocente, conmovedor, consolador y persuasivo que la creencia en la inmortalidad, en la unión futura con nuestros seres queridos, en nuestro perfeccionamiento y felicidad en un mundo mejor? Y, sin embargo, esta creencia ha contribuído más que otra cosa alguna á forjar las cadenas de la esclavitud sobre la tierra; pues mientras los tiranizados crean que sin su cooperación recibirán en el otro mundo una espléndida recompensa por todo lo que en este bajo mundo sufran y pa-

dezcan, no dedicarán sus energías á hacer la tierra habitable para todos, á convertirla en un paraíso universal, ni se esforzarán por impedir todas las formas de la esclavitud.» (Douai, *A B C des Wis-sens*, 1.)

La religión, y muy especialmente la cristiana, no es sino un medio de opresión, con el cual las clases dominantes mantienen en la esclavitud á las clases dominadas: «El Cristianismo se convirtió poco á poco en una institución religiosa, cuya fuerza opresora sobre la humanidad fué al punto reconocida y utilizada por las clases dominadoras de aquella época.» (Bebel, *Christentum und Sozialismus*, 6.)

El Cristianismo es enemigo de la libertad y de la cultura, y embrutece al hombre: «El Cristianismo es enemigo de la libertad y de la cultura..... El ha retenido á la humanidad en la esclavitud y en la opresión y, aun en nuestros días, es utilizado como el instrumento más poderoso para la explotación social y política.» (Bebel, ídem, ídem, 13.)

«Ignorante é inculta como es, la Iglesia lanzaba sus excomuniones contra las ciencias naturales, estas invenciones del demonio, y encendía sus hogueras para quemar en ellas á los sabios, los brujos, auxiliares y lugartenientes del diablo.» (Lafargue, *El materialismo económico*, 16.)

Por todas partes se repiten estos pensamientos hasta la saciedad: «Como religión y poder soberano, el Cristianismo amparaba los intereses de toda religión y de todo poder, al impedir el progreso de la humanidad.» (Bebel, *Glossen*, 12.)

«La religión es uno de los medios espirituales de opresión más eficaces para que las clases oprimidas doblen al yugo la cerviz. En el siglo XVIII era la burguesía la clase dominada y tenía que luchar contra la aristocracia sostenida por el clero, por lo cual se hizo volteriana y alardeaba de atea. Pero apenas se convirtió en clase dominadora, se sintió harta de ateísmo y volvió lisa y llanamente á las creencias de sus padres; no tenía ya que temer la tiranía opresora de la religión, sino más bien utilizarla en su provecho. Por medio de un decreto restableció la existencia de Dios, que ella había derogado. Se reedificaron los altares, que ella había derruido, y tomaron nuevamente posesión de sus prebendas los sacerdotes, que ella había perseguido y despojado, y ellos se condujeron como los más complacientes servidores. Por esto no debemos extrañarnos de encontrar entre las clases industriales precisamente, unas apariencias de santidad y espiritualidad, católica ó protestante, que únicamente persigue el embrutecimiento de los trabajadores. El sacerdote sirve al que le paga.» (Lafargue, *El materialismo económico*, 15.)

«La Iglesia ha estado siempre dispuesta á aconsejar la más humilde resignación y á embellecer con una decoración cristiana las mayores injusticias que surgen de las relaciones entre la soberanía y la esclavitud.» (Pfund, *Unsere Taktik*, 12.)

Puede asegurarse que no existe nada más funesto que el Cristianismo: «Con muchísima razón dice Guyot acerca del Cristianismo: esta doctrina

que cayó en medio de la sociedad bárbara, ha forjado las más duras cadenas de la esclavitud personal. El Cristianismo ha despanzurrado á los pueblos. No se entra en el paraíso cristiano con la frente erguida, sino á rastras y gateando. El cristiano no puede mover ni levantar la cabeza libremente.» (*Sozialistische Monatshefte*, 1902, 128.)

«En general, puede asegurarse que no hay sistema alguno, ético ni social, que se oponga tan directamente al socialismo como el Cristianismo. Ser socialista vale tanto como ser anticristiano, y el triunfo definitivo del socialismo no será posible más que con la definitiva derrota del Cristianismo.» (Ebd, 129-130.)

En el Cristianismo no puede hallarse ya absolutamente nada bueno: «Los buenos resultados obtenidos durante el imperio del Cristianismo no le pertenecen, y los muchos males y afrentas que trajo consigo no los queremos: tal es nuestro punto de vista, expuesto en dos palabras.» (Bebel, *Christentum und Sozialismus*, 15.)

La oposición entre la Iglesia y el socialismo radica en la naturaleza de la primera, y es completamente insuperable: «No debemos tener el más pequeño inconveniente en declarar que la democracia socialista adopta una actitud hostil frente á la Iglesia católica ó evangélica, y que nosotros perseguimos con toda decisión la realización de nuestras aspiraciones, porque sabemos que así llegaremos á quebrantar el poder de la Iglesia. Somos enemigos de la Iglesia, porque queremos destruir

el orden social existente, que tiene en la Iglesia uno de sus más fuertes baluartes. Podemos, pues, decir de un modo categórico que combatiremos la Iglesia mientras esté al lado de las clases dominadoras y sea un obstáculo para el progreso de la cultura. Pasó ya hace mucho tiempo y definitivamente la época en que la Iglesia propagaba la cultura é impulsaba el progreso espiritual y económico. La Iglesia se opone á la evolución de una manera irreductible; reaccionaria en sí misma, se sostiene únicamente por su alianza con la reacción».

De esta suerte se expresaba el compañero Erdmann en la *Sozialistische Monatshefte* de 1905, 516. Son, por consiguiente, la Iglesia y el socialismo dos términos absolutamente incompatibles é irreductibles. «El Cristianismo y el socialismo son entre sí como el fuego y el agua. Lo único bueno que atribuí al Cristianismo (aunque yo no lo veo), no es cristiano, sino humano, y lo que constituye la esencia y el alma del Cristianismo, el tráfico de dogmas y doctrinas, es contrario á la humanidad.» (Bebel, ídem, íd., 16.)

No es más benigno el anatema lanzado contra Lutero: «Lutero fué toda su vida un fraile ignorante, que desconoció completamente los problemas políticos, para los cuales no tenía aptitud alguna.» (Bebel, *Glossen*, 13.)

Debe observarse que, en general, «el protestantismo no tiene superioridad alguna sobre el catolicismo. Las cualidades primitivas del tronco común, la Iglesia católica, se encuentran en todas sus deri-

vaciones y son igualmente hostiles al progreso de la humanidad.» (Idem, íd., 14.)

La lucha contra la religión no será nunca, pues, demasiado cruda: «Se nos dice que no atacamos la religiosidad. Pero á ésto debemos contestar que nosotros no hacemos ni más ni menos de lo que conviene para que la religión se utilice como medio de embrutecimiento é incultura, aunque en esta esfera nuestra prensa debiera trabajar con más actividad.» (Bebel, *Protokoll des Parteitagés*, Hannover, 1899, 124.)

A veces debieran ser más intensas la propaganda y la agitación entre las mujeres: «La mujer está saturada de preocupaciones religiosas y no es empresa fácil hacer que en estas materias siga al marido. La labor principal debe consistir en sustituir el elemento eclesiástico por el social. El principio de que la religión, como asunto privado, no se incluya en nuestro programa, porque se interpreta torcidamente, es como si se dijera: la religión es un embutido; el que sea devoto puede continuar siéndolo. Los hombres son librepensadores, pero las ideas de la madre se reflejan en los hijos. Yo desearía poder formar una estadística con las siguientes preguntas, dirigidas á los socialistas: ¿Es religiosa su mujer? ¿Ha permitido usted que fueran bautizados sus hijos? ¿Ha sido su hija confirmada? Yo supongo que estas preguntas harían poquísima gracia á muchos de nuestros compañeros.» (Dr. Miguel Marburg. *Protokoll des Parteitagés*, Bremen, 1904, 343 y siguientes.)

Bebel censura con mucha dureza la funesta influencia del ultramontanismo, es decir, del catolicismo: «El ultramontanismo, en su calidad de representante de un sistema religioso, es, como todo sistema religioso, esencialmente reaccionario. Todavía en mayor escala que en el liberalismo, el principio vital del ultramontanismo consiste en mantener estancada la instrucción y en poner trabas á la ciencia. El liberalismo tiene el deber de fomentar, hasta cierto grado por lo menos, la cultura, porque así lo exige el desarrollo de su sistema económico, y no puede renunciar á la explotación y aprovechamiento de las ciencias naturales y de la técnica. Pero el ultramontanismo teme también estos progresos, porque nos obligan á pensar.» (Bebel, *Parlamentarische Tätigkeit*, 94 y siguientes.)

Hay que gritar sin descanso: «La guardia negra busca el embrutecimiento de los obreros.» (*Protokoll des Parteitag*, Bremen, 163.)

Ahora bien, embrutecimiento es lo contrario á la democracia socialista: «¡Ved lo que han hecho de mí! De un obrero vulgar, que ni siquiera tenía la cultura media de su época, de un agitador errante, que vivía de limosna, han hecho un rey; de un hombre un Dios; de un predicador de la resignación universal, el jefe de una religión feroz; de mi vida un credo, y de mi ejemplo una Iglesia. Aquí estoy yo, Jesús de Nazaret, el hijo de José y de María, tal como era, cuando vivía sobre la tierra, pobre é ignorante, plebeyo y socialista, en lucha con los poderosos y con la sociedad, enemigo de fórmulas y

etiquetas, de las profesiones de fe y del sacerdocio: y allí tenéis mi caricatura moderna, ese cristianismo clerical, soberbio, presuntuoso é irritable, verdadero fariseismo redivivo.» (Josuah Davidson, 37.)

¿Qué sería, pues, Jesucristo si viviera hoy? Demócrata socialista: «El Cristo moderno sería un político, un demócrata socialista. Su ideal sería socavar los fundamentos de la sociedad actual; no trataría de contentar á los pobres con una recompensa que es indigna del hombre, y que excluye la posibilidad de vivir humana y decorosamente.» (Josuah Davidson, 48.)

Siendo como es la religión enemiga de la cultura y de la libertad y embrutecedora del hombre, es indudable que un movimiento que aspira á fomentar el bienestar universal y público, no puede cruzarse de brazos en su presencia: debe aspirar á su total aniquilamiento.

«La última gran revolución social, que se está preparando, se diferenciará de todas las que la han precedido, en que no irá á la zaga de nuevas formas religiosas, sino que negará la religión en absoluto, y al inscribir, como aspiración suprema, en los pliegues de su bandera el aniquilamiento de toda soberanía, hará desaparecer todas las formas de esta soberanía, social, política y religiosa.» (Bebel, *Glossen*, 27 y siguientes.)

Marx recomendaba en su crítica del programa de Gotha la declaración franca de que se colocaba en actitud hostil frente á la religión: «El partido trabajador debiera manifestar claramente en esta

ocasión su creencia de que la burguesa libertad de conciencia no es en sí otra cosa más que la tolerancia de todas las formas posibles de la libertad de conciencia religiosa, y que más bien procurará expulsar de la conciencia todo sedimento religioso.» (*Neue Zeit*, 1890-91, cuaderno 18, 575.)

La religión debe desaparecer. Pero aleccionados los demócratas socialistas por los fracasos del liberalismo en el *kulturkampf*, para no oponer obstáculos á su propaganda con las discusiones religiosas, no quieren molestar á los adultos en sus convicciones personales, sino educar en la irreligión á las nuevas generaciones (vid. *Educación y enseñanza*). Pretenden destruir la religión por medio de la escuela. Precisamente en la asamblea de Halle, que con tanta energía declaró que la religión era un asunto puramente particular, se expresó repetidas veces este principio fundamental en medio de estrepitosos aplausos.

«Nuestro partido es un partido científico (léase materialista). La ciencia es hostil á la religión, pero ni puede ni quiere aniquilarla. La ciencia recomienda las escuelas buenas, esto es, el medio más eficaz para combatir la religión. (*¡Bravos entusiasmados y aplausos estrepitosos!*)» (*Protokoll des Parteitagcs*, Halle, 177.)

Las Iglesias católica y protestante son las aliadas, no el sostén, los instrumentos de la actual organización de clases, y al mismo tiempo un producto de esa misma organización. Ellas apoyan al Estado, y precisamente por eso debemos pelear en

contra suya. Debemos combatir la religión, dejando á cada uno que profese la suya tranquilamente, pero inculcándole al mismo tiempo la cultura. La escuela debe ponerse en campaña contra la Iglesia y el maestro contra el cura; la educación acertada destruye la religión.» (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 175.)

¿No sabe todo hombre pensador que conoce la ciencia que está en oposición irreductible con la religión? Dado el carácter científico de nuestro partido, estamos obligados á combatir en este sentido toda interpretación torcida. La Iglesia, católica ó protestante, no es en la actualidad más que un baluarte de defensa, un instrumento del estado de clases. En lugar de malgastar nuestras fuerzas en empresas secundarias, reconcentremos todos nuestros esfuerzos contra la base económica que mantiene unidos y compactos al estado de clases actual, á las iglesias, á las confesiones y al clero. Minada la base se vendrá abajo todo lo demás.» (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 202.)

Rüdt, el *matacuras* del sur de Alemania, no recomienda la lucha pública contra la religión, porque es creencia general que «una vez que hayamos implantado el Estado socialista, nos será sumamente fácil liquidar inmediatamente todos los asuntos religiosos». (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 197.)

En esta misma asamblea fué muy bien acogido el plan de aniquilar á la Iglesia por medio de la escuela. Ni una sola voz se levantó á protestar. Las ideas expuestas deben considerarse, pues, como doc-

trina general del partido. Y después de esto ¡todavía se maravillan estos señores de que la Iglesia se decida á combatir enérgicamente á los candorosos demócratas socialistas! Probablemente les parecería muy bien que la Iglesia bendijera este ateísmo obligatorio de la escuela del porvenir, tan absurdo y brutal que escarnece en alta voz toda libertad de conciencia, para poder así algún día con más facilidad implantarse. Por lo visto los demócratas socialistas verían con buenos ojos que sus adversarios aceptaran como buenas todas las tonterías que á ellos se les ocurriera decir con el mismo candor y admiración con que las aceptan sus partidarios.

**c) Imposibilidad de una Iglesia positiva
en el Estado del porvenir.**

No hay para qué decir que en el Estado futuro se suprimirán todos los gastos públicos para fines eclesiásticos y religiosos. (Programm von Erfurt.) Igualmente «serían confiscados todos los bienes de las iglesias y fundaciones». (Bebel, *Unsere Ziele*, 29.)

El hombre de ideas religiosas habrá de trabajar para vivir: «Si alguien siente todavía necesidades religiosas deberá satisfacerlas con sus semejantes, porque la sociedad no se preocupará de ello. El sacerdote deberá trabajar también para vivir, con lo cual irá aprendiendo que también á él ha de llegarle el momento en que comprenda que lo más importante es ser hombre.» (Bebel, *Die Frau*, 408.)

Desaparecerán las enseñanzas teológicas porque el Estado no las sostendrá, y la Iglesia, despojada de sus riquezas, no podrá sostenerlas. Su continuación sería altamente perjudicial: «Un trabajador que limpia las cloacas para defender á sus semejantes de la peligrosa acción de los miasmas, es sumamente útil á la sociedad; pero un profesor que falsea la historia en interés de las clases dominantes ó un teólogo que trata de obscurecer el cerebro con doctrinas sobrenaturales y transcendentales, son individuos sumamente dañinos.» (Bebel, *Die Frau*, 373.)

No habrá literatura teológica, porque lo impedirá la censura de la nueva sociedad: «La literatura teológica que al presente figura en primer lugar en los catálogos anuales de libros, desaparecerá juntamente con la literatura jurídica.» (Idem, *íd.*, 422.)

La Iglesia no podrá tampoco establecer escuelas de primera enseñanza, porque será obligatoria la asistencia á las escuelas del Estado (programa de Erfurt), y además porque carecería de medios para ello.

En el Estado socialista será, pues, imposible la existencia de una Iglesia dotada de todos los recursos y establecimientos necesarios para el desempeño de su misión.

«La religión, se dice, es un asunto privado». Todo adulto como persona privada podrá creer lo que tenga por conveniente, lo cual será el colmo de la tolerancia y de la generosidad: ¡se dejará que el

hombre tenga las creencias que no puede arrancarle ningún poder del mundo! En la vida pública, sin embargo, la religión habrá dejado de existir.

d) Blasfemias contra Dios.

Hemos copiado ya en no escaso número expresiones irreligiosas y altamente ofensivas para la Divinidad. Para el lector que desee material más abundante, agregaremos algunos textos, en los cuales se revela el odio más enconado contra Dios, el Cristianismo y las enseñanzas cristianas.

«Dios ha sido expulsado de la Naturaleza con baldón é ignominia. Las funciones que antes se le atribuían, no son sino efecto de las propiedades de la materia; pero en vano se ha intentado desde el siglo XVIII echarle también de la historia. Con el gracioso nombre de Dios de Israel desapareció de todas partes, hasta donde alcanzó la implacable crítica de los enciclopedistas, y en las tormentas revolucionarias fué derogada su existencia por un decreto, como hubiera podido serlo la destitución de un simple guarda rural.» (Lafargue, *El materialismo económico*, 7.)

«La ideología burguesa que, como en otro tiempo Jesús y la Virgen María, ha servido y sirve todavía para engañar al pueblo, siente, sin embargo, que se aproxima su fin.» (Lafargue, *ídem*, *íd.*, 9.)

Es una barbarie el imponer deberes á los hombres débiles y eximir de ellos á un Dios poderoso: «Irá desapareciendo poco á poco de entre los hom-

bres la barbarie de perdonarlo y disimularlo todo y de dispensar de toda clase de deberes á los fuertes (Dios, príncipes, Estado, Iglesia, burguesía, y no dispensar nada y hallarlo todo fácil y hacedero cuando se trata de los débiles, sobre los cuales pesan todas las cargas, por el delito de haber nacido en circunstancias menos favorables. La religión que no impone deber alguno á su Dios omnipotente, porque no necesita afianzar su dignidad en el trabajo, en la lucha y en los sufrimientos, mientras que exige una perfección moral completa al hombre débil y mortal, condenándole sencillamente en caso negativo á eternos tormentos; la monarquía..... todo esto es, en conjunto, una caricatura del derecho, la barbarie disfrazada con el espléndido ropaje de la civilización.» (Douai, *Wider Gotes, und Bibelglauben*, 29 y siguientes.)

Se acusa á Dios de haber considerado en todo tiempo á los más bribones como hijos predilectos. «Los señores feudales de la Edad Media que ejercían á su capricho el *jus primae noctis* (1), eran por la clemencia de Dios los primeros consejeros de la nación; hoy es la burguesía la que, no contenta con ejercer en las mujeres jornaleras y esclavas de sus fábricas el *jus primae noctis*, las obliga todavía á que completen su miserable jornal con el dinero de la prostitución; y esa burguesía es la elegida por Dios para disfrutar la lluvia dorada de su clemen-

(1) Este derecho es una invención que, afortunadamente, no ha tenido jamás existencia real.—*El Autor*.

cia generosa. Los rufianes vulgares que únicamente explotan á una ó dos prostitutas, pueden ingresar en la policía para hundir el cráneo á los socialistas, á estos facinerosos que niegan á Dios y su providencia.» (Lafargue, *El materialismo económico*, 6 y 7.)

En el catecismo democrático-socialista se trata de parodiar y ridiculizar insulsamente los diez mandamientos de la ley de Dios.

Los diez mandamientos del capitalismo.

1.º Yo soy el capital, tu señor, que te ha conducido á la esclavitud desde el país de la libertad. Tú no serás señor de ti mismo ni conocerás señor alguno fuera de mí.

2.º Tú no producirás riqueza alguna que no sea en beneficio mío, ni en el aire, ni en el agua, ni en la tierra, ni en las entrañas de la tierra. Serás dócil á mi voluntad, me servirás y cumplirás mis mandatos, porque yo soy el capital, tu señor, que castiga la pobreza de los padres en los hijos hasta la cuarta y quinta generación. Yo me mostraré agradecido con los que me ensalcen por apropiarme el fruto del trabajo.

3.º Tú no producirás riqueza alguna para ti mismo, si yo tu señor no te doy mi consentimiento.

4.º Considera como santo el tiempo de tu trabajo; yo el capital te lo mando, y si no cumples mis mandamientos, te dejaré sin trabajo. En beneficio mío trabajarás cuatro días y medio y uno y

medio en tu provecho; el séptimo día descansarás para recobrar las fuerzas perdidas. En este día no debéis trabajar ni tú ni tu mujer ni tus hijos; debéis dedicarlo á los quehaceres de mi casa y á proporcionarme toda clase de comodidades, porque no debes olvidar que eres mi esclavo. No consumirás tus energías entregándote al placer, con el fin de que á la semana siguiente puedas trabajar para aumentar mis caudales, pues es mi voluntad que el curso de tu vida sea corto en la tierra que te ha dado á luz. (Falta el quinto mandamiento)

6.º Matarás cuando yo te lo mande, y á mí me defenderás de mis enemigos.

7.º Harás que se prostituyan tus hijas y dejarás que tu mujer sea adúltera, si no quieres morir de hambre y de miseria.

8.º No robarás, porque el robar es derecho exclusivo del capital.

9.º Depondrás testimonios falsos contra tu prójimo, cuando sea demócrata-socialista.

10.º No reclamarás nunca el beneficio total de tu trabajo, ni gozarás los encantos de la tierra sobre la cual has nacido, ni llevarás una vida viciosa, lujuriosa ó disipada, ni disfrutarás de otras muchas cosas que son privilegio exclusivo del capital.» (Knorr, *Sozialdemokrat*, *Katechismus*, 51 y siguientes.)

¡El inglés Buckle coloca sobre Cristo al vicioso y farsante Mahoma! Augusto Bebel no vacila en hacer suya esta cobarde apreciación: «El 8 de Junio del 632 de nuestra era murió en el regazo de

su querida esposa Aisca, el varón cuyo nombre ha llenado el mundo desde entonces. El hombre más ilustre que Asia ha producido jamás y uno de los más grandes que el mundo ha visto, fué Mahoma, según reza el testimonio de Buckle.» (Bebel, *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 22.)

Lafargue escarnece la omnipotencia de Dios con las siguientes estúpidas palabras: «Los patronos católicos han olvidado que su Dios querido y omnipotente necesitó descansar también después de seis días de trabajo.» (Lafargue, *Comunismo y capitalismo*, 17.)

Dietzgen ha descubierto que «el Cristianismo y el socialismo son tan distintos como el día y la noche. El día y la noche convienen en que lo mismo el uno que la otra son una parte del tiempo. El diablo y el arcángel, aunque el primero es negro y el segundo blanco, convienen, sin embargo, en que ambos están cubiertos por una piel.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 26.)

El lector no verá probablemente con claridad las diferencias existentes entre el Cristianismo y la democracia socialista por esta comparación tan sabrosa como instructiva. Pero son bastante claras las injurias y groserías que copiamos á continuación:

«Nuevamente se ha dicho que el Cristianismo es la religión de los esclavos. Tal es, en realidad, su carácter más saliente. Es verdad que todas las religiones lo son, pero el Cristianismo lo es sobre todas las demás. Recojamos al azar una frase cris-

tiana cualquiera. En mi camino encuentro una cruz con la siguiente inscripción: ¡Dulcísimo Jesús, tened piedad de nosotros! Santa María, ¡rogad por nosotros! Aquí tenemos la inmoderada humildad del Cristianismo en toda su miserable desnudez. El que pone todas sus esperanzas en la piedad, es, en verdad, una criatura digna de compasión. El hombre que, creyendo en la omnipotencia de Dios, se humilla hasta el polvo ante el destino y las fuerzas de la naturaleza, y, dominado por el sentimiento de la impotencia, gime y llora pidiendo misericordia, no es seguramente un miembro utilizable de nuestro mundo actual...

Nosotros (demócratas irreligiosos) queremos ser, con el entendimiento y con la voluntad, en la teoría y en la práctica, enemigos vigorosos de esta renunciación beata, gregaria y mogigata.» (Dietzgen, ídem, íd., 26 y siguientes.)

Sería difícil que los mismos espíritus de las tinieblas emplearan un lenguaje más infernal. Precisamente ha sido el Cristianismo el que ha fecundado y dignificado el trabajo, que antes menospreciaba el hombre, y lo ha elevado hasta considerarlo como un medio de servir á Dios. Pero Dietzgen dogmatiza ante su público y dice que «el Cristianismo fomenta la renunciación, mientras que el trabajo para satisfacer nuestras necesidades materiales adquiere mayor empuje de día en día. La confianza en Dios es la más excelsa cualidad del cristiano; para que el trabajo sea fecundo es necesaria la confianza en sí mismo, que es, precisamen-

te, todo lo contrario. Todo el que se atreva á considerar como precepto cristiano el «debes confiar en Dios, pero sin enterrar tus talentos», como queriendo significar que el trabajo no es opuesto al espíritu cristiano, sino que antes bien forma parte de la doctrina cristiana, es un taimado sofista.» Dietzgen, ídem, íd., 27.)

La doctrina cristiana de la sujeción de la concupiscencia á la razón y á los mandamientos de Dios, es escarnecida de la manera siguiente: «¿No sabe el cristiano que el Cristianismo, como los prusianos, tiene dos mundos, negro el uno y blanco el otro? Los cristianos han tiznado con negros colores el hermoso y matizado mundo de la realidad. Han convertido sus magnificencias en tentaciones del diablo, su trabajo en una maldición, su amor en una concupiscencia pecaminosa, la carne en una carga y en un estorbo para el espíritu, el cuerpo en pasto para los gusanos. Como el príncipe deseado, transformado en animal, se ha convertido el mundo blanco de la concepción cristiana en esta negra realidad. Para libertarnos de este mundo ha enviado Dios á su hijo, que ha de conducirnos al mundo cristiano del paraíso. Como hay maderas de hierro, así consta él de materia espiritual. Sus hombres y mujeres no tienen sexo, sus cuerpos son sutiles é ingravidos, su trabajo no causa fatiga alguna, los ángeles sazonan sin carnes la felicidad.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 28.)

Ni siquiera el altísimo precepto del amor al enemigo se libra de las más groseras burlas: «¡Ante

todo, la verdad es la verdad! Pero la verdad en su forma religiosa es parcial, estrecha é intolerante..... Cuando el cristiano dice: amarás á tu prójimo como á ti mismo, se barrena este precepto con tan fanático celo que pierde su significación y contenido. Si te hieren en la mejilla derecha, volverás la cara por si quieren herirte en la mejilla izquierda. Cuando predica el amor, excluye lo contrario, que es el odio. De esta suerte el amor cristiano se convierte en una especie de rabillo de cordero.» (Dietzgen, ídem, íd., 29.)

El Cristianismo diluído de los teólogos racionalistas de la Reforma, es igualmente una farsa: «Los burgueses continúan la teoría frailuna de despreciar al mundo con la panza llena; lo más gracioso es que los continuadores son monjes rezagados inconscientes de su propia miseria religiosa. El Cristianismo inodoro, insípido y taimado de los charlatanes modernos, tiene todavía la pretensión de ser el más puro, auténtico y verdadero. Los cristianos modelos y clásicos, los santos del calendario, despreciaban realmente el mundo y la gula; pero los cruzados de nuestros tiempos enarbolan otra bandera, en la cual han escrito: Se ha hecho carne y habita entre nosotros.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 28.)

Es verdaderamente repugnante la manera como Douai ridiculiza y escarnece el dogma cristiano de la inmortalidad y de las recompensas eternas en la otra vida:

«¿Para qué te serviría la inmortalidad?—pre-

guntamos á los proletarios de nuestro tiempo.— ¿Acaso para convertirte allá arriba en un burgués y tratar á tus trabajadores, que hayan sido aquí burgueses, como ellos te han tratado á ti? Creencia muy semejante á la que domina entre algunos pueblos esclavos y despojados de toda esperanza. Pero vosotros, los proletarios, dicho sea en honor vuestro, no deseáis semejante venganza. Tal bestialidad la dejáis precisamente para los pueblos esclavos y sin esperanza, entre los cuales no deseáis contaros. ¿Para qué, pues, querriais la inmortalidad? ¿Acaso para vivir como zánganos en el cielo de los bienaventurados? Pero no eran esos vuestros hábitos en esta baja tierra; vuestro ideal es trabajar siempre y solamente trabajar por la recompensa del placer obtenido con el más honrado trabajo. Pero ni en el cielo ni en el infierno se trabaja de ningún modo. Ni una sola religión ha hablado jamás del trabajo del otro mundo. ¿Te serviría para ver de nuevo á los seres queridos de tus entrañas? Pero en este mundo no tuviste, apenas, ocasión de conocer la vida de familia y eso tendría para ti más de amargo que de dulce. ¿Para desenvolver acaso tus aptitudes y convertirte en un hombre perfecto? Eso sería si aquí, en la tierra, hubieras tenido siquiera el presentimiento de la inestimable fortuna que supone esa perfección; de ese modo podrías, por lo menos, desear que continuara.

»En definitiva, ¿para qué desearías tener una vida eterna? Maldito lo que tendrías que agradecerla, si allí imperaba el mismo espíritu de justicia que

aquí en la tierra; ¿ni cómo podría ser de otro modo, cuando el gobierno del mundo ha trastornado de tal suerte tus creencias y las de tus semejantes? Si el gobierno del mundo pudiera compararse con una escuela, cuyo objeto fuera ir preparando un estado social más perfecto, sería mucho más sencillo y natural guiar por el sendero de la justicia á la juventud escolar (á la humanidad, en este caso) que no á los adultos (es decir, á los habitantes del otro mundo).

»Y este es el razonamiento fundamental contra la inmortalidad. Todas las religiones que la enseñan, trastornan el sentimiento de la justicia y la fe en un gobierno justo del mundo, porque relegan el espectáculo de la justicia á un lugar en el cual puede creerse, pero que no puede ser visto desde aquí. Con profundo sentido dice la doctrina cristiana: El que no ama á su hermano viéndole, ¿cómo podrá amar á Dios sin verle? Lo cual, aplicado á nuestro caso, querría decir: quien no puede amar al mundo, porque no ve en él justicia alguna, ¿cómo podrá amar otro mundo, del cual le dicen que es mejor, pero en el cual no ve absolutamente nada? El fortalecer á los niños en sus sufrimientos y privaciones con promesas que nunca podrán realizarse, por muy larga que sea su vida, es, en todas partes, perturbar sus creencias en la justicia. Y esta comparación pudiera todavía aplicarse perfectamente á los hombres que, en su inmensa mayoría, continúan siendo niños.

»Cuando no se había generalizado todavía la creencia en la inmortalidad, existían instituciones

políticas y sociales que, en mayor ó menor escala, practicaban sobre la tierra la justicia, en lo que á la distribución y remuneración del trabajo se refiere; tal sucedía, por ejemplo, entre los antiguos judíos, griegos y eslavos y, en general, en casi todos los pueblos dedicados á la agricultura y al pastoreo. Pero tan pronto como se extendió por el mundo el maldito derecho romano y, con él, la doctrina cristiana sobre la inmortalidad del alma humana, han ido desapareciendo poco á poco del mundo todas las instituciones sociales y políticas que, de alguna manera, compensaban las injusticias de los hombres.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 17.)

«Tal doctrina no puede ya tener por objeto la felicidad genuinamente cristiana, según la cual los bienaventurados, semejantes á los ángeles, entonan por toda la eternidad himnos y cánticos de alabanza en honor de Dios. Esta aburrida felicidad sería realmente insoportable.» (Douai, ídem, íd., 23.)

El señor Douai no tiene para qué preocuparse sin necesidad alguna; por lo visto no le amenaza á él esta felicidad aburrida.

Por lo demás, la felicidad eterna consiste en el ejercicio más noble y elevado de las más altas facultades humanas, el entendimiento y la voluntad, y en la mayor perfección corporal y espiritual del hombre que pueda imaginarse. La idea de la holgazanería de los bienaventurados es sencillamente imbécil, y totalmente disparatada la de que perturba el sentimiento de la justicia la creencia,

según la cual habremos de dar cuenta de todas nuestras acciones á un Dios poderoso y justiciero.

Esta misma blasfemia se encuentra en Guillermo Morris: «¡El cielo!, decía él; ¿os gusta el cielo, verdad?..... ¡Pues á mí no! Yo creo que se puede pensar en otra vida más agradable que la de entonar aleluyas, sentado sobre una vaporosa nube.» (Guillermo Morris, *Neues aus Nirgendland*, 214.)

También la poesía ha exteriorizado naturalmente el odio de la democracia socialista contra la religión. Un compañero, Krasser, *canta* así en el *Declamador democrático socialista*: «Mientras un sacerdocio de tenebrosas ideas separe á los hombres en la vida y en la muerte, y se anatematice y condene todo pensamiento libre eternamente y por honor de Dios; mientras la escuela envenene las almas con absurdos y quimeras, y se ahogue el espíritu libre de la infancia con las podridas emanaciones del misticismo; mientras el sacerdote brille con apariencias de santidad, será imposible que la verdad prospere en el mundo.» (*Sozialdemokratische Deklamator*, 11.)

En este mismo libro pueden escogerse en abundancia análogos ejemplos (1). Hasta la fiesta más hermosa del Cristianismo, la de Nochebuena, les da pretexto para pronunciar blasfemias inmundas. Así en la *Marsellesa de Nochebuena* se dice: «No esperes, como los antiguos, que una estrella mila-

(1) En la pág. 100 hay una poesía tan bárbara y grosera que no nos atrevemos á copiarla.

grosa te guie á la choza del Salvador: otro es el significado de la leyenda; levanta tu mirada y verás el claro resplandor de la estrella del socialismo: tú mismo eres tu salvador, y tu merada es la choza del Salvador.» (Kegel, *Sozialdemokratisches Liederbuch*, 81 y siguientes.)

Bebel no temía citar el 3 de Febrero de 1893 en pleno Parlamento alemán los cínicos versos de Heine: «Para todos los hijos de los hombres hay en este mundo pan en abundancia y rosas y mirra y belleza y goces y confites; dejemos el cielo para los ángeles y para los gorriones.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 35.)

En las páginas 471 y 44 de *La mujer* y de *Nuestro ideal*, respectivamente, se repite la misma cita; por lo visto, el gran Bebel sentía predilección especial por estos desolados versos de un genio decadente, que revelan todas las arrogancias del escarnio y todas las estrecheces del odio.

Así se lleva á cabo, sin decirlo, lo que Marx quería manifestar en su programa democrático-socialista. El socialismo procura por todos los medios que están á su alcance, *arrancar de las conciencias todo fantasma religioso.*





CUARTA PARTE

LA DEMOCRACIA SOCIALISTA Y LA MORAL

I

FUNDAMENTOS DE LA MORAL DEMOCRÁTICO-SOCIALISTA

a) Moral sin Dios.

Los actuales sistemas de moral no están, por falta de elevación, en armonía con los progresos de la ciencia. La moralidad de los demócratas socialistas debe ser más noble y, sobre todo, más eficaz que la predicada por cualquiera de las religiones existentes.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 31.)

Desgraciadamente no todos los compañeros parece que han escalado todavía las escarpadas alturas de la *más noble y eficaz* moralidad democrático-socialista. Durante el imperio de la *Commune* socialista en París, el compañero Lyaz tomó posesión del asilo de huérfanas de Eugenio Napoleón en 29 de Abril de 1871, el cual estaba destinado espe-

cialmente á la educación de obreras jóvenes. Se expulsó inmediatamente á las monjas, y siguieron en él un centenar de doncellas. Es sencillamente inconcebible lo que en esta casa hicieron los socialistas para quienes la moral cristiana no es suficientemente noble y eficaz, según consta en las actas correspondientes. Al regresar las monjas, se habían quedado ciegas cinco muchachas, había varias que estaban agonizando, y 25 estaban inundadas de sífilis. La descripción detallada de todo esto puede verse en la obra del académico Máximo Camp, *Las convulsiones de Paris*, en la que se hallan comprobados con textos de las actas oficiales éstas y otras infamias realizadas por los individuos de la *Commune*. Lo cual no es obstáculo para que las batallas de la democracia socialista contra la religión y la moral del catecismo, tengan por objeto principal la mayor nobleza y dignificación de la moralidad: «Aceptamos desde luego los insultos de los clericales y nos declaramos francamente ateos. Si el ateísmo consiste en negar su religiosidad, negamos á su religión la nota de la moralidad. No es ciertamente porque así lo exijan los intereses de nuestro partido socialista por lo que nosotros combatimos la moral de las confesiones en nombre de una más alta moralidad; antes bien, lo hacemos en representación de la cultura y para destrozár á sus opresores los sacerdotes del culto.» (*Neue Zeit*, 1891 y 1892, 22, 689 y siguientes.)

Son distintos los atributos de la noble moral socialista; es independiente de Dios y de la reli-

gión, no radica en la libertad de la voluntad humana y no admite recompensa alguna en la otra vida.

«Ya en tiempos antiguos, cuando la religión no había llegado todavía á su edad de oro, se creía generalmente que no había moral sin religión, y no faltan en la actualidad algunos antediluvianos de cerebro suficientemente obtuso para hacer semejante afirmación.» (Stern, *Halbes und ganzes Freidenkertum*, 17.)

También Bebel enseña á estos antediluvianos de cerebro estrecho que entre la moral y Dios no existe relación alguna: «La ética y la moral subsisten sin religión; únicamente los imbéciles ó los hipócritas pueden sostener lo contrario. La ética y la moral son la expresión de conceptos que regulan las relaciones y acciones de los hombres entre sí, y la religión abarca las relaciones de los hombres con seres sobrenaturales. Pero la religión, como las ideas morales, depende del estado social de los hombres. El caníbal considera como altamente moral la antropofagia; la esclavitud era cosa muy moral para griegos y romanos; para los señores feudales de la Edad Media lo eran igualmente la dependencia y la servidumbre personal, y los capitalistas modernos tienen por muy moral el salario miserable, la explotación de la mujer y la desmoralización de los niños por medio de los trabajos industriales. Cuatro estados sociales y cuatro criterios morales, en ninguno de los cuales, sin embargo, resplandece un concepto noble y elevado de la moral. El es-

tado de mayor elevación moral es, indudablemente, aquel en que los hombres son libres é iguales, y en el cual todas las relaciones humanas están reguladas por el principio de «lo que no quieras para ti no lo quieras para los demás.» En la Edad Media se estimaba al hombre por su alcurnia y origen; en la actualidad se le aprecia por sus riquezas; en el porvenir se le apreciará por ser hombre, y el porvenir será el socialismo en acción.» (Bebel, *Die Frau*, 446.)

«Determinados criterios morales surgen espontáneamente donde quiera que los hombres viven en sociedad. Su cooperación en los fines sociales les obliga á someterse á un Código que se traduce en fórmulas externas, en armonía con su estado de cultura. La causa de que los hombres unidos por los vínculos sociales castiguen el hurto, el homicidio, el asesinato y los delitos públicos, es la reciprocidad de sus intereses, porque sin estas limitaciones serían completamente imposibles el trato y la convivencia social. En consecuencia, estas reglas fundamentales de la moral no son sino otros tantos principios jurídicos que las relaciones sociales producen necesariamente, y en todas partes constituyen la base de toda concepción jurídica y religiosa, íntimamente enlazada la una á la otra en todos aquellos pueblos que han admitido la propiedad individual y que tienen por necesidad lógica intereses contrapuestos.» (Bebel, *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 5.)

La moral no tiene su origen en los preceptos

divinos; antes bien, lo que ya era previamente aceptado como moral, se ha atribuído posteriormente á la voluntad divina: «Lo único importante que las apariencias religiosas de nuestra época progresiva tienen de común con el catecismo, es el supuesto orden moral del mundo. Vosotros, sin embargo, tenéis el presentimiento claro de que también la moralidad puede sostenerse sobre una base puramente terrena, y de aquí que se haya ido destacando y haciéndose mas visible cada día esta trabazón lógica de las ideas. Tan pronto como se reconozca que la moral no tiene sus raíces en las manifestaciones de la voluntad divina, sino que, por el contrario, se ha ordenado como mandamiento divino lo que ya formaba de antemano el contenido moral, tan pronto como nos hayamos convencido de que la moral es más antigua que el Eterno, perderá la Iglesia su último baluarte:» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 26.)

La ley ética, en su esencia, no es más que un instinto animal: «La ley moral no es, en el fondo, más que un instinto animal. De aquí la misteriosa naturaleza de esta voz íntima que nos une á todos sin impulso alguno externo, y sin la intervención de intereses materiales y visibles; este genio ó deidad, que todos los moralistas, desde Sócrates y Platón hasta Kant, han sentido en sí mismos, les ha impedido derivar la ética del amor á sí mismos ó del placer propio y personal. Ciertamente que es un impulso misterioso, pero no más misterioso que el amor sexual ó maternal, que el deseo de la pro-

pia conservación, que la naturaleza íntima de nuestro organismo y que tantas otras cosas pertenecientes al mundo de los fenómenos y que nadie considerará como productos de un mundo sobrenatural.» (Kautsky, *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, 63.)

Este instinto no es algo superior; su naturaleza es igual á la de los instintos inferiores y más vulgares. «La ley moral puede falsear nuestros conocimientos como otro instinto cualquiera. Ni engendra sabiduría ni es un producto de ella. Lo que en nosotros suele ser tenido por más elevado y divino, es exactamente de la misma naturaleza que lo más vulgar y diabólico que en nosotros pueda hallarse.» (Kautsky, ídem, íd., 66.)

Por consiguiente, la ley moral democrático socialista más *elevada*, más *noble* y, sobre todo, *más eficaz*, que los anteriores sistemas de moral, no es tampoco más que un instinto de nuestra naturaleza animal.

Muchos materialistas ponderan con entusiasmo la ley moral, independiente de toda creencia religiosa. La explicación no es difícil. La ley moral natural es obra de Dios, como lo es la naturaleza misma; es la voluntad del Creador, expresada y manifestada ya por el hecho real de la creación. Dios no ha derogado esta ley natural moral por medio de la ley positiva, sino que la ha perfeccionado y sancionado. Así se explica sencillamente el hecho de que muchos preceptos morales sean aceptados igualmente por los incrédulos y por los creyentes.

b) Moral sin libertad y sin responsabilidad.

Negada la existencia del mundo espiritual, cae también por su base la libertad de la voluntad humana. Si todo es materia, si el supuesto espíritu del hombre es únicamente un fenómeno ó manifestación de la materia, debe estar también sujeto á la acción necesaria de las leyes que regulan el desenvolvimiento de la naturaleza material. En el supuesto material, la voluntad libre es inconcebible, luego no existe (!). Ciertó que con la misma razón podría también despojarse al hombre del entendimiento, que es, en la materia pura, tan inconcebible y absurdo como la misma libertad (!).

La elevada y noble moral democrático-socialista no necesita el consurso de la voluntad libre: «Como toda otra modalidad, como todo otro fenómeno natural, la voluntad humana está también sujeta á la ley de la causalidad. Es un puro concepto el que los hombres crean que depende totalmente de su voluntad el decidirse á obrar en un sentido ó en otro, porque la voluntad no es más que un impulso ó requerimiento consciente. Pero este requerimiento se identifica en absoluto con el instinto de la propia conservación (esfuerzo ó tendencia en busca de un mayor bienestar).... Por necesidad natural busca el hombre lo que aumenta su bienestar y huye lo que disminuye su felicidad. En el conflicto de apetitos y deseos vence siempre el más intenso. El más claro conocimiento únicamente altera la fuerza con que nos solicitan nuestros instintos, en

cuanto impulsa los apetitos ó deseos latentes hacia aquello que mejor se adapta y corresponde á nuestro bienestar.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 24.)

Douai, con su modestia habitual, agrega: «Los hombres de entendimiento más penetrante han escrito gruesos volúmenes sobre este concepto abstracto de la libertad, sin que hayan conseguido explicar su verdadera naturaleza. En pocas palabras vamos á exponer esta cuestión con claridad suficiente, para que se penetren bien de ella todos los hombres pensadores.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 24.)

Véase la deseada claridad: «El hombre está organizado ó, mejor dicho, se ha desenvuelto en el transcurso de la historia en forma tal, que por una tendencia irresistible se ha imaginado que todas aquellas acciones que realizaba sin ser á ello obligado de una manera concreta, eran la expresión de su propia voluntad libre, la cual hubiera podido omitirlas ó realizar acciones totalmente opuestas ó distintas con la misma facilidad, y á eso, que él consideraba como mérito ó demérito personal suyo, hemos dado nosotros el nombre de conciencia.» (Douai, ídem, íd., 25.)

Pero esta libertad es puramente fantástica. «Esta imaginación es necesaria, porque el hombre es un ser consciente.... Ahora bien; que su libertad es puramente imaginativa, resulta evidente, porque no depende de él ni el nacimiento (!), ni la educación (!), ni la asistencia y los cuidados que necesita (!), etc.» (Douai, ídem, íd., 25.)

Y agrega que como la estadística podría indicar anticipadamente y con bastante exactitud el número de nacimientos, suicidios, crímenes, etc., de cada mes, deduce de todo ello que «cuando leyes tan sutiles han influido tan profundamente en la esfera de las acciones humanas, que, al parecer, proceden de la voluntad libre, si las nuevas investigaciones históricas demuestran cumplidamente, que toda la evolución histórica de la humanidad y de cada uno de los pueblos puede explicarse perfectamente por medio de leyes, que, como todas las leyes naturales, se cumplen sin preocuparse para nada de la voluntad individual, ¿qué quedará entonces de la libertad del hombre?» (Douai, ídem, ídem, 26.)

No obstante, todavía subsiste algún pequeño residuo de libertad: «En consecuencia, si se insiste todavía en llamar libre al hombre, puede hacerse así como para dar á entender que está sometido en absoluto al imperio de las leyes naturales, las cuales pueden limitarse y modificarse en todo caso por intervención de las leyes que gobiernan la naturaleza humana, pero entiéndase bien que el hombre nada puede contra ellas ni por encima de ellas. Todo individuo será, pues, libre, en cuanto eleve á un grado superior las leyes naturales que actúan sobre él.» (Douai, ídem, íd., 30.)

Por consiguiente, el hombre puede perfeccionar y elevar por sí mismo las fuerzas propias que actúan sobre él; pero una vez que se haya elevado, estas y todas las demás fuerzas se desarrollan y

funcionan nuevamente de un modo necesario impuesto por la naturaleza. Douai supone naturalmente, partiendo de este hecho, la libertad de la voluntad; ¿pero qué importan una ni dos contradicciones? «Ésto (la elevación á un grado superior) se realiza gracias á los mártires del progreso, que descubren las verdades desconocidas á costa de sus riquezas, de su tranquilidad y de su vida. Ello se verifica por el fiel y constante cumplimiento del deber, que no obtiene recompensa alguna en la tierra, cuando el educador de sí mismo robustece las energías de su voluntad en ensayos de toda clase y, para obtener la victoria y llegar al dominio absoluto de sí mismo, vence sus apetitos y pasiones de suerte que pueda refrenarlos en cualquier instante.» (Douai, ídem, íd., 80.)

¡Pero el que puede dominarse á sí mismo y refrenar totalmente sus pasiones, no está sometido, por lo menos, en todas sus acciones á las leyes de la naturaleza que actúan fatalmente! De otra suerte acabaría con el dominio de sí mismo antes de empezar. Y si el hombre es libre en cuanto puede elevar á un grado superior las leyes naturales que actúan en él, ¿por qué no ha de serlo también en otras cosas? O es libre en uno y otro caso, ó no lo es en ninguno.

Es, además, maravilloso que el hombre se considere libre no siéndolo realmente. ¿Será también forzoso que se imagine ser libre? De ningún modo, porque no caben falsas imaginaciones. Un error jamás puede ser necesario y conveniente para toda

la humanidad. En consecuencia, debemos llevar al ánimo de todo el mundo el convencimiento de que no es libre ni puede ser por supuesto responsable de sus acciones; doctrina que si es verdadera, deberá resistir las pruebas de la verdad y dar magníficos resultados. La moral consiste en las leyes naturales que actúan de un modo necesario, y todas ellas son buenas y excelentes. La distinción entre lo bueno y lo malo no puede sostenerse científicamente. Dietzgen deduce esta última consecuencia con honrada sinceridad:

«Tan inadmisibile es para la ciencia la distinción entre lo meritorio y lo delictivo, como para la biología la diferenciación de lo bueno y de lo malo. Todas las cosas y todas las cualidades de las cosas son útiles y aprovechables, puras é impuras, amor y odio, goce y renunciación, todo en absoluto es relativo más ó menos, según el tiempo y las circunstancias.» (Dietzgen, *Die Religion der Sozialdemokratie*, 33.)

Como no se le ha ocurrido á ningún hombre establecer una distinción entre el bien y el mal físico, únicamente puede discurrirse sobre el bien y el mal moral. En tal caso, no tendrían los socialistas necesidad alguna de insistir con tanta tenacidad en el deber de ejercitarse en la virtud. Todo lo que hagan será bueno, y á mayor abundamiento, la responsabilidad es pura imaginación, porque todos estamos bajo el imperio de las leyes naturales.

Pero bueno será advertir que esta alta moral científica que no admite la libertad del hombre ni

la distinción entre lo bueno y lo malo, es del uso exclusivo de los demócratas socialistas, porque de otra suerte, sería incomprensible que día tras día se desataran furiosos contra la *degradación moral* de las clases dominadoras. Porque ¿qué culpa tienen los pobres burgueses si se hallan bajo el imperio irresistible de las leyes naturales y no hay diferencia alguna entre lo bueno y lo malo?

Por supuesto, que los compañeros socialistas admiten siempre en la práctica la libertad de la voluntad que niegan en teoría: ni puede suceder de otro modo. Por esto la radicalísima compañera Zetkin decía á la asamblea del partido celebrada en Mannheim: «Vosotros diréis probablemente: somos producto del medio en que vivimos y nada podemos contra las barreras espirituales y materiales que nos impiden trabajar con habilidad y energía en la educación de nuestros hijos y en el perfeccionamiento de nuestra propia educación. Pero debo advertiros que estáis en un error, porque eso no es materialismo histórico, sino un fatalismo enervante. ¿Quién os ha dicho dónde están los límites que no podéis rebasar? Debéis procurar llegar hasta donde alcancen vuestras fuerzas. La concepción fatalista olvida por completo que es la voluntad un factor que puede modificar el medio. Este fatalismo es un cómodo cojín para todos los cobardes, degenerados y escépticos. (*¡Bravo!*)» (*Protokoll des Parteitages, Mannheim, 356.*)

c) La Moral sin sanción en la otra vida.

La dignidad de la moral democrático socialista rechaza finalmente toda recompensa y castigo «que no lleve consigo la acción que se realiza». «La moralidad excluye de las acciones humanas toda recompensa y todo castigo que no vaya incluido en la misma acción. Únicamente el bien puede ser la recompensa de sí mismo, y únicamente el mal puede ser el castigo de sí mismo. La razón es sencilla; no debe practicarse el bien para obtener una recompensa, sino porque es bueno en sí; ni debe omitirse el mal para evitar el castigo, sino porque es malo en sí».

«La naturaleza humana está dispuesta en forma tal, ó se ha organizado en el prolongado transcurso de su autoeducación moral de tal suerte que todo lo bueno halla en sí mismo suficiente recompensa y todo lo malo suficiente castigo, y ésto de un modo tan eficaz como no podrían hacerlo ninguna legislación humana en esta vida ni ninguna institución divina en la otra. Esta justicia se realiza, de una parte, en la conciencia misma del autor y, de otra, en su mejor estado de salud corporal, y se complementa con el juicio que forman la mejor parte de sus contemporáneos y sucesores. La conciencia de haber obrado bien, compensa las deficiencias é injusticias de la gratitud y del reconocimiento por parte de nuestros semejantes: la conciencia de haber obrado mal, nos aflige mucho más de lo que pu-

diera imaginarse cualquier profano desconocedor de estas materias (1).

Las privaciones y los sufrimientos inmerecidos dan al paciente energía suficiente para soportarlos, y los goces y alegrías inmerecidos no pueden disfrutarse placenteramente. No es posible saborear las delicias de la comida, de la bebida y del descanso, si antes no nos hemos puesto en condiciones por medio del trabajo y de la sobriedad, y es cosa sabida que el aburrimiento, el hastío de la vida y la indiferencia en los placeres son la consecuencia inevitable de todos los excesos. El exceso de las pasiones y de los goces pierde su atractivo porque embota los sentidos, y son acompañamiento obligado de una vida sibarita el asco, el arrepentimiento ó el agotamiento de las energías vitales. ¿Dónde estaría el progreso humano si no hubieran iluminado el ideal de los pensadores las protestas constantes contra el mundo exterior? Estos pensadores serían los que, en último término, pudieran reclamar á Dios una recompensa en la otra vida por su buena conducta en este mundo.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 19 y siguientes.)

Parecería natural que, después de estas maravillosas consideraciones y repugnantes blasfemias contra Dios, el *pensador* Douai inclinara solemnemente su cabeza y dijera: nosotros, los demócratas socialis-

(1) Si la voluntad no es libre y el hombre obra siempre con sujeción á las leyes físicas, ¿qué sentido puede tener la conciencia falsa y puramente fantástica de haber obrado justa ó injustamente?

tas, dejámos desde ahora para vosotros, inútiles capitalistas, la «conciencia de haber obrado injustamente», el «aburrimiento», el «hastío de la vida» y la «indiferencia en los placeres» y nos damos por satisfechos con que nuestro rudo trabajo obtenga únicamente la íntima recompensa conquese el bien se recompensa á sí mismo. Esta satisfacción interior nos recompensa suficientemente, y el remordimiento ó castigo interior es también para vosotros un castigo suficiente. Sin embargo, no lo hace así: «En todo caso, falta todavía sobre la tierra una cosa, para que sea completa la recompensa del bien y del mal, á saber: una sociedad humana justiciera, para que los méritos y las recompensas estén perfectamente equilibrados.» (Douai, ídem, íd., 20.)

¡Luego el trabajo debe recibir el premio merecido! Douai considera este premio como una recompensa propia y obligada, porque constituye naturalmente un estímulo poderoso para el trabajo. Ahora bien; así como la naturaleza del trabajo requiere forzosamente el estímulo de la recompensa, la requiere igualmente la virtud por su propia naturaleza, y aun puede asegurarse que son mucho más íntimas y profundas las relaciones existentes entre la virtud y el premio, que las que ligan el trabajo con el salario.

Pero Douai hace caso omiso de toda suerte de contradicciones y continúa declamando: «Teniendo en cuenta que la autoeducación moral de la humanidad, á pesar de todas las religiones, ha progresado en forma tal que casi todas las acciones encuen-

tran en sí mismas una recompensa suficiente y adecuada, es de suponer que no se hará esperar mucho una transformación social en el sentido de una justicia más perfecta. Entre la sanción impuesta por los dogmas religiosos, y los premios y recompensas que en sí misma contiene la vida de los hombres, hay la misma distancia que separa las comedias de arlequín de los artísticos dramas actuales. Muy pronto será considerada esa sanción religiosa como un ridículo capricho del espíritu infantil de la humanidad.» (Douai, ídem, 20.)

El mismo pensador, que con tanta animación describe los maravillosos resultados de la *autoeducación* y de la *autorecompensa*, dice cinco páginas antes: «Únicamente la lucha implacable por la existencia llena las páginas de la historia, hasta que, por último, ha aparecido una raza á cuyos destinos se ha unido inseparablemente la causa del progreso; pero en las entrañas de esa raza latén todavía las guerras de unos pueblos contra otros, las discordias religiosas y la lucha de clases, y va disminuyendo constantemente el número de los campeones que luchan denodadamente en favor de la humanidad. Probablemente será mucho más fácil y hacedero el exterminar las nueve décimas partes de la humanidad, que no han entrado todavía por las sendas del progreso, que el obligarlas á caminar por ellas.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 15)

A un hombre que con tan arrogante soberbia se abofetea á sí mismo, no debe parecerle muy

mal la ruda expresión de las comedias de arlequín.

Los que admiten una existencia espiritual eterna como premio ó castigo de sus actos, son, en realidad, los más groseros materialistas. En cambio, los materialistas que identifican el fin del hombre con el del perro, son los más generosos idealistas que imaginarse puede. Bebel ha sido el afortunado inventor de este descubrimiento maravilloso: «El hombre es egoísta; no comprende la existencia del mundo si no redundando en beneficio suyo y, en consecuencia, su vida debe ser eterna para que pueda disfrutar más del mundo, y, ya que no le sea posible obtener la inmortalidad en esta vida, se crea la perspectiva de una inmortalidad en la vida futura. Desde el punto de vista del egoísmo humano, es ésta simplicísima lógica tan sugestiva y natural que no debemos asombrarnos de que tales doctrinas encuentren numerosos creyentes. Esta especulación sobre una vida futura transcendental no es, en el fondo, más que un rodeo y circunloquio para exteriorizar el deseo egoísta de vivir eternamente. Los idealistas transcendentales son los más groseros egoístas.» (Bebel, *Mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 30.)

La doctrina del Cristianismo acerca de la futura felicidad eterna es, en su esencia, una doctrina egoísta; los judíos se mantienen igualmente tan afeerrados á su religión porque son unos egoístas refinados: «El egoísmo de la felicidad cristiana viene á identificarse en la práctica con el egoísmo material de los judíos; las necesidades celestiales se con-

funden con las terrenas y el subjetivismo con la codicia. Nos explicamos perfectamente la tenacidad de los judíos, no por su religión, sino por el lastre humano de ella, por los intereses de la vida práctica, es decir, por el egoísmo.» (Liebknecht, Karlos Marx, *zum Gedächtnis*, 5.)

La conciencia de un aniquilamiento eterno es, precisamente, lo único capaz de quebrantar el egoísmo: «Nada menos á propósito que la conciencia de un aniquilamiento para producir aquella cruda máxima: «Comamos y bebamos, que mañana moriremos». Antes, por el contrario, es la más eficaz para quebrantar total y definitivamente el poder del egoísmo, del cual estamos todos saturados. Ella despoja al alma del egoísmo con sus tormentos y preocupaciones y la eleva á la región pura y placentera del sentimiento colectivo.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 66.)

¡A la región pura y placentera del sentimiento colectivo! Muy bellamente dicho, pero, desgraciadamente, no parece que todos los materialistas estén dispuestos á emprender este elevado vuelo de águila. Los verdaderos epicúreos son, por regla general, gentes que no suelen creer ni en la vida ni en los premios ó castigos eternos.

d) Fundamentos positivos de la moral.

¿Cuál será, pues, el fundamento de una moral sin Dios, sin libertad y sin inmortalidad? La respuesta no puede ser más sencilla: se basa en las re-

laciones económicas. La fundamental ley de Marx acerca de las relaciones económicas, como fundamento de toda clase de relaciones, sirve igualmente para el orden moral: «Al observar cómo las tres clases de la sociedad moderna, la aristocracia feudal, la burguesía y el proletariado, tienen cada una su moral especial, podemos deducir lógicamente que los hombres, consciente ó inconscientemente, derivan en último término sus concepciones morales de las relaciones prácticas en que se basa la organización por clases, es decir, de las relaciones económicas en que se desenvuelven la producción y el comercio.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 89.)

Si esto fuera cierto, los esclavos y desheredados de la Persia y de la Asiria, de Grecia y Roma, de la India y de la China, hubieran debido tener una doctrina moral completamente distinta de la que tuvieron sus amos y señores; pero la historia atestigua todo lo contrario, y lo mismo ha sucedido también en todos los pueblos que han aceptado el Cristianismo.

La base fundamental de la ley moral es la evolución gradual, por medio de la que el hombre desciende de los animales: «Nosotros no derivamos la ley moral de la naturaleza simplemente, sino de la naturaleza humana y de la manera cómo ésta ha ido destacándose de la naturaleza animal por medio de una lenta evolución, adquiriendo la estación y la marcha bípedas y el lenguaje, y ennoblecendo y perfeccionando la raza.» (Douai, *Wider Gottes-und Bibelglauben*, 45.)

La ley moral no es sino un instinto social que ha surgido en nosotros al impulso de la lucha por la existencia: «La ley moral no es ni más ni menos que un instinto animal. De aquí la misteriosa naturaleza de esta voz que nos une á todos sin ningún lazo exterior y sin ningún interés visible. Ciertamente que es un impulso misterioso, pero no más incomprensible que el amor sexual y maternal, que el instinto de la propia conservación, que la naturaleza de nuestro organismo y que tantas otras cosas. Precisamente porque la ley moral es un instinto animal de idéntica naturaleza que el instinto de la propia conservación y de la procreación, son tales su fuerza y empuje, que sin vacilar la obedecemos todos y juzgamos rápidamente en cada uno de los casos si una acción es buena ó mala, virtuosa ó pecaminosa. A esa circunstancia se deben la decisión y energía de nuestros juicios morales y la dificultad de hallar una explicación satisfactoria cuando la razón empieza á descomponer las acciones y á examinar el fundamento de ellas. En este caso se llega irremisiblemente á la conclusión de que comprenderlo todo es perdonarlo todo, que todo es necesario y nada es bueno ni malo.»

«No es seguramente de nuestra facultad de conocer, sino de nuestra vida instintiva, de donde proceden la ley y el juicio moral, el sentimiento del deber y la conciencia.» (Kautsky, *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, 63.)

El compañero Gorter sabe perfectamente cómo se ha desarrollado este instinto: «Los instintos so-

ciales se han desarrollado en aquellos animales que, empujados por la lucha por la existencia, tienen necesidad de convivir en grandes ó pequeñas sociedades, como algunos carnívoros, muchos herbívoros, entre los cuales figuran los rumiantes y varias especies de monos. El hombre pertenece también á estas especies, porque únicamente ha podido conservarse en la naturaleza, viviendo en sociedad y formando manadas ú hordas, y por esta circunstancia se han desarrollado en él los instintos sociales.» (Gorter, *Der historische Materialismus*, 78.)

«Pero estos instintos sociales no son otra cosa que las más elevadas virtudes, cuya comprensión constituye la ley moral.» (Gorter, *id.*, *id.*, 79.)

No hay, por consiguiente, ninguna moral definitiva: «Nosotros rechazamos toda pretensión de que se nos imponga dogma alguno moral como eterno, definitivo é inmutable, con el pretexto de que el mundo moral tiene sus principios permanentes, que subsisten á través de la historia y de las diferencias de raza.» (Engels, *id.*, *id.*, 89.)

La supuesta ley moral está sometida por ley necesaria de la naturaleza á constantes transformaciones. «Estas relaciones de clases, propiedad y producción (la sociedad, en una palabra), determinan y fijan la conciencia de los hombres, es decir, sus concepciones jurídicas, políticas, morales, religiosas, filosóficas, artísticas, etc. La técnica se desenvuelve también constantemente, y del mismo modo se transforman sin cesar las fuerzas produc-

tivas y las relaciones y condiciones de la producción, la propiedad y las clases sociales.

»Luego la conciencia humana, las concepciones y representaciones del hombre sobre el derecho, la política, la moral, la religión, la filosofía, el arte, etc., se modifican también en armonía con las condiciones de la producción y las energías productoras.» (Gorter, *Der historische Materialismus*, 23.)

Todavía no puede saberse á punto fijo cómo habrá de representarse la tan ensalzada moral democrático-socialista, porque «á causa de la oposición de clases y de los recuerdos que ella suscita, no es posible una moral positivamente humana más que en una organización social en que no solamente haya desaparecido la lucha de clases, sino que se haya olvidado también en la vida práctica.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 90.)

Después de hacérsenos la boca agua con una moral tan elevada y excelente, resulta que á la hora en que estamos ¡no se sabe todavía en que habrá de consistir!

Tal vez no se oponga Engels á que nosotros saquemos una consecuencia. ¿Cómo se formulará la ley suprema de la moral futura, cuyo último fundamento son las condiciones ó relaciones económicas de la producción? Poco más ó menos, forzoso será que diga: produce cuanto puedas y consume cuanto te sea posible, sin estropear el estómago ni tropezar con tus compañeros de consumo. La fórmula no puede diferenciarse mucho

de ésta. En todo caso, dista bastante de la ley suprema é incomparablemente más elevada de la moral cristiana: amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á ti mismo.

El imperturbable Bebel nos da una definición de la moral, basada en los principios filosóficos de Marx y de Engels: «Es moral lo que está conforme con la ética y ésta á su vez es lo que está en armonía con la más íntima naturaleza, es decir, con las necesidades sociales de un período determinado.» (Bebel, *Die Frau*, 17.)

Todas las cosas bellas como la antropofagia, el infanticidio, la esclavitud, la explotación del trabajador, etc., fueron morales cuando estuvieron en uso y respondieron á las necesidades económicas de la época. Especialmente, la esclavitud fué altamente moral, porque «no debemos olvidar que á toda nuestra evolución económica, política é intelectual precedió un estado en el cual la esclavitud fué aceptada del mismo modo, como universal y necesaria.» (Engels, *íd.*, *íd.*, 189.)

Stern sigue otro camino que en definitiva nos conduce al mismo punto de término: «El último fin de la voluntad es el placer, ó para evitar el sabor epicúreo de la palabra, la comodidad, el bienestar físico..... La inteligencia rudimentaria del niño y del animal tienden igualmente al bienestar del momento. La inteligencia desarrollada de los adultos busca el bienestar de toda la vida, la felicidad; pero la forma más elevada del entendimiento, la razón, encamina sus esfuerzos hacia las distintas

especies de placer adecuadas á la naturaleza del hombre; su aspiración suprema es la felicidad, y sobre ésto se extiende la jurisdicción de la ética y de la moral.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 48.)

Stern no admite naturalmente más que una felicidad terrena. Sus aspiraciones esenciales en el orden moral son «el idealismo contra el materialismo», es decir, que el bienestar físico no debe procurarse á costa del bienestar moral ó de las facultades espirituales; y «la humanidad contra el egoísmo», ó lo que es lo mismo, el deber de trabajar no solamente por nuestra felicidad propia, sino también por la de nuestros semejantes.

Köhler, por el contrario, entiende que en el Estado democrático-socialista desaparecen totalmente «las infundadas fantasías de la moral y del amor al prójimo».

«En el Estado democrático-socialista bien organizado habrá de regularse todo por la ley y por el derecho, por la acción y por la reacción, y todas las influencias sobrenaturales y concepciones fantásticas de la moral y del amor al prójimo serán descartadas como superfluas, precarias y peligrosas.» (Köhler, *Der sozialdemokratische, Staat*, 194.)

Sin duda tiene razón; la moral socialista consiste en el aniquilamiento de toda moral. Dios no ha impreso su ley en el corazón del hombre ni le exige responsabilidad alguna. Según estos señores, ni hay un espíritu divino que pueda imponer obligaciones al hombre, ni un espíritu humano que pueda ser obligado. La libertad, y en consecuencia la

responsabilidad del hombre, son concepciones puramente fantásticas. El hombre está sometido á las leyes necesarias de la naturaleza que no puede contravenir en modo alguno, por lo cual es imposible que haya ningún lazo espiritual que ligue al hombre interiormente, ni deber alguno que pese sobre la conciencia, ni tiene sentido alguno cuanto sobre la moralidad se diga. Es tan absurdo imponer preceptos morales al hombre, como imponérselos á un cartucho de dinamita. Y como la verdad nunca puede ser nociva, sin inconveniente alguno debemos instruir y educar sobre bases científicas á la juventud democrático-socialista, diciendo que no incurre en responsabilidad alguna, por mucho que se revuelque en el fango. No se harán esperar seguramente los dorados frutos de esta altísima y efecísima moral.

No debe olvidarse que esta moral no es producto caprichoso de una fantasía desenfrenada, sino consecuencia lógica y necesaria de la concepción materialista del mundo. La libertad es inconcebible donde no hay ser alguno espiritual y todo es materia. Suprimida la libertad, desaparece también forzosamente la responsabilidad, y sería evidentemente una monstruosa injusticia el pretender imponer al hombre un castigo por actos que no le ha sido posible evitar.

Toda la belleza, elevación y eficacia de la moral sin Dios, se refleja perfectamente en el último número del democrático-socialista *Deklamator*.

Ilustración.

«¡Miguell! ¿Se te ha caído ya la venda de los ojos? ¿No has observado que te arrebatan de la boca las más sabrosas tajadas? En cambio te prometen una confusa alegría celestial allá en las alturas ¡donde los ángeles sazonan sin carne la bienaventuranza! ¡Miguell! ¿Se debilita tu fe ó es más fuerte tu apetito? Toma, pues, la copa de la vida y entona una canción pagana. ¡Miguell! Nada temas y llena bien tu estómago; andando el tiempo nos sepultarán en la tierra y allí podrás hacer tranquilamente la digestión.» (Heine, *Sozialdemokratischer Deklamator*, 110.)

De esta misma altura moral es también otra poesía titulada *Placeres mundanos*: «Soy una partícula de la madre tierra y nada me es indiferente; todavía creo que pasará bastante tiempo hasta que me convierta en ceniza; por esto prefiero descansar dulcemente en un lugar cualquiera, como polvo que cubre la historia del mundo; ni pregunto por los infiernos al diablo, ni me hace falta ir al cielo.» (Kegel, *Sozialdemokratisches Liederbuch*, 89.)

Los dos últimos versos sirven como de coletilla á todas las estrofas.





II

DOCTRINA DEMOCRÁTICO-SOCIALISTA ACERCA DE LA VIRTUD. EL DERECHO Á LA LASCIVIA

Las doctrinas acerca de la virtud experimentarán en el Estado socialista una transformación profunda. He aquí un ejemplo práctico. Dice Liebknecht:

«Cuando en 1871 afirmamos nuestra solidaridad con la *Commune*, declaramos que los comuneros no eran fieras carniceras ni criminales, sino hombres nobles que trabajaban con denuedo por el bienestar y perfeccionamiento de la humanidad.» (*Protokoll des Parteitages*, Halle, 165.)

Ahora bien, la obra citada de Máximo du Camp demuestra con textos oficiales que aquellos *hombres nobles* abusaron del modo más repugnante de 100 pobres huérfanas (v. pág. 185), asesinaron á 66 personas que tenían en rehenes, con saña y crueldad sin igual, é hicieron grandes economías, á pesar del escaso sueldo que disfrutaban, etc., etc. En el lenguaje corriente se dice de tales gentes que son monstruos de abominación; pero en el porvenir

serán considerados como *hombres nobles* que trabajan con denuedo por el perfeccionamiento y bienestar de la humanidad: «Ya se deja entender que París no fué nunca tan virtuoso ni escasearon tanto los crímenes como en la época de la *Commune*. Desaparecieron como por encanto todos los vicios que infamaban la ciudad, durante la corrompida época del Imperio.....» (Jesuah Davidson, 143.)

Los más horrorosos crímenes eran celebrados como acciones heroicas, siempre que se cometieran al servicio del partido. El compañero Kasprzak al ser hecho prisionero en Varsovia, durante el verano de 1904, dió muerte á tres altos empleados de la policía rusa é hirió gravemente á otro; ahorcáronle los rusos y Bebel le «ensalzaba como á un héroe y mártir» en la asamblea de Jena.

«Yo entiendo, ya que se ha quitado la vida á un hombre por el cual nosotros debemos sentir la mayor gratitud y admiración, que no es sólo un deber de reconocimiento sino también de gratitud, el que todos los asistentes á la asamblea se levanten de sus asientos en honor de este hombre, que por nuestra gran causa ha muerto como un héroe y como un mártir, y en honor también de todos los demás hombres y mujeres que mueran en defensa y testimonio de nuestros ideales. (*Todos los presentes se levantan*).» (*Protokoll des Parteitage*, Jena, 358.)

Según las nuevas doctrinas morales, no habrá ley alguna moral que esté sobre el hombre; por el contrario, el hombre estará por encima de todas ellas:

«El evangelio de los tiempos nuevos requiere una transformación completa en nuestra manera de pensar. Según la concepción antigua, la ley era lo primero, lo más excelso y eterno, y el hombre estaba en segundo término. Según la nueva revelación, el hombre será lo primero, lo más excelso y eterno, y la ley será lo secundario, temporal y transformable. Desde hoy no estaremos nosotros al servicio de la ley, sino ésta al servicio nuestro, reformada y acomodada en cada caso á nuestras necesidades. La antigua alianza exigía de nosotros paciencia y resignación en nuestros sufrimientos; la alianza nueva reclâma energía y acción. A la benevolencia sucederá la acción consciente y enérgica. La vieja Biblia se llamaba á sí misma *fe en la autoridad*; el nuevo testamento pone sobre su portada la ciencia revolucionaria.» (Dietzgen, *Religion der Sozialdemokratie*, 7 y siguientes.)

La sensualidad forma parte del destino del hombre, ni más ni menos que el ennoblecimiento espiritual. La sensualidad es también una virtud: «En realidad la tendencia antigua es muy preferible á la de la Edad Media, porque no se horrorizaba de la carne, y la sensualidad estaba incluída entre los fines del hombre, como lo estaban la dignificación y alteza morales, siempre que se limitara en su desarrollo á veces excesivo. De aquí que la sensualidad antigua estuviera exenta de toda frivolidad..... era sencilla, ingenua, pudorosa y aun santa. Por estas razones la era perfectamente desconocido ese horror moral al desnudo que ha embotado en

estos últimos tiempos el sentido para admirar la belleza plástica del cuerpo humano, manifestación estética la más hermosa del universo.» (Stern, *Religion der Zukunft*, 36 y siguientes.)

El hombre es por su origen una bestia; no es, pues, maravilla que proceda como tal: «Debido al origen animal del hombre, no está completamente exento de la bestia, ni es extraño que proceda siempre en mayor ó menor escala y con una diferencia de grado en armonía con su bestialidad ó humanidad.» (Engels, *Dührings Umwälzung*, 97.)

O con mayor propiedad, «el hombre es un compuesto de dos animales—dice Oken en su lenguaje pintoresco;—el animal es doble: terrestre el uno y de luz el otro; el uno sexual, y el otro dotado de sensibilidad.

Este no es más que un animal sexual, expuesto á la luz del sol, es decir, una especie ennoblecida. Es el viviente animal frente al viviente planta ó vegetal.» Y más adelante continúa: «El animal consta de otros dos unidos por el vientre. La masa sexual se aproxima á la masa cerebral.» Oken indica la manera como ésto se verifica, al explicar genésicamente el diafragma. Todo el cuerpo era primitivamente un vientre ó masa. El pecho es propiamente otro cuerpo, que se ha adherido al vientre. La pared formada por la separación de estos dos cuerpos, es el diafragma, que constituía antes la pared ó cubierta exterior del cuerpo. El cerebro del animal terreno ó de vísceras es, á juicio de Oken, el hígado, un cerebro que no piensa, pero que posee

el don del presentimiento, porque en él, dice en su *Filosofía de la naturaleza*, se refleja de nuevo el pensamiento del cerebro. El hígado es un órgano de extraordinaria importancia, un cuerpo verdaderamente divino. Le llama también el *Mesmer* del animal, como órgano que desarrolla su actividad durante los estados del sueño. (*Sozialistische Monatshefte*, 1902, núm. 3 199.)

No hay sino admirarse y llenarse de asombro ante los misterios de esta sabiduría insondable. Así puede explicarse también con suma claridad el origen de los dolores de barriga: proceden de las pependencias, que sostienen los dos animales gemelos. Pero la bestialidad de más relieve es nuestro origen simiesco: «Desde su origen animal, el hombre ha evolucionado á través de los siglos, hasta convertirse en un ser que ha sometido á su dominio la tierra y todas las otras criaturas. No obstante, por todas partes y á todas horas pueden observarse las huellas de su origen animal. La procedencia simiesca del hombre se revela constantemente en todas partes adonde volvamos nuestras miradas: los indicios y las huellas del mono abundan mucho más que los del hombre en todas nuestras relaciones sociales, políticas, intelectuales y estéticas.» (Stern, *Einfluss der sozialen Zustände auf alle Zweige des Kulturlebens*, 39.)

Uno de los más severos mandamientos de la naturaleza es la satisfacción de los apetitos sexuales. «Es un deber que el hombre tiene para consigo mismo y que debe cumplir irremisiblemente, si

quiere vivir sano y desarrollarse normalmente, el no dejar inactivo ningún miembro de su cuerpo ni renunciar á la satisfacción normal de todos sus instintos naturales. Todo miembro deberá realizar las funciones que le ha encomendado la naturaleza, bajo la pena, en caso negativo, de perjudicar á todo el organismo. Las leyes que regulan el desarrollo físico del hombre, deben observarse y cumplirse con la misma escrupulosidad que las que gobiernan su desarrollo espiritual. Las energías espirituales del hombre dependen del estado físico de su organismo. La salud completa de su espíritu está íntimamente relacionada con la salud de sus miembros. Una perturbación cualquiera en una de ellas se refleja necesariamente y con el mismo carácter en la otra. Las necesidades animales son del mismo grado y se hallan en el mismo plano que las necesidades espirituales. Unas y otras son la acción de un mismo organismo, y se hallan influídas recíprocamente. Dicho se está que todo esto debe aplicarse al hombre lo mismo que á la mujer.» (Bebel, *Die Frau*, 96.)

El incumplimiento de este precepto natural nos impone al poco tiempo durísimos castigos. (Bebel, *ídem*, *íd.*, 98.)

La locura y la muerte en medio de los más atroces sufrimientos, son con frecuencia el lamentable resultado de los excesos sensuales; pero eso no es obstáculo para que el impávido Bebel proclame la ley del amor libre: «En la elección amorosa la mujer es igual al hombre y procede con entera libertad

y sin obstáculo alguno. Se desposa ó se deja desposar y formaliza sus contratos, sin otras consideraciones que su propia inclinación. Estos contratos serán convenios puramente privados y sin la intervención de ningún funcionario, como lo era el matrimonio antes de la Edad Media. El socialismo no introduce con ésto novedad alguna; se limita á restablecer en un período de superior cultura y entre las nuevas formas sociales una cosa que existía ya en todas partes en épocas de una cultura primitiva y cuando la propiedad privada no se había establecido todavía en la sociedad.

Si entre dos individuos que han hecho un contrato de éstos, surgen desavenencias, discordias, engaños é incompatibilidades, la moral exige que se disuelva una unión que se ha convertido en unión antinatural, y, por consiguiente, inmoral.» (Bebel, ídem, íd., 475.)

Disfrutan de este derecho hombres y mujeres, chicos y grande. (Bebel, ídem, íd., 477.)

Por consideraciones éticas, los ricos serán despojados de sus posesiones; esto es sencillamente una exigencia de la nueva moral: «Yo os aseguro, compañeros y correligionarios, que el día que estemos en condiciones de llevar á cabo la gran expropiación en Alemania—(está todavía muy lejano)—he de pronunciar en vuestra presencia el más hermoso discurso, para demostraros que la ética y el bienestar general nos imponen el sacratísimo deber de proceder inmediatamente á la expropiación de los ricos. (*Grandes aplausos.*) Conservamos, pues, la

doctrina de la expropiación y no la abandonaremos jamás. (*Estrepitosos aplausos.*)» (Bebel, *Protokoll des Parteitage*, Hannover, 1899, 121.)

La nueva ética rehabilitará también el odio personal, que figurará entre las virtudes. En la *Vorwärts* escribía Kautsky contra Bernstein á principios de Noviembre de 1903: «No necesitamos para nada una moral hipócrita y filistea, que considera el odio como algo rastrero y vulgar. El que no sepa odiar de verdad, es un molusco sin carácter y un cobarde, que se anonada ante el odio de su adversario. Ni queremos las dulzonerías amorosas de los revisionistas, ni las hemos de emplear al combatirlos.»

Si de esta manera se tratan mutuamente los compañeros más cultos, y que representan todavía en nuestra nación la flor y nata de la inteligencia y de la virtud, ¿qué podremos esperar de los demás? En la virtud del odio, los demócratas socialistas han alcanzado indudablemente el grado heroico.

La ultrajada moral burguesa ha impuesto, hasta el presente, el deber de ser veraz, aun con relación á nuestros enemigos, por más que no siempre hayan marchado de acuerdo la teoría y la práctica. Pero la democracia socialista se propone también acabar con estas concepciones filisteas.

El núm. 1.º de la *Neue Zeit* (3 de Octubre de 1903) publica un artículo, reflejo de las doctrinas del partido, el cual contiene, entre otras, las siguientes manifestaciones: «Como hay leyes económicas que rigen toda clase de sociedades, hay también principios morales que no pueden vulnerarse. Uno

de los más importantes entre ellos es el deber de la veracidad para con nuestros compañeros. Este deber no ha sido reconocido para con los enemigos, pero sin él sería completamente imposible la acción común y definitiva entre compañeros de iguales aficiones é ideales. Debe, pues, cumplirse en toda sociedad en que no haya lucha de clases y, dentro de estas clases, entre todos los correligionarios ó compañeros de un mismo partido.» (Gorter, *Der historische Materialismus*, 7.)

En el prólogo á la obra mencionada de Gorter, cita su artículo el mismo Kautsky, no para rectificarlo, sino para remachar más el clavo. Una asamblea socialista celebrada en Hamburgo rechazó la siguiente proposición: «Se invita á la presidencia del partido á declarar en el *Vorwärts*, tan pronto como sea posible, que la moral de partido, según la cual *la veracidad es un deber para con el compañero, pero no lo es para con el enemigo*, no puede ser nunca considerada como principio fundamental de la democracia socialista.» El diputado Metzger la combatió, porque en la guerra todos los medios son lícitos contra el enemigo.

Gorter avanza mucho más, y llega á sostener que no estamos obligados á respetar precepto moral alguno frente á las demás clases sociales: «Únicamente dentro de la clase puede tratarse de reconocer fuerza obligatoria á cualquier precepto moral, siempre que se viva en este ambiente de las luchas sociales; para con las demás clases sociales tienen los más altos mandamientos de la moral tan poco

valor y eficacia como para con el enemigo.» (Gorter, ídem, íd., 83.)

La misma deslealtad puede convertirse en un deber: «El trabajador, en cambio, no engañará ni perjudicará al empresario ó patrono, siempre que pueda; el no engañarle conviene, por regla general, á los intereses de su clase. Pero si éstos exigen la transgresión de los deberes morales, hay que pisotearlos.» (Gorter, ídem, íd., 93.)

Así se explica perfectamente la actitud de la prensa socialista, frente á la sociedad actual. Se exageran todas las injusticias, se propagan difusamente todos los escándalos, verdaderos ó supuestos, y las buenas acciones se pasan en silencio ó se reducen á la categoría de pasatiempos y bagatelas. Según el informe del secretario de Estado, Delbrück, los seguros de los trabajadores ascendieron en 1910 á la respetable suma de 810 millones de marcos. De ellos correspondieron 415 millones á los patronos, 343 á los obreros y 51 al Imperio. Hay que agregar todavía 200 millones más, anuales, según la nueva ley de seguros; pero estas son piltrafas arrojadas á los mendigos! Y no impiden que en todas las asambleas se declame sobre la *fábrica de mentiras de Munchen Gladbach* y sobre la *confederación de las mentiras imperiales*.

¿Qué sucedería si la sociedad burguesa sacara frente á los demócratas socialistas las consecuencias que naturalmente se desprenden de los principios expuestos?

Toda mentira es lícita frente al enemigo: los

compañeros socialistas consideran como enemigas á todas las demás clases sociales; luego la falsedad y el engaño con relación á ellas son no solamente admisibles, sino un deber moral. La consecuencia natural sería que no se diera en adelante crédito alguno á las manifestaciones de ningún compañero, sobre todo, por parte de los Tribunales.

Después de todas estas cosas graciosísimas, se comprende el *moderado* elogio que el materialista Douai hace de las virtudes de los materialistas: «Los radicales incrédulos de nuestros días son hombres más perfectos y morales que puedan serlo los partidarios de la moral eclesiástica. Su ideal moral es más elevado que el de todas las religiones; quieren que la justicia absoluta se realice en la tierra, y prefieren la condenación eterna á figurar entre los escogidos y privilegiados, que se calientan al sol de la única religión verdadera y viven al amparo de los grandes de este mundo.» (Douai, *Wider Gottes und Bibelglauben*, 13.)





III

DIGNIFICACIÓN DEL MATRIMONIO Y DE LA FAMILIA

«El socialismo destruye la cultura, la propiedad, la familia y el matrimonio, claman á voz en cuello los calumniadores, quienes destrozan con todas sus energías todas estas instituciones que el socialismo quiere ennoblecer, elevándolas á un grado superior de perfección.» (Bebel, *Parlamentarische Tätigkeit*, 96.)

En consecuencia, subsiste el matrimonio, pero elevado á mayor grado de perfección; la monogamia dista mucho de ser la forma más perfecta del matrimonio. «La monogamia no aparece en la historia, como la unión del hombre y de la mujer y, mucho menos, como la más elevada forma de esa unión. Por el contrario, se nos ofrece como la dominación de un sexo por el otro y la manifestación de un conflicto sexual, completamente desconocido hasta entonces y durante todo el período prehistórico. La primera lucha de clases que surge en la historia coincide con la evolución del antagonismo en-

tre el hombre y la mujer en la monogamia, y la primera opresión de clases es la opresión del sexo femenino por el masculino.» (Engels, *Ursprung der Familie*, 52.)

El Estado del porvenir acabará naturalmente con esta última dominación: ¿En qué consistirá la forma más elevada del matrimonio futuro? Engels la encuentra en el matrimonio actual del proletariado, que se disuelve sencillamente tan pronto como los cónyuges no pueden soportarse mutuamente: «La mujer tiene positivamente el derecho de separación matrimonial, y en cuanto no pueda soportar al marido, queda en libertad de separarse de él. En una palabra, el matrimonio del proletariado es monogámico en el sentido etimológico de la palabra, pero no lo es absolutamente en su sentido histórico.» (Engels, ídem, id., 60.)

En el matrimonio democrático-socialista no puede oponerse nada á la «libertad del individuo». «El socialismo únicamente podrá restablecer la pureza del matrimonio, como regla general, pero no de una manera absoluta, porque las inclinaciones del hombre son inconstantes y variables y no puede encadenarse en modo alguno la libertad personal, ni aun en esta esfera.» (Stern, *Thesen über den Sozialismus*, 17.)

Por consiguiente, no puede oponerse nada, ni aun el más flojo vínculo moral, «á la inconstancia de las inclinaciones humanas» ni á la «libertad individual». No obstante, estos matrimonios libres son, á juicio de los socialistas, mucho más morales

que los autorizados por la Iglesia ó por el Estado. «La unión matrimonial, sin que hayan precedido la bendición eclesiástica ó la autorización del Estado, ó la vida marital sencillamente, sin que se haya formalizado el matrimonio por haberlo impedido la situación económica, pueden ser, según nuestras ideas, mucho más morales que algunos matrimonios contraídos ante la Iglesia ó legitimados por el Estado.» (*Protokoll des Parteitagcs*, Leipzig, 1904, 470.)

Hemos visto ya cuáles son los liberalísimos propósito de Bebel. El matrimonio obligatorio, es decir, sostenido por ministerio de la ley, fué introducido según él para legitimar las herencias; deberá, pues, desaparecer tan pronto como no haya nada que heredar. «El matrimonio burgués, según hemos demostrado hasta la saciedad, es una consecuencia de la organización burguesa de la sociedad. En estrechísima unión con la propiedad privada y con el derecho sucesorio, se ha implantado para obtener hijos legítimos que puedan ser herederos. Pero en el Estado socialista no habrá patrimonios que heredar, á no ser que se quieran considerar los utensilios caseros y el inventario personal como una herencia de especial valor; pero también, desde este punto de vista, resulta caduca y perecedera la forma actual del matrimonio. De esta suerte resultará ociosa la cuestión relativa al derecho sucesorio, que el socialismo no tendrá necesidad alguna de abolir. Suprimida la propiedad individual, no hay derecho sucesorio posible.» (Bebel, *Die Frau*, 478.)

Los matrimonios formalizados quedarán también libres de toda traba legal, es decir, que podrán disolverse en cualquier momento á petición de los interesados. Análogas son las doctrinas de Köhler:

«La monogamia no se basa en preceptos religiosos, sino en la economía de la naturaleza, determinada en este caso por la circunstancia de que el género humano consta aproximadamente del mismo número de hombres y de mujeres. De aquí surge para la concepción social de la democracia socialista con su igualdad de derechos, la necesidad imprescindible de considerar únicamente como matrimonio legal la unión de un solo hombre con una sola mujer. Esto no quiere decir, ni mucho menos, que haya de afirmarse también la indisolubilidad del vínculo matrimonial. La limitación y encadenamiento de la libertad durante el matrimonio es asunto particular de los cónyuges.» (Köhler, *Der Sozialdemokratische Staat*, 133.)

Estos mismos pensamientos desenvuelve también una mujer, la compañera Zetkin, de Stutgart.

«Según las investigaciones de Baschofen, Morgan y otros, parece cosa comprobada que la opresión social de la mujer coincide con la implantación de la propiedad individual. La oposición en el interior de la familia entre el hombre, como poseedor, y la mujer, incapaz de poseer, sirvió de base á la dependencia económica y á la incapacidad jurídica y social del sexo femenino. En esta incapacidad social radica, según Engels, una de las primeras y más antiguas formas de la soberanía de las clases

sociales: son palabras suyas; en la familia, el marido es el burgués y la mujer representa al proletariado.» (*Protokoll des Parteitage*, Gotha, 160.)

Por consiguiente, esta forma de la soberanía de las clases debe desaparecer también.

La *Neue Zeit* hace presentir, por lo menos en una observación, la solución sencillísima que el problema sexual tendrá en la sociedad del porvenir: «En el proletariado en que la mujer afirma su personalidad económica en condiciones próximamente iguales á las del hombre, disfruta también ella de la misma libertad de elección; entre los proletarios es raro que la mujer se case con el primer hombre con quien ha tenido relaciones; de ordinario acepta como marido al segundo ó al tercero, y suele hacerlo cuando la perspectiva de un hijo reclama la creación de un hogar (*¡sic!*). Véase como precisamente este caso que el autor (en un artículo publicado anteriormente), poco satisfecho con las relaciones de las clases trabajadoras, quería excluir para el porvenir, se da ya en la sociedad actual, y nos permite adivinar la sencillísima solución del problema sexual en la sociedad futura. Para entonces habrán desaparecido ya en su mayor parte las condiciones previas económicas del matrimonio histórico, así como la finalidad económica que hoy tiene que realizar.» (*Neue Zeit*, 1891-92, núm. 22, 14.)

Morris en su novela *Neues aus Nirgendland* fantasea también sobre el amor en el Estado socialista. Según el cap. 9.º, reina allí la libertad más absoluta; las gentes se ayuntan como quieren y

sin formalidades de ninguna clase, y se separan con la misma facilidad. Resulta, pues, evidente, según los pasajes citados, que en el matrimonio socialista no hay más vínculo de unión que la voluntad recíproca de los contrayentes. Estos pueden disolverlo cuando lo crean conveniente, porque no es lícito poner barrera alguna á la libertad individual.

La familia actual está condenada á desaparecer, porque la mujer adquirirá la independencia económica lo mismo que el hombre y, por lo tanto, participará también en la misma forma de los beneficios de la producción, y no habrá necesidad de gobernar casa alguna. «Indudablemente desaparecerán muy pronto el gobierno y la dirección de la casa por parte de la mujer. ¿Querrán los hombres preocuparse larga parte del día con el empalagoso cuidado de preparar el sustento de su familia, cuando será tan sencillo y hacedero obtenerlo todo, mejor, en más abundancia y con mayor comodidad en las casas públicas de comida, establecimientos que, sin género alguno de duda, dejarán muy atrás á nuestros actuales hoteles de primera categoría?» (Stern, *Der Zukunftsstaat*, 15.)

En la familia modelo de la democracia socialista elevada á su más alto grado de perfección, la mujer, según asegura Bebel, no tendrá para qué preocuparse en lo más mínimo de sus hijos ni querrá tampoco entendérselas con ellos: «Los niños de la democracia socialista estarán provistos de vestidos, de alimentos y de habitación; la madre nada tendrá que hacer con ellos. Si preguntáis á vuestras

mujeres si consideran como una dicha el hallarse rodeadas, desde la mañana hasta la noche, por tres, cuatro ó cinco hijos y el atender y cuidar de ellos, seguramente contestarán todas ellas: me daría por muy satisfecha si pudiera tenerlos, siquiera durante medio día, en manos que supieran educarlos bien.» (Bebel, *und sein Zukunftsstaat*, 120.)

De la misma manera que el cocinero profesional sustituirá al ama de casa en las tareas de la cocina, así también el padre, como educador de sus hijos, será ventajosamente reemplazado por pedagogos profesionales: «También se reformará completamente todo lo relativo á la asistencia de los recién nacidos, á su cuidado y educación (perfeccionándolo naturalmente). Ya en la actualidad se construyen establecimientos en los cuales se realiza todo esto de un modo más racional, agradable y conveniente que en las casas particulares, gracias á la cooperación de médicos especialistas y de parteras ilustradas y, andando el tiempo, de pedagogos ó educadores, que han recibido una preparación especial. La educación es un arte que poquísimos padres conocen, aunque para ello pudieran disponer de todo el tiempo necesario: lo cual es bastante difícil para los grandes industriales, prescindiendo de los trabajadores, que han de permanecer unidos al yugo durante doce horas diarias.» (Stern, *ídem*, *ídem*, 16.)

Bebel describe con palabras conmovedoras la consistencia y hermosura del matrimonio del porvenir tan extraordinariamente dignificado: «Una

organización social sabia librará á los esposos de las repulsivas y agobiadoras preocupaciones que llevan consigo la existencia propia y el porvenir de los hijos; ambos gozarán de iguales derechos y cumplirán los mismos deberes, salvo los gustos y aptitudes de cada uno; ambos se recrearán en los innumerables encantos espirituales de una sociedad dignificada con todas las virtudes de la más refinada cultura y, según sus facultades y aficiones, afianzarán y ampliarán su educación científica y artística. De esta suerte los lazos engendrados por el amor recíproco y la mutua consideración, serán mucho más firmes y duraderos que los establecidos por la Iglesia ó por el Estado y que, en muchísimos casos, sólo mantienen una unión externa y aparente y están ya sueltos y relajados, antes que se desaten exteriormente.» (Bebel, *Parlamentarische Tätigkeit*, 99.)

¡Qué serie de atrocidades para no decir nada en definitiva! Si cada uno de los consortes conserva intacta toda su libertad, es claro que, al fin y á la postre y á pesar de tanta palabrería, nos encontramos escuetamente con el amor libre. La naturaleza de las cosas no variaría en lo más mínimo, aunque no todos hicieran uso de esta libertad. Distamos mucho de desconocer los profundos males de que adolece la moderna vida de la familia; ¿pero con qué razón se desatan Bebel y los que como Bebel piensan, contra la inmoralidad de la burguesía, cuando en realidad no hace sino practicar algunas de las libertades que ellos pretenden otorgar á todo

el mundo? Serían más justos si la ensalzaran, porque ha sabido sobreponerse á toda clase de prejuicios. No obstante, hay también algunos compañeros que comprenden que la educación de todos los niños por medio de la sociedad es sencillamente imposible y contraria á la naturaleza.

«La madre quiere educar y atender por sí misma á sus hijos y desea consagrarse á ellos. Obligarla á que los envíe á un establecimiento, para que los impulsos del compañerismo social desarrollen sus energías productoras, sería mucho peor que la esclavitud del hogar.» (Edmundo Fischer, en la *Sozialistischen Monatsheften*, de 1905, 535.)

Fischer tiene razón: salvo alguna que otra excepción denigrante, la madre desea cuidar y criar á sus hijos por sí misma. Inspiradas por la fuerza incontrastable del cariño maternal, se opondrían en su inmensa mayoría á que sus hijos fueran arrancados de su regazo, con lo cual desaparecen también la independencia económica de la mujer y la igualdad completa de los dos sexos.

«Por lo que se refiere á la vida familiar, la generalidad de los hombres no son padres suficientemente desnaturalizados y crueles para que consientan voluntariamente en separarse de sus hijos, confiando su educación al Estado. No se comprende, pues, fácilmente por qué había de modificarse la constitución actual del matrimonio. Si se quiere disminuir la prostitución (es inútil pensar, por ahora, en suprimirla radicalmente), no será ciertamente implantando el amor libre, aunque sea exclu-

sivamente en la forma del matrimonio libre. Este causaría muchísimos más destrozos y daría al *donjuanismo* y al *mesalinismo* unas proporciones muy superiores á las que tienen en la actualidad.» (Atlantikus, *Ein Blick in dem Zukunftsstaat*, 9.)

Todas estas consideraciones son tan acertadas como inconsecuentes. El amor libre es una consecuencia necesaria del sistema. Dios, el espíritu, la eternidad y la responsabilidad son cosas puramente quiméricas; no existe más que la materia. El hombre no tiene más aspiración ni otra finalidad que el gozar de la vida y, á lo sumo, perfeccionar la raza. Siendo esto así, no hay razón alguna para imponer al amor libre el más pequeño freno. Si son ciertos los principios de la democracia socialista, el compañero Gumpowicz está cargadísimo de razón cuando en su obra *El matrimonio y el amor libre* (1) rompe lanzas en favor de éste último con un cinismo insuperable. Dice hablando del matrimonio: «La fidelidad matrimonial es un fetiche como otro cualquiera. Ni su observancia podrá santificar jamás la prostitución mercenaria, ni su inobservancia manchará la llama inmaculada de la mutua pasión amorosa.» (Gumpowicz, *Ehe und freie Liebe*, 12.)

Ridiculiza en la siguiente forma la misión del

(1) El libro lleva en la portada un dibujo de Kollwitz, en que una persona, vestida de mujer, aparece sentada en el regazo de otra. Ambas tienen en sus caras la conocida expresión de imbecilidad que tanto prodiga cierto arte tendencioso. La expresión encaja perfectamente en este caso.

padre de familia: «En millones y millones de casos, el marido cumple satisfactoriamente su misión de velar por la seguridad de su mujer y de sus hijos y asegura la prosperidad de sus descendientes, exactamente lo mismo que un chimpancé cualquiera, que pasa la noche sentado en la rama de un árbol, para impedir que sean devorados por la pantera sangrienta su hembra y sus crías, que dormitan en lo alto de la enramada en un lecho de hojas que él ha preparado de antemano.» (Gumplowicz, ídem, íd., 13.)

¡Crueldad de sentimientos se necesita para colocar la misión del padre en la misma línea que la de un chimpancé!

La libre organización futura de la vida sexual resolverá también el problema del exceso de población, porque «únicamente las esclavas del matrimonio, desdichadas que carecen de entendimiento y de voluntad, son las que todos los años traen con fatal regularidad una criatura al mundo, hasta que completan una docena; cosa que jamás hacen las señoras de posición social. El aumento del bienestar general, la mayor ilustración de la mujer y, sobre todo, el conocimiento de los remedios para impedir los embarazos involuntarios, son los factores que han de permitirnos reducir el número de los nacimientos á la proporción deseada, mejorando al mismo tiempo la condición de los niños, que vengan al mundo.» (Gumplowicz, ídem, íd., 37.)

No se sabe cuál podrá ser la duración de estos vínculos establecidos únicamente por el cariño

mutuo: «¿Hasta dónde llegará la tendencia á mantener estos lazos una vez establecidos? ¿Durarán toda la vida, como en la monogamia legal, aunque hayan desaparecido la sujeción y la dependencia económicas? ¿Sucederá lo contrario? El deseo de nuevas elecciones, el ansia de conocer siempre nuevas encarnaciones del sexo opuesto, ¿disminuirán el término medio de estos amores á un plazo de seis meses, como decía Fourier, ó todavía menor? Ni yo lo sé ni puede saberlo nadie. Creo, sin embargo, que se darán estos dos extremos y que entre ellos habrá períodos variadísimos de duración. Cualquiera que éste sea, todas estas formas del amor deben estar igualmente autorizadas por la sociedad.» (Gumplowicz, ídem, íd., 45.)

No habrá tampoco obstáculo alguno para que un hombre pueda mantener relaciones con varias mujeres á un mismo tiempo, y viceversa: «Como quiera que en la sociedad colectivista puede haber hombres y mujeres que opinen de distinto modo y que, no obstante su completa independencia económica, deseen espontáneamente practicar la polian-dria ó la poligamia, estos amores quedarán reducidos á la categoría de asuntos puramente particulares.» (Gumplowicz, ídem, íd., 51.)

¡Esto es decir las cosas claras! Eso es lo que nosotros deseamos, porque todo hombre que no esté moralmente embrutecido, sentirá repugnancia ante semejantes perspectivas para el porvenir.





CONCLUSIÓN

I

ÚLTIMAS CAUSAS DE LA DEMOCRACIA SOCIALISTA

«La democracia socialista no es una creación caprichosa ó voluntaria de una serie más ó menos numerosa de agitadores, escritores y oradores socialistas y demócratas, como opinan los cretinos espirituales, nuestros adversarios, sino que las raíces de su existencia y de su fuerza orgánica que ha de reformar el mundo, están en todos los órdenes de nuestro estado material y espiritual.» (Köhler, *Der sozialdemokratische Staat*, 49.)

Esta expresión es absolutamente exacta. Ciertamente que algunas personalidades de mucho relieve espiritual han influido poderosamente en el movimiento democrático-socialista. Fernando Lassalle, el primer agitador potente del partido, fué un orador y un escritor brillantísimo. Sobrio y claro, ingenioso y profundo, manejaba la sátira con graciosísima mordacidad. Fué el primero en dar vida al

partido obrero, pero sus ideas distaban *toto coelo* de las doctrinas de la democracia socialista actual. Su idea capital, las cooperativas de producción, cabían perfectamente dentro de los moldes de la antigua organización social, y su medio principal de agitación, la llamada *férrea ley del salario*, ha sido ya hace tiempo desechada por los demócratas socialistas.

Es todavía mayor el relieve de Carlos Marx. La influencia directa de sus escritos sobre la masa trabajadora no pudo ser muy honda, porque tenía la poco envidiable cualidad de profundizar y diluir en demasía las cosas más sencillas, y se expresaba con tal énfasis y aparato científico, que cuesta mucho trabajo entenderle. Pero su influencia indirecta ha sido tan intensa, que casi todas las ideas democrático socialistas que se han abierto paso son en en lo esencial ideas suyas: él ha conseguido imprimir el sello de su espíritu á este poderoso partido.

No se puede negar tampoco talento y habilidad á los actuales directores del socialismo. Es realmente digna de admiración la agitación tenaz, consecuente é infatigable que no retrocede ante ninguna contrariedad ni queda reducida al silencio ante las mayores dificultades. Los esfuerzos que en sentido contrario han realizado los elementos cristianos no pueden compararse con los de los socialistas. Cuentan, además, con una prensa numerosa perfectamente amaestrada, resuelta y poco escrupulosa.

Sin embargo, por muy hábil é intensa que sea

la agitación, no basta en modo alguno para explicar un movimiento tan poderoso y que continúa ensanchándose incesantemente ¿Qué hubieran conseguido Lassalle, Marx, Liebknecht, Bebel y otros, si en lugar del proletariado y de los obreros de las fábricas se hubieran encontrado con los antiguos obreros manuales, bien acomodados, ó con la sólida clase media de los tiempos antiguos? ¡Absolutamente nada! La agitación no es, pues, la causa de la democracia socialista; lo único que hace es sacar el mayor partido posible de las causas existentes; Liebknecht dice muy acertadamente:

«Ni por su palabra ni por su pluma puede compararse con Lassalle ninguno de los agitadores actuales, y, sin embargo, hemos conquistado millones de partidarios, mientras que él hizo muy pocos prosélitos ¿A qué es debido eso? A que entonces las relaciones económicas no habían evolucionado suficientemente, y las masas no podían creer todavía en el evangelio de un Schultze-Delitzsch; todo hombre laborioso y económico podía conquistar su independencia económica, mientras que hoy nadie cree ya en ella. No ha sido únicamente la agitación democrático-socialista, han sido principalmente las relaciones económicas, la lógica de los hechos y la evolución social las que han puesto al capitalismo en el trance de aniquilar las clases medias y la pequeña propiedad, proletarizando de esta manera al pueblo.» (*Protokoll des Parteitagcs*, Breslau, 67.)

Marx ha indicado con su habitual energía dón-

de radican las causas de este fenómeno: «Donde quiera que ha imperado la burguesía, ha destruído todas las relaciones feudales, patriarcales é idílicas. Ha desgarrado impiamente los variadísimos lazos feudales que unían los hombres á sus jefes naturales, y no ha dejado entre ellos otro vínculo subsistente que el interés descarnado, el dinero constante y sonante sin entrañas; ha hundido en los vastos glaciares de su egoísmo calculador el sagrado temor de las exaltaciones religiosas, los entusiasmos caballerescos y las ternezas y dulzuras del sentimiento popular; ha echado por tierra con el tráfico la dignidad personal, y en lugar de las muchas libertades, legítimamente adquiridas y consignadas en las cartas ó constituciones de los pueblos, ha implantado un mercantilismo sin conciencia. En una palabra, la explotación antigua velada con todas las ilusiones (?) de la religión y de la política, ha sido sustituida con otra explotación directa, manifiesta, cínica é insaciable.» (*Communistische Manifest*, 11.)

El desarrollo del proletariado es una consecuencia de esta explotación: «En la misma medida en que crece y se desenvuelve la burguesía, es decir, el capital, crece y se desenvuelve también el proletariado, es decir, la clase de los obreros modernos, que viven mientras encuentran trabajo, y mientras con él aumentan el capital. Los obreros obligados á poner en venta al por menor sus energías, son una mercancía expuesta á todas las vicisitudes de la competencia y á todas las oscilaciones

del mercado como otro artículo mercantil cualquiera.» (Idem, 14.)

Desgraciadamente son acertadas estas consideraciones. Hace pocos decenios era escasísimo en Alemania el número de obreros fabriles que no tuvieran alguna propiedad, y hoy ascienden á muchos millones. ¿De dónde procede este ejército gigantesco y siempre creciente de trabajadores que se quedan sin pan en cuanto se quedan sin trabajo? ¿Es consecuencia acaso del afán inmoderado de placeres, del lujo ó de la disipación? Los grandes capitalistas son generalmente más viciosos y disipadores, sin que por eso se arruinen sus opulentas fortunas. El vicio y la disipación servirán para explicar la ruina de algunas familias aisladas, pero no el empobrecimiento de todas las clases populares. Serán, á lo sumo, una causa de segundo orden que agrava y precipita el proceso morbosó, pero nunca la causa propia y principal de la enfermedad. La ruina de una gran parte de la antigua clase media es consecuencia lamentable del materialismo económico, es decir, del capitalismo. Millares y millares de proletarios alemanes descienden de antepasados que un día pertenecieron á la clase media. Ni á ellos ni á sus compañeros, que aumentan de día en día, les queda apenas otra esperanza que la de alistarse en las filas del proletariado. ¿Serán dignos de reproche, por no encontrar satisfacción alguna en tan triste estado?

La democracia socialista es, sin disputa, ante todo y sobre todo, un movimiento económico. Es

la reacción natural, con la cual protestan contra el capitalismo las clases medias que están naufragando ó que han naufragado ya, hasta hundirse en la degradación proletaria; es la rebelión justificada contra el predominio del materialismo económico sin entrañas. La reacción contra el capitalismo es desde luego inevitable, y hubiera surgido fatalmente en una forma cualquiera, aun sin el concurso de Lassalle, de Marx y de los demócratas socialistas; es más, vendría, aunque todos los trabajadores fueran cristianos intachables. El materialismo económico desenfrenado es esencialmente inmoral, y anticristiano por naturaleza en sus obras y en la inmensa mayoría de sus representantes.

No es posible señalar como criterio del sentido y espíritu cristianos, el someterse para siempre á tan corruptora dominación con insensible paciencia. Ningún patriota puede contemplar indiferente cómo en su mayor y en su mejor parte va muriendo por consunción la medula del pueblo, la antigua clase media de labradores y ciudadanos.

Pero lo más lamentable es que la reacción contra el materialismo económico tiene, á su vez también, un carácter materialista. Se trata nada menos que de combatir el materialismo con otro materialismo más exagerado, de expulsar al diablo poniendo en su lugar á Belcebú, todo lo cual es tan claro y evidente, como triste y lamentable.

La concepción materialista del mundo predomina actualmente en la vida pública.

El materialismo domina con el derecho brutal

de los más fuertes. Domina en la ciencia con la doctrina darwinista de la evolución (1). El que no transige con ella no es un cerebro científico.

Se dilata en la poesía y en las artes con el realismo y con las apoteosis desenfrenadas de la belleza y del amor sensuales.

Se introduce en la vida del pueblo con el afán desmedido de placeres.

Impera en economía con el prepotente dominio del capital.

El materialismo teórico, y más todavía el práctico, es, por regla general, la religión de la burguesía. Sobradísima razón tenía Bebel para exclamar en pleno Parlamento: «¿Es, pues, el ateísmo una invención socialista? ¿Son acaso los demócratas socialistas los que lo han traído al mundo? ¿Han sido los escritores socialistas los primeros en sostenerlo y propagarlo? ¡Falso de toda falsedad! ¿Tendré necesidad de recordaros eternamente á los enciclopedistas del siglo XVIII, autores morales de la revolución francesa? ¿Fueron acaso demócratas socialistas? ¿Habré de citar los nombres de nuestros filósofos alemanes? Pensad en el abuelo del diputado señor Hegel (*¡Sensación!*). El ilustre Hegel ha sido considerado como un filósofo conservador; pero la realidad indiscutible es que las cabezas mejor organizadas entre sus discípulos, han sido los más sinceros y fervientes revolucionarios: basta citar los nombres

(1) Los corifeos de la ciencia desechan actualmente el darwinismo propiamente dicho.

de Lassalle, Marx. Engels Ruge, Feuerbach, etc., y todavía podría seguir preguntando: ¿Pertenecen á la escuela socialista filósofos como Schopenhauer y Hartmann? Puedo mencionar todavía la última obra de Federico Strauss, *Las antiguas y las nuevas creencias*, de la cual se han publicado cinco ediciones, y de la cual me atrevería á afirmar que los demócratas socialistas no han comprado 50 ejemplares; la ha comprado toda la burguesía, porque ha sido escrita para ella y para ella es sólo accesible por su precio. Pues bien, en esta obra se defiende resueltamente el ateísmo.» (Winterer, *Des internationale Sozialismus von 1885 bis 1890*, 27 y siguientes.)

Las tendencias materialistas que flotan en el ambiente de las clases superiores, han descendido naturalmente hasta el espíritu de las clases obreras. Los proletarios opinan llanamente que si el ateísmo es la religión mejor para los profesores y millonarios, debe serlo también para los hombres de nervudos brazos y de manos encallecidas. En todo caso les sobra la razón. No por lamentable es menos lógico y natural que la reacción contra el capitalismo se inspire precisamente en los principios materialistas. La democracia socialista, en resumidas cuentas, es la consecuencia natural de la transformación que la vida social ha sufrido en sentido materialista, y no es difícil adivinar quiénes serán los vencidos en esta lucha por la existencia. Los que han vencido hasta el presente, se sienten vacilar ante el nuevo orden de cosas que amenaza termi-

nar con todas sus victorias. Los socialistas, por su parte, confiesan sin el menor rodeo su cercano parentesco con el materialismo.

Es, pues, en conjunto la democracia socialista un producto de la concepción materialista del mundo. El materialismo económico popularizado, ha convertido á los trabajadores en proletarios, y el materialismo moral ha convertido á los proletarios en demócratas socialistas. La situación económica de las clases trabajadoras ha provocado este movimiento social. El sentido materialista en el orden espiritual le ha dado la forma de la democracia socialista. Supuesto esto, la democracia socialista es, á un mismo tiempo, el resultado, el castigo y la explicación de la bancarrota que ha sufrido la concepción materialista del mundo.





II

¿ES TODAVÍA POSIBLE LA SALVACIÓN?

¿Será posible todavía evitar la catástrofe que nos amenaza? Evidentemente, si se aplican con resolución los medios adecuados para conseguirlo.

Ante todo, no hay que forjarse ilusión alguna sobre la eficacia conciliadora del seguro obrero y de la protección á los trabajadores. Estos medios servirán para combatir los más funestos resultados del capitalismo en la industria; pero no el capitalismo en sí. El proletario más protegido y asegurado contra las contingencias de una miseria extrema, continuará siendo proletario, y el proletario menos oprimido será un decidido campeón de la democracia socialista. Por muy importante y necesario que sea el fomentar y procurar una legislación protectora de los obreros, no podrá ampararnos contra la ola socialista que nos invade. Las reformas sociales no producirán más que efectos muy limitados. El compañero Singer lo hace constar así en las conclusiones de la asamblea celebrada en Nuremberg: «La resolución únicamente adoptada so-

bre la política social, demuestra el criterio actual del partido sobre estas cuestiones de reforma social, que considera únicamente como un pago ó recompensa parcial, como una refacción tomada en el avance hacia nuestros grandes ideales: la destrucción de la sociedad burguesa y la sustitución de la producción capitalista por la producción socialista.» (*Protokoll des Parteitage*, Nuremberg, 1908, 461.)

Igualmente serán ineficaces todas las leyes de excepción. Una persecución violenta sería ineficaz y contraproducente. El ejército, además, no inspirará la menor confianza, tan pronto como las generaciones se hayan educado en las ideas socialistas.

Los socialistas cuentan ya con la posibilidad de ganar para su causa á la gran masa de soldados. «Supongamos que el ejército imperial se ha hecho demócrata socialista; los suboficiales no podrán ya convencer á las gentes con la *razón* prusiana; los soldados se quedarán en sus casas; el Parlamento se verá en el más apurado trance, sus bancos quedarán vacíos y en él se celebrará el congreso de los trabajadores. Lo más urgente entonces será realizar aquello en lo cual todos estamos conformes desde hace mucho tiempo: suprimir el ejército y armar al pueblo. Las espadas, los fusiles, la pólvora y el plomo serían distribuídos entre el pueblo, y de esta manera se abrirían sobre roca firmísima los cimientos de la democracia.» (Dietzgen, *Die Zukunft der Sozialdemokratie*, 6.)

Posible es que el partido se arruine por discrepancias de criterio. El revisionismo ha hecho vacilar todos los dogmas del marxismo, por lo cual el partido atraviesa una crisis interna muy profunda que puede ponerle en gran peligro. Estas discordias han ejercido hasta el presente escasa influencia en las masas, porque en ellas continúan prevaleciendo las tendencias radicales.

Tampoco es imposible que, andando el tiempo, comprendan los demócratas socialistas la imposibilidad de llevar á la práctica sus utópicas ideas, y se transformen en un partido burgués reformista; pero la posibilidad dista mucho de ser una realidad.

Si se quiere, pues, impedir con eficacia el triunfo de la democracia socialista, hay que hacer desaparecer las causas que la producen. Su verdadera causa es el materialismo económico, el individualismo prepotente y desenfrenado del capital. Este es, por consiguiente, el que debe combatirse. El trabajador es demócrata socialista, porque es proletario; es, pues, imprescindible que deje de ser proletario. En otras palabras: el medio económico más eficaz para combatir la democracia socialista es el restablecimiento ó la conservación de la clase media rural y urbana donde aún las haya.

Esto sería todavía relativamente fácil en los distritos rurales, especialmente en el sur de Alemania, donde aún predomina la clase media labradora.

En el Imperio alemán, á partir de 1882 hasta

1895, ha aumentado el número de las propiedades rurales medias á 72.100, el de las pequeñas propiedades á 34.832 y el de las parcelas á 173.338, mientras que las grandes explotaciones han disminuído algo.

En Francia, á partir de 1882, las pequeñas propiedades han disminuído hasta 33.632, las parcelas han aumentado á 67.738, y las grandes explotaciones han disminuído á 3.417; no obstante, la superficie del terreno explotado por las grandes empresas ha crecido en 197.288 hectáreas.

Los labradores que cultivan sus tierras directamente en los Estados Unidos de América, aumentaron en diez años (1880-90), de 2,98 á 3,27 millones, y los arrendatarios, de 1.024,601 á 1.294,713.

También en Holanda y aun en la misma Inglaterra ha crecido el número de los pequeños propietarios y ha disminuído el de las explotaciones en grande. Los números demuestran indudablemente la vitalidad de las clases agrícolas. Las posesiones pequeñas y medianas permiten cultivar el terreno con más intensidad que las grandes propiedades.

¿Qué importa, sin embargo, la conservación de las clases agrícolas, si viven en la mayor servidumbre económica é invierten en pagar sus deudas la mayor parte de los productos del suelo y de su trabajo?

¿A cuánto asciende la deuda agrícola en el Imperio alemán? La Oficina de Estadística calculó, con arreglo á los datos oficiales sobre los impuestos de 1902, la deuda de la agricultura prusiana. Los tipos

del impuesto líquido sobre la riqueza territorial están distribuidos en los siguientes grupos: de 60-90 marcos para los pequeños labradores, de 90-150 y de 150-300 para los labradores de la clase media, de 300-750 y de 750 á 1.500 para los grandes propietarios y, finalmente, desde 1.500 marcos en adelante para las mayores explotaciones. El resultado de las investigaciones fué el siguiente:

IMPORTE LÍQUIDO DE LA CONTRIBUCIÓN TERRITORIAL	PROPORCIÓN EN TANTO POR CIENTO DE LA DEUDA DE LA RIQUEZA	
	GENERAL	AGRÍCOLA
De 60 á 90 marcos.	18,6	20,7
90 á 150 —	20,0	22,3
150 á 300 —	21,6	24,0
300 á 750 —	22,8	25,5
750 á 1.500 —	26,6	30,3
1.500 á 3.000 —	33,1	39,8
3.000 marcos en adelante. . .	31,1	40,8
<i>Término medio.</i>	26,4	31,1

El término medio de la deuda asciende, pues, al 31,1 por 100 de la riqueza agrícola y al 26,4 por 100 de la riqueza general.

La proporción aumenta de Occidente á Oriente, y en la Prusia oriental es casi cinco veces mayor que en la región del Rhin. Todavía estas cifras pudieran soportarse, pero lo malo es el aumento que constantemente experimenta.

En los distritos rurales de Prusia á partir de 1886 hasta 1908, han aumentado los impuestos en

conjunto 19.614,37, es decir, por término medio 852,80 millones de marcos anuales; las cantidades satisfechas ascienden á 12.292,40 ó sea 534,45 millones de marcos anuales, que equivalen al 62 por 100 de los impuestos. Alcanzaba, pues, por entonces en los distritos rurales el aumento de la deuda á 731,97; de modo que el término medio anual del aumento era de 318,35 millones de marcos. Desde entonces ha ido creciendo la deuda, que en el año de 1908-1909 alcanzó la respetable cifra de 584,15 millones de marcos. El aumento total llega á marcos 12.000.000.

En Sajonia la deuda de los distritos rurales viene á ser de unos 1.000 millones. El Ministro de Hacienda del gran ducado de Baden ha aumentado también el impuesto de la riqueza territorial, en general, además del de la hipotecaria. Los datos oficiales relativos al año 1896 acusaban, en total, una deuda de 481.200.000 marcos, que constituyen el 22,7 por 100 del valor de la riqueza. Aunque el estado general es relativamente satisfactorio, la deuda de las industrias agrícolas y mixtas alcanza, no obstante, el quíntuplo de los impuestos directos del Estado.

La deuda de la riqueza rural alcanza, pues, entre Prusia, Sajonia y Baden la cantidad de 14 millones de marcos. Según ésto, la deuda total del Imperio alemán debiera rebasar considerablemente la cifra de 20.000.000. En otras palabras, la economía rural debe satisfacer todos los años al capital móvil 1.000.000 de marcos.

Pero lo más lamentable es el aumento creciente de la deuda, según Schäffle. (*Deutsche Kern- und Zeitfragen, Neue Folge*, 196.)

En el Austria cisleitana ha aumentado también la deuda, según las estadísticas oficiales, desde el año 1867 á 1892 en 778 millones de florines, es decir, el 55 por 100.

Si han de salvarse las clases agrícolas alemanas, es forzoso libertarlas ante todo de la argolla con que las está ahogando el capital y asegurarlas para el porvenir contra los gravámenes hipotecarios (por lo menos contra los excesivos) por medio del capital privado. Lo que la propiedad rural perdería con estas medidas en movilidad lo ganaría con exceso en solidez y firmeza. El nuevo orden de cosas influiría inmediatamente sobre nuestro crédito, puramente ideal.

La mejora de las clases labradoras favorecería también considerablemente la industria de una manera indirecta, ampliando el mercado nacional, que es el más natural y seguro de los mercados. Así se armonizarían definitivamente y convergerían á un mismo punto los intereses actualmente en lucha de la economía rural y de la industria.

Ratzinger presenta en su obra *Fundamentos morales de la economía popular* (segunda edición, 394 y siguientes), una proposición sumamente interesante. Son de urgente necesidad las disposiciones legales oportunas, para que en todas las circunstancias llegue intacto á manos de labrador el producto de su trabajo por muy gravadas que se hallen sus fincas.

La cuestión ofrece muy variadas dificultades en lo que á la industria se refiere.

Las fábricas han enterrado para siempre el trabajo manuál, no en todas, pero sí en muchas ramas de la industria. Los grandes fabricantes no podrán nunca rechazar la acusación de que han sabido aniquilar completamente los múltiples medios de existencia con que se sostenía la clase media de los oficios y pequeñas industrias, y en cambio no han acertado á constituir con sus empresas y oportunamente una nueva clase media bastante fuerte y numerosa.

Todavía no se ha perdido todo, por lo que respecta á los oficios manuales. El profesor Conrado ha practicado un examen minucioso acerca del desarrollo de 17 oficios ó profesiones manuales durante los últimos veinticinco años, y ha obtenido sorprendentes resultados. Resulta ser insignificante la disminución de las pequeñas y medias industrias.

El economista Dr. Böhmert ha hecho posteriormente curiosas investigaciones sobre el desarrollo de los oficios manuales durante el período comprendido entre 1895 y 1907. Véanse los resultados obtenidos: Han disminuído en más de un 5 por 100: los canteros, alfareros, plateros, caldereros, fundidores de estaño, relojeros, fabricantes de jabón, cordeleros, curtidores, toneleros, peñeros y zapateros. Siguen lo mismo: los herreros, encuadernadores, carpinteros, ebanistas, fabricantes de cepillos, peleteros y sombrereros. Han aumentado en más de

un 5 por 100: los hojalateros, los fabricantes de cuchillos y de agujas, los carreteros, silleros, fabricantes de tapices, torneros, panaderos, confiteros, carniceros, sastres, fabricantes de guantes, peluqueros, albañiles, maestros de obras, carpinteros, vidrieros, decoradores, estuquistas, retejadores, fontaneros, fumistas y deshollinadores. El número de personas dedicadas á los oficios mencionados era de 3.409.510 en el año 1895, y de 4.580.638 en 1907. Los empleados en oficios puramente manuales son en número bastante considerable, la mitad por lo menos. Las gentes ocupadas en estas 39 profesiones estaban distribuídas en la siguiente forma:

Hasta 5 personas.....	2.238.817 personas.
De 6 á 50 personas.....	1.233.101 —
De 50 personas en adelante. .	1.108.720 —

Si se tiene en cuenta que este período de tiempo desde 1895 hasta 1907 se caracteriza por el desarrollo extraordinario de nuestra economía social en forma tan intensa que probablemente no volverá á repetirse nunca, forzoso será deducir la conclusión de que los oficios y pequeñas industrias han tenido que desarrollar una cantidad de energía vital verdaderamente enorme.

En el año 1895 el número de los oficios indicados que se sostenían con menos de 5 personas, ascendía á 1.232.000, y á 1.274.000 los que, en las mismas condiciones, vivían en 1907, es decir, que aumentaron en lugar de disminuir. Lo cual nos mantiene todavía á gran distancia del ideal marxista.

ta, según el cual las grandes empresas disminuirán en número, y así será más fácil su expropiación. Es, pues, evidente que, protegiendo sus naturales medios de defensa por medio de una legislación adecuada, pueden conservarse todavía muchas de estas profesiones.

El obrero de la fábrica, por el contrario, está generalmente sometido al capital, y esta sujeción era completamente inevitable. La clase trabajadora no tenía organización ninguna, y aislado el obrero, era demasiado débil para luchar ventajosamente contra enemigo tan poderoso.

La cuestión, pues, debe plantearse en la siguiente forma: ¿cómo es posible que la clase obrera constituya en el mecanismo de la producción un factor igualmente atendido é igualmente poderoso que el capital, y se coloque en situación de hacer efectivos sus legítimos derechos? En la Edad Media, el obrero estaba protegido y amparado por una organización poderosísima: la de los gremios. A los tiempos modernos no les quedará tampoco otro recurso que organizar á los trabajadores en asociaciones fuertes, legales y obligatorias, con autonomía administrativa, y con derechos y deberes perfectamente determinados, es decir, que se impone la asociación profesional obligatoria. Dicho se está que también á los patronos les sería lícito asociarse para la defensa contra posibles ataques de las clases trabajadoras.

Estas, legalmente organizadas, aparecerían más fuertes frente á sus enemigos natos, y podrían ser

las encargadas de ir arrancando poco á poco al capital la mejora de su situación económica. Nos encontraríamos entonces frente á una nueva evolución económica, cuyo resultado sería la creación de una nueva clase media, surgida de los obreros fabriles.

¿Pero no se turbará la paz entre obreros y patronos? ¿No surgirán enconadas luchas entre los organismos obreros y los de los patronos? Es más que probable, pero no puede suceder de otra manera. Los obreros ilustrados comprenderían inmediatamente que ellos eran los primeros perjudicados si arruinaban los negocios con sus pretensiones exageradas. Además, el proyecto de organizar á los obreros y á los patronos tiene también su aspecto conciliador y pacifista.

Schäffle se explica sobre el particular de la siguiente manera:

«Estas representaciones podrían ser las columnas sobre las cuales descansara la paz social entre las dos clases. De una parte, la democracia social bien entendida podría satisfacer todas sus aspiraciones; los obreros obtendrían las mismas consideraciones que los patronos, recabarían como éstos la parte convenida del producto líquido, influirían en la función legislativa y podrían fomentar una política social, basada en un criterio positivamente progresivo. Todo esto pondría á los obreros en situación de gobernarse autárquicamente en el orden social, sin incurrir en los excesos de la democracia socialista. Desde otro punto de vista, el capital po-

dría contribuir también al sostenimiento de la paz social. Á medida que fueran desenvolviéndose las asociaciones obreras de todos los ramos de la industrial nacional y de los trabajos realizados en gran escala y por grupos numerosos, podría agruparse igualmente el capital, para oponer una resistencia legal á las pretensiones exageradas; descendería del pedestal en que lo ha colocado su funesta soberbia; haría desaparecer los celos de las clases trabajadoras, exponiendo al público la situación y estado de los negocios que determinarían la cuantía del salario para los obreros; procedería siempre de acuerdo para fomentar la producción y con ella la ampliación de los negocios y el movimiento de los jornales y salarios, y con el concurso de las mismas representaciones obreras, podría contrarrestar la acción de algunos perturbadores, los falsos hermanos del capital, que por explotar á los obreros falsearían la concurrencia y tratarían de poner en peligro la magna obra de la reconciliación.» (Schäffle, *Die Aussichtslosigkeit der Sozialdemokratie*, 92.)

El materialismo económico, sin embargo, no es más que un síntoma especial de la enfermedad general de estos tiempos, es decir, de la concepción materialista del mundo, y debe, por lo tanto, combatirse al mismo tiempo que ésta. La reforma económica y la restauración de la clase media deben ir necesariamente acompañadas de una renovación religiosa en el pueblo, lo mismo en las clases elevadas que en las inferiores.

La victoria definitiva sobre el materialismo, únicamente puede obtenerla lo más directamente opuesto á él, esto es, (el idealismo; pero no ha de ser un idealismo flotante entre las nubes imprecisas de una rica fantasía, según la receta de Hegel, sino el idealismo claro y determinado de la Religión cristiana. La suprema ley de este idealismo cristiano es el mandamiento: *Amarás á Dios sobre todas las cosas y al prójimo como á ti mismo*. Se ha intentado borrar la primera parte del precepto y predicar á son de clarín la segunda, el amor humano, puro y universal; pero este empeño ha fracasado fundamentalmente. Nuestra situación social desesperada, con sus opulentos y viciosos capitalistas de una parte, y las masas miserables y hambrientas de otra, es el triste resultado de la humanidad sin Dios.

Quien no ama á Dios sobre todas las cosas, no amará tampoco sobre todas ellas al prójimo, sino á sí mismo, y sus actos serán reflejo de sus ideas. El que no se prepara para una vida perfecta y eterna, como última y suprema aspiración, considerará necesariamente como su último fin la posesión de los bienes materiales y los placeres de la vida terrenal, y sus actos serán reflejo de sus ideas. El que no crea en la responsabilidad de todas sus acciones ante un juez infinitamente justo y eterno, hará, en definitiva, cuanto le venga en gana. En términos generales, el más fuerte explotará al más débil y lo mismo exactamente sucedería en el tan decantado Estado socialista, porque hace falta tener un candor

infantil para creer que en el paraíso prometido, serían realmente iguales para todos las condiciones económicas. La catástrofe que nos amenaza es una consecuencia de haber destronado á Dios en nuestros corazones; luego el único medio de salvación debe ser ¡la vuelta á Dios!





III

¿ES LA SALVACIÓN PROBABLE?

¿No será ya demasiado tarde para contener eficazmente la democracia socialista? ¿Podrá evitarse todavía la catástrofe que nos amenaza? ¿Se evitará realmente? ¿Triunfará la democracia socialista? Esta pregunta equivale á plantear la siguiente cuestión: ¿Siguen actuando las causas que la han producido? No hay duda que al empuje de las grandes industrias ha perecido una parte de los antiguos oficios manuales, pero como hemos visto ya, se conservan todavía en no pequeña escala. El gran capital tiende en nuestros días á apoderarse también de la venta al por menor, con el establecimiento de grandes almacenes que amenazan de muerte á una gran parte de la clase media mercantil.

No es ciertamente justo el que la sociedad actual conste únicamente de algunos millares de millonarios y de una masa inmensa de proletarios y mendigos. Hay muchos oficios y profesiones que, por su índole, se acomodan mejor á ser ejercidos

en pequeña escala: las artes manuales, los oficios de adaptación, una gran parte de las artes de construcción. Los médicos, maestros, profesores, artistas, ingenieros, técnicos, jueces, funcionarios administrativos y empleados de las grandes empresas, no pueden desaparecer en modo alguno, y á medida que, por una parte, van hundiéndose todas las capas de la clase media, van surgiendo y formándose otras nuevas. Pero esta clase media, sin el concurso de los labradores, está en minoría con relación á los obreros de las fábricas y talleres, y probablemente continuará estándolo durante mucho tiempo todavía. La decisión depende de la clase más dura y tenaz de la tierra: del agricultor alemán. Mientras él no se haga demócrata-socialista, no tendrá probabilidades de éxito el movimiento revolucionario. Pero el labrador que es propietario efectivo, no nominal, de sus tierras y lleva una existencia soportable, no se convertirá jamás á la democracia socialista.

Por desgracia van aumentando constantemente las deudas de la agricultura, y si el monstruoso pulpo del capital consigue también esquilmar y agarrotar completamente á las clases labradoras, habrá desaparecido el último baluarte de defensa contra la ola revolucionaria que se nos viene encima. El labrador degradado hasta el proletariado, escuchará con avidez las doctrinas de la democracia socialista, como las escucha el obrero manual convertido en proletario. La democracia socialista vencerá, por consiguiente, tan pronto como sobre-

venga la ruina de las clases agrícolas alemanas.

Las tendencias materialistas subsisten igualmente en las artes y en las ciencias, en la enseñanza y en la educación. La burocracia y la burguesía, de perfecto acuerdo con la democracia socialista, esperan del materialismo la salvación del mundo. Una y otra combaten á la Iglesia con más saña que al socialismo, y la educación religiosa del pueblo las aflige mucho más que las revueltas socialistas. Bien se deja entender que á semejantes tendencias se opone una resistencia enérgica y tenaz; pero estamos todavía muy lejos de una transformación universal.

Es de todo punto imposible el anunciar una catástrofe social. Son incalculables los acontecimientos—por ejemplo, una guerra mundial — que en plazo corto pueden cambiar fundamentalmente la situación de las cosas. Lo único que puede asegurarse es que, puesto que continúan las causas del movimiento democrático-socialista, éste seguirá también dilatando su esfera de acción, y si sobreviene una ruptura violenta, no serán ciertamente los elementos moderados, sino los extremos los que se encargarán de dirigirla.

Bebel y sus viejos camaradas pueden consolar-se si no alcanzan á ver el ansiado día. Con su triunfo vendría su ruina. Sus cabezas venerables están mucho más seguras bajo el inútil imperio de la burguesía que lo estarían una vez estallada la revolución, con la *administración* de sus radicales correccionarios. Por lo demás, la política democrático-

socialista, si un día llegara á triunfar, sería mucho más absurda y antinatural de lo que puede imaginarse. Así nos autoriza á creerlo la historia de tantos ensayos de comunidad socialista como se han verificado. Muchos de ellos han prosperado materialmente, pero han fracasado muy pronto por sus discordias é incapacidad nativa para mantener el orden. Cuando se mantenía compacta y unida la primera generación, venía la segunda, educada en los fundamentos de la democracia socialista, á destruir la sociedad. El socialismo no elevaría tampoco el nivel de la cultura, sino que más bien haría desaparecer la cultura antigua. Un pueblo que no admite la existencia de Dios y de un mundo superior, que vive únicamente para disfrutar de los placeres terrenales y se considera á sí mismo como una colección de bestias civilizadas, necesariamente tiene que embrutecerse y caer en la barbarie, por muy barnizada que se presente ésta al exterior. Pasados los primeros instantes de terror, el pueblo, desilusionado, daría furiosamente al traste con todos los ideales y organizaciones socialistas. La revolución devorará á sus propios hijos y el materialismo será aniquilado por la lógica incontrastable de los hechos.

Entonces surgirá nuevamente la sociedad cimentada sobre los principios eternos que tan abandonados se hallan por desgracia en la actualidad, es decir, cimentada sobre las bases inconvencibles del Cristianismo.





APÉNDICE

I

PROGRAMA DE ERFURT (1891)

La evolución económica de la sociedad burguesa arruina fatalmente las pequeñas industrias, basadas en la propiedad del trabajador sobre los medios de producción. Despojado de ellos el obrero y convertido en proletario sin propiedad alguna, los medios de producción pasan á ser monopolio de un número relativamente pequeño de capitalistas y grandes propietarios.

En razón directa de este monopolio, crece la absorción de las pequeñas industrias por las explotaciones colosales, se transforman en máquinas los instrumentos de trabajo, y aumenta en proporciones gigantesca la productividad del trabajo humano. Mas las ventajas de esia transformación están totalmente monopolizadas por los capitalistas y los grandes terratenientes. Para el proletariado y

para la clase media, acorralada y á punto de naufragar, todo ello significa un aumento creciente en las incertidumbres de la vida, en la miseria, en la opresión, en la esclavitud, en la degradación y en la explotación.

A medida que aumenta el número de los proletarios, crecen las legiones de obreros sin trabajo, se acentúa más la oposición entre explotadores y explotados, y es más enconada la lucha de clases entre la burguesía y el proletariado, que divide la sociedad moderna en dos ejércitos enemigos, y es carácter distintivo de todos los países industriales.

El abismo entre los poseedores y los desheredados, se ensancha más por las crisis cuyos gérmenes lleva fatalmente en sus entrañas el sistema de la producción capitalista. Esas crisis son cada vez más extensas y devastadoras, convierten la inseguridad general en estado normal de la sociedad, y demuestran que las energías productoras de la sociedad actual se han desarrollado de tal suerte, que la propiedad individual sobre los medios de producción se ha hecho incompatible con una aplicación conveniente de ellos y con su total desenvolvimiento.

La propiedad privada sobre estos medios, que, hasta el presente, había sido una garantía de que el productor era dueño indiscutible de sus productos, constituye hoy el medio de expropiar á los labradores, á los obreros manuales y á los pequeños comerciantes, y de poner á los que no trabajan (capitalistas y grandes terratenientes) en posesión del producto de los trabajadores. La transformación de-

la propiedad privada capitalista sobre los medios de producción (tierra, minas, primeras materias, herramientas, máquinas, medios mercantiles), en propiedad social, y el cambio de la producción de mercancías en producción socialista por y para la sociedad, son los únicos medios de conseguir que las grandes explotaciones y la productividad, siempre creciente, del trabajo social sean, no como hasta el presente, una fuente de miseria y de opresión, sino manantial fecundo de un bienestar supremo y de un perfeccionamiento armónico y universal.

Esta transformación social significa no solamente la redención del proletariado, sino la de todo el género humano, que padece la pesadumbre de la actual organización social. Pero esta empresa deberán realizarla únicamente las clases trabajadoras, porque todas las demás, no obstante la oposición de sus intereses, admiten la propiedad privada sobre los medios de producción, y tienen como ideal común la conservación del presente estado social.

La lucha de los obreros contra la explotación capitalista, es necesariamente, y por la misma naturaleza de las cosas, una lucha política. Sin derechos políticos, los obreros no pueden sostener sus luchas económicas ni desarrollar su organización económica. Los medios de producción no podrán pasar á la posesión de la comunidad, si no se conquista previamente el poder político.

La misión del partido democrático-socialista consiste en dirigir y dar unidad á esta lucha de las

clases trabajadoras, señalando los derroteros que deben seguir y el ideal á que deben aspirar.

Los intereses de los obreros son idénticos en todos los países en donde predomina el sistema de producción capitalista. Cuanto más se extienda el comercio mundial y aumente la producción, tanto más dependiente será la situación de los trabajadores en un país cualquiera, de la situación en que se encuentren los trabajadores de todos los demás países. En consecuencia, la redención de las clases trabajadoras es una empresa en la cual están interesados por igual los obreros de todos los países civilizados. Por esta circunstancia el socialismo alemán siente y declara su solidaridad con los trabajadores conscientes de todas las demás naciones.

La democracia socialista alemana no lucha, pues, en defensa de nuevas preeminencias ó privilegios de clase, sino por la derogación de todos esos privilegios de clase y de las clases mismas, sobre la base de la más absoluta igualdad de derechos y deberes para todos los ciudadanos, sin distinción de sexos ni de origen. Desde este punto de vista, el socialismo combate en la sociedad actual, no sólo la explotación y la opresión de los jornaleros asalariados, sino toda suerte de opresión y de explotación, ya vayan dirigidas contra una clase ó un partido, contra un sexo ó una raza.

Partiendo de este supuesto, la democracia socialista alemana reclama desde luego:

- 1.º El sufragio universal directo, activo y pasivo, y con votación secreta, para todos los ciudada-

nos del imperio mayores de veinte años y sin diferencia de sexo. Sistema de elección proporcional, y, hasta que ésto se consiga, una nueva división legal de los distritos electorales, según [la totalidad de sus habitantes. Períodos legislativos de dos años. Señalamiento de las elecciones en un día de fiesta legal. Honorarios para los representantes elegidos. Desaparición de todas las limitaciones de los derechos políticos, salvo los casos de incapacidad jurídica.

2.º Legislación directa por el pueblo, mediante los derechos de petición y de recusación. Autarquía y autonomía del pueblo en el Imperio, en el Estado, en la provincia y en el municipio. Elección de las autoridades por el pueblo, y responsabilidad de las mismas. Aprobación anual de los impuestos.

3.º Instrucción general para la defensa. La defensa por el pueblo en lugar del ejército permanente. Los representantes populares decidirán sobre la paz y la guerra. Solución pacífica de todas las cuestiones internacionales.

4.º Derogación de todas las leyes que prohíben ó limitan las manifestaciones del libre pensamiento ó el derecho de reunión y asociación.

5.º Derogación de todas las leyes que hacen la condición jurídica, pública y privada, de la mujer inferior á la del hombre.

6.º Consideración de la religión como asunto privado. Supresión de todos los gastos públicos para fines eclesiásticos y religiosos. Las comunidades eclesiásticas y religiosas serán tenidas como

asociaciones privadas que podrán ordenar sus asuntos con entera independencia.

7.º Universalidad de la escuela. Asistencia obligatoria á las escuelas públicas de primera enseñanza. Serán gratuitos la enseñanza, los materiales de enseñanza y la alimentación, así en las escuelas públicas como en los establecimientos superiores, para todos aquellos discípulos y discípulas que demuestren afición y aptitudes especiales para recibir una instrucción superior.

8.º Serán gratuitas la administración de justicia y la asistencia de los abogados. Juzgarán magistrados elegidos por el pueblo. Apelación en los asuntos penales. Indemnización á los acusados detenidos y condenados injustamente. Abolición de la pena de muerte.

9.º Asistencia médica (incluso á las parturientes) y medicinas gratuitas. Serán igualmente gratuitos los enterramientos.

10.º Impuesto proporcional sobre los ingresos y el capital, para sufragar todos los gastos públicos en cuanto hayan de sufragarse por medio de los impuestos. Obligación de declarar la riqueza. Impuestos progresivos sobre las herencias, según su cuantía y los grados de parentesco. Abolición de todos los impuestos indirectos, de los derechos de consumo y de todas las disposiciones político-económicas que sacrifican los intereses de la comunidad á los de una minoría privilegiada.

El partido democrático-socialista pide para defender á las clases trabajadoras:

1.º Una legislación nacional é internacional que proteja eficazmente á los trabajadores sobre las siguientes bases:

a) Jornada de ocho horas como máximum del trabajo diario normal.

b) Prohibición del trabajo para niños menores de catorce años de edad.

c) Prohibición del trabajo nocturno, excepto en aquellas industrias que por exigencias técnicas ó por conveniencia pública fuera necesario.

d) Descanso no interrumpido de treinta y seis horas semanales, por lo menos, para todos los trabajadores.

e) Prohibición de los jornales en especie.

2.º Vigilancia de toda clase de trabajos: inspección y reglamentación de las condiciones del trabajo en las ciudades y en el campo por medio de un inspector general, de inspectores de distrito y de las cámaras del trabajo. Observación de todas las prescripciones higiénicas.

3.º Igualdad jurídica de los obreros del campo y de la servidumbre doméstica con los obreros fabriles; desaparición de las jerarquías en el servicio doméstico.

4.º Reconocimiento del derecho de coaligación.

5.º Seguro de todos los trabajadores á cargo del Estado con intervención positiva de los obreros en la administración.





II

ORGANIZACIÓN DEL PARTIDO DEMOCRÁTICO-SOCIALISTA ALEMÁN

(Acuerdos de la Asamblea de Leipzig de 1909.)

Son demócratas socialistas.

1.º Los que profesando los principios fundamentales del programa socialista, se hallen inscritos en alguno de los organismos del partido.

Inscripciones.

2.º La base fundamental de la organización en cada circunscripción electoral la constituye el centro demócrata socialista (Verein-asociación), en el cual deben inscribirse como socios todos los compañeros que habiten en la circunscripción. Si la población comprende varios distritos electorales, la inscripción podrá hacerse en cualquiera de ellos previa la aprobación de los organismos electorales del distrito. Si, por el contrario, el distrito electoral comprende varios pueblos, podrá establecerse en cada uno de ellos una asociación ó centro local.

3.º Los centros democrático-socialistas se dividen en asociaciones de distrito y en asociaciones regionales, y dirigirán los asuntos del partido, según lo preceptuado en sus propios estatutos; éstos deberán estar en armonía con el estatuto general del partido y serán comunicados á la dirección general del partido en el plazo de una semana. Los presidentes comunicarán en el mismo plazo su elección á la presidencia del partido.

4.º Los organismos entre cuyos miembros haya mujeres, concederán á éstas una representación en la presidencia. Esta representación femenina procurará, de acuerdo con la presidencia, fomentar la agitación y la propaganda entre las mujeres.

5.º Las asociaciones regionales y de distrito señalarán la cuota que debe satisfacer cada uno de los asociados. El minimum, sin embargo, será de 30 céntimos mensuales para los hombres y de 15 para las mujeres. El 20 por 100 de lo recaudado por este concepto se remitirá á la caja central. La dirección del partido, de acuerdo con los presidentes de las asociaciones rurales y de distrito, podrá autorizar á los distritos electorales para que inviertan en atender á sus necesidades una cantidad superior al 80 por 100 de estos ingresos.

Información.

6.º Para los organismos del partido, el año comienza en 1.º de Julio y termina en 30 de Junio. Los presidentes de las asociaciones democrático-so-

cialistas informarán anualmente de los asuntos del partido á la dirección general antes del 15 de Julio. Este informe deberá darse conforme á un cuestionario de la dirección general, y contendrá, por lo menos, las indicaciones suficientes sobre la índole y extensión de las propagandas hechas, número de individuos asociados en el distrito electoral, importe de las cuotas satisfechas por los socios, suma total de lo recaudado y destino de las cantidades gastadas en la circunscripción electoral.

Las direcciones de las asociaciones regionales y de distrito deberán redactar también anualmente un informe análogo sobre los trabajos realizados y cantidades invertidas.

Asambleas del partido.

7.º La asamblea es la suprema representación del partido. Podrán tomar parte en ella:

I. Los delegados del partido en cada uno de los distritos electorales. Los delegados serán elegidos por mayoría de votos. Pueden ser elegidos: un delegado por la circunscripción que cuente hasta 1.500 socios, dos por las que tengan 3.000, tres por las de 6.000, cuatro por las de 12.000, cinco por las de 18.000 y seis por las de 18.000 en adelante. La representación se elegirá según el número de socios determinados por la Dirección del partido, sobre la base de haber pagado cinco cuotas. Donde deban elegirse varios delegados, se procurará en lo posible que figure entre ellos alguna compañera.

II. Los individuos de la minoría parlamentaria.

III. Los individuos de la Junta directiva del partido y los de la Comisión fiscalizadora.

IV. Los relatores ó informantes llamados por la dirección del partido.

Los individuos de la minoría parlamentaria sólo tendrán voz en todas las cuestiones relativas á la dirección de las campañas parlamentarias, y los de la Dirección del partido en las que se relacionen con la gestión de los asuntos que afecten al partido. Tampoco tendrán más que voz los representantes de las instituciones del partido llamados por la dirección del mismo.

8.º La asamblea aprobará la elección de los que hayan de intervenir en ella, elegirá sus directores y fijará el orden en que deban tratarse los asuntos.

Para que sean válidos los acuerdos de la asamblea, se requiere la mayoría absoluta de los votantes que estén presentes.

9.º Todos los años se celebrará una asamblea convocada por la Dirección del partido. Si la asamblea precedente no ha determinado el sitio donde deba celebrarse la del año siguiente, ó si no pudiera ésta celebrarse en el lugar señalado, acordarán el punto de su celebración la Dirección del partido y la Comisión fiscalizadora.

10. La convocatoria de la asamblea y el orden del día se anunciarán en el órgano central del partido, por lo menos cuatro semanas antes de su celebración. Esta convocatoria se publicará tres veces

por lo menos, mediando entre una y otra convocatoria el plazo que se estime conveniente. Las proposiciones de los socios para el orden del día se comunicarán á la dirección del partido, la cual deberá publicarlas en el órgano central del partido, por lo menos tres semanas antes de celebrarse la asamblea.

11. Incumbe á la asamblea:

I. La aprobación de la conducta observada por la Dirección del partido, por la Comisión fiscalizadora y por la representación parlamentaria.

II. La determinación del lugar donde haya de residir la Dirección del partido.

III. La elección de la Junta directiva y de la Comisión fiscalizadora.

IV. La decisión sobre la organización del partido y sobre todas las cuestiones que afecten á la vida del mismo.

V. Acordar sobre las proposiciones presentadas.

12. Deberá convocarse á asamblea extraordinaria:

I. Por decisión unánime de la Junta directiva.

II. A petición unánime de la Comisión fiscalizadora.

III. A petición de diez Juntas directivas por lo menos, de los organismos regionales y de distrito.

Si la Dirección del partido se negara á convocar la asamblea, después de dos ó tres peticiones hechas en forma, será ésta convocada por los peticio-

narios. El punto donde haya de reunirse la asamblea extraordinaria estará situado en el sitio más favorable posible desde el punto de vista geográfico.

13. La convocatoria para una asamblea extraordinaria deberá publicarse, juntamente con el orden del día, en el órgano central del partido y en tres números sucesivos, por lo menos catorce días antes de su celebración. Las proposiciones presentadas por los compañeros se publicarán en el órgano central cinco días antes, por lo menos, de la fecha en que haya de celebrarse la asamblea.

En todo lo demás las asambleas extraordinarias se sujetarán á las prescripciones relativas á las ordinarias (7.º y 8.º).

Dirección del partido.

14. La asamblea fijará el número de individuos que hayan de formar la Junta directiva. Esta se compondrá de dos presidentes, un cajero, dos secretarios y tres vocales, entre los cuales figurará un representante de las mujeres. Los individuos de la Junta directiva están autorizados para representarse recíprocamente.

La asamblea elegirá, por mayoría absoluta de votos, á los presidentes, al cajero, á los secretarios y al vocal que haya de representar en ella á las mujeres. Si un candidato no ha obtenido en la primera votación la mayoría necesaria, se procederá á nueva elección entre los dos candidatos que hayan tenido mayor número de votos. En caso de empate

decidirá la suerte. Los dos vocales restantes serán elegidos por la Comisión fiscalizadora.

Terminada la elección, se constituirá la Junta directiva y se publicará en el órgano central del partido.

15. Si un individuo de la Junta cesa antes de tiempo en el desempeño de su cargo, será sustituido por otro, que nombrará la Comisión fiscalizadora.

16. Los miembros de la Junta directiva podrán disfrutar de honorarios cuya cuantía determinará la asamblea.

17. La Junta directiva administrará los fondos en la forma que crea más oportuna. Ni la Junta directiva ni la Comisión organizadora pueden perseguir jurídicamente á los miembros del partido ni al partido mismo: los convenios con la Junta directiva ó con la Comisión fiscalizadora no autorizan á los miembros del partido para entablar demanda judicial contra los mencionados organismos ó contra los individuos que los componen.

18. Sin acuerdo expreso de la asamblea ningún asociado podrá investigar los libros ó documentos de la Junta directiva, de la Comisión fiscalizadora ó del partido, ni sacar copias ó extractos de los mismos, ni pedir que se inspeccionen los fondos del partido. Esto no menoscaba el derecho que tienen los delegados para inspeccionar los libros durante la celebración de la asamblea.

19. La Junta directiva dirigirá los asuntos del partido y aprobará, en principio, la actitud de los órganos del partido.

Asimismo decidirá sobre las diferencias que puedan surgir acerca de la presentación de candidaturas para las elecciones parlamentarias entre las circunscripciones electorales, las asociaciones de distrito ó los organismos regionales.

En las cuestiones transcendentales que afecten á todo el partido, la Junta directiva oirá á las directoras de los distritos ó de los organismos regionales, ó bien celebrará una conferencia con sus representantes.

Comisión fiscalizadora.

20. Para fiscalizar los actos de la Junta directiva ó decidir sobre las quejas que contra ella puedan formularse, la asamblea designará una Comisión fiscalizadora, compuesta de nueve miembros. La elección se hará por mayoría de votos. En caso de empate, decidirá la suerte. Para la dirección de sus asuntos, la Comisión organizadora elegirá un presidente, el cual determinará el lugar y fecha en que hayan de celebrarse las sesiones, salvo lo que sobre el particular pueda acordar la misma Comisión.

La fiscalización se hará, por lo menos, una vez cada tres meses.

La correspondencia y toda clase de comunicaciones ó reclamaciones para la Comisión fiscalizadora irán dirigidas al presidente de la misma, cuya residencia deberá anunciarse en el órgano central del partido.

A petición de la Comisión fiscalizadora ó de la Junta directiva podrán celebrarse sesiones comunes.

Organo central del partido.

21. El órgano central del partido es el *Vorwärts*, periódico de Berlín. Las comunicaciones oficiales deberán publicarse en parte visible del espacio dedicado á los trabajos de redacción.

22. Para el examen de los principios y de la táctica del órgano central, así como para el de su administración, elegirán los asociados de Berlín y de los departamentos una Comisión de la prensa, que á lo sumo podrá constar de dos miembros por cada una de las circunscripciones electorales interesadas.

La Comisión de la prensa y la Junta directiva decidirán en todos los asuntos que al órgano central se refieran y, especialmente, sobre la admisión y separación del personal de redacción y de expedición. La Comisión fiscalizadora resolverá las diferencias de criterio entre la Junta directiva y la Comisión de la prensa, bien entendido que cada uno de estos tres órganos tiene un voto.

Expulsión.

23. No puede pertenecer al partido el que se haya hecho responsable de alguna falta grave contra las doctrinas fundamentales del programa ó haya llevado á cabo alguna acción deshonrosa. Podrá también ser expulsado el que perjudique los intereses del partido, contraviniendo tenazmente las decisiones de los organismos ó de la asamblea del partido.

Sobre la pertenencia al partido decidirá la dirección del organismo correspondiente del distrito ó regional.

La expulsión no podrá ser propuesta más que por el organismo del partido (regional ó de distrito) y con el consentimiento del interesado por la dirección del organismo correspondiente. La dirección del distrito ó regional será la encargada de comunicar el acuerdo tomado y de darle publicidad en caso necesario.

24. Contra la decisión de las Juntas directivas locales los interesados podrán recabar de la Junta directiva general el nombramiento de un Tribunal arbitral, dentro de las cuatro semanas siguientes á la en que se haya tomado el acuerdo.

Este Tribunal constará de siete personas. El interesado y el organismo que hayan propuesto la expulsión, nombrarán tres vocales cada uno, limitando la elección á los asociados del distrito al cual pertenece el acusado.

El presidente será nombrado por la Junta directiva general.

Si el interesado se descuida en nombrar el Tribunal arbitral dentro del plazo fijado por la Junta directiva, que será por lo menos de cuatro semanas, se considerará expulsado definitivamente.

La Junta directiva general será la encargada de comunicar por escrito y, en caso necesario, de dar publicidad al acuerdo tomado.

25. Contra el fallo del tribunal arbitral podrán apelar los interesados á la próxima asamblea del

partido. En caso de apelación se comunicará á la Junta directiva del partido, á lo sumo cuatro semanas después de haber sido comunicado el acuerdo.

26. La expulsión del partido, en los casos señalados en el artículo 23, párrafo 1.º, no podrá decretarse más que siguiendo el procedimiento que se acaba de exponer. Se deberá conocer y abrir información sobre todas las instancias en que se proponga la separación temporal de los empleados de confianza. Contra estas decisiones tendrán también los interesados el derecho de apelación.

Las presentes disposiciones no alteran en lo más mínimo el derecho que tienen los organismos de nombrar una comisión investigadora contra uno cualquiera de los asociados, aunque no se proponga su expulsión.

27. Todo asociado perderá, al morir, al separarse del partido ó al ser expulsado de él, cualquier derecho que su condición de socio del partido le diera contra el partido, contra la Junta directiva general, contra la Comisión fiscalizadora ó contra cualquiera de los asociados.

Readmisión.

28. La solicitud para que se admita nuevamente en el partido al que haya sido expulsado de él, se dirigirá á la Junta directiva del organismo á cuya jurisdicción pertenezca el interesado. Antes de tomar acuerdo, se oirá á la asociación que haya propuesto su expulsión.

Contra esta decisión podrán apelar á la asamblea próxima lo mismo el recurrente, que el organismo que hubiere propuesto su expulsión. La reclamación se pondrá oportunamente en conocimiento de la Junta directiva general, para que pueda anunciarse al mismo tiempo que los demás asuntos que hayan de someterse á la asamblea.

Alteraciones en la organización del partido.

29. Únicamente podrá realizarlas la asamblea general.

Los proyectos de reforma no serán tomados en consideración, si no se publican en los plazos indicados en los artículos 10 y 13.

No podrán modificarse los acuerdos si no lo deciden, por lo menos, las tres cuartas partes de los representantes que asistan á la asamblea.

30. Las nuevas disposiciones contenidas en el artículo 5.º serán obligatorias á partir del 1.º de Abril de 1910, y las demás contenidas en estos estatutos, desde el día de su publicación.



CATÁLOGO

de los escritos democrático-socialistas
citados en esta obra.

- Atlantikus.—*Produktion und Konsum im Sozialstaat*, Stuttgart, 1898.
- Bebel, Augusto.—*Christentum und Sozialismus*, Berlín, 1910.
- *Die Frau und der Sozialismus*, 51 edición, Stuttgart 1910.
- *Glossen zu Ives Guyots und Sigismund Lacroix. Die wahre Gestalt des Christentums*, 4.^a edición, Berlín, 1908.
- *Die mohammedanisch-arabische Kulturperiode*, 2.^a edición, Stuttgart, 1889.
- *Die parlamentarische Tötigkeit des deutschen Reichstages und der Landtagage, von 1874 bis 1876*, 2.^a edición, Berlín, 1878.
- *Unsere Ziele*, 13 edición, Berlín, 1910.
- Bernstein, Ed.—*Die heutige Sozialdemokratie in Theorie und Praxis*, 2.^a edición, Munich. Sin indicación del año.
- Davidson, Josuah.—*Die wahrhaftige. Lebensgeschichtedesselben*, traducida del inglés por Natalio Liebknecht, Hottingen. Sin indicación del año.
- Deklamator.—*Der sozialdemokratischer*, Hottingen-Zurich, 1887.
- Dietzgen, José.—*Die Religion der Sozialdemokratie*, 7.^a edición, Berlín, 1906.

- Dietzgen, José.—*Streifzüge eines Sozialisten in das Gebiet der Erkenntnistheorie*, Hottingen-Zurich, 1887.
- *Die Zukunft der Socialdemokratie*, Berlín, 1891.
- Douai, Dr. A.—*Kindergarten und Volksschule als demokratische Aualten*, Leipzig, 1876.
- *Wider Gottes-und Bibelglauben*, Berlín, 1894.
- Engels, Federico.—*Die Entwicklung des Sozialismus von der Utopie zur Wissenschaft*, 4.^a edición, Berlín, 1891.
- *Herrn Eugen Dührings Umwälzung der Wissenschaft*, 5.^a edición, Stuttgart, 1904.
- *Ursprung der Familie, des Privateigentums und des Staats*, 9.^a edición. Sin indicación del año.
- Gumpłowicz, Ladislao. — *Ehe und freie Liebe*, Berlín, 1902.
- Internationaler Sozialistenkongress zu Stuttgart*, del 18-24 de Agosto de 1907, Berlín 1907.
- Kautsky, Carlos.—*Das Erfurter Programm in seinem grundsätzlichen Teil erläutert*, 1.^a edición, Stuttgart, 1910.
- *Ethik und materialistische Geschichtsauffassung*, 6.^o y 7.^o millar, Stuttgart, 1910.
- *Karl Marx' ökonomische Lehren*, 13 edición, Stuttgart, 1910.
- Knorr, Luis. — *Sozialdemokratischer Katechismus*, 11 y 20 millar, Munich, 1893.
- Köhler, Oswald. — *Der sozialdemokratische Staat*, Nuremberg, 1891.
- Lafargue, Pablo.—*Der wirtschaftliche Materialismus*, Hottingen-Zurich, 1886.
- *Kommunismus und Kapitalismus*, traducido por Bernstein, Berlín, 1894.
- Lassalle, Fernando. — *Arbeiter-Lesebuch*, Hottingen-Zurich, 1887.
- *Arbeiterprogramm*, Berlín, 1891.
- Herr Bastiat-Schulze von Delitzsch, der ökonomische Julian, oder: *Kapital und Arbeit*, Berlín, 1878.
- Liebknrecht, W.—*Karl Marx zum Gedächtnis*, Nuremberg, 1866.

Lieb knecht, W. — *Was die Sozialdemokraten sind und was sie wollen*, Berlín, 1891.

Marx, Carlos. — *Das Kapital*, 4.^a edición, Hamburgo, 1890.

— *Das kommunistische Manifest*, 16 edición, Berlín, 1904.

Monatshefte Sozialistische, años 1902 y 1904, Berlín.

Morris, Guillermo. — *Neues aus Nirgendland*, Leipzig. Sin indicación del año.

Pflüger, Pablo. — *Der Himmel auf Erden*, 3.^a edición, Zurich, 1910.

Pfund, Máximo. — *Unsere Taktik*, Berlín, 1891.

Actas del Congreso socialista alemán, Wyden (Suiza), Zurich, 1880.

— (Copenhague), Hottingen-Zurich, 1883.

Actas del Congreso internacional de trabajadores (París), Nuremberg, 1890.

Actas de la Asamblea socialista alemana (Erfurt), Berlín, 1891.

— (Berlín), Berlin, 1892.

— (Colonia), Berlín, 1893.

— (Frankfort), Berlín, 1894.

— (Breslau), Berlín, 1895.

— (Gotha), Berlín, 1896.

— (Hamburgo), Berlín, 1897.

— (Stuttgart), Berlín, 1898.

— (Hannover), Berlín, 1899.

— (Maguncia), Berlín, 1900.

— (Munich), Berlín, 1902.

— (Dresden), Berlín, 1903.

— (Bremen), Berlín, 1904.

Actas del Congreso socialista internacional obrero (Tonhalle), Zurich, 1894.

Actas de la Asamblea socialista alemana (Jena), Berlín, 1906.

— (Mannheim), Berlín, 1906.

— (Essen o. d. Ruhr), Berlín, 1907.

— (Nuremberg), Berlín, 1908.

— (Leipzig), Berlín, 1909.

— (Magdeburgo), Berlín, 1910.

Stampfer, Federico.—*Religion ist Privatraebel*, Berlín, 1905.

Stern, J.—*Einfluss der sozialen Zustände auf alle Zweige des Kulturlebens*, 3.^a edición, Stuttgart, 1891.

— *Halbes und ganzes Freidenkertum*, 2.^a edición, Stuttgart, 1889.

— *Die Religion der Zukunft*, 3.^a edición, Stuttgart, 1889.

— *Der Zukunftsstaat*, 5.^a edición, 1906.

Deliberaciones de la Asamblea socialista alemana (San Gall), Hottingen-Zurich, 1888.

Vollmar, Jorge. — *Die Tätigkeit des deutschen Reichstags, von 1889 bis 1893*, con un apéndice, Berlín, 1893.

— *Über die nächsten Aufgaben der deutschen Sozialdemokratie*, 2.^a edición, Munich, 1899.

Zeit.—*Die Neue*, 1890-91, 91-92, 96-97.

Zeiten.—*Schlechte*, Hottingen-Zurich. Sin indicación del año.

Entre los escritos no socialistas se ha citado principalmente: Bebel, *und sein Zukunftsstaat vor dem Reichstag*, según las notas estenográficas de las discusiones parlamentarias durante los días 12, 13, 14 y 15 de Enero y 3, 4, 6 y 8 de Febrero de 1893. Editado por encargo de la *Asociación popular* de la Alemania católica, Colonia, 1893.





INDICE

Páginas.

TERCERA PARTE

La democracia socialista y la Religión..	7
I. El materialismo como razón última de la democracia socialista; la teoría darwiniana de la evolución.	11
II. Negación de toda substancia espiritual; imposibilidad de la existencia de Dios.. . . .	23
III. La teoría democrático socialista acerca del conocimiento.	27
VI. Formación y supresión de la Religión.. . . .	36
V. La Religión y el culto del porvenir.. . . .	57
VI. Hostilidad contra la Religión..	65
a) Religión y capitalismo. Por qué los demócratas socialistas no quieren ser considerados como enemigos de la Religión..	65
b) La Religión debe ser combatida como medio de opresión enemigo de la cultura.	76
c) Imposibilidad de una Iglesia positiva en el Estado del porvenir.	86
d) Blasfemias contra Dios..	88

CUARTA PARTE

La democracia socialista y la moral.	101
I. Fundamentos de la moral democrático-socialista.	101
a) Moral sin Dios.	101
b) Moral sin libertad y sin responsabilidad.	107
c) Moral sin sanción en la otra vida.	113
d) Fundamentos positivos de la moral.	118
II. Doctrina democrático-socialista acerca de la virtud. El derecho á la lascivia.	127
III. Dignificación del matrimonio y de la familia.	138

CONCLUSIÓN

I. Últimas causas de la democracia socialista.	151
II. ¿Es todavía posible la salvación?.	160
III. ¿Es la salvación probable?.	174

APÉNDICE

I. Programa de Erfurt (1891).	179
II. Organización del partido democrático-socialista alemán	186
Catálogo de los escritos democrático-socialistas citados en esta obra.	199







